

Las Ilusiones Perdidas II
Un Gran Hombre de Provincias en París

Por

Honoré de Balzac

Ni Lucien, ni madame de Bargeton, ni Gentil, ni Albertine, la doncella, hablaron nunca de los incidentes de este viaje, pero es de creer que la continua presencia de gente lo hizo muy poco grato para un enamorado que esperaba todos los placeres de un rapto. Lucien, que corría la posta por primera vez en su vida, se quedó muy sorprendido al ver que en el camino de Angulema a París iba dejándose casi la totalidad de la suma que pensaba destinar a sus gastos de un año en París. Como los hombres que unen los encantos de la infancia a la fuerza del talento, cometió el error de expresar su ingenua sorpresa ante este tipo de cosas nuevas para él. Un hombre debe estudiar bien a una mujer antes de dejarle entrever sus emociones y pensamientos tal como surgen. Una amante, tan mayor como afectada, se sonríe ante tales infantilismos y los comprende; pero por poca vanidad que tenga, no perdonará a su enamorado el que se haya mostrado pueril, fatuo o mezquino. Muchas mujeres son tan exageradas en su culto, que quieren encontrar siempre un dios en su ídolo, mientras que las que aman a un hombre más por lo que es que por sí mismas adoran sus pequeñeces tanto como sus grandezas. Lucien no había comprendido aún que en madame de Bargeton el amor descansaba sobre el orgullo. Cometió el error de no explicarse determinadas sonrisas que se le escaparon a Louise durante aquel viaje, cuando, en vez de dominarlas, se dejaba llevar por sus gentilezas de ratoncillo salido de su agujero.

Los viajeros llegaron al hotel del Gaillard-Bois, en la rue de l'Échelle, antes del amanecer. Estaban los dos enamorados tan cansados que, antes que nada, Louise quiso acostarse y así lo hizo, no sin antes haber ordenado a Lucien que pidiera una habitación que estuviese encima de los aposentos que ocupaba ella. Lucien durmió hasta las cuatro de la tarde. Madame de Bargeton le hizo despertar para cenar y, al saber la hora, él se vistió a toda prisa y encontró a Louise en una de esas innobles habitaciones que son la vergüenza de París, donde, a pesar de las muchas pretensiones de elegancia, no existe aún un solo hotel donde un viajero rico pueda sentirse como en su casa. Si bien tenía los ojos nublosos que deja un brusco despertar, Lucien no reconoció a su Louise en aquella habitación fría, sin sol, de cortinas descoloridas, cuyo gastado embaldosado parecía miserable, donde los muebles eran usados, de mal gusto, viejos o de ocasión. Efectivamente, hay ciertas personas que no tienen ya el mismo aspecto ni el mismo valor una vez separadas de los rostros, de las cosas y de los lugares que les sirven de marco. Las fisonomías llenas de vida tienen una especie de atmósfera que les es propia, como el claroscuro de los cuadros flamencos es necesario a la vida de las figuras que ha situado en ellos el genio del pintor. La gente de provincias es casi toda así. Además, madame de Bargeton parecía más digna, más pensativa de lo que hubiera tenido que estar en un momento en que daba comienzo una felicidad sin trabas. Lucien no podía quejarse: Gentil y Albertine les servían. Tampoco la comida era ya abundante ni de esa genuina calidad que caracteriza a la vida en provincias. Los platos, reducidos por la especulación, preparados en un restaurante cercano, estaban pobremente presentados y las raciones dejaban mucho que desear. París no es bonito en estas pequeñas cosas a las que están condenadas las personas de mediocre fortuna. Lucien esperó el final de la comida para interrogar a Louise, cuyo cambio le parecía inexplicable. No andaba errado. Un grave acontecimiento, pues las reflexiones son los acontecimientos de la vida moral, se había producido mientras dormía.

Hacia las dos de la tarde, Sixte du Châtelet se había presentado en el hotel, había hecho despertar a Albertine y había manifestado su deseo de hablar con la señora, volviendo un poco más tarde, sin dar apenas tiempo a que madame de Bargeton se arreglara. Anaïs, cuya curiosidad se vio excitada por esta singular aparición de monsieur du Châtelet, cuando se creía tan bien escondida, le recibió hacia las tres.

—La he seguido aun a riesgo de recibir una reprimenda de mis superiores —le dijo a modo de

saludo—, porque preveía lo que iba a pasar. Pero ¡aunque haya de perder yo mi puesto, al menos usted no se perderá!

— ¿Qué quiere decir? —exclamó madame de Bargeton.

—Veo que quiere a Lucien —prosiguió con aire afectuosamente resignado—, pues mucho se ha de querer a un hombre para no pensar en nada y olvidar todas las conveniencias, ¡usted que tan bien las conoce! ¿Cree, pues, querida Naïs adorada, que será recibida en casa de madame d'Espard o en un salón de París, cualquiera que sea, cuando se sepa que ha huido de Angulema con un joven, y sobre todo tras el duelo de monsieur de Bargeton con monsieur de Chandour? La estancia de su marido en el Escarbas se diría una separación. En casos así, la gente como es debido primero se baten por sus mujeres y luego las dejan libres. Ame a monsieur de Rubempré, protéjale, haga por él todo cuanto le plazca, pero ¡no vivan juntos! Si alguien de aquí llegara a enterarse de que han hecho el viaje juntos en el mismo coche, sería al punto incluida en el Índice por esos mismos que desea ver. Además, Naïs, no haga estos sacrificios por un joven a quien no ha tenido ocasión de comparar aún con nadie, que no ha sido sometido a ninguna prueba y que aquí puede olvidarla por una parisiense que crea más conveniente para sus ambiciones. No quiero perjudicar a quien usted ama, pero me permitirá que anteponga los intereses de usted a los suyos, y que le diga: «¡Estúdiele! Sea consciente del alcance de sus decisiones». Que al menos, si encuentra las puertas cerradas, si las señoras se niegan a recibirla, no tenga que lamentarse de haber hecho tantos sacrificios pensando que aquél por quien los ha hecho será siempre digno de ellos y los comprenderá. Madame d'Espard es tanto más severa y moralista cuanto que también ella está separada de su marido, sin que nadie haya podido saber la causa de esta desunión; pero los Navarreins, los Blamont-Chauvry, los Lenoncourt y todos sus parientes le han prestado su apoyo, las señoras más encopetadas van a su casa y le dan muestras de respeto, de manera que quien pasa por culpable de todo es el marqués de Espard. A la primera visita que le haga, reconocerá lo acertado de mis consejos. Puedo, sin lugar a dudas, predecírsele, porque conozco París: al entrar en casa de la marquesa, se desesperaría usted si ella supiera que se aloja en el hotel del Gaillard-Bois con el hijo de un boticario, por muy monsieur de Rubempré que pretenda ser. Aquí tendrá rivales mucho más astutas y arteras que Amélie, que no dejarán de saber quién es usted, dónde vive, de dónde viene y qué hace. Ha contado usted, por lo que veo, con el incógnito, pero es usted una de esas personas para quienes éste no existe. ¿Cree que no encontrará aquí a Angulema por todas partes? Ya sean los diputados del Charente que vienen para la apertura de las Cámaras, ya el general que está de permiso en París; pero bastará con que la vea un solo vecino de Angulema para que su vida quede definitivamente marcada: no será más que la amante de Lucien. Si necesita de mí para lo que se le ofrezca, me tiene en casa del recaudador general, en la rue del faubourg Saint-Honoré, a dos pasos de la casa de la marquesa de Espard. Conozco lo bastante a la mariscala de Carigliano, a madame de Sérizy y al presidente del Consejo como para presentarla a ellos, pero conocerá a tanta gente en casa de madame d'Espard que no va a necesitar de mí. En vez de desear ir a tal o cual salón, se verá solicitada en todos ellos.

Du Châtelet pudo hablar sin que madame de Bargeton le interrumpiera: ella estaba impresionada por lo acertado de sus observaciones. La reina de Angulema, efectivamente, había contado con el incógnito.

—Tiene razón, amigo mío; pero ¿qué he de hacer?

—Déjeme —respondió Châtelet— buscarle un piso completamente amueblado y conveniente; llevará así una vida menos cara que la de los hoteles y estará en su casa; y si me hace caso, dormirá allí esta misma noche.

—Pero ¿cómo se ha enterado de mis señas? —preguntó.

—Su carruaje era fácil de reconocer; y, además, la seguía. En Sèvres, el aposentador que les conducía le dio sus señas al mío. ¿Me permite que sea su guía? Muy pronto le mandaré una nota para decirle dónde se alojará.

—Bien, hágalo, pues —respondió ella.

Estas palabras, que no parecían nada, lo eran sin embargo todo. El barón Du Châtelet había hablado como un hombre de mundo a una mujer de mundo. Se había mostrado con toda la elegancia de un atuendo parisino; un bonito cabriolé atalajado le había traído. Por casualidad, madame de Bargeton se acercó a la ventana para reflexionar acerca de su situación y vio irse al viejo dandy. Algunos instantes después, Lucien, bruscamente despertado y vestido a toda prisa, apareció ante su mirada con sus pantalones de nanquín del año anterior y su levita corta de mala calidad. Estaba apuesto, pero ridículamente ataviado. Vestido de aguador al Apolo de Belvedere o al Antinoo, y ¿creéis que podríais reconocer entonces la divina creación del cincel griego o romano? Los ojos comparan antes de que el corazón haya rectificado este rápido y maquinal juicio. El contraste entre Lucien y Châtelet fue demasiado brusco para que no hiriera la vista de Louise. Cuando acabaron de cenar hacia las seis, madame de Bargeton hizo una seña a Lucien para que viniera a sentarse a su lado en un vulgar canapé de calicó rojo estampado de flores amarillas, en el que ella se había sentado.

—Lucien mío —dijo—, ¿no crees que si hemos cometido una locura que nos perjudica a los dos por igual hemos de hacer lo posible por repararla? No debemos, querido mío, vivir juntos en París, ni siquiera dejar sospechar que hemos venido juntos. Tu porvenir depende en gran medida de mi posición, y yo no debo echarla a perder de ninguna manera. Por ello, a partir de esta noche, voy a alojarme a unos pasos de aquí, pero tú seguirás en este hotel y así podremos vernos cada día sin que nadie tenga nada que decir.

Louise explicó las leyes del gran mundo a Lucien, quien puso unos ojos como platos. Sin saber que las mujeres que se arrepienten de sus locuras se arrepienten también de su amor, comprendió que no era ya el Lucien de Angulema. Louise sólo le hablaba de ella, de sus intereses, de su reputación, del gran mundo; y para disculpar su egoísmo, trataba de hacerle creer que pensaba en él. No tenía ningún derecho sobre Louise, convertida tan repentinamente de nuevo en madame de Bargeton, y, algo más grave aún, no tenía ningún poder. Por ello no pudo evitar que unos lagrimones rodaran de sus ojos.

—Si yo soy su orgullo, usted es para mí más aún, es mi única esperanza y todo mi porvenir. Creí que si usted se identificaba con mis éxitos también se identificaría con mi infortunio, y he aquí que hemos de separarnos.

—Juzga mi conducta —dijo ella—, no me ama. —Lucien la miró con una expresión tan apesadumbrada que ella no pudo dejar de decirle—: Querido mío, me quedaré si tú quieres, nos perderemos juntos y nadie nos será de ayuda. Pero cuando seamos igual de miserables y nos veamos los dos rechazados, cuando el fracaso, pues hay que preverlo todo, nos haya desterrado al Escarbas, acuérdate, amor mío, de que yo preví este final y que te propuse primero salir adelante de acuerdo con las leyes del mundo, acatándolas.

—Louise —contestó él abrazándola—, me asusta verte tan prudente. Piensa que soy un niño y que me he entregado enteramente a tu querida voluntad. Yo quería triunfar sobre los hombres y las cosas a viva fuerza, pero si puedo alcanzar el éxito más rápidamente con tu ayuda que solo, me sentiré muy

feliz de deberte toda mi fortuna. ¡Perdóname! He puesto demasiadas esperanzas en ti para no tener miedo de todo. Para mí, una separación es el primer paso hacia el abandono, y el abandono es la muerte.

—Pero si, mi niño querido, la sociedad no te pide gran cosa —repuso ella—. Tan sólo se trata de pasar la noche aquí, pero estarás todo el resto del día en mi casa, sin que nadie tenga nada que objetar.

Algunas caricias acabaron por tranquilizar a Lucien. Una hora después, Gentil trajo unas líneas en las que Châtelet le hacía saber que le había encontrado un piso en la rue Neuve-du-Luxembourg. Se hizo explicar la ubicación de esta calle, que no se encontraba lejos de la rue de l'Échelle, y le dijo a Lucien: «Somos vecinos». Dos horas después, Louise subió en un coche que le mandaba Du Châtelet para ir a su casa. El piso, uno de esos que los tapiceros llenan de muebles y alquilan a los ricos diputados o a grandes personajes que pasan poco tiempo en París, era suntuoso, pero incómodo. Lucien volvió hacia las once a su pequeño hotel del Gaillard-Bois sin haber visto de París más que la parte de la rue Saint-Honoré que se encuentra entre la rue Neuve-du-Luxembourg y la rue de l'Échelle. Se acostó en su pequeña y miserable habitación, que no pudo dejar de comparar con el magnífico piso de Louise. Justo en el momento en que salía de casa de madame de Bargeton, llegó el barón Du Châtelet, tras una recepción en casa del ministro de Asuntos Exteriores, en todo el esplendor de su traje de etiqueta. Venía a dar cuenta de todas las gestiones hechas en nombre de madame de Bargeton. Louise estaba inquieta, pues ese lujo la asustaba. Las costumbres provincianas habían acabado por hacer mella en ella y se había vuelto meticulosa en sus cuentas; se andaba con tanto cuidado que en París iba a pasar por avara. Se había traído un bono por valor de casi veinte mil francos emitido por el recaudador general, pensando que esa suma bastaría para cubrir todos los gastos durante cuatro años; pero ya se temía que no sería suficiente y tendría que contraer deudas. Châtelet le informó de que su piso sólo le costaría seiscientos francos al mes.

—Una miseria —dijo al ver el escalofrío que recorrió a Naïs—. Tiene a su disposición un carruaje por quinientos francos al mes, lo cual hace un total de cincuenta lises. No tendrá que pensar más que en su guardarropa. Una mujer que frecuenta el gran mundo no puede gastar menos que eso. Si quiere que monsieur de Bargeton sea recaudador general o conseguirle un cargo en la Casa Real, no puede tener un aspecto miserable. Aquí sólo se da a los ricos. Es una suerte que tenga con usted a Gentil para acompañarla y a Albertine para vestirla, pues los criados en París son una ruina. Comerá rara vez en su casa, cuando sea presentada en sociedad como desea.

Madame de Bargeton y el barón charlaron de París. Du Châtelet le puso al corriente de las noticias del día, las mil naderías que se han de saber, so pena de no ser de París. No tardó en dar a Naïs consejos sobre los comercios en los que aprovisionarse: le indicó Herbault para las tocas, Juliette para los gorros y sombreros; le dio la dirección de la modista que podía reemplazar a Victorine; en resumen, le hizo sentir la necesidad de desangulemizarse. Después se fue pronunciando la última frase de efecto que se le ocurrió.

—Mañana —dijo con indiferencia— dispondré sin duda de un palco para algún espectáculo; pasaré a recogerles a usted y a monsieur de Rubempré, si me permite hacerles a los dos los honores de París.

«En el fondo es más generoso de lo que me imaginaba», pensó madame de Bargeton al ver que invitaba también a Lucien.

En el mes de junio, los ministros no saben qué hacer con sus palcos en el teatro. Los diputados de la mayoría y quienes les apoyan se dedican a sus vendimias o vigilan sus cosechas, y sus conocidos más interesados están en el campo o de viaje; así que en esta época del año, los más bellos palcos de los

teatros de París reciben a huéspedes heterogéneos que los asiduos no vuelven a ver más y que dan al público cierto aire de gastada tapicería. Du Châtelet había pensado ya que, gracias a esta circunstancia, podría, sin desembolsar mucho dinero, ofrecer a Naïs las diversiones que más encandilan a los provincianos. A la mañana siguiente, Lucien, que la visitaba por primera vez, no encontró a Louise. Madame de Bargeton había salido para hacer algunas compras indispensables. Había ido a pedir consejo a las serias e ilustres autoridades en materia de atuendo femenino que Châtelet le había indicado, pues había informado por escrito de su llegada a la marquesa de Espard. Por más que a madame de Bargeton no le faltara esa confianza en sí misma que da una larga preeminencia, su temor a parecer provinciana era grande. Poseía el tacto suficiente para darse cuenta de hasta qué punto las relaciones entre las mujeres dependen de las primeras impresiones; y, por más que supiera que podía ponerse enseguida a la altura de las mujeres superiores como madame d'Espard, sentía que al principio tenía necesidad de cierta benevolencia, y sobre todo no quería descuidar nada que pudiera contribuir a su éxito. Por eso le estuvo infinitamente agradecida a Du Châtelet por haberle indicado los medios para ponerse a tono con el gran mundo parisiense. Quiso la suerte que la marquesa se hallara en una situación en la que estaría encantada de hacer un favor a alguna pariente de la familia de su marido. Sin causa aparente, el marqués de Espard se había retirado del mundo; no se ocupaba ni de sus negocios, ni de los asuntos políticos, ni de su familia, ni de su mujer. Viéndose así dueña de sí, la marquesa sentía la necesidad de ganarse la aprobación de la gente; estaba, pues, feliz de poder sustituir al marqués en esta circunstancia erigiéndose en protectora de su familia. Haría gala de su patrocinio a fin de hacer más evidentes los yerros de su marido. El mismo día le escribió a «madame de Bargeton, de soltera Nègrepelisse», uno de esos encantadores billetes en los que la belleza de estilo exige su tiempo para descubrir la vaciedad de fondo: la marquesa se sentía dichosa por una circunstancia que acercaba a la familia a una persona de la que había oído hablar y que deseaba conocer, porque las amistades de París no eran tan sólidas como para no hacerle desear tener a alguien más a quien querer en este mundo; y ello, de no haberse producido, habría sido una ilusión más que enterrar junto con las demás. Estaba a la entera disposición de su prima, a quien habría ido a hacer una visita de no ser por una indisposición que la obligaba a quedarse en casa; pero por el simple hecho de que hubiera pensado en ella se sentía ya agradecida.

Durante su primer paseo en el que vagó por los bulevares y la rue de la Paix, Lucien, como todos los recién llegados, se preocupó mucho más por las cosas que por las personas. En París son las masas lo primero que llama la atención: el lujo de las tiendas, la altura de las casas, la afluencia de coches, el contraste entre un lujo exagerado y una exagerada miseria es lo que impresiona antes que nada. Sorprendido por aquella muchedumbre en la que era un extraño, este hombre de imaginación sintió como una especie de desmedro de sí mismo. Las personas que disfrutan en provincias de algún tipo de consideración y que encuentran a cada paso una prueba de su importancia, no se acostumbran a esta súbita y total pérdida de su valor. Ser algo en la propia región y no ser nada en París son dos estados que exigen cierta transición; y quienes pasan demasiado bruscamente del uno al otro caen en una especie de anulación. Para un joven poeta que encontraba un eco a todos sus sentimientos, un confidente para todas sus ideas, un alma para compartir sus menores sensaciones, París había de ser un desierto espantoso. Lucien no había pasado a recoger su bonito frac azul, por lo que se sintió incómodo por la modestia, por no decir mal estado, de su indumentaria, al aparecer en casa de madame de Bargeton a la hora en que ésta debía de estar de vuelta; encontró allí al barón Du Châtelet que se los llevó a los dos a cenar al Rocher de Cancale. Lucien, aturdido por el ritmo de vida trepidante de París, no era capaz de decirle nada a Louise; iban los tres en el coche; pero él le apretó la mano, y ella respondió amistosamente a todos los pensamientos que le expresaba de aquel modo. Después de cenar, Châtelet llevó a sus dos

invitados al Vaudeville. Lucien sentía una especie de secreto descontento por el aspecto de Du Châtelet y maldecía la casualidad que había traído a éste a París. El director de contribuciones explicó que el motivo de su viaje se debía a su ambición: esperaba ser nombrado secretario general de una administración y entrar en el Consejo de Estado como maître des requêtes; había venido a exigir el cumplimiento de las promesas que le habían sido hechas, teniendo en cuenta que un hombre como él no podía quedarse en simple director de contribuciones; antes prefería no ser nada, hacerse diputado o volver a la diplomacia. Aunque se daba aires de grandeza, Lucien reconocía vagamente en aquel viejo lechuguino la superioridad del hombre de mundo en lo que hacía a la vida parisiense; sobre todo se sentía avergonzado de deberle sus diversiones. En aquello en lo que el poeta se encontraba inquieto e incómodo, el antiguo primer secretario se encontraba como pez en el agua. Du Châtelet sonreía ante las vacilaciones, los asombros, las preguntas y los pequeños errores que la falta de costumbre arrancaba a su rival, como los viejos lobos de mar se burlan de los novatos que se marean. El placer que sentía Lucien, al asistir por primera vez a un espectáculo de París, compensó el desagrado que le producía su confusión. Aquella velada fue digna de señalar porque significó el secreto repudio de una gran cantidad de sus ideas sobre la vida en provincias. El círculo se ensanchaba, la sociedad adquiría otra dimensión. La cercanía de varias bellezas parisienses elegantísimas y modernamente vestidas le hizo tomar conciencia de lo anticuado del atavío de madame de Bargeton, no obstante ser pasablemente ambicioso: ni las telas, ni el corte, ni los colores estaban de moda. El peinado que tanto le seducía en Angulema aquí le pareció de un gusto espantoso comparado con las delicadas invenciones que exhibían las otras mujeres. «¿Seguirá así?», se dijo, sin saber que había empleado todo el santo día en preparar una transformación. En provincias no hay ni dónde escoger, ni comparación posible: la costumbre de ver las fisonomías les da una belleza convencional. Trasladada a París, una mujer que en provincias pasa por ser bonita no llama la menor atención, porque sólo es bella según el refrán que reza que «en el país de los ciegos, el tuerto es rey». Los ojos de Lucien hacían la comparación que madame de Bargeton había hecho la víspera entre él y Châtelet. Por su parte, madame de Bargeton se entregaba a extrañas reflexiones sobre su enamorado. A pesar de su rara belleza, el pobre poeta carecía de buena presencia. Su levita de mangas demasiado cortas, sus vulgares guantes provincianos, su chaleco raído, le hacían asombrosamente ridículo al lado de los jóvenes del piso principal: madame de Bargeton le encontraba un aire digno de lástima. Châtelet, que se ocupaba de ella sin ninguna pretensión, que velaba por ella con una atención que delataba una profunda pasión; Châtelet, elegante y desenvuelto como un actor que se reencuentra con las tablas de su teatro, volvía a ganar en dos días todo el terreno perdido en seis meses. Aunque el vulgo no admite cambios bruscos en los sentimientos, no es menos cierto que dos amantes se separan a menudo más rápidamente de lo que tardan en unirse. Iba incubándose en madame de Bargeton y en Lucien un desencanto sobre ellos mismos cuya causa no era otra que París. La vida se agrandaba allí a los ojos del poeta, igual que la sociedad adquiría una nueva faz a los ojos de Louise. Uno y otra no necesitaban más que un pequeño incidente para cortar los lazos que les unían. Este hachazo, terrible para Lucien, no se hizo esperar mucho. Madame de Bargeton dejó al poeta en su hotel y volvió a su casa acompañada por Du Châtelet, cosa que disgustó terriblemente al pobre enamorado.

«¿Qué van a decir de mí?», pensaba mientras subía a su triste habitación.

—Ese pobre muchacho es de lo más aburrido —dijo Du Châtelet, sonriendo, en cuanto se cerró la portezuela.

—Es lo que pasa siempre con todos los que tienen todo un mundo de pensamientos en el corazón y en la mente. Los hombres que tienen tantas cosas que expresar en bellas obras soñadas durante mucho tiempo sienten cierto desprecio por la conversación, trato en el que el espíritu se rebaja al degradarse —

dijo la orgullosa Nègrepelisse, que tuvo aún el valor de defender a Lucien, menos por él que por sí misma.

—Convento gustosamente con usted en esto —repuso el barón—, pero vivimos con personas, no con libros. Mire, querida Naïs, bien veo que aún no hay nada entre usted y él, lo cual me alegra. Si alguna vez decide poner en su vida un interés del que ha carecido hasta ahora, le suplico que no sea por ese supuesto hombre de genio. ¿Y si se equivocara, si dentro de unos días, al compararlo con los verdaderos talentos, con los hombres seriamente notables que va a conocer, reconociera, querida y bella sirena, haber cargado sobre sus espaldas y llevado a buen puerto, en vez de a un hombre armado de una lira, a un pequeño arrendajo, sin educación ni elegancia, tonto y presuntuoso, que puede tener cierto talento en el Houmeau, pero que en París se convierte en un muchacho ordinario en extremo? Al fin y al cabo, aquí se publican libros de versos cada semana, el peor de los cuales vale más que toda la poesía de monsieur Chardon. Por favor, ¡espere y compare! Mañana viernes hay función de ópera —dijo viendo que el carruaje entraba en la rue Neuve-du-Luxembourg—, madame d'Espard dispone del palco de los primeros gentileshombres de cámara, y sin duda la llevará allí. Para verla en todo su esplendor, yo estaré en el palco de madame de Sérizy. Dan Las Danaides.

—Adiós —dijo ella.

Al día siguiente, madame de Bargeton trató de ponerse un vestido de mañana conveniente para ir a ver a su prima, madame d'Espard. Hacía un poco de fresco y no encontró nada mejor entre sus antiguallas de Angulema que un vestido de terciopelo verde, guarnecido de manera muy extravagante. Por su parte, Lucien sintió la necesidad de ir a buscar su famoso frac azul, ya que le había cogido verdadero horror a su estrecha levita y quería presentarse siempre bien ataviado pensando que podía encontrarse con la marquesa de Espard, o tener que ir de improviso a su casa. Tomó un coche de punto a fin de ir a recoger cuanto antes su equipaje. En dos horas, gastó tres o cuatro francos, lo cual le hizo pensar mucho sobre el coste de la vida en París. Después de haberse acicalado lo mejor posible, se dirigió a la rue Neuve-du-Luxembourg, donde se encontró en la puerta con Gentil en compañía de un lacayo magníficamente empenachado.

—Me dirigía a su casa, señor; la señora me manda con esta carta para usted —dijo Gentil, que no conocía las fórmulas de respeto parisiense, acostumbrado a la campechanía de las costumbres provincianas.

El lacayo confundió al poeta con un criado. Lucien deselló el billete, por el cual se enteró de que madame de Bargeton pasaba el día en casa de la marquesa de Espard e iba por la noche a la Ópera; pero le decía a Lucien que acudiera allí, pues su prima le autorizaba a cederle un sitio en su palco al joven poeta, a quien la marquesa se sentía encantada de poder darle aquel gusto.

—Entonces, ¡me ama!, mis temores son infundados —se dijo Lucien—; me presentará a su prima esta misma noche.

Dio un brinco de contento y quiso pasar alegremente el tiempo que le separaba de esta feliz velada. Se dirigió hacia las Tullerías, pensando pasear por ellas hasta la hora en que iría a comer a Véry. He aquí a Lucien juguetón y saltarín, ligero de puro feliz, que va a parar a la Terrasse des Feuillants y la recorre examinando a los paseantes, a las bellas mujeres con sus adoradores, a los elegantes, de dos en dos, y del braceo, saludándose unos a otros con una mirada al pasar. ¡Qué diferencia entre esta terraza y Beaulieu! ¡Los pájaros de esta magnífica alcándara eran mucho más bonitos que los de Angulema! Había allí todo el lujo de colores que brilla en las familias ornitológicas de las Indias Orientales o de

América comparado con los colores grises de las aves de Europa. Lucien pasó dos terribles horas en las Tullerías; volvió a examinarse de golpe a sí mismo y se juzgó. En primer lugar, no vio a ninguno de aquellos jóvenes elegantes con frac. Si veía a alguien que lo llevaba era un viejo ajeno a la moda, algún pobre diablo, un rentista venido del Marais o algún escribiente. Tras haberse dado cuenta de que existía un traje de mañana y otro de tarde, el poeta de vivas emociones, de mirada penetrante, reconoció la fealdad de sus ropas viejas, los defectos que hacían ridículo su indumento, cuyo corte estaba pasado de moda, cuyo azul desentonaba, cuyo cuello carecía completamente de gracia, cuyos faldones delanteros, por el largo uso, tendían a bambolearse; los botones se habían oxidado y los pliegues dibujaban unas fatales líneas blancas. Además su chaleco era demasiado corto y de corte tan grotescamente provinciano que, para esconderlo, se abotonó bruscamente la chaqueta. Finalmente, veía que sólo llevaba pantalones de nanquín la gente corriente. La gente comme il faut lucía unas deliciosas telas de fantasía o de un blanco siempre impoluto. Además, todos los pantalones tenían trabillas y el suyo casaba muy mal con los tacones de sus botas, por las que los bajos de la tela arrugada mostraban una marcada antipatía. Llevaba una corbata blanca con los extremos bordados por su hermana, quien, tras haberle visto algunas parecidas a monsieur du Hautoy y a monsieur de Chandour, se había apresurado a hacer varias parecidas a su hermano. No sólo nadie, exceptuando las personas de aire serio, viejos banqueros o algunos funcionarios más formales, llevaba corbata, sino que, además, el pobre Lucien vio pasar por el otro lado de la verja, por la acera de la rue de Rivoli, a un mozo de mercería con un cesto a la cabeza, y en el que el hombre de Angulema sorprendió dos puntas de corbata bordadas por alguna modistilla adorada. Verlo le produjo un fuerte impacto en el pecho, en ese órgano mal estudiado aún en el que se refugia nuestra sensibilidad y al que, desde que existen sentimientos, los hombres se llevan la mano tanto en los momentos de alegría como en los de intenso dolor. ¿Tacháis esta narración de pueril? Sin duda, para los ricos que nunca han conocido esta clase de sufrimientos, hay en ella algo de despreciable e increíble; pero las angustias de los infortunados no son menos dignas de atención que las crisis que revolucionan la vida de los poderosos y de los privilegiados de la tierra. Y además, ¿acaso no hay tanto dolor en unos como en otros? El sufrimiento todo lo engrandece. En fin, cambiad los términos: en vez de un traje más o menos bonito, poned una condecoración, una distinción, un título. Estas en apariencia pequeñas cosas, ¿no han atormentado a existencias brillantes? La cuestión del vestido es, por otra parte, de gran importancia para quienes quieren aparentar que tienen lo que no tienen, porque es a menudo el mejor medio de poseerlo más adelante. Lucien sintió un sudor frío al pensar que por la noche tendría que presentarse vestido de aquel modo ante la marquesa de Espard, la pariente de un primer gentilhomme de cámara del rey, ante una mujer cuya casa era frecuentada por gente ilustre de todo tipo y personalidades escogidas.

«¡Tengo el aspecto de un hijo de boticario, de un verdadero mancebo de botica!», se dijo a sí mismo con rabia al ver pasar a los graciosos, los coquetos, los elegantes jóvenes de las familias del faubourg Saint-Germain, los cuales tenían todos un estilo peculiar que les hacía asemejarse por su finura de rasgos, nobleza de porte y aire del semblante, y diferenciarse por el conjunto que habían elegido para hacerse notar. Todos hacían resaltar lo que más les favorecía mediante una especie de puesta en escena que los jóvenes de París dominan tan bien como las mujeres. Tenía Lucien de su madre la atractiva prestancia física cuyos privilegios saltaban a la vista; pero este oro estaba en bruto y sin labrar. Llevaba el pelo mal cortado. En vez de mantener la cabeza erguida mediante una ballena flexible, se sentía enterrado dentro de un feo cuello de camisa, y su corbata, al no ofrecer resistencia, le dejaba colgar la cabeza con aire triste. ¿Qué mujer habría adivinado sus lindos pies dentro de las plebeyas botas que se había traído de Angulema? ¿Qué joven habría envidiado su bonito talle disimulado por el saco azul que

hasta entonces había creído que era un frac? Veía encantadores botones en camisas resplandecientes de blancura; ¡y la suya amarilleaba! Todos aquellos elegantes caballeros iban maravillosamente enguantados, ¡mientras que él llevaba guantes de gendarme! Uno jugueteaba con un bastón deliciosamente engastado. Otro lucía una camisa de puños sujetos por unos preciosos gemelos de oro. Al dirigir la palabra a una mujer, uno hacía molinetes con una encantadora fusta, y los abundantes pliegues de su pantalón salpicado de diminutas manchitas de barro, sus tintineantes espuelas, su corta levita ajustada indicaban que iba a volver a montar uno de los dos caballos que sujetaba un tigre que no cabía en su pellejo. Otro sacaba de un bolsillo de su chaleco un reloj plano como una moneda de diez sueldos, y consultaba la hora como alguien que se había adelantado o retrasado en una cita. Al observar todas aquellas bonitas insignificancias que Lucien nunca hubiera sospechado, ¡se le reveló todo un mundo de superfluidades necesarias y se echó a temblar al pensar en el enorme capital que hacía falta para hacer el papel de joven elegante! Cuanto más admiraba a aquellos jóvenes de aire dichoso y desenvuelto, más conciencia tomaba de su aspecto extraño, el aspecto del que no sabe adónde conduce el camino que sigue, que no sabe dónde está el Palais-Royal cuando está allí tocando y que pregunta dónde está el Louvre a un transeúnte que responde: «Está usted en él». Lucien se veía separado de aquel mundo por un abismo, y se preguntaba cuáles serían los medios con los que podría salvarlo, pues quería parecerse a aquella esbelta y delicada juventud parisiense. Todos aquellos patricios saludaban a mujeres divinamente ataviadas y divinamente bellas, mujeres por las que Lucien se habría dejado hacer picadillo a cambio de un solo beso, como el paje de la condesa de Königsmarck. En las tinieblas de su memoria, Louise, comparada con estas soberanas, apareció como una vieja. Encontró a varias de esas mujeres de las que se hablará en la historia del siglo XIX, cuya inteligencia, amores y belleza no serán menos célebres que las de las reinas de antaño. Vio pasar a una muchacha sublime, mademoiselle des Touches, tan conocida bajo el nombre de Camille Maupin, escritora eminente, tan grande por su belleza como por una inteligencia superior, y cuyo nombre fue repetido en voz baja por los paseantes y las mujeres.

«¡Ah! —se dijo—. ¡He aquí la poesía!»

¿Qué era madame de Bargeton al lado de ese ángel resplandeciente de juventud, de esperanza, de porvenir, de dulce sonrisa y cuyos negros ojos eran vastos como el firmamento y ardientes como el sol? Ella reía, mientras hablaba con madame Firmiani, una de las mujeres más encantadoras de París. Una voz le gritó que «la inteligencia es la palanca con la que se mueve al mundo», pero otra voz le gritó que el punto de apoyo de la inteligencia era el dinero. No quiso quedarse en medio de sus ruinas y en el teatro de su derrota, y tomó el camino del Palais-Royal después de haber preguntado por él, porque no conocía aún el callejero de su barrio. Entró en Véry y encargó, para iniciarse en los placeres de París, una comida que le consolara de su desesperación. Una botella de vino de Burdeos, ostras de Ostende, pescado, una perdiz, macarrones y fruta fueron el non plus ultra de sus deseos. Saboreó aquella pequeña bacanal pensando lucir su inteligencia aquella noche delante de la marquesa de Espard y compensar así lo pobre de su extravagante indumentaria mediante el despliegue de su riqueza intelectual. Fue sacado de sus sueños por el total de la cuenta, que se le llevó los cincuenta francos con los que esperaba llegar muy lejos en París. Esta comida costaba lo que un mes de su vida en Angulema. Por ello cerró respetuosamente la puerta de este palacio, pensando que no volvería a poner los pies en él.

«Ève tenía razón —se dijo mientras iba por la Galerie de Pierre hacia su casa para coger más dinero—; los precios de París no son los mismos que los del Houmeau.»

De camino, se quedó admirado ante las tiendas de los sastres, soñando con los atuendos que había visto aquella mañana.

— ¡No! —exclamó—. No me presentaré hecho un adefesio como voy ahora ante madame d'Espard.

Corrió raudo como un gamo hasta el hotel del Gaillard-Bois, subió a su habitación y, tras coger cien escudos, volvió a bajar hasta el Palais-Royal, para vestirse allí de pies a cabeza. Había visto zapateros a la medida, camiseros, chalequeros, peluqueros, en el Palais-Royal, donde su futura elegancia estaba repartida en diez tiendas. El primer sastre en el que entró le hizo probarse tantos trajes como quiso y le convenció de que eran todos de última moda. Lucien salió en posesión de un traje verde, unos pantalones blancos y un chaleco de fantasía, por la suma de doscientos francos. No tardó en encontrar un par de botas muy elegantes y de su medida. Por último, tras haber comprado todo cuanto precisaba, le pidió al peluquero que fuera a su hotel, donde cada proveedor le trajo su mercancía. A las siete de la tarde, montó a un coche de punto y se hizo llevar a la Ópera, rizado como un san Juan de procesión, con un buen chaleco, una buena corbata, pero un tanto incómodo en esta especie de estuche en el que por primera vez se embutía. Siguiendo el consejo de madame de Bargeton, preguntó por el palco de los primeros gentileshombres de cámara. Ante el aspecto de un hombre cuya elegancia como de prestado le hacía parecer un invitado a una boda, el portero pidió que le enseñara su entrada.

—No tengo.

—No puede entrar —le respondió secamente.

—Pero si estoy invitado por madame d'Espard —dijo.

—No estamos obligados a saberlo —dijo el portero, que no pudo reprimir un intercambio imperceptible de sonrisas con sus colegas.

En aquel preciso instante, se detuvo un carruaje bajo el peristilo. Un lacayo, a quien Lucien no reconoció, desplegó el estribo de un cupé del que salieron dos mujeres con sus mejores galas. Lucien, que no quiso recibir del portero ningún aviso impertinente para que se apartara, dejó pasar a las dos damas.

— ¡Pero si esta dama es la marquesa de Espard, a quien usted pretende conocer, señor! —dijo irónicamente el portero a Lucien.

Lucien quedó tanto más sorprendido cuanto que madame de Bargeton no parecía reconocerle en su nuevo plumaje; pero cuando le abordó, ella le sonrió y le dijo:

— ¡Qué magnífica coincidencia, venga!

Los porteros habían recobrado la seriedad. Lucien siguió a madame de Bargeton, quien, mientras subían la amplia escalinata de la Ópera, presentó a su Rubempré a su prima. El palco de los primeros gentileshombres es el que se encuentra en una de las dos esquinas del fondo de la sala: uno allí es visto desde todas partes y puede también ver. Lucien ocupó una silla detrás de la prima, contento de estar a la sombra.

—Monsieur de Rubempré —dijo la marquesa con un tono de voz halagador—, como es la primera vez que viene a la Ópera, véalo bien todo, ocupe este asiento, póngase delante, le dejamos.

Lucien obedeció; terminaba el primer acto de la ópera.

—Has empleado muy bien tu tiempo —le dijo Louise al oído, tras el primer momento de sorpresa que le causó el cambio de Lucien.

En cambio, Louise seguía siendo la misma. La cercanía de una mujer a la moda como era la

marquesa de Espard, esa madame de Bargeton de París, la perjudicaba tanto, la brillante parisiense hacía resaltar a tal punto las imperfecciones de la mujer provinciana, que Lucien, doblemente ilustrado por la selecta concurrencia de aquella pomposa sala y por aquella mujer eminente, vio finalmente en la pobre Anaïs de Nègrepelisse a la mujer real, la mujer que la gente de París veía: ¡una mujer alta, seca, con la cara rojiza, ajada, más que rubicunda, angulosa, afectada, amanerada, pretenciosa, provinciana en su hablar, y sobre todo mal arreglada! En efecto, los pliegues de un viejo vestido de París aún demuestran cierto gusto, se explica, se adivina lo que fue, pero un viejo vestido provinciano no tiene explicación y es digno de risa. El vestido y la mujer no tenían ni gracia ni novedad, y el terciopelo estaba tan raído como la tez. Lucien, avergonzado de haber amado a aquel hueso de sepia, se prometió aprovechar el primer ataque de virtud de su Louise para dejarla. Su excelente vista le permitía ver los impertinentes dirigidos hacia el palco aristocrático por excelencia. Las mujeres más elegantes estaban examinando sin duda a madame de Bargeton, pues todas sonreían mientras se dirigían la palabra. Si madame d'Espard se dio cuenta, por las sonrisas y los gestos femeninos, de cuál era la causa de los sarcasmos, no se dio en absoluto por enterada. En primer lugar, todos debían reconocer en su compañera a la parienta pobre llegada de provincias, con la que toda familia parisiense se puede ver afligida. Luego, su prima le había hablado del vestuario manifestando cierto temor; ella la había tranquilizado al darse cuenta de que Anaïs, una vez ataviada, no tardaría en adquirir las maneras parisienses. Si bien a madame de Bargeton le faltaba la desenvoltura, poseía la altanería innata de una mujer noble y ese no sé qué al que podemos llamar raza. Al lunes siguiente se tomaría, pues, su desquite. Por otra parte, una vez que el público supiera que aquella mujer era su prima, la marquesa sabía que cesarían sus críticas y esperarían a un nuevo examen antes de juzgarla. Lucien no adivinaba el cambio que provocaría en la persona de Louise un echarpe rodeando su cuello, un bonito vestido, un elegante peinado y los consejos de madame d'Espard. Al subir la escalera, la marquesa había advertido ya a su prima que no sostuviera el pañuelo desplegado en la mano. El buen o mal gusto dependen de mil pequeños matices de este tipo, que una mujer inteligente capta a la primera y que ciertas mujeres no comprenderán nunca. Madame de Bargeton, llena ya de buena voluntad, era lo bastante inteligente como para darse cuenta de en qué pecaba. Madame d'Espard, segura de que su discípula la honraría, no se había negado a formarla. En definitiva, se había establecido entre aquellas dos mujeres un pacto cimentado por su mutuo interés. Madame de Bargeton había consagrado de repente un culto al ídolo del día, cuyos modales, inteligencia y ambiente social la habían seducido, deslumbrado y fascinado. Había reconocido en madame d'Espard el poder en la sombra de la gran dama ambiciosa, y se dijo que llegaría lejos convirtiéndose en el satélite de aquel astro: la había admirado, por tanto, con toda franqueza. La marquesa había sido sensible a esta ingenua conquista, se había interesado por su prima, al parecerle débil y pobre; luego se las había ingeniado para tener una discípula a fin de crear escuela, y no pedía sino tener en madame de Bargeton a una especie de dama de compañía, una esclava que haría su elogio, tesoro más raro aún entre las gentes de París que un crítico fiel en el mundillo literario. Sin embargo, la curiosidad del público resultaba demasiado visible para que la recién llegada no se diera cuenta de ella, y madame d'Espard quiso cortésmente engañarla respecto a aquel revuelo.

—Si vienen visitas —le dijo—, quizá sepamos cuál es la causa a la que debemos el honor de ocupar el tiempo de esas señoras...

—Tengo fuertes sospechas de que es mi viejo vestido de terciopelo y mi cara angulemina lo que divierte a las parisienses —repuso entre risas madame de Bargeton.

—No, no es usted; hay algo que no me explico —añadió ella observando al poeta, a quien miró por primera vez, pareciéndole ataviado de modo singular.

—Ahí está monsieur du Châtelet —dijo en ese momento Lucien señalando con el dedo el palco de madame de Sérizy, donde el viejo lechuguino renacido acababa de hacer su entrada.

A aquella seña, madame de Bargeton se mordió los labios de despecho, pues la marquesa no pudo evitar una mirada y una sonrisa de asombro que decía con tanto desprecio: «¿De dónde ha salido este joven?», que Louise se sintió humillada en su amor, la sensación más punzante que puede haber para una francesa y que no perdona a su amante el haberla provocado. En aquel mundo en el que las pequeñas cosas se vuelven grandes, un gesto, una palabra pueden ser la perdición de un principiante. El principal mérito de las buenas formas y del buen tono en la alta sociedad es presentar un conjunto armonioso en el que todo esté tan bien fundido que nada desentone. Los mismos que, sea por ignorancia, sea por una distracción de cualquier tipo, no observan las leyes de esta ciencia, constatarán que en esta materia una sola disonancia es, como en la música, la negación misma del Arte, en el que todo ha de ser perfectamente ejecutado en sus menores detalles, so pena de no ser tal.

— ¿Quién es ese señor? —preguntó la marquesa señalando a Châtelet—. ¿Conoce ya a madame de Sérizy?

— ¡Ah! ¡Esa persona es la famosa madame de Sérizy que tantas aventuras ha tenido y que a pesar de ello es recibida en todas partes!

—Algo inaudito, querida —respondió la marquesa—; ¡una cosa explicable, pero inexplicada! Los hombres más temibles son amigos suyos, y ¿por qué? Nadie se atreve a sondear ese misterio. ¿Ese señor es, pues, el lion de Angulema?

—Pero si el señor barón Du Châtelet —dijo Anaïs, que por vanidad volvió a dar en París el título que discutía a su adorador— es un hombre que ha dado mucho que hablar. Es el compañero de monsieur de Montriveau.

— ¡Ah! —exclamó la marquesa—, nunca oigo este nombre sin pensar en la pobre duquesa de Langeais, que desapareció como una estrella fugaz. Ahí están —prosiguió, señalando un palco— monsieur de Rastignac y madame de Nucingen, la mujer de un abastecedor, banquero, hombre de negocios y chamarilero al por mayor, un hombre que se impone en el gran mundo de París por su fortuna y del que se dice que es poco escrupuloso en cuanto a los medios que emplea para acrecentarla; se toma mucho trabajo y hace muchos esfuerzos por hacer creer en su fidelidad a los Borbones, y ya ha intentado venir a mi casa. ¡Al ocupar el palco de madame de Langeais, su esposa habrá pensado que así poseerá sus atractivos, su inteligencia y su éxito! ¡La eterna fábula del grajo que se engalana con las plumas del pavo real!

— ¿Cómo se las arreglan monsieur y madame de Rastignac, que no tienen ni mil escudos de renta, para sostener a su hijo en París? —preguntó Lucien a madame de Bargeton, sorprendido ante la elegancia y el lujo de la indumentaria del joven.

—Cómo se ve que viene usted de Angulema —respondió la marquesa un tanto irónicamente sin dejar sus impertinentes.

Lucien no comprendió, absorto como estaba contemplando el aspecto de los palcos en los que adivinaba los comentarios que se hacían sobre madame de Bargeton y la curiosidad de que él mismo era objeto. Por su parte, Louise se sentía muy mortificada por el poco aprecio que la marquesa hacía de la belleza de Lucien. «¡No es entonces tan guapo como yo creía!», se decía. De ahí a encontrarle menos inteligente no había más que un paso. Había caído el telón. Châtelet, que había ido a hacer una visita a

la duquesa de Carigliano, cuyo palco se hallaba contiguo al de madame d'Espard, saludó desde allí a madame de Bargeton, que respondió con una inclinación de cabeza. A una mujer de mundo no se le pasa nada por alto, y la marquesa observó al punto la magnífica indumentaria de Du Châtelet. En aquel momento entraron sucesivamente cuatro personas en el palco de la marquesa, cuatro celebridades parisienses.

La primera era monsieur de Marsay, hombre famoso por las pasiones que inspiraba, notable sobre todo por una belleza de doncella, belleza blanda, afeminada, pero corregida por un mirar fijo, impasible, fiero y firme como el de un tigre: se le amaba y aterraba. Lucien era igual de apuesto, pero su mirar era tan dulce y sus ojos azules de mirada tan límpida, que no parecía susceptible de poseer esa fuerza y ese poder por los que tanto apego sienten las mujeres. Nada, por otra parte, hacía destacar aún la valía del poeta, mientras que De Marsay poseía una viveza de espíritu, una seguridad de gustar y un modo de vestir apropiado a su naturaleza que aplastaba a todos los rivales que le rodeaban. Juzgad lo que podía hacer Lucien a su lado, envarado, peripuesto, tieso y nuevo como sus ropas. De Marsay se había ganado el derecho a decir impertinencias por el ingenio que ponía en ellas y por la gracia de las formas con que las acompañaba. La acogida de la marquesa le indicó inmediatamente a madame de Bargeton el poder de aquel personaje. El segundo era uno de los dos Vandenesse, el que había armado el escándalo de lady Dudley, un joven dulce, inteligente y modesto que triunfaba por unas cualidades completamente opuestas a aquellas de las que se vanagloriaba De Marsay y que la prima de la marquesa, madame de Mortsauf, le había recomendado muy efusivamente. El tercero era el general Montriveau, que había sido la causa de la perdición de la duquesa de Langeais. El cuarto era monsieur de Canalis, uno de los poetas más ilustres de aquella época, un joven aún en los albores de su gloria y que, más orgulloso de ser gentilhomme que de su talento, presumía de cortejo de madame d'Espard para disimular su pasión por la duquesa de Chaulieu. Se adivinaba, a pesar de su desenvoltura teñida de afectación, la inmensa ambición que más tarde había de lanzarle a las tormentas de la vida política. Su belleza, casi remilgada, sus maneras acariciadoras, disimulaban mal un profundo egoísmo y los perpetuos cálculos de una vida por entonces problemática; pero la elección que había hecho de madame de Chaulieu, mujer de cuarenta años cumplidos, le valían por aquel entonces los favores de la corte, los aplausos del faubourg Saint-Germain y los denuestos de los liberales, que le llamaban poeta de sacristía.

Al ver a aquellos cuatro hombres tan notables, madame de Bargeton se explicó la escasa atención que la marquesa prestaba a Lucien. Luego, cuando se inició la conversación, cuando cada una de estas inteligencias tan finas y delicadas se mostró con rasgos de ingenio que poseían más sentido, más profundidad que lo que Anaïs podía oír en todo un mes en provincias, cuando sobre todo el gran poeta hizo oír su verbo vibrante que reunía lo más auténtico de aquella época, pero revestido con el baño de oro de la poesía, Louise comprendió lo que Du Châtelet le había advertido la víspera: Lucien dejó de existir. Todos miraban al pobre desconocido con tan cruel indiferencia, que estaba allí como un extranjero que no hablase el idioma, que la marquesa sintió compasión por él.

—Permítame, señor —dijo a Canalis—, presentarle a monsieur de Rubempré. Ocupa usted una posición demasiado alta en el mundo literario como para no acoger a un principiante. Monsieur de Rubempré llega de Angulema, y tendrá sin duda necesidad de su protección ante quienes dan a conocer aquí el genio. No tiene aún enemigos que puedan hacerle famoso atacándole. ¿No le parece muy original intentar hacerle obtener con la amistad lo que usted ha conseguido con el odio?

Los cuatro personajes miraron entonces a Lucien mientras la marquesa hablaba. Aunque se encontraba a dos pasos del recién llegado, De Marsay enristró sus impertinentes para verle; su mirada

iba de Lucien a madame de Bargeton y de madame de Bargeton a Lucien, emparejándoles con un pensamiento burlón que los mortificó cruelmente a ambos; les examinaba como a dos bichos raros y sonreía. Esta sonrisa fue una especie de puñalada para el gran hombre de provincias. Félix de Vandenesse adoptó un aire caritativo. Montriveau lanzó sobre Lucien una mirada para sondearle hasta el fondo del alma.

—Señora —dijo monsieur de Canalis haciendo una inclinación—, la obedeceré, a pesar del interés personal que nos lleva a no favorecer a nuestros rivales; pero nos ha acostumbrado usted a los milagros.

— ¡Pues bien!, deme el gusto de venir a cenar el lunes a mi casa con monsieur de Rubempré, allí hablarán más cómodamente que aquí de los asuntos literarios; yo trataré de reunir a algunos de los tiranos de la literatura y a las celebridades que la protegen, a la autora de Ourika y a algunos jóvenes poetas de buenos principios.

—Señora marquesa —dijo De Marsay—, si apadrina usted a este caballero por su inteligencia, yo le protegeré por su belleza; le daré consejos que harán de él el dandy más dichoso de París. Después, si quiere, será poeta.

Madame de Bargeton dio las gracias a su prima con una mirada llena de gratitud.

—No le sabía celoso de las personas de talento —dijo Montriveau a De Marsay—. La felicidad mata a los poetas.

— ¿Es por eso por lo que el señor trata de casarse? —replicó el dandy dirigiéndose a Canalis, a fin de ver si madame d'Espard se sentiría afectada por estas palabras.

Canalis se encogió de hombros y madame d'Espard, amiga de madame de Chaulieu, se echó a reír.

Lucien, que se sentía con sus ropas como una momia egipcia con sus vendas, estaba avergonzado por no decir nada. Finalmente, manifestó con su tierna voz a la marquesa:

—Sus bondades, señora, me condenan a no lograr sino éxitos.

En aquel momento entró Du Châtelet, atrapando la ocasión al vuelo de hacerse apoyar ante la marquesa por Montriveau, uno de los reyes de París. Saludó a madame de Bargeton y rogó a madame d'Espard que le perdonara la libertad de invadir su palco: ¡hacía tanto tiempo que se había separado de su compañero de viaje! Montriveau y él se volvían a ver por primera vez, después de haberse separado en medio del desierto.

— ¡Separarse en el desierto y volverse a encontrar en la Ópera! —dijo Lucien.

—Es una verdadera agnición de teatro —dijo Canalis.

Montriveau presentó al barón Du Châtelet a la marquesa y ésta dispensó al antiguo primer secretario de Su Alteza Imperial una acogida tanto más calurosa cuanto que le había visto ya ser bien recibido en tres palcos, porque madame de Sérizy no admitía más que a personas de nota y porque, finalmente, era el compañero de Montriveau. Este último título tenía tan gran valor que madame de Bargeton pudo ver en el tono, en las miradas y en los ademanes de los cuatro personajes que reconocían sin disputa a Du Châtelet como a uno de los suyos. La conducta sultanesca observada por Du Châtelet en provincias quedó de repente explicada para Naïs. Por fin, Du Châtelet vio a Lucien y le dirigió uno de esos pequeños saludos, secos y fríos, con los cuales un hombre desacredita a otro dando a entender a las personas de mundo el ínfimo lugar que ocupa en la escala social. Acompañó su saludo con un aire

sardónico que parecía querer decir: «¿Por qué casualidad se encuentra aquí?». Du Châtelet fue bien comprendido, porque De Marsay se acercó al oído de Montriveau, de manera que el barón pudiera oírlo, para decirle: «Pregúntele quién es este extraño joven que tiene todo el aspecto de uno de esos maniqués vestidos que se ven ante la puerta de un sastre».

Du Châtelet habló durante un momento al oído de su compañero, con aire de reanudar su amistad, y sin duda hizo trizas a su rival. Sorprendido por el arte de tener siempre salidas ingeniosas, por la finura con que aquellos hombres soltaban sus respuestas, Lucien estaba aturdido por lo que se ha dado en llamar la pulla, la agudeza y, sobre todo, por la facundia y la soltura de ademanes. El lujo que por la mañana le había asombrado en las cosas lo encontraba ahora en las ideas. Se preguntaba por qué misterio aquella gente encontraba de improviso reflexiones picantes y réplicas que a él no se le habrían ocurrido sino tras larga reflexión. Además, aquellos cinco hombres de mundo no sólo se sentían cómodos con la conversación, sino también con su indumentaria: no llevaban nada ni nuevo ni viejo. Nada brillaba en ella, y todo atraía la mirada. Su lujo de hoy era el de ayer y sería el de mañana. Lucien comprendió que tenía el aspecto de un hombre que se viste por primera vez en su vida.

—Amigo mío —decía De Marsay a Félix de Vandenesse—, ¡este pequeño Rastignac se lanza como una cometa! ¡Ahí lo tiene con la marquesa de Listomère, hace progresos, nos está observando con sus impertinentes! Sin duda debe de conocer al señor —prosiguió el dandy dirigiéndose a Lucien, pero sin mirarlo.

—Es difícil —respondió madame de Bargeton— que el nombre del gran hombre del que nos sentimos orgullosos no haya llegado hasta él; su hermana oyó últimamente a monsieur de Rubempré leernos unos versos hermosísimos.

Félix de Vandenesse y De Marsay saludaron a la marquesa y se dirigieron al palco de madame de Listomère, la hermana de Vandenesse. Dio comienzo el segundo acto y todos dejaron solos a madame d'Espard, a su prima y a Lucien. Unos fueron a explicar quién era madame de Bargeton a las mujeres intrigadas por su presencia, otros contaron la llegada del poeta y se burlaron de su indumentaria. Canalis volvió al palco de la duquesa de Chaulieu y no regresó. Lucien se sintió feliz con la diversión que ofrecía el espectáculo. Todos los temores de madame de Bargeton relativos a Lucien no hicieron sino aumentar por la atención que su prima había concedido al barón Du Châtelet, y que tenía un carácter muy distinto de su protectora cortesía para con Lucien. Durante el segundo acto, el palco de madame de Listomère permaneció repleto de gente y pareció agitado por una conversación que tenía por tema a madame de Bargeton y a Lucien. El joven Rastignac era, evidentemente, el animador de aquel palco, daba pie a ese bromear parisiense que, teniendo cada día una nueva comidilla, se apresura a agotar el tema actual volviéndolo viejo y manido en cosa de un instante. Madame d'Espard, inquieta, sabía que una maledicencia no permanece ignorada por mucho tiempo por aquéllos a quienes hiere, y esperó el final del acto. Cuando los sentimientos se vuelven contra sí mismos, como en el caso de Lucien y de madame de Bargeton, suceden cosas extrañas en poco tiempo: las revoluciones morales se producen en virtud de leyes de un efecto rápido. Louise tenía presentes en la memoria las palabras prudentes y políticas que Du Châtelet le había dicho sobre Lucien a la vuelta del Vaudeville. Cada frase era una profecía, y parecía que Lucien se empeñara en hacerlas realidad todas. Al perder sus ilusiones sobre madame de Bargeton, lo mismo que madame de Bargeton perdía las suyas sobre él, el pobre muchacho, cuyo destino se parecía un poco al de J.-J. Rousseau, le imitó hasta el punto de que quedó fascinado por madame d'Espard; y enseguida se enamoró de ella. Los jóvenes o los hombres que recuerden sus emociones de juventud comprenderán que esta pasión era totalmente previsible y natural. Las maneras

llenas de gracia, ese hablar delicado, ese tono de voz fino, esa mujer grácil, tan noble, tan encopetada, tan envidiada, esa reina le parecía al poeta tal como madame de Bargeton le había parecido en Angulema. Su volubilidad de carácter le llevó enseguida a desear esta alta protección; el medio más seguro era poseer a la mujer, ¡entonces lo tendría todo! En Angulema había tenido éxito, ¿por qué no podía tenerlo en París? Involuntariamente, y pese a la magia de la Ópera totalmente nueva para él, su mirada, atraída por esta magnífica Célimène, se volvía en todo momento hacia ella; ¡y cuanto más la miraba, más deseos sentía de seguir haciéndolo! Madame de Bargeton sorprendió una de aquellas miradas chispeantes de Lucien; le observó y le vio más pendiente de la marquesa que del espectáculo. De buen grado se habría resignado a ser sustituida por las cincuenta hijas de Dánao, pero cuando una mirada más ambiciosa, más ardiente, más significativa que las otras le hizo comprender lo que ocurría en el corazón de Lucien, sintió celos, pero menos del futuro que del pasado. «Nunca me ha mirado así —pensó—. ¡Dios mío, Châtelet estaba en lo cierto!» Reconoció entonces lo equivocado de su amor. Cuando una mujer llega a arrepentirse de sus debilidades, pasa sobre su vida una especie de esponja a fin de borrarlo todo. Pese a que cada mirada de Lucien la enojaba, guardó la calma. De Marsay volvió en el entreacto trayendo consigo a monsieur de Listomère. El hombre serio y el joven presumido no tardaron en hacer saber a la altiva marquesa que el invitado de boda endomingado que habían cometido el error de admitir en su palco tenía tanto derecho a llamarse monsieur de Rubempré como un judío a tener un nombre de pila. Lucien era el hijo de un boticario llamado Chardon. Monsieur de Rastignac, muy al tanto de todo cuanto pasaba en Angulema, había hecho reír ya a dos palcos a costa de esa especie de momia que la marquesa llamaba su prima y de la precaución que esta dama tenía de ir siempre acompañada de un farmacéutico para poder así, sin duda, prolongar su vida artificial a base de drogas. En suma, De Marsay contó algunas de las mil chanzas a las que se entregan en un minuto los parisienses y que una vez dichas se olvidan, pero detrás de las cuales estaba Châtelet, el artífice de esta traición cartaginesa.

—Querida —dijo detrás de su abanico madame d'Espard a madame de Bargeton—, por favor, dígame si su protegido se llama realmente monsieur de Rubempré.

—Ha tomado el apellido de su madre —contestó Anaïs con embarazo.

—Pero ¿cuál es el apellido de su padre?

—Chardon.

—¿Y qué es lo que hacía el tal Chardon?

—Era boticario.

—Ya me parecía a mí, querida, que todo París no podía burlarse de una mujer que adopto. No me gusta ver venir por aquí a bromistas encantados de encontrarme con el hijo de un boticario; si le parece bien, nos iremos juntas y enseguida.

Madame d'Espard adoptó un aire bastante impertinente, sin que Lucien pudiera adivinar a qué obedecía este cambio de expresión. Pensó que su chaleco era de mal gusto, cosa que era cierta; que el estilo de su traje era de una moda exagerada, cosa que no era menos cierta. Reconoció con secreta amargura que había que hacerse vestir por un buen sastre y se prometió ir al día siguiente a casa del más célebre a fin de poder, el lunes siguiente, rivalizar con los hombres que encontraría en casa de la marquesa. Aunque perdido en sus reflexiones, sus ojos, atentos al tercer acto, no se apartaban de la escena. Mientras seguía la pompa de aquel espectáculo único, se abandonaba a su sueño sobre madame

d'Espard. Se sintió desesperado ante aquella súbita frialdad que contrastaba extrañamente con el entusiasmo intelectual con que abordaba este nuevo amor, sin tener en cuenta las inmensas dificultades que vislumbraba y que se prometía vencer. Salió de su profunda meditación para mirar otra vez a su nuevo ídolo, pero al volver la cabeza vio que estaba solo; había oído un ligero ruido, la puerta se cerraba y madame d'Espard se llevaba a su prima. Lucien se quedó enormemente sorprendido ante aquel súbito abandono, pero no pensó en ello mucho rato, precisamente por encontrarlo inexplicable.

Cuando las dos mujeres hubieron subido a su coche y éste rodaba por la rue de Richelieu hacia el faubourg Saint-Honoré, la marquesa dijo con un tono de disimulada cólera:

— ¿En qué piensas, mi querida niña? Espere a que el hijo de un boticario sea realmente célebre antes de interesarse por él. La duquesa de Chaulieu no demuestra aún interés por Canalis, y eso que es célebre y gentilhombre. Este muchacho no es ni su hijo ni su amante, ¿verdad? —dijo esta mujer altiva lanzando a su prima una mirada inquisitiva e inequívoca.

«¡Por suerte he mantenido las distancias con ese bribonzuelo y no le he concedido nada!», pensó madame de Bargeton.

— ¡Pues bien! —prosiguió la marquesa, que tomó la expresión de los ojos de su prima por una respuesta—, déjele ahora mismo, se lo suplico. ¡Mira que arrogarse un nombre ilustre...! ¡Pero si es una audacia que la sociedad castiga! Admito que sea el de su madre, pero piense, querida, que el derecho de conferir, mediante una real orden, el nombre de Rubempré al hijo de una señorita de esa casa sólo corresponde al rey; si ella contrajo un matrimonio desigual, el favor sería enorme, y para obtenerlo se requiere una gran fortuna, servicios prestados y muy altas protecciones. Ese atuendo de tendero endomingado demuestra que ese muchacho no es ni rico ni noble; tiene un bonito rostro, pero me parece muy tonto y no sabe ni estar ni hablar; en fin, no está educado. ¿Por qué razón le protege?

Madame de Bargeton, que renegó de Lucien, como Lucien había renegado de ella para sus adentros, tuvo un miedo terrible a que su prima supiera la verdad de su viaje.

—Mi querida prima, estoy desesperada por haberla comprometido.

—A mí no se me compromete —dijo sonriendo madame d'Espard—. Sólo pienso en usted.

—Pero usted le ha invitado a ir el lunes a cenar a su casa.

—Me pondré enferma —respondió con viveza la marquesa—; usted se lo hará saber, y yo no le permitiré la entrada en mi casa bajo ninguno de sus dos nombres.

A Lucien se le ocurrió ir a pasear por el foyer durante el entreacto al ver que todo el mundo iba para allí. En primer lugar, ninguna de las personas que habían estado en el palco de madame d'Espard le saludó ni pareció reparar en su presencia, cosa que se le antojó muy extraña al poeta de provincias. Luego, Du Châtelet, a quien trató de acercarse, le vigilaba con el rabillo del ojo y le estuvo evitando constantemente. Después de haberse convencido, al ver a los hombres que vagaban por el foyer, de que su traje era bastante ridículo, Lucien volvió a refugiarse en el rincón de su palco y permaneció durante el resto de la función absorto alternativamente en el pomposo espectáculo del ballet del quinto acto, tan célebre por su «Infierno», en el aspecto de la sala en la que su mirada paseó de palco en palco, y en sus propias reflexiones, que fueron profundas en presencia de la sociedad parisiense. «¡Así que éste es mi reino! —se dijo—. ¡He aquí el mundo que he de dominar!» Volvió a pie a su hotel, pensando en todas las cosas dichas por los personajes que habían acudido a hacerle la corte a madame d'Espard; sus

maneras, sus ademanes, su forma de entrar y salir, todo acudió a su mente con asombrosa fidelidad. Al día siguiente, hacia el mediodía, su primera preocupación fue dirigirse a Staub, el sastre más célebre de aquella época. A fuerza de rogar, y sobre todo gracias al pago al contado, logró que su ropa fuese entregada el famoso lunes. Staub llegó incluso a prometerle una preciosa levita, un chaleco y unos pantalones para el día decisivo. Lucien encargó camisas, pañuelos, en fin, todo un pequeño ajuar, en una tienda de lencería, y se hizo tomar la medida de zapatos y botas en un célebre zapatero. Compró un bonito bastón en Verdier y guantes y gemelos en la tienda de madame Irlande; en pocas palabras, trató de ponerse a la altura de los dandies. Una vez que hubo satisfecho sus fantasías, se fue a la rue Neuve-du-Luxembourg, donde se encontró con que Louise había salido.

—Come en casa de madame d'Espard, y volverá tarde —le dijo Albertine.

Lucien se fue a comer a un restaurante de cuarenta sueldos del Palais-Royal, y se acostó temprano. El domingo, a las once, estaba ya en casa de Louise; ella no se había levantado aún. Volvió a las dos.

—La señora no recibe todavía —le dijo Albertine—, pero me ha dado unas líneas para usted.

—No recibe todavía —repitió Lucien—, pero yo no soy un cualquiera...

—No lo sé —dijo Albertine con un tono muy impertinente.

Lucien, menos sorprendido por la respuesta de Albertine que por recibir una carta de madame de Bargeton, tomó el billete y leyó en la calle estas líneas desesperantes:

Madame d'Espard está indispuesta y no podrá recibirle el lunes; yo misma no me encuentro tampoco muy bien, y, sin embargo, voy a vestirme para ir a hacerle compañía. Estoy desesperada por esta pequeña contrariedad; pero tengo confianza en su talento y sé que se abrirá camino sin dar que hablar.

«¡Y encima sin firma!», se dijo Lucien, que, sin creer haber andado tanto, se encontró en las Tullerías. Ese sexto sentido que poseen las personas de talento le hizo sospechar la catástrofe anunciada en aquel frío billete. Absorto en sus pensamientos, seguía adelante, mirando los monumentos de la place Louis XV. Hacía un bonito día. Elegantes carruajes pasaban sin cesar ante sus ojos en dirección a la gran avenida de los Campos Elíseos. Siguió a la multitud de paseantes y vio entonces los tres o cuatro mil coches que, en un día de buen tiempo, afluyen a este lugar el domingo, e improvisan allí un Longchamp. Distráido por el lujo de los caballos, de los atuendos y de las libreas, anduvo sin parar hasta llegar ante el Arco de Triunfo, ya comenzado. Pero ¿cuál no sería su sorpresa cuando, de vuelta, vio llegar hacia él a madame d'Espard y a madame de Bargeton en una calesa magníficamente atalajada y tras la cual ondeaban las plumas del lacayo, cuyo traje verde bordado de oro hizo que las reconociera? La fila se detuvo a causa de un atasco. Lucien pudo ver a Louise en su transformación; no era reconocible: los colores de su toilette habían sido elegidos a propósito para que resaltaran su cutis; su vestido era una delicia; sus cabellos peinados con esmero la favorecían y su sombrero de un gusto exquisito era notable al lado del de madame d'Espard, quien imponía la moda. Hay una forma indefinida de llevar un sombrero: echaos el sombrero ligeramente hacia atrás y tendréis un aire chulesco; demasiado hacia delante, y tendréis un aire taimado; ladeado, y vuestro aire será insolente; las mujeres comme il faut se ponen los sombreros como quieren y tienen siempre un aire distinguido. Madame de Bargeton había resuelto en el acto este extraño problema. Un bonito cinturón realzaba su esbelto talle. Había adoptado los ademanes y modales de su prima; sentada como ella, jugaba con un elegante pomo de perfume sujeto a uno de sus dedos mediante una cadenita, y mostraba así su mano

fina y bien enguantada sin dar la impresión de querer enseñarla. En fin, se había mimetizado con madame d'Espard sin remedarla; era la digna prima de la marquesa, quien parecía sentirse orgullosa de su discípula. Las mujeres y los hombres que se paseaban por la calzada observaban el brillante carruaje con las armas de los Espard y los Blamont-Chauvry, cuyos blasones llevaba adheridos. Lucien se extrañó ante el gran número de personas que saludaban a las dos primas; ignoraba que todo aquel París, que se reduce a veinte salones, conocía ya el parentesco de madame de Bargeton con madame d'Espard. Jóvenes a caballo, entre quienes Lucien reconoció a De Marsay y a Rastignac, se unieron a la calesa para conducir a las dos primas al Bois de Boulogne. Le fue fácil comprender a Lucien, por el gesto de los dos fatuos, que cumplimentaban a madame de Bargeton por su metamorfosis. Madame d'Espard resplandecía de gracia y salud: su indisposición era, por tanto, un simple pretexto para no recibir a Lucien, puesto que no había pospuesto la cena para otro día. El poeta, furioso, se acercó lentamente a la calesa y, cuando estuvo a la vista de las dos mujeres, las saludó: madame de Bargeton hizo como que no le veía, la marquesa le miró a través de sus impertinentes y no respondió a su saludo. La reprobación de la aristocracia parisiense no era como la de los soberanos de Angulema: tratando de herir a Lucien, los hidalgüelos admitían su poder y le tenían por un hombre, mientras que para madame d'Espard ni siquiera existía. No era una sentencia, sino la negación de la justicia. Un frío mortal se apoderó del pobre poeta cuando De Marsay le observó con sus impertinentes; el lion parisiense dejó caer los anteojos de forma tan singular que a Lucien le pareció que era la cuchilla de la guillotina la que caía. La calesa pasó. La rabia, el deseo de venganza se apoderaron de aquel hombre desdeñado: de haber tenido a su alcance a madame de Bargeton, la habría degollado; se imaginó ser un Fouquier-Tinville para darse el gusto de mandar a madame d'Espard al cadalso y le habría gustado poder aplicar a De Marsay uno de esos refinados suplicios inventados por los salvajes. Vio pasar a Canalis a caballo, elegante como debía serlo el más mimado de los poetas, saludando a las mujeres más bellas.

«¡Dios mío!, ¡oro al precio que sea! —se decía Lucien—. El oro es el único poder ante el cual esta gente se arrodilla.» «¡No! —le gritó su conciencia—, sino la gloria, y la gloria es cuestión de trabajo.» «¡El trabajo!, es la palabra de David. ¡Dios mío!, ¿qué hago aquí? ¡Pero triunfaré! ¡Pasaré por esta avenida en calesa con un lacayo, y tendré marquesas de Espard!»

Mientras pronunciaba estas palabras llenas de rabia Lucien estaba comiendo en Hurbain por cuarenta sueldos. A la mañana siguiente, a las nueve, fue a casa de Louise, con la intención de reprocharle su grosera conducta: no solamente madame de Bargeton no estaba para él, sino que el portero ni siquiera le dejó subir, y se quedó en la calle, al acecho, hasta mediodía. A esa hora, salió Du Châtelet de casa de madame de Bargeton, vio al poeta con el rabillo del ojo y lo evitó. Lucien, herido en lo más vivo, persiguió a su rival; Du Châtelet, sintiéndose acorralado, se volvió y lo saludó, con la evidente intención de seguir adelante tras esta cortesía.

—Por favor, señor —dijo Lucien—, concédame un segundo, tengo que decirle dos palabras. Me demostró usted amistad, que ahora invoco para pedirle el más pequeño de los favores. Sale usted de casa de madame de Bargeton, explíqueme la causa de mi caída en desgracia ante ella y madame d'Espard.

—Monsieur Chardon —respondió Du Châtelet con una falsa campechanía—, ¿sabe por qué razón esas señoras le abandonaron en la Ópera?

—No —dijo el pobre poeta.

—Pues bien, ha sido desacreditado desde un principio por monsieur de Rastignac. El joven dandy, al

ser preguntado sobre usted, dijo simplemente que se llamaba monsieur Chardon y no monsieur de Rubempré; que su madre asistía a las parturientas y que su padre fue durante su vida boticario del Houmeau, un barrio de Angulema; que su hermana era una encantadora muchacha que planchaba admirablemente las camisas y que iba a casarse con un impresor de Angulema llamado Séchard. Así es el gran mundo. ¿Quiere usted distinguirse? Pues se le discute. Monsieur de Marsay fue a reírse de usted con madame d'Espard, e inmediatamente esas dos damas huyeron al creer que se comprometían quedándose en su compañía. No quiera ir a casa de una o de otra. Madame de Bargeton no sería recibida por su prima de enterarse que esta sigue viéndole. Tiene usted talento, así que trate de tomarse la revancha. Si el mundo le desdeña, desdeñe usted al mundo. Refúgiense en una buhardilla, escriba obras maestras, consiga el poder que sea y verá el mundo a sus pies; entonces podrá devolverle las heridas que se le han infligido allí mismo donde las sufrió. Cuanta más amistad le haya demostrado madame de Bargeton, más se distanciará de usted. Así son los sentimientos femeninos. Pero no es éste el momento de reconquistar la amistad de Anaïs, se trata de no tenerla como enemiga, y yo le indicaré la manera de hacerlo. Ella le ha escrito, devuélvale todas sus cartas y se mostrará sensible a este rasgo de nobleza; más adelante, si tiene necesidad de ella, no le será hostil. En cuanto a mí, tengo tan alta opinión de su porvenir que le he defendido en todas partes, y si, a partir de ahora, puedo hacer algo aquí por usted, cuente siempre con mi buena disposición.

Lucien estaba tan triste, pálido y deshecho que no devolvió al viejo lechuguino, rejuvenecido por la atmósfera parisiense, el saludo secamente cortés que recibió de él. Regresó a su hotel, donde encontró a Staub en persona, que había venido menos para probarle los trajes, que se los probó, que para conocer por la dueña del Gaillard-Bois la solvencia económica de su desconocido cliente. Lucien había llegado en la posta, madame de Bargeton le había llevado en coche al Vaudeville el jueves anterior. Estos informes eran buenos. Staub llamó a Lucien señor conde y le hizo ver con qué talento había hecho resaltar sus seductoras formas.

—Un joven vestido así —le dijo— puede ir a pasearse por las Tullerías y se casará con una inglesa antes de quince días.

Esta broma de sastre alemán, junto con el corte perfecto de sus trajes, la finura de la tela, la gracia que se encontraba a sí mismo al mirarse en el espejo, todas estas pequeñeces hicieron sentirse menos triste a Lucien. Se limitó a decirse que París era la capital del azar, y por un momento creyó en el azar. ¿Acaso no tenía un libro de poesías y una magnífica novela, El arquero de Carlos IX, en manuscrito? Confió en el porvenir. Staub prometió la levita y el resto de sus ropas para el día siguiente por la mañana. Al día siguiente, el zapatero a la medida, la costurera y el sastre volvieron armados con sus facturas. Lucien, no sabiendo cómo despedirlos, bajo el encanto aún de las costumbres de provincias, les pagó; pero tras haberlo hecho no le quedaron más que trescientos sesenta francos de los dos mil que se había traído a París: ¡y no hacía más que una semana que había llegado! No obstante, se vistió y se fue a dar una vuelta por la Terrasse des Feuillants. Allí se tomó un pequeño desquite. Iban bien vestido, rebosaba de tanta gracia y apostura, que varias mujeres le dirigieron sus miradas, y dos o tres de ellas se sintieron lo bastante prendadas de su belleza como para volver la cabeza. Lucien estudió los andares y ademanes de los jóvenes y tomó lecciones de buenos modales, sin dejar de pensar en ningún momento en sus trescientos sesenta francos. Por la tarde, sólo en su habitación, se le ocurrió calcular cuánto le costaba vivir en el hotel del Gaillard-Bois, donde comía los platos más sencillos, creyendo así economizar. Pidió la cuenta como quien desea trasladarse, y se encontró con que debía un centenar de francos. Al día siguiente se fue directo al Barrio Latino, que David le había recomendado por lo barato. Tras mucho buscar, acabó encontrando en la rue de Cluny, cerca de la Sorbona, un hostel miserable, con

una habitación disponible a un precio conveniente. Pagó de inmediato a la dueña del Gaillard-Bois, y aquel mismo día se instaló en la rue de Cluny. La mudanza sólo le costó lo que cuesta una carrera de simón.

Después de haberse aposentado en su pobre habitación, reunió todas las cartas de madame de Bargeton, hizo un paquete con ellas, lo dejó encima de la mesa y, antes de ponerse a escribirle, hizo recuento de los acontecimientos de aquella semana fatídica. No reconoció que había sido él el primero en renegar atolondradamente de su amor sin saber en qué se convertiría su Louise en París; no vio sus errores, sólo su situación presente; acusó a madame de Bargeton: ésta, en vez de abrirle los ojos, le había hecho perderse. Se enojó, se dejó dominar por el orgullo y escribió la siguiente carta en el paroxismo de su ira:

¿Qué diría, señora, de una mujer que se hubiera encaprichado de un pobre niño tímido lleno de esos nobles ideales que el hombre llama ilusiones en la edad adulta, y que hubiera empleado las seducciones de la coquetería, los ardidés de la mente y las más bellas apariencias del amor materno para corromperlo? No le escatima ni las más lisonjeras promesas, ni los castillos en el aire de los que él se maravilla; le guía, le protege, le riñe por su poca confianza, le halaga, según el caso; cuando el niño abandona a su familia y la sigue ciegamente, ella le conduce a orillas de un inmenso mar y le hace subir con una sonrisa en una frágil barquichuela, para lanzarlo solo, sin ayuda de nadie, en medio de las tormentas; luego, desde el peñasco en que ella se queda, se echa a reír y le desea buena suerte. Esa mujer es usted y ese niño soy yo. En poder de este niño queda un recuerdo que podría revelar los crímenes de su falsa benevolencia y los favores de su entrega. Podría tener motivos para sonrojarse al reencontrarse al niño luchando con las olas, si pensara que lo tuvo en su regazo. Cuando lea esta carta, tendrá el recuerdo en su poder. Libre es de olvidarlo todo. Tras las bellas esperanzas que me señalara su dedo en el cielo, veo las realidades de la miseria en el fango de París. Mientras usted irá, brillante y adorada, entre los esplendores de ese mundo, hasta cuyo umbral me ha traído, yo estaré temblando de frío en la miserable buhardilla a la que me ha arrojado. Pero tal vez la domine a usted un remordimiento en medio de las fiestas y diversiones, y piense acaso en el niño que ha arrojado al abismo. Pues bien, señora, ¡piense en ello sin remordimientos! Desde el fondo de su miseria, este muchacho le ofrece lo único que le queda, su perdón en una última mirada. Sí, señora; gracias a usted no me queda ya nada. ¡Nada! ¿Acaso el mundo no se hizo de la nada? El genio debe imitar a Dios: comienzo por tener su clemencia sin saber si llegaré a poseer su fuerza. Sólo tendrá que temblar si las cosas me van mal, pues sería cómplice de mis culpas. ¡Ay!, siento lástima de que ya no pueda desempeñar ningún papel en la gloria hacia la cual tenderé con el trabajo como guía.

Después de haber escrito esta carta, enfática, pero llena de esa sombría dignidad que el artista de veintiún años exagera a menudo, Lucien se remontó con el pensamiento al seno de su familia: volvió a ver el bonito piso que David había decorado para él sacrificando una parte de su fortuna, y tuvo una visión de las alegrías tranquilas, modestas y burguesas de las que había disfrutado; las sombras de la madre, de la hermana y de David vinieron a rodearle, oyó de nuevo los sollozos que su marcha les había arrancado, y lloró también él, pues se hallaba solo en París sin amigos ni protectores.

Unos días después, he aquí lo que Lucien le escribió a su hermana:

Mi querida Ève:

Las hermanas tienen el triste privilegio de conocer más penas que alegrías al compartir la vida de los hermanos consagrados al Arte, y empiezo a temer que voy a convertirme en una carga para ti. ¿No he

abusado ya de todos vosotros, que os habéis sacrificado por mí? Este recuerdo de mi pasado, tan lleno de alegrías familiares, me ayuda a soportar la soledad de mi presente. ¡Con qué rapidez de águila que retorna a su nido he recorrido la distancia que nos separa para encontrarme en un ambiente de afectos verdaderos después de haber conocido las primeras miserias, y las primeras decepciones del mundo parisiense! ¿Han parpadeado vuestras luces? ¿Han rodado los tizones en vuestra chimenea? ¿Habéis oído zumbiar vuestros oídos? ¿Ha dicho mi madre: «Lucien piensa en nosotros»? ¿Ha respondido David: «Se debate con los hombres y las cosas»? Ève querida, te escribo esta carta a ti sola. Porque sólo a ti me atrevería a confesar lo bueno y lo malo que pueda pasarme, ruborizándome de lo uno y de lo otro, ya que aquí el bien es tan raro como debería serlo el mal. Bastarán unas pocas palabras para que lo sepas todo: madame de Bargeton se ha avergonzado de mí, ha renegado de mí, me ha despedido, repudiado, al noveno día de mi llegada. Al verme ha vuelto la cabeza hacia el otro lado, y yo, por seguirla al gran mundo en el que ella quería darme a conocer, me he gastado mil setecientos sesenta francos de los dos mil que me traje de Angulema, reunidos a costa de tantos sudores. ¿En qué?, preguntarás tú. Pobre hermana mía, París es un abismo insondable: se puede cenar por dieciocho sueldos, y la comida más sencilla en un restaurante elegante cuesta cincuenta francos; hay chalecos y pantalones por cuatro francos y cuarenta sueldos, y los sastres de moda no los hacen por menos de cien francos. Se da un sueldo para que te pasen sobre los arroyos en que se convierten las calles cuando llueve. En fin, la menor carrera en coche cuesta treinta y dos sueldos. Después de haber vivido en un bonito barrio, actualmente estoy en el hostel de Cluny, en la calle del mismo nombre, una de las más lóbregas callejuelas de París, encajonada entre tres iglesias y los viejos edificios de la Sorbona. Ocupo una habitación en el cuarto piso de este hostel, y aunque sucia y desnuda, pago por ella quince francos al mes. Desayuno un panecillo de dos sueldos y un sueldo de leche, pero como muy bien por veintidós sueldos en el restaurante de un tal Flicoteaux, situado en la misma place de la Sorbonne. Hasta el invierno mis gastos no excederán de los sesenta francos mensuales, todo incluido, al menos así lo espero. De este modo mis doscientos cuarenta francos me bastarán para los cuatro primeros meses. Para entonces habré vendido sin duda El arquero de Carlos IX y Las margaritas. No os preocupéis, pues, por mí. Si bien el presente es frío, desnudo y mísero, el porvenir es radiante, rico y espléndido. La mayor parte de los grandes hombres han pasado por las mismas vicisitudes por las que paso yo sin darme por vencido. Plauto, un gran poeta cómico, fue mozo de molino. Maquiavelo escribía El príncipe por las noches, después de haber pasado el día con los braceros. Y por último, el gran Cervantes, que perdió un brazo en la batalla de Lepanto, contribuyendo a la victoria en aquella célebre jornada, y fue llamado «viejo e innoble manco» por los escritoruelos de su tiempo, tardó, por no encontrar quien la editara, diez años en publicar la segunda parte de su sublime Don Quijote. Hoy día no ocurren ya estas cosas. Las penalidades y la miseria no pueden afectar más que a los talentos desconocidos; pero cuando salen a la luz, los escritores se hacen ricos, y yo lo seré. Vivo, además, para el pensamiento, me paso la mitad del día en la biblioteca de Sainte-Geneviève, donde adquiero la instrucción que me falta, y sin la cual no iría muy lejos. Hoy me siento, pues, casi dichoso. En unos pocos días me he conformado de buena gana a mi situación. Desde que amanece me dedico a un trabajo que me gusta; mi vida material está asegurada; medito mucho, estudio y no veo cómo podría ser herido después de haber renunciado al gran mundo en el que mi vanidad podía sufrir a cada instante. Los hombres ilustres de cada época se ven forzados a vivir aparte. ¿No son los pájaros del bosque? Cantan, dan encanto a la naturaleza, y nadie ha de verlos. Así haré también yo, si es que puedo hacer realidad los ambiciosos planes de mi espíritu. No echo de menos a madame de Bargeton. Una mujer que se comporta así no es digna de recuerdo. Tampoco lamento haber dejado Angulema. Esta mujer tenía razón al lanzarme al mundo de París y dejarme abandonado a mis propias fuerzas. Este es el lugar de los escritores, los pensadores y los

poetas. Solamente aquí se cultiva la gloria, y ya conozco las buenas hornadas que hoy produce. Solamente aquí pueden encontrar los escritores, en los museos y en las colecciones privadas, las obras vivas de los genios de tiempos pasados que avivan y estimulan la imaginación. Solamente aquí se encuentran inmensas bibliotecas permanentemente abiertas que ofrecen al espíritu información y alimento. En suma, en París, en el aire y en los menores detalles, hay el mismo espíritu que se respira y que impregna las creaciones literarias. Se aprenden más cosas conversando en un café, o en el teatro, durante media hora, que en diez años en provincias. Aquí, en verdad, todo es espectáculo, comparación e instrucción. O todo es muy barato o todo muy caro, esto es París, donde toda abeja encuentra su celdilla, donde toda alma asimila lo que le es propio. Así pues, si bien padezco en estos momentos, no me arrepiento de nada. Al contrario, un atractivo porvenir se despliega ante mí y alegra mi corazón por el momento dolorido. Adiós, mi hermana querida, no esperes recibir cartas mías con regularidad: una de las particularidades de París es no saber realmente cómo pasa el tiempo. La vida es aquí de un ritmo tan trepidante que asusta. Un abrazo a mi madre y a David, y para ti otro más cariñoso que nunca.

Flicoteaux es un nombre grabado en muchas memorias. Habrá pocos estudiantes alojados en el Barrio Latino durante los doce primeros años de la Restauración que no hayan frecuentado este templo del hambre y de la miseria. La comida, compuesta de tres platos, costaba dieciocho sueldos, con una jarra de vino o una botella de cerveza, o veintidós sueldos con una botella de vino. Lo que ha impedido, sin duda, a este amigo de la juventud hacer una colosal fortuna es una de las especificaciones de su menú, impreso en grandes caracteres en los carteles de sus competidores, que decía así: «PANA DISCRECIÓN», es decir, hasta la indiscreción. Muchas celebridades han tenido a Flicoteaux como padre nutricio. Sin duda el corazón de más de un hombre célebre debe de sentir el placer de mil indecibles recuerdos ante el aspecto de la fachada de azulejos que daba a la place de la Sorbonne y a la rue Neuve-de-Richelieu, que Flicoteaux II o III habían respetado, antes de las Jornadas de Julio, dejándole ese colorido parduzco, ese aire antiguo y respetable que anunciaba un profundo desdén por todo oropel exterior, especie de anuncio hecho para la vista a costa del estómago por parte de casi todos los restauradores de hoy día. En lugar de esos montones de caza disecada destinados a ser guisados, en lugar de esos fantásticos pescados que justifican el dicho de aquel saltimbanqui: «He visto una bonita carpa, pienso comprarla dentro de ocho días»; en lugar de esas primicias, que sería más propio llamar «postmicias», expuestas en escaparates falaces para el placer de cabos y paisanos, el honrado Flicoteaux exponía unas ensaladeras muy estañadas, en las que montones de ciruelas cocidas alegraban la vista del consumidor, seguro de que esta palabra, «postre», de la que mucho se abusa en otros anuncios, no era como la Carta. Los panes de seis libras, cortados en cuatro, tranquilizaban acerca de la promesa de pan a discreción. Tal era el lujo de un establecimiento que Molière habría celebrado en su tiempo, hasta tal punto resulta chistoso el juego de palabras del nombre. Flicoteaux subsiste, vivirá tanto como los estudiantes quieran vivir. Allí se come, ni más ni menos; pero se come allí igual que se trabaja, con una actividad sombría o alegre, según el carácter o las circunstancias de cada cual. Este célebre establecimiento constaba en aquel entonces de dos salas formando escuadra, largas, angostas y bajas, una que recibía luz de la place de la Sorbonne y la otra de la rue Neuve-de-Richelieu, ambas equipadas con mesas procedentes sin duda de algún refectorio abacial, pues su longitud tiene algo de monástico y los cubiertos se preparan junto con las servilletas de los clientes fijos puestas en unos servilleteros de muaré metálico numerados. Flicoteaux I no cambiaba los manteles más que los domingos; pero Flicoteaux II los ha cambiado, dicen, dos veces por semana desde que la competencia ha amenazado su dinastía. Este restaurante es un taller con sus útiles de trabajo, y no un salón para festines con su elegancia y sus placeres: todos se levantan de la mesa prontamente. En su interior se trabaja rápido. Los

mozos van y vienen sin perder el tiempo, están todos ocupados y todos son necesarios. Los platos son poco variados. La patata es allí sempiterna, si no hubiera una sola patata en toda Irlanda, ni en ninguna otra parte, podría encontrarse en Flicoteaux. Se produce allí desde hace treinta años, con ese color amarillento tan del gusto de Tiziano, acompañada de verdura trinchada, y goza de un privilegio envidiado por las mujeres: tal como la visteis en 1814 la veréis en 1840. Las chuletas de cordero y el filete de buey son en la carta de este establecimiento lo que el gallo silvestre y los filetes de esturión en Véry, platos extraordinarios que exigen ser encargados por la mañana. La hembra del buey domina aquí, y su hijo abunda bajo los aspectos más ingeniosos. Cuando la pescadilla, las caballas tropiezan con las costas del océano, dan un brinco hasta Flicoteaux. Allí todo está en relación con las vicisitudes de la agricultura y los caprichos de las estaciones francesas. Allí se aprenden cosas sobre la naturaleza que ignoran los ricos, los ociosos, los indiferentes a las fases de la naturaleza. El estudiante encerrado en el Barrio Latino posee un exacto conocimiento de las estaciones: sabe cuándo es la temporada de las alubias y los guisantes, cuándo el mercado rebosa de coles, cuál es la ensalada que allí abunda y si la remolacha escasea. Una vieja calumnia, repetida en el momento de la llegada de Lucien, consistía en atribuir la aparición de filetes a la mortandad de los caballos. Pocos restaurantes parisienses ofrecen un tan bello espectáculo. No encontraréis allí más que juventud y fe, miseria alegremente sobrellevada, a pesar de que no faltan los rostros ardientes y serios, sombríos e inquietos. Por lo general se viste con desaliño. Así destacan los asiduos que vienen bien vestidos. Todos saben que este atuendo fuera de lo común significa: que se espera a la amante, la asistencia a un espectáculo o una visita a las altas esferas. Han surgido allí, se dice, algunas amistades entre varios estudiantes, que se han vuelto con el tiempo hombres célebres, como se podrá ver en esta historia. Pero exceptuando a los jóvenes de la misma región reunidos en el mismo extremo de la mesa, los comensales son generalmente de una seriedad difícil de alegrar, tal vez debido al bautismo del vino, que se opone a toda expansión. Los frequentadores de Flicoteaux podrán acordarse de varios personajes sombríos y misteriosos, envueltos en las brumas de la más fría miseria, que han podido comer allí durante dos años y desaparecer a continuación sin que ninguna luz haya iluminado a esos trasgos parisienses a los ojos de los más curiosos asiduos. Las amistades iniciadas en Flicoteaux se sellaban en los cafés vecinos, al fuego de un ponche con licor o al calor de media taza de café bendecida por un aguardiente del montón.

Durante los primeros días de hospedaje en el hostel de Cluny, Lucien, como todo neófito, se comportó tímida y correctamente. Tras la triste prueba de la vida elegante, que acababa de hacerle volar su capital, se enfrascó en el trabajo con ese primer entusiasmo que tan rápidamente disipan las dificultades y distracciones que brinda París a todas las existencias, tanto a las más lujosas como a las más pobres, y que para ser dominadas exigen la salvaje energía del verdadero talento o la sombría voluntad de la ambición. Lucien se dejaba caer por Flicoteaux hacia las cuatro y media, después de haberse dado cuenta de las ventajas de llegar de los primeros; a esa hora los platos eran más variados, todavía había de aquello que a uno le apetecía. Como todos los espíritus poéticos, se había aficionado a un determinado sitio, y su elección denotaba bastante discernimiento. Desde el primer día de su entrada en Flicoteaux, había distinguido, cerca del mostrador, una mesa en la que las fisonomías de sus ocupantes y las conversaciones cogidas al vuelo delataban que era gente del mundillo literario. Además, una especie de instinto le hizo adivinar que colocándose cerca del mostrador podría charlar con los dueños del restaurante. A la larga trabarían conocimiento y, cuando llegaran los días de apuros económicos, sin duda conseguiría que le fiaran. Estaba sentado, pues, a una pequeña mesa cuadrada junto al mostrador, en la que no vio más que dos cubiertos adornados con dos blancas servilletas sin servilletero, y probablemente destinadas a las aves de paso. El que estaba frente por frente de Lucien era

un hombre delgado y pálido, joven, probablemente tan pobre como él, cuyo hermoso rostro ya ajado anunciaba que unas esperanzas desvanecidas habían marcado su frente y dejado en su alma unos surcos en los que la simiente sembrada no germinaba. Lucien se sintió atraído por el desconocido a causa de esos vestigios de poesía y un irresistible impulso de simpatía.

Este joven, el primero con quien el poeta de Angulema pudo entablar conversación al cabo de una semana de pequeñas cortesías, breves palabras y observaciones esporádicas, se llamaba Étienne Lousteau. Como Lucien, Étienne había abandonado su provincia, una ciudad del Berry, hacía dos años. Su gesticulación, su mirada brillante y su hablar parco por momentos delataban un amargo conocimiento de la vida literaria. Étienne había venido de Sancerre, con su tragedia auestas, atraído por lo que Lucien anhelaba: la gloria, el poder y el dinero. Este joven, que comió al principio allí algunos días seguidos, pronto no apareció más que de tanto en tanto. Al cabo de cinco o seis días de ausencia, al reencontrarse una vez con su poeta, Lucien esperaba volver a verle al día siguiente, pero al otro día su sitio estaba ocupado por un desconocido. Sucede entre jóvenes que, cuando se han visto la víspera, el fuego de la conversación de ayer se refleja en la de hoy, pero tales intervalos obligaban a Lucien a romper cada vez el hielo, y retrasaban una intimidad que, durante las primeras semanas, progresó muy poco. Después de haber preguntado a la mujer del mostrador, Lucien se enteró de que su futuro amigo era redactor de un pequeño periódico en el que hacía la crítica de los libros recién editados y daba cuenta de las obras que se estrenaban en el Ambigu-Comique, en la Gaîté, en el Panorama-Dramatique. Este joven se convirtió de repente en todo un personaje a los ojos de Lucien, que decidió entablar una conversación algo más íntima con él y hacer algunos sacrificios para conseguir una amistad tan necesaria a un principiante. El periodista permaneció quince días ausente. No sabía aún Lucien que Étienne sólo comía en Flicoteaux cuando estaba sin blanca, lo cual le daba ese aire sombrío y desencantado, esa frialdad a la que Lucien oponía sonrisas lisonjeras y dulces palabras. No obstante, esta relación exigía maduras reflexiones, ya que aquel oscuro periodista parecía llevar una vida cara, de copas, tazas de café, ponches, espectáculos y cenas. Sin embargo, durante los primeros días de estancia en el barrio, el comportamiento de Lucien fue el de un pobre niño atolondrado por su primera experiencia de la vida parisense. Por ello, tras haber estudiado el precio de las consumiciones y sopesado su bolsa, Lucien no se atrevió a adoptar las costumbres de Étienne, temiendo volver a cometer los errores de los que todavía se arrepentía. Siempre bajo el yugo de la recta conciencia de la provincia, sus dos ángeles custodios, Ève y David, se alzaban ante el menor mal pensamiento recordándole las esperanzas puestas en él, la felicidad de que estaba en deuda con su anciana madre y todas las promesas de su genio. Pasaba sus mañanas en la biblioteca de Sainte-Geneviève estudiando historia. Sus primeras investigaciones le hicieron caer en la cuenta de algunos errores garrafales en su novela El arquero de Carlos IX. A la hora de cierre de la biblioteca, volvía a su húmeda y fría habitación para corregir su obra, hacer añadidos y suprimir capítulos enteros. Después de cenar en Flicoteaux, bajaba hasta el passage du Commerce, leía en el gabinete de lectura de Blossé las obras de la literatura contemporánea, la prensa, las publicaciones semanales y los libros de poesía para estar al día del movimiento intelectual y volvía a su miserable hostel hacia medianoche sin haber gastado en leña ni luz. Estas lecturas cambiaban sus ideas tan radicalmente que se dedicó a corregir su colección de sonetos sobre las flores, sus queridas Margaritas, y tanto los rehízo que no conservó de ellos más que un centenar de versos. Así, al principio, Lucien llevó la vida inocente y pura de los pobres muchachos de provincias que encuentran lujoso Flicoteaux en comparación con el vulgar hogar paterno, que se recrean con lentos paseos bajo las alamedas del Luxemburgo mirando a las lindas mujeres con el rabillo del ojo y el corazón henchido de sangre, que no salen del barrio y se consagran religiosamente al trabajo pensando en su porvenir. Pero

Lucien, nacido poeta, sujeto muy pronto a grandes deseos, se vio sin fuerzas ante las seducciones de los carteles de los espectáculos. El Théâtre-Français, el Vaudeville, las Variétés y la Opéra-Comique, donde iba al patio de butacas, hicieron que le volaran unos sesenta francos. ¿Qué estudiante habría podido resistirse a la suerte de poder ver a Talma en los papeles que él mismo había hecho famosos? El teatro, ese primer amor de todos los espíritus poéticos, fascinó a Lucien. Los actores y las actrices le parecieron personajes imponentes; no creía posible salvar las candilejas y conocerlos de cerca. Para él estos autores que hacían sus delicias eran seres maravillosos que los periódicos trataban como los grandes intereses del Estado. ¡Qué sueño acariciado ser autor dramático y poder estrenar! ¡Sueño que, algunos audaces, como Casimir Delavigne, hacían realidad! Estos pensamientos fecundos, estos momentos de fe en sí mismo seguidos de desesperación agitaron a Lucien y lo mantuvieron en el recto camino del trabajo y del ahorro, no obstante el sordo bramar de más de un deseo ardiente. Por un exceso de prudencia se prohibió entrar en el Palais-Royal, aquel lugar de perdición donde en un solo día se había gastado cincuenta francos en Véry, y cerca de quinientos en ropa. Así, cuando cedía a la tentación de ver a Fleury, a Talma, a los dos Baptiste, o a Michot, no pasaba de la oscura galería donde se hacía cola desde las cinco y media, y donde los que llegaban con retraso tenían que comprar por diez sueldos un sitio al lado de la taquilla. A menudo, tras haber permanecido allí por espacio de dos horas, las palabras: «¡Ya no hay entradas!» resonaban en los oídos de más de un estudiante decepcionado. Después del espectáculo, Lucien volvía con los ojos bajos, sin mirar en absoluto las calles pobladas entonces de seducciones vivientes. Tal vez le ocurriera alguna de esas aventuras de lo más corrientes, pero que para una joven imaginación timorata adquiere enorme importancia. Asustado por lo menguado de su capital, un día en que contó sus escudos, Lucien notó un sudor frío al pensar en la necesidad de buscar un editor y encontrar algún trabajo remunerado. El joven periodista del que ya se consideraba amigo no venía ya por Flicoteaux. Lucien esperaba un golpe de fortuna que no se presentaba. En París no los hay más que para las personas de la buena sociedad; el número de relaciones aumenta las probabilidades de éxito de todo tipo y el azar está también del lado de los grandes batallones. Como hombre en quien subsistía aún la previsión de los provincianos, Lucien no quiso esperar al momento en que sólo le quedarán unos pocos escudos: tomó la decisión de enfrentarse a los librereros.

Una mañana bastante fría del mes de septiembre bajó por la rue de La Harpe con sus dos manuscritos bajo el brazo. Fue a pie hasta el quai des Augustins, se paseó a lo largo de la acera, mirando alternativamente el agua del Sena y las librerías, como si un genio bueno le aconsejara lanzarse al agua antes que lanzarse a la literatura. Después de angustiosas vacilaciones, de un profundo examen de los rostros más o menos agradables, divertidos, ceñudos, alegres o tristes que observaba a través de los cristales o en el umbral de las puertas, divisó una casa delante de la cual unos diligentes dependientes estaban embalando libros. Allí hacían los envíos y las paredes estaban cubiertas de carteles. A la venta: «EL SOLITARIO, por el señor vizconde D'Arincourt. Tercera edición». «LÉONIDE, por Victor Ducange; cinco tomos en doceavo, impresos en papel fino. Precio, 12 francos.» «INDUCCIONES MORALES, por Kératry.»

— ¡Qué suerte la suya! —exclamó Lucien.

El cartel, creación nueva y original del famoso Ladvocat, florecía entonces por primera vez en las paredes. No tardó en estar París abigarrado de colores por los imitadores de este procedimiento de anuncio, fuente de ingresos públicos. Finalmente, con el corazón henchido de sangre y de inquietud, Lucien, en un tiempo tan grande en Angulema y ahora tan insignificante en París, se acercó pegado a las paredes de las casas e hizo de tripas corazón para entrar en aquella tienda atestada de dependientes, clientes y librereros. «Y tal vez de autores», pensó Lucien.

—Quisiera hablar con monsieur Vidal o con monsieur Porchon —le dijo a uno de los dependientes.

Había leído a la entrada un rótulo de grandes letras: «VIDAL Y PORCHON, libreros comisionistas para Francia y el extranjero».

—Estos dos señores están ocupados —le replicó un dependiente atareado.

—Esperaré.

Dejaron al poeta en la tienda, donde se dedicó a examinar los bultos; permaneció dos horas ocupado en mirar los títulos, abrir libros y leer páginas aquí y allá. Acabó apoyando un hombro en una puerta acristalada con unos visillos verdes, tras la cual sospechó debían de encontrarse o Vidal o Porchon, y oyó la siguiente conversación:

— ¿Quiere quedarse con quinientos ejemplares? Pues entonces se los dejo en quinientos francos, y además le doy un ejemplar por cada docena comprada.

— ¿A qué precio saldría eso?

—Dieciséis sueldos menos.

—Cuatro francos y cuatro sueldos —dijo Vidal o Porchon al que ofrecía sus libros.

—Bien —replicó el vendedor.

— ¿A crédito? —preguntó el comprador.

— ¡Viejo truhán! ¿Es que quiere pagármelos dentro de dieciocho meses en letras a un año vista?

—No, en letras aceptadas inmediatamente —replicó Vidal o Porchon.

— ¿A qué plazo?, ¿nueve meses? —preguntó el editor o el autor que ofrecía sin duda un libro.

—No, amigo mío, a un año —respondió uno de los dos libreros comisionistas.

Hubo un momento de silencio.

— ¡Me estrangula usted! —exclamó el desconocido.

—Pero ¿es que piensa que vamos a colocar en un año quinientos ejemplares de Léonide? —respondió el librero comisionista al editor de Victor Ducange—. Si los libros se vendieran al gusto de los editores seríamos millonarios, mi querido maestro; pero se venden al gusto del público. Si se venden las novelas de Walter Scott a dieciocho sueldos el volumen, tres libras y doce sueldos el libro entero, ¿quiere usted que venda yo sus libros más caros? Si quiere que dé salida a esta novela, tendrá que darme algunas ventajas. ¡Vidal!

Un hombre gordo dejó la caja y acudió con una pluma a la oreja.

— ¿Cuántos Ducange colocaste durante tu último viaje? —le preguntó Porchon.

—Coloqué doscientos Viejecitos de Calais; pero, para ello, tuve que bajar el precio a dos obras por las que no nos daban una comisión tan buena y que se han convertido en dos maulas.

Más tarde Lucien se enteró de que ese remoquete de maulas lo aplicaban los libreros a las obras que quedan encaramadas en lo alto de los anaqueles en las profundas soledades de sus almacenes.

—Ya sabes, además —continuó Vidal—, que Picard prepara unas novelas. Nos prometen un veinte

por ciento de descuento sobre el precio normal de librería, para que se pueda organizar un éxito.

—Está bien, ¡a un año! —replicó tristemente el editor, fulminado por la última observación confidencial de Vidal a Porchon.

— ¿Trato hecho? —preguntó directamente Porchon al desconocido.

—Sí.

El editor salió. Lucien oyó cómo Porchon le decía a Vidal:

—Tenemos pedidos trescientos ejemplares. Le daremos largas con el pago, venderemos el Léonide a cien sueldos la unidad, nos los haremos pagar a seis meses, y...

—Y —dijo Vidal— nos embolsaremos mil quinientos francos de beneficio.

—Sí, he visto lo apurado que estaba.

— ¡Se está hundiendo! Paga cuatro mil francos a Ducange por dos mil ejemplares.

Lucien interrumpió a Vidal ocupando el vano de la pequeña puerta de aquella jaula.

—Señores —dijo a los dos socios—, es un honor saludarles.

Los librereros apenas si le saludaron.

—Soy autor de una novela sobre la historia de Francia al estilo de Walter Scott, y que lleva por título El arquero de Carlos IX; les propongo su compra.

Porchon lanzó sobre Lucien una mirada poco cálida y dejó su pluma sobre el pupitre. Vidal miró al autor con aire brutal y le respondió:

—Señor, nosotros no somos librereros editores, sino librereros comisionistas. Cuando hacemos libros por cuenta propia es porque son operaciones que emprendemos con nombres consagrados. Además, sólo compramos libros serios, historias y compendios.

—Pero si mi libro es muy serio, es una reconstrucción fiel de la lucha entre los católicos, que se mantenían partidarios del Gobierno absolutista, y los protestantes, que querían instaurar la república.

— ¡Señor Vidal! —gritó un dependiente.

Vidal se escabulló.

—Yo no le digo, señor, que su libro no sea una obra maestra —retomó Porchon haciendo un gesto bastante descortés—, pero nosotros solamente nos ocupamos de libros ya impresos. Vaya a ver a los que compran manuscritos, el viejo Doguereau, en la rue du Coq, al lado del Louvre, es uno de los que se dedican a la novela. De haberlo dicho antes, acaba usted de ver a Pollet, el competidor de Doguereau y de los editores de las Galeries de Bois.

—Verá, tengo también un libro de poesía...

— ¡Monsieur Porchon! —gritaron.

— ¿Poesía? —exclamó Porchon, encolerizado—. ¿Por quién me toma? —añadió riéndose en sus narices y desapareciendo en la trastienda.

Lucien atravesó el Pont-Neuf sumido en mil reflexiones. Lo que había podido comprender de

aquella jerga comercial le hizo adivinar que, para aquellos libreros, los libros eran como gorros de algodón para los almacenistas, una mercancía que se ha de vender cara y comprar barata.

«Me he equivocado», se dijo, sorprendido no obstante por el cariz brutal y materialista que presentaba la literatura. En la rue du Coq divisó una modesta tienda por delante de la cual ya había pasado y sobre la que habían pintadas en letras amarillas, sobre fondo verde, estas palabras: DOGUEREAU, EDITOR. Recordó haber visto estas palabras repetidas en la parte inferior del frontispicio de varios libros que había leído en el gabinete de lectura de Blossé. Entró, no sin esa agitación interior que produce a todos los hombres de imaginación la certeza de una lucha. Encontró en la tienda a un curioso anciano, una de las originales figuras de la edición bajo el Imperio. Llevaba Doguereau una especie de frac negro con unos largos faldones cuadrados, cuando la moda del momento cortaba los fraques en forma de ala de pichón. Lucía un chaleco de tela corriente a cuadros de diversos colores del que colgaban, en el lugar del bolsillo, una leontina de acero y una llave de cobre que se bamboleaban sobre su calzón negro. El reloj debía de ser del grosor de una cebolla. Completaban este atuendo unas medias de paño de un color gris acerado y unos zapatos adornados con hebillas de plata. Iba el viejo con la cabeza descubierta, adornada de cabellos entrecanos y repartidos un tanto poéticamente. El viejo Doguereau, como lo había llamado Porchon, parecía por su frac, su calzón y sus zapatos un profesor de literatura, y un vendedor por el chaleco, el reloj y las medias. Su fisonomía no desmentía en absoluto esta singular mezcolanza: tenía el aspecto magistral, dogmático, la cara surcada de arrugas del profesor de retórica y los ojos vivos, la boca con un rictus de desconfianza y la vaga inquietud del editor.

— ¿Monsieur Doguereau? —preguntó Lucien.

—Soy yo, señor...

—Soy autor de una novela —dijo Lucien.

—Es usted muy joven —repuso el editor.

—Pero, señor, mi edad no tiene nada que ver.

—Es cierto —dijo el anciano editor tomando el manuscrito—. ¡Ah, diantres! El arquero de Carlos IX, un título sugestivo. Veamos, joven, cuénteme en dos palabras el argumento.

—Verá, se trata de una obra histórica al estilo de Walter Scott, en la que el carácter de la lucha entre católicos y protestantes está presentado como un combate entre dos sistemas de gobierno en un momento en que el trono se veía seriamente amenazado. He tomado partido por los católicos.

—Muy bien, jovencito, ¡eso son ideas! Leeré su obra, se lo prometo. Me habría gustado más una novela al estilo de miss Radcliffe; pero si es usted trabajador, tiene un poco de estilo, inventiva, ideas y arte en la descripción de ambientes, no pido más que servirle. ¿Qué hace falta... sino buenos originales?

— ¿Cuándo podré volver?

—Esta tarde salgo para el campo, estaré de vuelta pasado mañana; habré ya leído su libro y, si me gusta, podremos llegar a un acuerdo el mismo día.

Lucien, al verle tan campechano, tuvo la fatal idea de sacar el manuscrito de Las margaritas.

—Señor, tengo también una colección de poesías...

— ¡Ah!, es poeta; pues entonces no quiero su novela —dijo el anciano devolviéndole el manuscrito

— Los versificadores fracasan cuando quieren hacer prosa. En prosa no hay ripio que valga, hay que decir siempre algo.

—Pero, señor, Walter Scott también ha escrito versos...

—Es cierto —hubo de admitir Doguereau, que se dulcificó, intuyó la penuria del joven y se guardó el manuscrito—: ¿Dónde vive? Iré yo a verle.

Lucien le dio su dirección, sin sospechar ninguna doble intención en aquel anciano, no reconocía en él al editor de la vieja escuela, un hombre de los tiempos en que los editores deseaban tener en una buhardilla y encerrados bajo llave a Voltaire y a Montesquieu muriéndose de hambre.

—He de volver precisamente por el Barrio Latino —le dijo el editor, después de haber leído la dirección.

«¡Qué buen hombre! —pensó Lucien al despedirse del editor—. Así que he encontrado a un amigo de la juventud, alguien que sabe realmente lo que se trae entre manos. ¡Que no me vengán con historias! Ya se lo decía yo a David: en París el talento triunfa con facilidad.»

Lucien regresó feliz y contento, soñaba ya con la gloria. Sin pensar más en las siniestras palabras que había escuchado en la oficina de Vidal y Porchon, se veía ya rico, con por lo menos mil doscientos francos. Mil doscientos francos representaban un año de estancia en París, un año durante el cual prepararía nuevas obras. ¡Cuántos proyectos no concibió sobre esta esperanza! ¡Cuántas dulces ensoñaciones viendo su vida afianzada sobre el trabajo! Se vio ya situado, se acicaló y poco faltó para que hiciera algunas compras. Sólo pudo engañar a su impaciencia con lecturas constantes en el gabinete de Blossé. Dos días después, el viejo Doguereau, sorprendido por el estilo del que hacía gala Lucien en su primera obra, encantado por la exageración de los caracteres que admitía la época en que se desarrollaba el drama, sorprendido por la férvida imaginación con que un joven autor traza su primer plan, se presentó en el hostel en el que vivía su Walter Scott en ciernes. Estaba decidido a pagar mil francos por la exclusiva propiedad de El arquero de Carlos IX y ligar a Lucien con un contrato para varias obras. Al ver el hostel, el viejo zorro cambió de parecer.

«Un joven que se aloja aquí no puede tener sino unos gustos modestos, ama el estudio y el trabajo; puedo ofrecerle sólo ochocientos francos.»

La hostelera, a quien preguntó por monsieur Lucien de Rubempré, le respondió:

— ¡Cuarto piso!

El editor alzó la nariz y no vio más que el firmamento por encima del cuarto.

«Este joven —pensó— es un buen mozo, tal vez hasta demasiado; si ganara mucho dinero, se entregaría a una vida disipada y dejaría de trabajar. En nuestro común interés, le ofreceré seiscientos francos; pero en metálico, nada de billetes.»

Subió la escalera, llamó tres veces a la puerta de Lucien, quien salió a abrir. La habitación era de una desnudez desesperante. Encima de la mesa había un tazón de leche y una barra de pan de dos céntimos. Esta indigencia del genio impresionó al bueno de Doguereau.

«Que conserve —pensó— estas sencillas costumbres, esta frugalidad y estas necesidades modestas.»

—Me alegra volver a verle —dijo a Lucien—. Así vivía Jean-Jacques, con quien a buen seguro tiene más de un parecido. En este tipo de alojamientos brilla el fuego del genio y se escriben las buenas obras.

Así es como tendrían que vivir los literatos, en vez de malgastar el tiempo en los cafés, en los restaurantes, y echar a perder su tiempo, su talento y nuestro dinero. —Se sentó—. Joven, su novela no está mal. He sido profesor de retórica y conozco la historia de Francia; hay cosas excelentes en ella. En una palabra, tiene usted futuro.

— ¡Ah!, señor.

—No, lo que le digo, podremos hacer negocios juntos. Le compro su novela...

El corazón de Lucien se esponjó, palpitaba de contento, iba a entrar en el mundo literario, al fin iba a ver impresa su obra.

—Se la compro por cuatrocientos francos —dijo Doguereau en tono meloso y mirando a Lucien con el aire de quien acaba de hacer un esfuerzo de generosidad.

— ¿El volumen? —preguntó Lucien.

—La novela —dijo Doguereau, sin extrañarse de la sorpresa de Lucien—. Pero —agregó— será al contado. Se comprometerá usted a escribir dos al año durante seis años. Si la primera se agota en seis meses, le pagaré las demás a seiscientos francos. Así, a dos por año, podrá contar con cien francos al mes, tendrá su vida resuelta y será feliz. Tengo autores a quienes no pago más que trescientos francos por novela. Doy doscientos francos por una traducción del inglés. En otros tiempos este precio habría sido exorbitante.

—Señor, no podremos llegar a un acuerdo; le ruego que me devuelva mi manuscrito —dijo Lucien, helado.

—Aquí lo tiene —dijo el viejo editor—. No entiende usted de negocios, señor. Al publicar la primera novela de un autor, un editor tiene que arriesgar mil seiscientos francos en la impresión y el papel. Es más fácil escribir una novela que encontrar una suma semejante. Tengo cien manuscritos de novelas en mi casa y no tengo ciento sesenta mil francos en la caja. Desgraciadamente esta suma no la he ganado en los veinte años que llevo de editor. No nos hacemos ricos en nuestro oficio de editores de novelas. Vidal y Porchon nos las compran con unas condiciones cada día más gravosas para nosotros. Ustedes los escritores arriesgan sólo su tiempo, pero yo he de desembolsar dos mil francos. Si no acertamos, porque habent sua fata libelli, pierdo dos mil francos; y a usted le basta con hacer una oda contra la estupidez del público lector. Después de haber meditado sobre lo que le acabo de decir, vendrá a verme de nuevo. Volverá a mí —repitió el editor con autoridad en respuesta a un gesto lleno de soberbia que se le escapó a Lucien—. Lejos de encontrar un editor que quiera arriesgar dos mil francos por un joven desconocido, no encontrará ni a un empleado que se tome la molestia de leer sus garrambinas. Yo, que las he leído, puedo señalarle varias faltas. Ha puesto «desapercibido» en vez de «inadvertido», y «a pesar que» en vez de «a pesar de que». «A pesar de que» exige un régimen directo. —Lucien pareció humillado—. Cuando vuelva a verle habrá perdido usted cien francos —añadió—. Entonces no le daré más que cien escudos. —Se levantó, saludó, pero cuando estaba en el umbral de la puerta dijo—: Si no tuviera usted talento y futuro, si no me interesara por los jóvenes estudiosos, no le habría propuesto tan buenas condiciones. ¡Cien francos al mes! Piense en ello. Al fin y al cabo, una novela en un cajón no es lo mismo que un caballo en una cuadra, no come pan. ¡A decir verdad, tampoco lo da!

Lucien cogió su manuscrito, lo estampó contra el suelo y exclamó:

— ¡Antes prefiero quemarlo, señor!

—Razona usted como un poeta —dijo el viejo.

Lucien devoró su barra de pan, se bebió de dos tragos la leche y salió. Su habitación no era lo bastante espaciosa y en ella habría dado vueltas como un león en su jaula del Jardin des Plantes. En la biblioteca de Sainte-Geneviève, adonde pensaba ir Lucien, se había fijado en un joven de unos veinticinco años que, siempre en el mismo rincón, trabajaba con esa gran concentración que nada distrae ni perturba y por la que se reconoce a los verdaderos trabajadores de la literatura. Este joven iba allí, sin duda, desde hacía tiempo, los empleados y el mismo bibliotecario se mostraban serviciales con él; el bibliotecario le dejaba llevarse libros que Lucien veía cómo el estudioso desconocido devolvía a la mañana siguiente, y en quien el poeta reconocía a un hermano de miseria y esperanza. Menudo, flaco y pálido, este trabajador ocultaba una bella frente bajo una espesa melena negra bastante descuidada; tenía unas manos bonitas y llamaba la atención de los indiferentes debido a un vago parecido con el grabado de Bonaparte hecho a partir del retrato de Robert Lefebvre. Este grabado es todo un poema de ardiente melancolía, de ambición contenida, de secreta energía. ¡Examinadlo bien! Encontraréis en él genio y discreción, sutileza y grandeza. Los ojos son vivaces como los de una mujer. La mirada está ávida de espacio y deseosa de obstáculos que vencer. Aunque el nombre de Bonaparte no figurara escrito al pie, lo contemplaríais igualmente. El joven que encarnaba este grabado llevaba normalmente unos pantalones con trabilla, zapatos de gruesas suelas, una levita de paño corriente, una corbata negra, un chaleco de paño gris, mezclado de blanco, abotonado hasta arriba, y un sombrero barato. Su desdén por toda gala superflua era evidente. A este misterioso desconocido, marcado con el sello que imprime el genio en la frente de sus esclavos, se lo volvía a encontrar Lucien en Flicoteaux como el más puntual de todos los asiduos; comía allí para sobrevivir, sin dar importancia a una comida con la que parecía familiarizado, y bebía siempre agua. Tanto en la biblioteca como en Flicoteaux, trascendía de él una especie de dignidad que le venía sin duda de la conciencia de una vida ocupada en algo grande y que le hacía inabordable. Su mirada era pensativa. La meditación se adueñaba de su bella y noblemente dibujada frente. Sus vivos y negros ojos, que veían bien y con presteza, revelaban la costumbre de ir siempre al fondo de las cosas. Sencillo en sus ademanes, tenía un talante grave. Lucien sentía un involuntario respeto por él. Ya en varias ocasiones se habían mirado mutuamente, como para hablar a la entrada o a la salida de la biblioteca o del restaurante, pero ninguno de los dos se había atrevido a hacerlo. Aquel silencioso joven se iba al fondo de la sala, en la parte situada del lado de la place de la Sorbonne. Lucien no había podido, pues, entablar relación con él, por más que se sintiera atraído por aquel joven trabajador en el que se descubrían los inefables síntomas de un hombre superior. Tanto el uno como el otro, como habían de reconocer ambos más tarde, eran dos naturalezas vírgenes y tímidas, expuestas a todos los temores cuyas emociones gustan a los hombres solitarios. Sin su súbito encuentro en el momento del desastre que acababa de ocurrirle a Lucien, tal vez nunca habrían cruzado palabra. Pero al entrar en la rue des Grès, Lucien vio al joven desconocido que volvía de Sainte-Geneviève.

—La biblioteca está cerrada y no sé por qué —dijo.

En aquel momento, Lucien sentía cómo las lágrimas asomaban a sus ojos; dio las gracias al desconocido con uno de esos gestos que son más elocuentes que las mismas palabras y que de joven a joven abren enseguida los corazones. Ambos bajaron por la rue des Grès y se dirigieron hacia la de La Harpe.

—Voy a pasearme por el Luxemburgo —dijo Lucien—. Una vez que se ha salido, es difícil volver al trabajo.

—En efecto, pierde uno el hilo necesario de las ideas —prosiguió el desconocido—. Parece usted preocupado, señor.

—Acaba de ocurrirme una singular aventura —dijo Lucien.

Contó su visita al muelle y luego al viejo editor y las propuestas que acababa de recibir; se presentó y le dio algunos detalles sobre su situación. Desde hacía poco más de un mes se había gastado unos sesenta francos en vivir, treinta en el hostel, veinte en espectáculos, diez en el gabinete de lectura; en total ciento veinte francos; no le quedaban más que otros ciento veinte.

—Señor —le dijo el desconocido—, su historia es la mía y la de otros mil o mil doscientos jóvenes que todos los años llegan a París de provincias. De todos modos, no somos aún los más desgraciados. ¿Ve ese teatro? —dijo señalando en dirección al Odéon—. Un día fue a alojarse, en una de las casas que dan a la plaza, un hombre de talento que había caído en la miseria; casado, desgracia añadida que no nos aflige aún ni a usted ni a mí, con una mujer a la que quería, con la suerte o la desgracia, como usted quiera, de tener dos hijos pequeños, cargado de deudas, pero con la confianza puesta en su pluma. Presenta en el Odéon una comedia en cinco actos, que es aceptada y consigue un turno preferente, los actores la ensayan y el director intensifica los ensayos. Estas cinco dichas constituyen cinco dramas más inconcebibles aún que escribir cinco actos. El pobre autor, alojado en una buhardilla que puede usted ver desde aquí, agota sus últimos recursos durante los ensayos de su obra para poder vivir; su mujer pignora sus últimas ropas en el Monte de Piedad y la familia come sólo pan. El día del ensayo general, la víspera del estreno, el matrimonio debía cincuenta francos en el barrio, al panadero, a la lechera y al portero. El poeta había conservado lo estrictamente necesario: un frac, una camisa, unos pantalones, un chaleco y unas botas. Convencido del éxito, abraza a su mujer y le anuncia el final de sus desdichas. «¡Por fin nos sonrío la fortuna!», exclama. «Hay fuego», le dice su mujer; «mira, el Odéon está ardiendo.» Señor, el Odéon se incendió. Así pues, no se queje. No tiene falta de ropa, no tiene mujer ni hijos, tiene ciento veinte francos en el bolsillo y no debe nada a nadie. La obra alcanzó las ciento cincuenta representaciones en el teatro Louvois. El rey otorgó una pensión al autor. Ya lo dijo Buffon: el genio no es sino cuestión de paciencia. La paciencia, en efecto, es lo que, en el hombre, más se parece a lo que la Naturaleza emplea en sus creaciones. ¿Qué es el Arte, señor? Es la Naturaleza concentrada.

Los dos jóvenes recorrían a grandes zancadas el Luxemburgo. Lucien no tardó mucho en saber el nombre, vuelto célebre posteriormente, del desconocido, que trataba de consolarle. Este joven era Daniel d'Arthez, hoy uno de los más ilustres escritores de nuestra época y una de las raras personas que, según el hermoso pensamiento de un poeta, presentan «un perfecto acuerdo entre un gran talento y un buen carácter».

—No se puede ser un gran hombre a bajo precio —le dijo Daniel con su dulce voz—. El genio riega sus obras con lágrimas. El talento es una criatura moral que tiene, como todos los seres, una infancia sujeta a enfermedades. La Sociedad rechaza a los talentos incompletos lo mismo que la Naturaleza hace perecer a las criaturas endebles o mal conformadas. Todo el que quiera elevarse por encima de los hombres debe prepararse para la lucha y no retroceder ante ninguna dificultad. Un gran escritor es un mártir que no morirá, eso es todo. Usted lleva en la frente el sello del genio —dijo D'Arthez a Lucien envolviéndole en su mirada—; pero si no posee su voluntad, si no tiene su angélica paciencia, si a cualquier distancia en que le dejen los reveses de la fortuna no retoma, como las tortugas en cualquier lugar donde estén, el camino de su infinito, como toman ellas el de su querido océano, renuncie desde hoy mismo.

—Entonces, ¿usted espera suplicios? —dijo Lucien.

—Pruebas de todo tipo: calumnias, traiciones, injusticias por parte de mis rivales; afrentas, astucias, la dura ley del comercio —respondió el joven con voz resignada—. Si su obra es bella, ¿qué importa empezar perdiendo...?

— ¿Quiere leer y darme su opinión sobre la mía? —dijo Lucien.

—Está bien —dijo D'Arthez—. Vivo en la rue des Quatre-Vents, en una casa en la que uno de los hombres más ilustres, uno de los genios más grandes de nuestro tiempo, un fenómeno de la ciencia, Desplein, el más grande cirujano conocido, sufrió su primer martirio, luchando contra las primeras dificultades de la vida y de la gloria en París. Este recuerdo me proporciona todas las noches la dosis de valor que necesito cada mañana. Estoy en esa habitación en la que él comió tantas veces, como Rousseau, pan y cerezas, pero sin Thérèse. Venga dentro de una hora, allí estaré.

Los dos poetas se despidieron con un efusivo apretón de manos que revelaba un afecto melancólico. Lucien fue a buscar su manuscrito. Daniel d'Arthez se dirigió al Monte de Piedad para empeñar su reloj y poder comprar dos haces de leña a fin de que su nuevo amigo encontrara fuego en casa, porque hacía frío. Lucien llegó puntual y vio en primer lugar una casa menos decente que su hostel y que tenía un lúgubre pasillo al final del cual comenzaba una oscura escalera. La habitación de Daniel d'Arthez, situada en el quinto piso, tenía dos ventanas en mal estado, entre las cuales había una librería de madera ennegrecida, llena de cartapacios etiquetados. Un pobre camastro de madera pintada, parecida a las literas de colegio, una mesilla de noche comprada de ocasión y dos sillones con relleno de crin ocupaban el fondo de este cuarto tapizado con un papel pintado escocés renegrido por el humo y el tiempo. Entre la chimenea y una de las ventanas había una larga mesa atestada de papeles. Enfrente de esta chimenea, una cómoda de caoba desvencijada. Una alfombra de lance recubría completamente el embaldosado. Este lujo necesario permitía ahorrar la calefacción. Delante de la mesa, un vulgar sillón de oficina de badana roja descolorida por el uso, y seis sillas baratas completaban el mobiliario. En la repisa de la chimenea vio Lucien un viejo candelero de bouillotte con pantalla, provisto de cuatro bujías. Cuando Lucien preguntó el porqué de las bujías, reconociendo en todas las cosas los signos de una extrema miseria, D'Arthez le respondió que no podía soportar el olor de las velas de sebo. Ello revelaba unos sentidos muy delicados y era indicio de una sensibilidad exquisita. La lectura duró siete horas. Daniel escuchó religiosamente sin decir una palabra ni hacer una observación, lo cual es una de las mayores pruebas de buen gusto que pueden dar los autores.

—Bien —dijo Lucien a Daniel dejando el manuscrito sobre la repisa de la chimenea.

—Está usted en el buen camino —respondió con aire grave el joven—; pero su obra necesita ser rehecha. Si no quiere ser un mono de imitación de Walter Scott, tiene que crear un estilo diferente, porque usted le ha imitado. Comienza, como él, con largas conversaciones para situar a sus personajes; después de que han hablado, llega la descripción y la acción. Este antagonismo necesario en toda obra dramática viene en último lugar. Invierta los términos del problema. Sustituya esos diálogos prolijos, magníficos en Scott, pero descoloridos en usted, por descripciones a las que tan bien se presta nuestra lengua. Que el diálogo sea en usted la esperada consecuencia que corona sus preparativos. Acometa primero la acción. Aborde el tema unas veces tangencialmente y otras por el final; en resumen, varíe el planteamiento para no repetirse. Resultará nuevo aunque adapte a la historia de Francia la forma del drama dialogado del escocés. Walter Scott carece de pasión, la ignora, o quizá las hipócritas costumbres de su país se la vedaban. Para él la mujer es el deber encarnado. Salvo raras excepciones, sus heroínas

son siempre las mismas y sólo ha hecho de ellas un estarcido, para emplear un término de los pintores. Todas derivan de Clarisse Harlowe; al cortarlas todas por el mismo patrón, no podía obtener más que ejemplares de un mismo tipo que variaba mediante un colorido más o menos vivo. La mujer trae el desorden a la sociedad mediante la pasión. La pasión tiene infinitos accidentes. Describa, pues, las pasiones, encontrará en ellas inmensos recursos de los que ese gran genio ha prescindido para así poder ser leído en todos los hogares de la gazmoña Inglaterra. En Francia, encontrará las fascinantes culpas y las brillantes costumbres del catolicismo que puede oponer a las sombrías figuras del calvinismo durante el más apasionante período de nuestra historia. Cada auténtico reinado a partir de Carlomagno exigirá al menos una obra, y a veces hasta cuatro o cinco, como en el caso de Luis XIV, Enrique IV y Francisco I. Así hará una historia de Francia pintoresca en la que describirá las costumbres, el mobiliario, las casas, los interiores, la vida privada, restituyendo el espíritu del tiempo, en vez de narrar fatigosamente unos hechos conocidos. Tiene una manera de ser original, poniendo de manifiesto los errores populares que dan una imagen equivocada de la mayoría de nuestros monarcas. Atrévase, en su primera obra, a recuperar la grande y magnífica figura de Catalina que ha sacrificado usted a los prejuicios que aún pesan sobre ella. Describa también a Carlos IX como realmente era y no en lo que lo han convertido los escritores protestantes. Al cabo de diez años de persistir en ello, alcanzará fama y fortuna.

Eran ya las nueve. Lucien imitó el secreto gesto de generosidad de su futuro amigo invitándole a cenar en Édouard, donde se gastó doce francos. Durante esta cena, Daniel le reveló a Lucien el secreto de sus estudios y de sus esperanzas. D'Arthez no admitía la existencia de un talento excepcional sin un profundo conocimiento de la metafísica. Estaba dedicado en aquel momento a la investigación de todas las riquezas filosóficas de los tiempos antiguos y modernos con el fin de assimilarlas. Quería, como Molière, ser un profundo filósofo antes de ponerse a escribir comedias. Estudiaba el mundo en los libros y en la vida, el pensamiento y los hechos. Entre sus amigos había sabios naturalistas, jóvenes médicos, escritores políticos y artistas, un grupo de gente estudiosa, seria y con un gran futuro. Vivía de escribir artículos concienzudos y mal pagados para diccionarios biográficos, enciclopédicos o de ciencias naturales; sólo escribía lo indispensable para vivir y poder seguir enriqueciendo su pensamiento. D'Arthez tenía escrita una obra de imaginación, emprendida con la exclusiva finalidad de estudiar los recursos de la lengua. Este libro, aún inconcluso, tomado y retomado según su humor, lo guardaba para los días de grandes apuros. Se trataba de una obra psicológica muy ambiciosa en forma de novela. Aunque Daniel hablaba de sí con gran modestia, a Lucien le pareció un ser excepcional. A la salida del restaurante, a las once, Lucien se sentía unido por una profunda amistad a aquella virtud sin énfasis, a aquella naturaleza inconscientemente sublime. El poeta no discutió los consejos de Daniel; los siguió al pie de la letra. Aquel gran talento, ya granado por el pensamiento y una crítica solitaria, inédita, hecha para él y para nadie más, le había abierto de repente las puertas de los magníficos palacios de la fantasía. Los labios del provinciano habían sido rozados por una brasa, y la palabra del trabajador parisiense encontró en el cerebro del poeta de Angulema un terreno abonado. Lucien se puso a rehacer su obra.

Feliz de haber encontrado en el desierto de París un corazón en el que abundaban unos sentimientos generosos en armonía con los suyos, el gran hombre de provincias hizo lo que hacen todos los jóvenes sedientos de afecto: se pegó a D'Arthez como una enfermedad crónica; pasaba a buscarle para ir a la biblioteca, paseaba con él por el Luxemburgo los días de buen tiempo, le acompañaba todas las noches hasta su modesta habitación, después de haber cenado juntos en Flicoteaux; en fin, se apretó contra él como el soldado se apretaba contra su compañero en las heladas llanuras de Rusia. Durante los primeros

días de su amistad con Daniel, notó, no sin pesar, que su presencia creaba cierta incomodidad cuando se hallaban reunidos los íntimos. La conversación de aquellos seres superiores, de los que D'Arthez le hablaba con vehemente entusiasmo, se mantenía dentro de los límites de una reserva que contrastaba con las claras muestras de su fuerte amistad. Entonces Lucien se iba discretamente, sintiendo una especie de pena causada por el ostracismo de que era objeto y por la curiosidad que despertaban en él aquellos desconocidos personajes, porque todos se llamaban por sus nombres de pila. Llevaban todos impreso en la frente, como D'Arthez, el sello de un genio especial. Tras una secreta oposición, contra la cual D'Arthez luchó sin que él lo supiera, Lucien fue, finalmente, considerado digno de entrar en este Cenáculo de grandes espíritus. Lucien pudo, a partir de entonces, conocer a esas personas unidas por la más viva simpatía, por la seriedad de su vida intelectual, que casi todas las noches se reunían en la habitación de D'Arthez. Todos presentían en éste al gran escritor: le veían como el cabeza de grupo, después de haber perdido a uno de los talentos más extraordinarios de aquel tiempo, un genio místico, su primer mentor, que, por razones que no vienen al caso, había regresado a su provincia, y de quien Lucien oía a menudo hablar con el nombre de Louis. Se comprenderá fácilmente lo mucho que aquellos personajes habían despertado la curiosidad y el interés de un poeta, tratándose de personas que posteriormente han conquistado toda su gloria, como el mismo D'Arthez, porque varios de ellos sucumbieron.

Entre quienes aún viven se encontraba Horace Bianchon, entonces interno en el Hospital General, convertido más tarde en una de las eminencias de la Escuela de París y demasiado conocido ahora para que sea necesario describir su personalidad o explicar su carácter o la índole de su espíritu. Luego estaba Léon Giraud, ese profundo filósofo, el osado teórico que pone en entredicho todos los sistemas, los enjuicia, los explica, los formula y los pone a los pies de su ídolo, la HUMANIDAD; siempre grande, aun en sus errores, ennoblecidos por su buena fe. Este trabajador intrépido, este sabio concienzudo, se ha convertido en el jefe de filas de una escuela moral y política sobre cuyo mérito sólo el tiempo podrá pronunciarse. Sus convicciones le han llevado a militar en un campo opuesto al de sus camaradas, pero no por ello ha dejado de ser su fiel amigo. El Arte estaba representado por Joseph Bridau, uno de los mejores pintores de la joven escuela. Sin las íntimas desgracias a las que le condena un carácter demasiado impresionable, Joseph, que no ha dicho, por otra parte, aún la última palabra, habría podido seguir los pasos de los grandes maestros de la escuela italiana: domina el dibujo de Roma y el color de Venecia; pero el amor lo mata y no sólo es el corazón lo que le traspasa: el amor le lanza las flechas al cerebro, trastorna su vida y le obliga a hacer los zigzagueos más extraños. Según que su amante del momento le haga o muy feliz o muy desgraciado, Joseph presentará en la exposición o bocetos en los que el color empasta el dibujo, o cuadros que ha querido terminar bajo el peso de unas penas imaginarias en los que demuestra una preocupación por el dibujo tan grande que el color, que emplea a capricho, brilla por su ausencia. Así defrauda de continuo tanto al público como a sus amigos. Hoffmann le habría adorado por sus atrevidas incursiones en el campo del Arte, por sus caprichos y por sus fantasías. Cuando se muestra en la plenitud de sus facultades, saborea la admiración que provoca y se ofende de no ser elogiado por sus obras fallidas, en las que con los ojos del alma ve todo aquello que el público es incapaz de percibir. Extremadamente caprichoso, sus amigos le han visto destruir un cuadro acabado que a él le parecía demasiado relamido. «Es demasiado amanerado —decía—, demasiado académico.» A veces original y sublime, está sujeto a todas las felicidades y desdichas de los temperamentos nerviosos, en quienes el anhelo de perfección se convierte en una enfermedad. Es un espíritu hermano del de Sterne, talento literario aparte. Sus palabras, sus destellos de pensamiento tienen un sabor inaudito. Es elocuente y sabe amar, no obstante sus caprichos, que manifiesta tanto en sus

sentimientos como en sus actos. Era apreciado en el Cenáculo precisamente por lo que el mundo burgués habría llamado sus defectos. Y, por último, Fulgence Ridal, uno de los autores de nuestro tiempo de mayor inspiración cómica, un poeta indiferente a la gloria, que sólo da a la escena sus producciones más vulgares y conserva en el serrallo de su cerebro, para él y para sus amigos, las más bellas escenas, y que le pide al público sólo el dinero necesario para su independencia y que, una vez obtenido, no quiere hacer ya nada. Perezoso y fecundo como Rossini, obligado, como los grandes poetas cómicos, como Molière y Rabelais, a ver en todo los pros y los contras, era escéptico, capaz de reírse y se reía de todo. Fulgence Ridal es un gran filósofo práctico. Su conocimiento del mundo, su genio para la observación, su desdén por la gloria, a la que llamaba la fanfarria, no le han secado el corazón. Tan solícito para con el prójimo como desinteresado para consigo mismo, si da un paso es por un amigo. Para no desmentir su máscara verdaderamente rabelesiana, no aborrece la buena mesa ni tampoco la busca, es a la vez melancólico y alegre. Sus amigos le llaman «la mascota del regimiento», y nada lo pinta mejor que este apodo. Otros tres, tan superiores al menos como estos cuatro amigos pintados de perfil, habían de sucumbir uno tras otro: el primero de ellos, Meyraux, muerto tras haber provocado la célebre disputa entre Cuvier y Geoffroy Saint-Hilaire, gran debate que había de dividir al mundo científico a favor o en contra de estos dos genios equiparables, algunos meses antes de la muerte de quien abogaba por una ciencia rigurosa y analítica contra la panteísta, que sobrevive y que Alemania venera. Meyraux era el amigo de aquel Louis a quien una muerte prematura no tardaría en arrebatarse al mundo intelectual. A estos dos hombres, marcados ambos por la muerte, los dos hoy desconocidos pese al inmenso alcance de su saber y de su genio, hay que añadir a Michel Chrestien, republicano de grandes vuelos que soñaba con la federación de Europa y que, en 1830, tuvo un papel destacado en el movimiento moral de los sansimonianos. Político de la fuerza de Saint-Just y de Danton, pero sencillo y dulce como una muchacha, lleno de ilusiones y de amor, dotado de una melodiosa voz que habría encantado a Mozart, Weber o Rossini, y cantando ciertas canciones de Béranger como para embriagar el corazón de poesía, amor y esperanza, Michel Chrestien, pobre como Lucien, como Daniel, como todos sus amigos, se ganaba la vida con una despreocupación digna de Diógenes. Preparaba índices de materias para grandes obras, folletos para los editores, mudo por lo que respectaba a sus doctrinas como es muda una tumba sobre los secretos de la muerte. Este alegre bohemio de la inteligencia, este gran estadista, que tal vez habría cambiado la faz del mundo, murió en el claustro de Saint-Merry como un soldado raso. La bala de algún comerciante mató allí a una de las más nobles criaturas que pisara nunca suelo francés. Michel Chrestien pereció por otras doctrinas que las suyas. Su federación amenazaba mucho más que la propaganda republicana a la aristocracia europea; era más racional y menos loca que las horribles ideas de libertad indiscriminada proclamadas por los jóvenes insensatos que se consideran herederos de la Convención. Este noble plebeyo fue llorado por todos cuantos le conocieron; no hay ninguno de ellos que no piense, y bastante a menudo, en este gran hombre y desconocido político.

Estas nueve personas formaban un Cenáculo en el que la estima y la amistad hacían que la paz reinara entre las más opuestas ideas y doctrinas. Daniel d'Arthez, gentilhomme picardo, defendía la monarquía con un tesón igual al que hacía que Michel Chrestien defendiera su federalismo europeo. Fulgence Ridal se burlaba de las doctrinas filosóficas de Léon Giraud, quien predecía a D'Arthez el fin del cristianismo y de la familia. Michel Chrestien, que creía en la religión de Cristo, divino legislador de la Igualdad, defendía la inmortalidad del alma contra el escalpelo de Bianchon, el analista por excelencia. Todos discutían sin pelearse. No conocían la vanidad, al ser ellos mismos su propio auditorio. Se confiaban sus trabajos y se consultaban con la adorable buena fe de la juventud. Si se trataba de una cuestión seria, el contrincante abandonaba su propia opinión para tratar de comprender

las ideas de su amigo, tanto más dispuesto a ayudarle por ser imparcial en una causa o en una obra cuyas ideas no compartía. Tenían casi todos un carácter bondadoso y tolerante, dos cualidades que demostraban su superioridad. La envidia, ese horrible tesoro de nuestras esperanzas defraudadas, de nuestro talento abortado, de nuestros éxitos frustrados y de nuestras pretensiones heridas, les era desconocida. Todos seguían, además, caminos distintos. Así, todos los que fueron admitidos, como Lucien, en su compañía, se sentían cómodos. El verdadero talento es siempre bondadoso y candoroso, abierto y nada estirado; en él, el epigrama acaricia la inteligencia y no hiere jamás el amor propio. Una vez pasada la primera emoción causada por el respeto, se sentían dulzuras infinitas al lado de aquellos espíritus selectos. La familiaridad no excluía la conciencia que cada uno tenía de su propia valía, cada uno sentía una profunda estima por sus compañeros; cada uno, en suma, se sentía en el deber de ser a su vez el benefactor o el beneficiado, todos lo aceptaban francamente. Las conversaciones, llenas de encanto y nada fatigosas, abarcaban los más variados temas. Ligeras como saetas, las palabras tocaban el fondo, sin ser por ello menos rápidas. La gran miseria exterior y el esplendor de las riquezas intelectuales producían un contraste singular. Nadie pensaba allí en las realidades de la vida más que para hacer bromas amistosas con ellas. Un día que el frío se dejó sentir prematuramente, cinco de los amigos de D'Arthez que llegaron habían tenido la misma idea: todos traían leña bajo su abrigo, como en esas comidas campestres en las que cada invitado debe llevar algo para comer y todos traen un paté. Adornados todos ellos de esa belleza moral que se refleja en el aspecto exterior, y que, no menos que los trabajos y las veladas, dora los rostros jóvenes de un color divino, presentaban esos rasgos algo atormentados que la pureza de la vida y el fuego del pensamiento vuelven regulares y purifican. Sus amplias frentes de poetas llamaban enseguida la atención. Sus ojos vivos y brillantes daban fe de una vida sin tacha. Las penalidades de la miseria, cuando se dejaban sentir, eran tan alegremente soportadas, eran aceptadas con tal entusiasmo por todos, que no alteraban en modo alguno la serenidad propia de los rostros de los jóvenes que no han cometido aún graves errores, que no han cedido aún a ninguna de las viles componendas fruto de la miseria mal soportada, el deseo ardiente de triunfar a cualquier precio y la fácil complacencia con la que los literatos aceptan o perdonan las traiciones. Lo que hace a las amistades indisolubles y redobla su encanto es un sentimiento que falta al amor: la confianza. Estos jóvenes se sentían seguros de sí mismos: el enemigo de uno de ellos se convertía en el enemigo de todos, y habrían dejado de lado sus intereses más urgentes por obedecer a la sagrada solidaridad de sus corazones. Incapaces todos ellos de una vileza, podían responder con un «no» formidable a cualquier acusación y defenderse mutuamente con seguridad. Su nobleza de corazón y de sentimientos les permitía pensar y decirse cualquier cosa en el terreno de las ideas y del conocimiento; de ahí lo inocente de su trato y lo alegre de sus palabras. Seguros de comprenderse, sus espíritus divagaban a sus anchas; así no existían los cumplidos entre ellos y se confiaban sus penas y alegrías, pensaban y sufrían con cuerpo y alma. Las encantadoras delicadezas que hacen de la fábula de Los dos amigos un tesoro para las grandes almas eran habituales entre ellos. Es comprensible, por tanto, su gran exigencia a la hora de admitir en su grupo a un nuevo adepto. Tenían demasiada conciencia de su grandeza y de su felicidad para perturbar su amistad admitiendo a elementos nuevos y desconocidos.

Esta federación de sentimientos e intereses duró veinte años sin enfrentamientos ni desengaños. La muerte, que les arrebató a Louis Lambert, Meyraux y Michel Chrestien, fue la única que pudo disminuir esta noble Pléyade. Cuando, en 1832, sucumbió este último, Horace Bianchon, Daniel d'Arthez, Léon Giraud, Joseph Bridau y Fulgence Ridal fueron, pese al peligro que entrañaba este paso, a recuperar su cuerpo a Saint-Merry para rendirle los últimos honores a despecho de la Política. De noche acompañaron aquellos amados restos hasta el cementerio del Père-Lachaise. Horace Bianchon solventó

todas las dificultades al respecto y no retrocedió ante ninguna; llegó a solicitar la intervención de los ministros confesándoles su vieja amistad con el federalista muerto. Fue una escena conmovedora, que quedó grabada en la memoria de los amigos poco numerosos que acompañaron a los cinco célebres personajes. Paseando por este elegante cementerio, veréis un terreno adquirido a perpetuidad, en el que se alza una tumba cubierta de hierba que remata una cruz de madera negra en la que han sido grabados en letras rojas estos dos nombres: MICHEL CHRESTIEN. Es el único monumento que existe de ese estilo. Los cinco amigos pensaron que había que rendir homenaje a aquel hombre sencillo con esta sencillez.

En aquella fría buhardilla se hacían realidad, pues, los más hermosos sueños del sentimiento. Allí, un grupo de amigos fraternos, todos igual de dotados en distintos campos del saber, se ilustraban mutuamente de buena fe, se lo confiaban todo, incluso sus malos pensamientos, todos de una instrucción inmensa y todos acrisolados por la miseria. Una vez admitido entre aquellos seres selectos y aceptado como su igual, Lucien representó allí la Poesía y la Belleza. Leyó sonetos que fueron admirados. Se le pedía un soneto igual que se rogaba a Chrestien que cantara una canción. En el desierto de París, Lucien encontró, pues, un oasis en la rue des Quatre-Vents.

A principios del mes de octubre, Lucien, después de haber empleado el resto de su dinero en procurarse un poco de leña, se quedó sin recursos en medio del más entusiasta trabajo, el de rehacer su obra. Daniel d'Arthez quemaba cortezas de encina y soportaba heroicamente la miseria: no se quejaba, era ordenado como una solterona y se parecía a un avaro, a tal punto era metódico. Este valor estimulaba el de Lucien, quien, recién llegado al Cenáculo, sentía una invencible repugnancia por hablar de su desgracia. Una mañana se fue hasta la rue du Coq para venderle El arquero de Carlos IX a Doguereau, a quien no encontró. Ignoraba Lucien de cuánta indulgencia son capaces los grandes espíritus. Todos sus amigos comprendían las flaquezas propias de los poetas, los abatimientos que siguen a los esfuerzos del alma exaltada por la contemplación de la Naturaleza que tienen por misión reproducir. Estos hombres tan fuertes cuando se trata de soportar los propios males se compadecían de los sufrimientos de Lucien. Habían comprendido que no tenía dinero. El Cenáculo coronó, pues, las gratas veladas dedicadas a la conversación, a profundas meditaciones, a la poesía, a las confidencias, a los vuelos a alas desplegadas por los dominios de la inteligencia, del porvenir de las naciones, de la Historia, con un gesto que prueba lo poco que Lucien había comprendido a sus nuevos amigos.

—Lucien, amigo mío —le dijo Daniel—, ayer no viniste a cenar a Flicoteaux, y sabemos por qué.

Lucien no pudo contener unas lágrimas que rodaron por sus mejillas.

—No has tenido confianza en nosotros —le dijo Michel Chrestien—; haremos una cruz en la chimenea, y cuando hayamos llegado a diez...

—Todos nosotros —intervino Bianchon— hemos encontrado algún trabajo ocasional: yo he cuidado por cuenta de Desplein a un enfermo rico; D'Arthez ha escrito un artículo para La Revue encyclopédique; Chrestien quiso ir a cantar una noche a los Campos Elíseos tocado con un pañuelo y con cuatro velas, pero le ha salido hacer un folleto para un hombre que aspira a ser un personaje político, y le ha ofrecido seiscientos francos por hacer de Maquiavelo; Léon Giraud ha pedido prestados cincuenta francos a su editor; Joseph ha vendido algún boceto y Fulgence estrenó su obra el domingo y hubo un lleno total.

—Aquí tienes doscientos francos —le dijo Daniel—, acéptalos y que no se repita.

—Vamos, ¿es que no vas a abrazarnos, como si hubiéramos hecho algo fuera de lo común? —dijo Chrestien.

Para que se comprenda qué delicias sentía Lucien en medio de esta enciclopedia viviente de espíritus angélicos, de jóvenes marcados con el sello de una distinta originalidad fruto del saber que cada uno cultivaba, bastará con reproducir las respuestas que recibió Lucien, al día siguiente, a una carta escrita a su familia, obra maestra de sensibilidad, de buena voluntad, un horrible grito que le había arrancado su miseria.

DAVID SÉCHARD A LUCIEN

Mi querido Lucien:

Adjunta encontrarás una letra de cambio a noventa días y a tu nombre por valor de doscientos francos. Podrás negociarla con monsieur Métivier, comerciante en papel, nuestro corresponsal en París, rue Serpente. Mi buen Lucien, no tenemos absolutamente nada. Mi mujer se ha puesto a dirigir la imprenta, y desempeña su trabajo con tal abnegación, paciencia y actividad que me hace bendecir el cielo por haberme dado a semejante ángel por mujer. Ella misma ha podido comprobar la imposibilidad en que nos encontramos de enviarte la más pequeña ayuda. Pero, amigo mío, te creo en tan buen camino, acompañado de corazones tan grandes y nobles, que no podrás faltar a tu hermoso destino contando con el apoyo de las inteligencias casi divinas de los señores Daniel d'Arthez, Michel Chrestien y Léon Giraud, aconsejado por los señores Meyraux, Bianchon y Ridal, que tu querida carta nos ha hecho conocer. A espaldas de Ève, te he suscrito, pues, este efecto, que ya encontraré la manera de rembolsar a su vencimiento. No te apartes de tu camino: es arduo, pero será glorioso. Antes preferiría sufrir mil penalidades que saber que has caído en uno de los cenagales de París, donde he visto tantos. Ten el valor de evitar, como haces, los lugares de mala nota, a la gente poco recomendable, los atolondrados y ciertos literatos que aprendí a apreciar en su justo valor durante mi estancia allí. En fin, sé el digno émulo de esos espíritus celestes que me has hecho apreciar. Tu conducta no tardará en verse recompensada. Adiós, mi querido hermano, te has ganado mi corazón, pues no esperaba de ti tanto valor.

David

ÈVE SÉCHARD A LUCIEN

Querido hermano:

Tu carta nos ha hecho llorar a todos. Que lo sepan esos buenos y nobles corazones hacia los que te guía tu ángel bueno: una madre y una pobre mujer rezarán a Dios mañana y tarde por ellos, y si las más fervientes oraciones se elevan hasta su trono, no dejarán de obtener algunos favores para todos vosotros. Sí, hermano mío, sus nombres están grabados en mi corazón. ¡Ah!, espero llegar a conocerlos algún día. Iré, aunque tenga que hacer el camino a pie, para agradecerles su amistad por ti, pues se ha extendido como un bálsamo sobre mis llagas en carne viva. Aquí, querido, trabajamos como pobres obreros. Mi marido, ese gran hombre desconocido a quien quiero cada día más al descubrir a cada momento nuevas riquezas en su corazón, desatiende su imprenta y yo intuyo por qué: tu miseria, la nuestra, la de nuestra madre, le están matando. Nuestro adorado David es como Prometeo devorado por el buitre, un suplicio atroz causado por un agudo pico. Pero él, tan noble, no piensa en absoluto en ello, pues tiene la esperanza de hacer fortuna. Se pasa los días haciendo experimentos sobre la fabricación del papel; me ha rogado que me ocupe yo en su lugar de los negocios, en los que me ayuda todo cuanto se lo permite

su ocupación. Y, ¡ay!, estoy además en estado. Este hecho, que me habría colmado de alegría en otras circunstancias, me entristece en la situación en que nos encontramos todos. Mi pobre madre ha rejuvenecido, ha encontrado fuerzas para su fatigoso oficio de cuidar enfermos. Si no fuera por los apuros económicos, seríamos felices. El viejo papá Séchard no quiere darle a su hijo ni un céntimo; David fue a verle para pedirle algún dinero con el que socorrerte, pues tu carta le sumió en la desesperación. «Conozco a Lucien, perderá la cabeza y hará alguna tontería», decía. Yo le reñí. «¿Mi hermano faltar a su deber? —le respondí—. Lucien sabe que me moriría de pena.» Mi madre y yo, a escondidas de David, hemos empeñado algunas cosas; mi madre las recuperará en cuanto hayamos hecho algún dinero. Hemos podido así reunir cien francos que te envió por las Mensajerías. No te enfades conmigo, mi querido hermano, si no contesté a tu primera carta. Estábamos en una situación en la que había que pasar las noches en blanco y yo trabajaba como un hombre. ¡Ah!, no me creía con tantas fuerzas. Madame de Bargeton es una mujer sin alma ni corazón; estaba obligada, por más que ya no te amase, a protegerte y ayudarte después de haberte arrancado de nuestros brazos para lanzarte a ese espantoso mar parisiense donde es necesaria una bendición de Dios para encontrar verdaderas amistades en medio de esa vorágine de hombres y de intereses. No es digna de recuerdo. Me habría gustado que tuvieras a tu lado a una mujer abnegada, alguien como yo; pero ahora que sé que tienes amigos que sienten por ti nuestros mismos sentimientos, me siento más tranquila. ¡Despliega tus alas, mi bello y amado genio! Serás nuestro orgullo, como ya eres nuestro amor.

Ève

Mi niño querido:

No me resta más que bendecirte después de lo que dice tu hermana, y asegurarte que mis oraciones y mi pensamiento están puestos sólo en ti, en detrimento de todos cuantos me rodean; pues hay corazones en los que los ausentes pueden más y así sucede en el corazón de

Tu madre

Así, dos días después, Lucien pudo devolver a sus amigos el préstamo tan dadivosamente ofrecido. Tal vez nunca le pareció la vida más hermosa, pero el gesto de su amor propio no escapó a la penetrante mirada de sus amigos y a su delicada sensibilidad.

— ¡Cualquiera diría que temes debernos algo! —exclamó Fulgence.

— ¡Oh!, la satisfacción que manifiesta es para mí algo muy grave —dijo Michel Chrestien—, confirma totalmente mis observaciones: Lucien es vanidoso.

—Es poeta —terció D'Arthez.

— ¿Acaso me reprocháis un sentimiento tan natural como el mío?

—Hay que reconocer que no nos lo ha ocultado —dijo Léon Giraud—; todavía es franco, pero mucho me temo que tarde o temprano acabe desconfiando de nosotros.

— ¿Y por qué? —preguntó Lucien.

—Porque leemos en tu corazón —respondió Joseph Bridau.

—Hay en ti —le dijo Michel Chrestien— un espíritu diabólico que te haría justificar a tus propios ojos las cosas más contrarias a nuestros principios: en vez de ser un sofista de las ideas serás un sofista de la acción.

— ¡Ah!, mucho me temo, Lucien —dijo D'Arthez—, que sufrirás conflictos interiores admirables que te engrandecerán y llevarán a comportarte de modo reprobable... Estarás siempre en contradicción contigo mismo.

— ¿En qué os basáis para vuestra requisitoria? —preguntó Lucien.

— ¡Tu vanidad, mi querido poeta, es tan grande que hasta se refleja en tu amistad! —exclamó Fulgence—. Cualquier vanidad de este tipo revela un terrible egoísmo, y el egoísmo es el veneno de la amistad.

— ¡Oh, Dios mío, veo que no sabéis cuánto os quiero! —exclamó Lucien.

—Si nos quisieras como nos queremos nosotros, ¿te habrías dado tanta prisa por devolvernos lo que con tanto gusto te dimos?

—Aquí no se presta nada, se da —le dijo brutalmente Joseph Bridau.

—No nos creas duros de corazón, muchacho —le dijo Michel Chrestien—, simplemente somos previsores. Tememos verte preferir un día las alegrías de una pequeña venganza a las alegrías de nuestra pura amistad. Lee el Tasso de Goethe, la más grande de las obras de este gran genio, y verás cómo en ella el poeta gusta de las telas preciosas, los festines, el triunfo, el esplendor: pues bien, sé Tasso sin su locura. ¿Te llamarán el mundo y sus placeres?... Quédate aquí. Traslada a la región de las ideas todo cuanto les pides a tus vanidades. Locura por locura, pon la virtud en tus acciones y el vicio en tus ideas, en lugar de, como te decía D'Arthez, pensar bien y comportarte mal.

Lucien bajó la cabeza; sus amigos tenían razón.

—Confieso que no soy tan fuerte como vosotros —dijo dirigiéndoles una mirada adorable—. No tengo redaños para enfrentarme a París, para luchar con valor. La naturaleza nos ha dado temperamentos y facultades distintas, y vosotros conocéis mejor que nadie la otra cara de los vicios y de las virtudes. Ya estoy cansado, os lo confieso.

—Nosotros seremos tu bastón. Para eso están, precisamente, los amigos fieles —dijo D'Arthez.

—La ayuda que acabo de recibir es precaria y todos somos igual de pobres; pronto volverá a acuciarme la necesidad. Chrestien, a sueldo del primero que llega, nada puede en el mundo de la edición. Bianchon vive al margen de este tipo de asuntos. D'Arthez no conoce más que a editores de libros de ciencias o especializados, que nada tienen que ver con los editores de novedades. Horace, Fulgence Ridal y Bridau trabajan en campos distintos que les sitúan a cien leguas de las casas de edición. He de tomar una determinación.

—Toma, pues, la que hemos tomado nosotros, ¡sufrir! —dijo Bianchon—. ¡Sufrir valientemente y tener fe en el trabajo!

— ¡Pero lo que para vosotros no es más que sufrimiento para mí es la muerte! —dijo vivamente Lucien.

—Antes de que cante el gallo tres veces —dijo Léon Giraud sonriendo—, este hombre habrá traicionado la causa del Trabajo por la de la pereza y los vicios de París.

— ¿Adónde os ha llevado a vosotros el trabajo? —preguntó Lucien entre risas.

—Cuando se va de París a Italia, no se encuentra una Roma a mitad de camino —dijo Joseph Bridau

— Para ti los guisantes deberían crecer ya preparados con mantequilla.

—Sólo crecen así para los primogénitos de los pares de Francia —dijo Michel Chrestien—. Pero nosotros los sembramos, los regamos y los encontramos mejores.

La conversación se volvió divertida y siguió por otros derroteros. Aquellos espíritus perspicaces, aquellos corazones delicados, trataron de hacerle olvidar esta pequeña disputa a Lucien, quien a partir de aquel momento comprendió lo difícil que era engañarlos. No tardó en dominarle una desesperación interior, que ocultó con sumo cuidado a sus amigos, creyéndoles unos mentores implacables. Su carácter meridional, que tan fácilmente recorría el teclado de los sentimientos, le hacía tomar las más contradictorias decisiones.

En varias ocasiones habló de dedicarse al periodismo, y siempre sus amigos le replicaron: «¡Guárdate mucho de hacerlo!».

—Sería la tumba del apuesto y delicado Lucien que queremos y conocemos —dijo D'Arthez.

—No resistirías la constante oposición de placer y de trabajo que se da en la vida de los periodistas; y resistir es el fondo de la virtud. Estarías tan encantado de ejercer el poder, de tener derecho a la vida y a la muerte sobre las obras del pensamiento, que te convertirías en periodista en dos meses. Ser periodista es llegar a procónsul en la República de las Letras. ¡Quien puede decirlo todo llega a poder hacerlo todo! Esta máxima es de Napoleón, y se comprende.

— ¿No estaréis a mi lado? —preguntó Lucien.

—Ya no —exclamó Fulgence—. Siendo periodista, no pensarás en nosotros más de lo que la muchacha brillante y adorada de la Ópera, en su coche forrado de seda, piensa en su pueblo, sus vacas y sus zuecos. A ti te sobran cualidades para ser periodista: la brillantez y la rapidez mental. No renunciarás nunca a una frase ingeniosa, aunque haga llorar a un amigo. Yo, cuando veo a los periodistas en los foyers de los teatros, siento horror. El periodismo es un infierno, un abismo de iniquidades, de mentiras, de traiciones, que es imposible atravesar y del que es imposible salir indemne si no es protegido, como Dante, por el divino laurel de Virgilio.

Cuanto más trataba el Cenáculo de apartar a Lucien de este camino, más su deseo de conocer el peligro lo incitaba a aventurarse en él, y comenzó a preguntarse si no era ridículo dejarse sorprender una vez más por la miseria sin haber hecho nada por evitarla. Viendo cómo habían fracasado sus gestiones para publicar su primera novela, Lucien estaba poco dispuesto a escribir una segunda. Además, ¿de qué viviría mientras la escribiese? Había agotado su dosis de paciencia durante un mes de privaciones. ¿Acaso no podría hacer de forma noble lo que los periodistas hacían sin conciencia ni dignidad? Sus amigos le ofendían con su desconfianza, quería demostrarles su entereza de carácter. Tal vez un día pudiera ayudarles; ¡sería así el heraldo de sus glorias!

—Por otra parte, ¿qué es una amistad que retrocede ante la complicidad? —le preguntó una tarde a Michel Chrestien, a quien había acompañado de vuelta a su casa junto con Léon Giraud.

—Nosotros no retrocedemos ante nada —respondió Michel Chrestien—. Si tuvieras la desgracia de matar a tu amante, yo te ayudaría a ocultar tu crimen y aún podría seguir apreciándote; pero si te hicieras soplón, te rehuiría con horror, porque serías vil e infame por sistema. Así es el periodismo, en dos palabras. La amistad perdona el error, el impulso irreflexivo de la pasión; pero debe mostrarse implacable con la premeditación de traficar con el alma, la inteligencia y el pensamiento propios.

— ¿No puedo hacerme periodista para vender mi libro de poemas y mi novela, y dejar luego el periodismo?

—Esa sería la manera de actuar de Maquiavelo, pero no la de Lucien de Rubempré —dijo Léon Giraud.

—Pues bien —exclamó Lucien—, os demostraré que no soy menos que Maquiavelo.

— ¡Ah! —exclamó Michel apretando la mano de Léon—, acabas de perderle. Lucien —le dijo—, tienes ahora trescientos francos, suficiente para vivir tres meses cómodamente; pues bien, trabaja, escribe una segunda novela; D'Arthez y Fulgence te ayudarán en la trama, harás progresos y te convertirás en un novelista. Ya entraré yo en uno de esos lupanares del pensamiento, seré periodista durante tres meses, venderé tus libros a cualquier editor cuyas publicaciones atacaré, escribiré los artículos y conseguiré otros para ti; organizaremos un gran éxito; serás un gran hombre y seguirás siendo nuestro Lucien.

— ¡Me menosprecias si crees que voy a sucumbir en aquello en lo que tú te salvarás! —le respondió el poeta.

— ¡Perdonadle, Dios mío, es un niño! —exclamó Michel Chrestien.

Después de haber aguzado su ingenio durante las veladas pasadas en casa de D'Arthez, Lucien había estudiado las chanzas y los artículos de los pequeños periódicos. Seguro de estar a la altura de los más inteligentes redactores, se entrenó en secreto en esta gimnasia mental, y salió una mañana con la idea triunfal de ir a pedirle trabajo a algún coronel de esas tropas ligeras de la Prensa. Se vistió con sus mejores galas y cruzó los puentes, pensando que los autores, los periodistas, los escritores, en una palabra, sus futuros hermanos, tendrían y demostrarían un poco más de afecto y de desinterés que los dos tipos de librereros contra los que habían topado sus esperanzas. Encontraría simpatías, quizás algún afecto bueno y dulce como el que había encontrado en el Cenáculo de la rue des Quatre-Vents. Presa de las emociones producidas por el presentimiento que le había asaltado y combatido, al que son tan dados los hombres de imaginación, llegó a la rue Saint-Fiacre, al lado del bulevar Montmartre, enfrente del inmueble donde se encontraban las oficinas del pequeño periódico y cuyo aspecto le hizo sentir las palpitations del joven que entra por primera vez en un lugar de mala nota. A pesar de ello, subió hasta las oficinas, situadas en el entresuelo. En la primera estancia, que dividía en dos partes iguales una pared medianera, mitad enmaderada, mitad enrejillada hasta el techo, encontró a un inválido manco que sujetaba con su única mano varias resmas de papel sobre su cabeza y la libreta exigida por la oficina del Timbre entre los dientes. Este pobre hombre, cuyo rostro amarillento estaba salpicado de bultos rojos, lo cual le había valido el apodo de «Coloquintida», le señaló tras el enrejillado al Cancerbero del periódico. Este personaje era un antiguo oficial condecorado, con la nariz casi oculta por unos canos bigotes, tocado con un gorro de seda negra y embutido en una amplia levita azul como una tortuga dentro de su caparazón.

— ¿A partir de qué día quiere el señor que comience su suscripción? —le preguntó el oficial del Imperio.

—No vengo para ninguna suscripción —respondió Lucien.

El poeta miró, en la puerta por la que había entrado, el letrero en el que se leían las palabras OFICINA DE REDACCIÓN, y debajo: PROHIBIDA LA ENTRADA AL PÚBLICO.

—Una reclamación, sin duda —prosiguió el soldado de Napoleón—. ¡Ah!, sí, hemos sido duros con Mariette. ¿Qué quiere que le diga?, aún no sé por qué. Pero si pide una satisfacción, estoy dispuesto a dársela —añadió mirando los floretes y las pistolas, una especie de panoplia moderna agrupada en pabellón en un rincón.

—Menos aún, señor. Vengo para hablar con el redactor jefe.

—Aquí no hay nadie antes de las cuatro.

—Vea, mi querido Giroudeau, me salen once columnas, que a cien sueldos la colaboración hacen cincuenta y cinco francos; he recibido cuarenta, por lo que me debe aún quince, como le decía...

Estas palabras fueron dichas por una cara de garduña, descolorida como la clara de un huevo mal cocido, perforada por dos ojos de un azul pálido, pero de una malicia tremenda, y que pertenecían a un joven delgado, escondido detrás del cuerpo opaco del antiguo militar. Esta voz dejó helado a Lucien, pues tenía algo de maullido de gato y de ahogo asmático de hiena.

—Sí, mi pequeño miliciano —respondió el oficial retirado—, pero usted cuenta los títulos y los blancos, y yo tengo órdenes de Finot de sumar el total de las líneas y dividir las por el número fijado para cada columna. Después de practicar esta operación de estrangulamiento en su artículo, el resultado da tres columnas menos.

— ¡No paga los blancos, el muy judío!, y se los cuenta a su socio en el coste total del artículo. Voy a ir a ver a Étienne Lousteau, Vernou...

—Yo no puedo infringir las órdenes, amigo —dijo el oficial—. ¡Cómo!, ¿por quince francos grita contra quien le da de comer, usted que hace artículos tan fácilmente como yo me fumo un cigarro? Pues bien, pague un vaso de ponche menos a sus amigos, o gane una partida más al billar, y asunto concluido.

—Finot quiere hacer unos ahorros que le saldrán muy caros —respondió el redactor, que se levantó y se fue.

— ¿No se diría que es Voltaire o Rousseau? —se dijo para sí el cajero mirando al poeta de provincias.

—Señor —dijo Lucien—, volveré hacia las cuatro.

Durante la discusión, Lucien había visto en las paredes los retratos de Benjamin Constant, del general Foy y de los diecisiete oradores ilustres del partido liberal, mezclados con caricaturas contra el Gobierno. Había mirado, sobre todo, la puerta del santuario en el que debía de hacerse el ingenioso diario que le divertía todos los días y que gozaba del derecho a ridiculizar a los reyes y los más graves acontecimientos, en fin, de ponerlo todo en solfa por medio de una agudeza. Se fue a callejear por los bulevares, un placer totalmente nuevo para él, pero tan atractivo que vio las agujas de las péndulas en las relojerías marcando las cuatro sin caer en la cuenta de que no había comido. Volvió el poeta a toda prisa a la rue de Saint-Fiacre, subió la escalera, abrió la puerta, no encontró ya al viejo militar y vio al inválido sentado sobre su papel timbrado, comiéndose un mendrugo y guardando su puesto con aire de resignación, acostumbrado como estaba al periódico como antaño a las faenas del ejército, y sin entenderlo más de lo que había comprendido nunca el porqué de las marchas rápidas ordenadas por el Emperador. Lucien tuvo la audaz idea de engañar a este temible funcionario; pasó con el sombrero encasquetado y abrió, como si estuviera en su casa, la puerta del santuario. La oficina de la redacción

ofreció a sus ávidas miradas una mesa redonda cubierta por un tapete verde, seis sillas de cerezo con el asiento de enea aún nueva. El pequeño embaldosado de esta estancia, de colores, no había sido aún fregado, pero estaba limpio, lo cual indicaba una afluencia de público bastante escasa. Sobre la chimenea, un espejo, un reloj de pared de tendero cubierto de polvo, dos candelabros en los que las velas habían sido brutalmente encajadas, y unas tarjetas de visita desparramadas. Encima de la mesa, se veían unos viejos periódicos arrugados en torno a un tintero en el que la tinta seca parecía laca y adornado con unas plumas en estrella. En unos papeluchos leyó algunos artículos de escritura ilegible y casi jeroglífica, rasgados en su parte superior por los cajistas de la imprenta, a quienes esta marca sirve para reconocer los artículos ya compuestos. Luego, aquí y allá, en unos papeles grises pudo admirar unas caricaturas dibujadas con bastante ingenio por gente que, sin duda, había tratado de matar el tiempo de paso que mataba alguna cosa para tener entretenida la mano. Sobre el empapelado de un color verde agua, vio prendidos con alfileres nueve dibujos diferentes realizados a pluma sobre El solitario, libro cuyo éxito inaudito hablaba en su favor en toda Europa y que debía de dar mucho que hacer a los periodistas. — La aparición de El solitario en provincias sorprende a las mujeres. — El solitario leído en un castillo. — El efecto de El solitario en los animales domésticos. — El solitario, explicado a los salvajes, alcanza un brillante éxito. — El solitario, traducido al chino, es presentado por el autor al emperador de Pekín. — Elodie violada en el Montsauvage. Esta caricatura le pareció muy impúdica a Lucien, pero le hizo reír. — El solitario, bajo palio, paseado en procesión por los periódicos. — El solitario, al hacer estallar una prensa, hiere a los osos. — Leído al revés, El solitario sorprende a los académicos por su excelsa belleza. En una faja de periódico Lucien vio un dibujo que representaba a un redactor que alargaba su sombrero, y debajo escrito: «Finot, ¿y mis cien francos?», firmado con un nombre que luego se ha hecho famoso, pero que nunca será ilustre. Entre la chimenea y la ventana había una mesa escritorio, un sillón de caoba, una papelera y una alfombra oblonga llamada devant de cheminée, todo ello cubierto por una espesa capa de polvo. Las ventanas no tenían más que unos visillos. Sobre este escritorio había cerca de veinte obras dejadas allí durante el día, grabados de música, tabaqueras adornadas con la Carta, un ejemplar de la novena edición de El solitario, que seguía siendo la gran chacota del momento, y una decena de cartas lacradas. Cuando Lucien hubo inventariado este extraño moblaje, hecho numerosas reflexiones trascendentes, y dieron las cinco, volvió a donde se encontraba el inválido para preguntarle. Coloquintida se había terminado su mendrugo y esperaba con la paciencia del centinela al militar condecorado que tal vez se estaba paseando por el bulevar. Justo en aquel momento apareció una mujer en el umbral de la puerta, tras haber hecho oír el crujido de su vestido por la escalera y ese leve paso femenino tan fácilmente reconocible. Era bastante bonita.

—Señor —le dijo a Lucien—, sé por qué alaba tanto usted los sombreros de mademoiselle Virginie, y vengo, en primer lugar, a pedirle una suscripción por un año, pero dígame sus condiciones...

—Señora, yo no soy del periódico...

— ¡Ah!

— ¿Una suscripción a partir de octubre? —preguntó el inválido.

— ¿Qué reclama usted, señora? —preguntó el viejo militar, que apareció en aquel momento.

El viejo oficial se puso a charlar con la bella comerciante en géneros de moda. Cuando Lucien, que se estaba impacientando de tanto esperar, entró en la primera estancia, oyó esta frase final:

—Pero estaré encantada, señor. Mademoiselle Florentine puede venir a mi tienda y escoger lo que guste. Tengo cintas también. Así que todo arreglado: no hablará usted más de Virginie, ¡una chapucera

incapaz de crear un solo modelo, mientras que yo sí que los creo!

Lucien oyó caer cierto número de escudos en la caja. Luego el militar comenzó a hacer sus cuentas diarias.

—Llevo una hora esperando, señor —dijo el poeta con cierto tono de enfado en la voz.

—No han venido aún —dijo el veterano napoleónico manifestando cierto interés por simple cortesía—. No me extraña. Hace ya algún tiempo que no les veo el pelo, y ya estamos a mitad de mes. Estos perros viejos no aparecen más que para cobrar, del veintinueve al treinta.

—¿Y monsieur Finot? —preguntó Lucien, que había retenido el nombre del director.

—Está en su casa, en la rue Feydeau. Coloquintida, amigo mío, llévale todo lo que ha llegado hoy cuando te pases para llevar el papel a la imprenta.

—Pero ¿dónde se hace el periódico? —dijo Lucien hablando consigo mismo.

—¿El periódico? —repitió el empleado, que recibió de Coloquintida el resto del dinero de la oficina del Timbre—. ¿El periódico?... ¡Ejem, ejem! Amigo, mañana esté a las seis en la imprenta para ver cómo se mete prisa a los repartidores. El periódico, señor, se hace en la calle, en casa de los autores, en la imprenta, entre las once y medianoche. En tiempos del Emperador, señor, estas tiendas de sucio papel no se conocían. ¡Ah!, se las habría quitado de en medio con cuatro hombres y un cabo, y no se habría dejado fastidiar con simples palabras. Pero basta de charlas. Si mi sobrino saca provecho de esto y quiere que se escriba para el hijo del otro, ¡ejem, ejem!, no hace mal después de todo. ¡Ah!, como no parece que los suscriptores vayan a venir en columna cerrada, dejaré mi puesto.

—Señor, me parece al corriente de la redacción del periódico.

—Desde un punto de vista financiero, ¡ejem, ejem! —dijo el soldado tragándose las flemas que tenía en el gaznate—. Según el talento, a cien sueldos o tres francos la columna de cincuenta líneas de cuarenta espacios, sin blancos. En cuanto a los redactores, son unos tipos raros, jovenzuelos que no habría querido ni para soldados de tren de equipajes, y que, por poner unas patitas de mosca en un papel blanco, se creen ya con derecho a darse aires de desprecio con un antiguo capitán de los dragones de la Guardia Imperial, retirado con el grado de jefe de batallón, que entró en todas las capitales de Europa con Napoleón...

Lucien, empujado hacia la puerta por el soldado de Napoleón, que iba quitándose el polvo de su levita azul con la evidente intención de salir, tuvo el valor de impedirle el paso.

—Vengo para ser redactor —dijo—, y le juro que me siento lleno de respeto por un capitán de la Guardia Imperial, unos hombres de hierro...

—Bien dicho, muchacho —interrumpió el oficial golpeando el vientre de Lucien—. Pero ¿en qué categoría de redactores quiere entrar usted? —preguntó dejando con un palmo de narices a Lucien y comenzando a bajar la escalera. No se detuvo ya hasta encender su cigarro en la portería—. Si viene alguien para suscribirse, recíbale y tome nota, señora Chollet. Siempre con la suscripción, no conozco otra cosa que la suscripción —dijo volviéndose hacia Lucien, que le había seguido—. Finot es sobrino mío, el único de la familia que me ha echado una mano. Por ello cualquiera que busca trifulca con Finot se topa con el viejo Giroudeau, ¡capitán de dragones de la Guardia, que empezó como simple jinete en el ejército de Sambre-et-Meuse, cinco años maestro de armas en el Primero de Húsares, en el ejército de Italia! ¡Uno, dos, y el contrincante fuera de combate! —dijo haciendo gesto de lanzar un afondo—. Así

pues, amigo, le decía que contamos con varios equipos de redactores: está el redactor que redacta y tiene su sueldo, el redactor que redacta y no ve ni un céntimo, lo que llamamos un voluntario, y, por último, el redactor que no escribe nada, pero no porque sea el más tonto, no es el tipo que comete faltas, se las da de escritor, forma parte del periódico, nos paga una cena, anda por los teatros, mantiene a una actriz y es más feliz que unas Pascuas. ¿Qué quiere ser usted?

—Pues un redactor que trabaja bien y comienza siendo bien pagado.

— ¡Es usted como todos los reclutas, que quieren ser mariscales de Francia! Hágale caso al viejo Giroudeau, por la derecha y a paso ligero; vaya a recoger trastos viejos por ahí como ese buen hombre que ha servido a la patria, sólo hay que verlo. ¿No es vergonzoso que un viejo soldado que ha visto mil veces a la muerte de cara ande recogiendo trastos viejos por París? Maldita sea, no eres más que un bribón, tú no luchaste por el Emperador. En fin, joven, ese desgraciado que ha visto esta mañana, se ha ganado cuarenta francos este mes. ¿Cree que lo haría usted mejor? Y según Finot es el más inteligente de sus redactores.

—Cuando fue al Sambre-et-Meuse, le debieron de decir que existía allí peligro, ¿no?

— ¡Pues claro!

— ¿Y entonces?

—Vaya a ver a mi sobrino Finot, un buen chico, el hombre más leal que podría encontrar, si es que puede encontrarlo, porque se mueve como un pez. Su trabajo no es escribir, ¿comprende?, sino hacer que escriban otros. Parece ser que esos tipos prefieren regalarse con las actrices que emborronar papel. ¡Oh! ¡Son unos tipos raros! ¡Hasta más ver!

El cajero blandió su temible bastón emplomado, como uno de los que sirvieron para proteger Germánico, y dejó a Lucien en el bulevar, tan estupefacto ante aquel cuadro de la redacción como había quedado acerca del resultado final de la literatura en la librería de Vidal y Porchon. Lucien fue diez veces a casa de Andoche Finot, director del periódico, en la rue Feydeau, sin encontrarle. Por la mañana temprano, Finot aún no había llegado. Al mediodía, Finot ya había salido; comía, le decían, en tal café; Lucien iba al café, preguntaba por Finot a la camarera, venciendo repugnancias inauditas: Finot acababa de salir. Finalmente Lucien, cansado, consideró a Finot como un personaje apócrifo y fabuloso, y juzgó más simple ir a ver a Étienne Lousteau en Flicoteaux. Este periodista le explicaría sin duda el misterio que envolvía la existencia del periódico al que estaba vinculado.

Después del día, cien veces bendito, en que Lucien conoció a Daniel d'Arthez, había cambiado de sitio en Flicoteaux: los dos amigos comían uno al lado del otro, y hablaban en voz baja de la gran literatura, de temas a tratar, de cómo presentarlos, abordarlos y desarrollarlos. En aquel momento, Daniel d'Arthez estaba corrigiendo el manuscrito de El arquero de Carlos IX, rehacía algunos capítulos; escribía las bellas páginas que contiene y añadía el magnífico prólogo que quizás es superior al libro, y que arrojó tanta luz sobre la joven literatura. Un día, en el momento en que Lucien iba a sentarse al lado de Daniel, que le había esperado y cuya mano estrechaba aún, vio en la puerta a Étienne Lousteau, accionando la manija. Lucien se soltó bruscamente de la mano de Daniel y le dijo al camarero que quería comer en su antiguo sitio, junto al mostrador. D'Arthez lanzó sobre Lucien una de esas miradas angelicales en las que el perdón encierra el reproche, y que causó tan viva impresión en el corazón del poeta que éste volvió a coger la mano de Daniel para estrechársela de nuevo.

—Se trata de un asunto importante para mí —le dijo—; luego te cuento.

Lucien estaba ya en su antiguo sitio cuando Lousteau se sentaba en el suyo; fue el primero en saludar y enseguida entablaron conversación, que se animó tanto que Lucien fue a buscar su manuscrito de Las margaritas mientras Lousteau terminaba de comer. Había conseguido que el periodista le diera su opinión sobre sus sonetos y contaba con su aparente benevolencia para encontrar un editor o poder entrar en el periódico. Al volver, Lucien vio, en un rincón del restaurante, a Daniel tristemente acodado que le miraba melancólicamente, pero, devorado por la miseria y movido por la ambición, hizo como si no viera a su hermano del Cenáculo y siguió a Lousteau. Antes de la caída de la tarde, el periodista y el neófito fueron a sentarse bajo los árboles de esa parte del Luxemburgo, que lleva de la gran alameda del Observatoire a la rue de l'Ouest. Esta calle era por aquel entonces un gran lodazal, rodeado de huertas y charcas, donde sólo había casas del lado de la rue de Vaugirard, y esta zona de paso era tan poco frecuentada que, en el momento en que París está cenando, dos enamorados podían discutir allí y darse expresivas muestras de reconciliación sin temor a que les vieran. El único aguafiestas posible era el veterano de guardia en la pequeña verja situada en la rue de l'Ouest, si el venerable soldado se dignaba aumentar el número de pasos de su monótono paseo. Fue en esta alameda, en un banco de madera, entre dos tilos, adonde Étienne llevó a Lucien para escuchar de boca de éste los sonetos elegidos como muestra de sus Margaritas. Étienne Lousteau, quien, después de dos años de aprendizaje, había sido ascendido a redactor, y que contaba con ciertas amistades entre las celebridades de aquella época, era un personaje imponente para Lucien. Así, mientras desataba el cordón que sujetaba el manuscrito de Las margaritas, el poeta de provincias juzgó oportuno hacer una especie de preámbulo.

—El soneto, señor, es una de las composiciones poéticas más difíciles. Este pequeño poema ha sido abandonado por la mayoría. Nadie en Francia ha podido rivalizar con Petrarca, cuya lengua, sin duda mucho más maleable que la nuestra, admite juegos de ideas que son rechazados por nuestro positivismo (perdóneme la palabra). Por ello, me ha parecido original comenzar con un conjunto de sonetos. Victor Hugo ha adoptado la oda, Canalis cae en la poesía de circunstancias, Béranger monopoliza la canción, Casimir Delavigne copa la tragedia y Lamartine la meditación.

— ¿Es usted clásico o romántico? —le preguntó Étienne Lousteau.

El aire de extrañeza de Lucien denotaba una ignorancia tan completa de la situación reinante en la República de las Letras, que Lousteau juzgó necesario hacerle algunas aclaraciones.

—Querido amigo, llega usted en medio de una batalla de lo más encarnizada, es preciso decidirse cuanto antes. En primer lugar, el mundo de la literatura está dividido en varios bandos, pero nuestros grandes hombres están separados en dos campos. Los realistas son románticos y los liberales son clásicos. A la divergencia de opiniones literarias se suma la divergencia de opiniones políticas, lo cual origina una guerra sin cuartel y en todos los frentes, verdaderos ríos de tinta, agudezas aceradas, hirientes calumnias, remoquetes a troche y moche entre las glorias nacientes y las glorias decadentes. Aunque parezca extraño, los realistas románticos piden la libertad literaria y la revocación de las leyes que imponen unas formas aceptadas en nuestra literatura, mientras que los liberales quieren mantener las unidades, el carácter del alejandrino y los temas clásicos. Las opiniones literarias se hallan, pues, en desacuerdo en todos los órdenes con las opiniones políticas. Si es usted ecléctico, con toda seguridad no tendrá a nadie de su parte. ¿En qué bando piensa alinearse?

— ¿Quiénes son los más fuertes?

—Los periódicos liberales tienen muchos más suscriptores que los periódicos monárquicos o gubernamentales; no obstante, Canalis se abre camino pese a ser monárquico y religioso, pese a ser el

protegido de la corte y del clero. ¡Bah!, los sonetos son literatura de antes de Boileau —dijo Étienne, al ver a Lucien asustado ante la perspectiva de tener que elegir entre dos bandos—. Sea romántico. Los románticos son gente joven y los clásicos son perruques: los románticos triunfarán.

La palabra perruque era el último vocablo acuñado por el periodismo romántico, que lo había aplicado a los clásicos.

— ¡LA MARGARITA! —dijo Lucien, escogiendo el primero de los dos sonetos que justificaban el título y servían de pórtico.

Margarita de los prados, de colores surtidos,
no sólo para los ojos exquisitas distracciones,
también desvelan al hombre sus deseos más queridos
con un poema en el que lee sus inclinaciones:
vuestros dorados estambres en plata engastados
le revelan los tesoros ante los que se inclinará;
¡y vuestros filamentos, como de sangre jaspeados,
la prenda de sufrimientos que el éxito exigirá!
¿Es para abrirse el día en que de la fosa
Jesús, resucitado a una vida más hermosa,
sacudiendo sus alas virtudes hizo llover,
que el otoño de vuestros pétalos el candor
habla a nuestras miradas del ilícito placer,
o es para recordarnos los felices años en flor?

Lucien se picó por la perfecta inmovilidad de Lousteau mientras escuchaba este soneto; no conocía aún la desconcertante impasibilidad dada por la costumbre a la crítica y que distingue a los periodistas cansados de la prosa, los dramas y los versos. El poeta, acostumbrado a cosechar aplausos, se tragó su desencanto; leyó el soneto preferido por madame de Bargeton y por algunos de sus amigos del Cenáculo.

«Tal vez este logre arrancarle alguna palabra», pensó.

Segundo soneto

LA MARGARITA

Soy la margarita, flor hechizadora,
que adornaba la alfombra aterciopelada.
Feliz de ser sólo por mi belleza buscada
mis días pasaban en una eterna aurora.
Pero sorda a mis deseos, de una diadema fatal

una virtud nueva ha rodeado mi frente;
ser profetisa me ha tocado en suerte,
y sufro y muero: el saber es mortal.
Ya ni paz ni descanso me es dado;
el amor viene a arrancarme mi responso,
me desgarran el corazón por saber si es amado.
Soy la única flor tratada sin pena ni cuidado:
mi frente despojan de su blanca diadema,
me pisan apenas mi secreto es desvelado.

Cuando hubo terminado, el poeta miró a su aristarco. Étienne Lousteau contemplaba los árboles del plantel.

— ¿Qué tal? —dijo Lucien.

— ¿Cómo que qué tal?, amigo, ¡continúe!, ¿no le estoy escuchando? En París, escuchar sin decir nada es ya un elogio.

— ¿Tiene ya bastante? —preguntó Lucien.

— ¡Continúe! —contestó un tanto bruscamente el periodista.

Lucien leyó el soneto siguiente, pero lo leyó con el corazón en un puño, pues la impenetrable sangre fría de Lousteau congeló su elocuencia. De haber tenido más experiencia de la vida literaria, habría sabido que, en los autores, el silencio y la brusquedad, en tales circunstancias, delatan la envidia que produce una bella obra, igual que su admiración anuncia el placer que les inspira una obra mediocre que tranquiliza su amor propio.

Trigésimo soneto

LA CAMELIA

Cada flor es una palabra del libro de Natura.
La rosa es del amor y celebra la belleza,
la violeta exhala una amistad simple y pura
y el blanco lirio esplende de llaneza.
Pero la camelia, monstruo del jardín de Flora,
rosa sin ambrosía, lirio sin majestad,
se diría que florece, en la estación heladora,
para las penas coquetas de la virginidad.
Pero en los teatros oscuros el níveo candor
me gusta ver de estas coronas de pudor,

y los pétalos como albatros desplegados,
entre los negros cabellos de bellas doncellas
que al corazón inspiran pasiones bellas
como los mármoles de Fidias pulimentados.

— ¿Qué le parecen mis pobres sonetos? —preguntó sin ambages Lucien.

— ¿Quiere que le diga la verdad? —dijo Lousteau.

—Soy lo bastante joven como para amarla, y ansío demasiado el éxito para oírla sin ofenderme, pero no sin desesperación —respondió Lucien.

—Pues bien, amigo, lo enrevesado del primero revela que es una obra escrita en Angulema y que sin duda alguna le ha costado demasiado como para renunciar a él; el segundo y el tercero huelen ya a París, pero léame otro más —añadió haciendo un gesto que pareció encantador al gran hombre de provincias.

Animado por esta petición, Lucien leyó con mayor confianza el soneto que preferían D'Arthez y Bridau, tal vez a causa de su colorido.

Soneto quincuagésimo

EL TULIPÁN

Yo soy el tulipán, de Holanda la flor,
y tal es mi belleza que el avaro flamenco
un bulbo mío más que un diamante paga caro
si soy esbelto, grande y de bonito color.
Mi aire es feudal, y como una Yolanda,
con su amplia falda llena de ondulaciones
en mi manto hay pintados heráldicos blasones:
gules fajado de plata, oro con púrpura en banda;
el divino jardinero ha tejido con sus manos
rayos de sol y la púrpura de soberanos
para hacerme un vestido de trama ligera y fina.
No hay flor que iguale mi esplendor,
pero la naturaleza, ¡ay!, no ha derramado olor
en mi cáliz delicado como un jarrón de China.

— ¿Qué me dice? —dijo Lucien al cabo de un momento de silencio que le pareció una eternidad.

—Amigo —le dijo con aire serio Étienne Lousteau, mirando la punta de las botas que Lucien se había traído de Angulema y estropeadas ya por el uso—, le invito a que ennegrezca la punta de sus

botas con tinta para ahorrarse así el betún; a que se haga mondadientes con sus plumas para dar la impresión de que ha cenado cuando salga de Flicoteaux a pasear por la bonita alameda de este jardín, y que se busque un trabajo cualquiera. Hágase escribano judicial, si tiene estómago para ello; dependiente, si tiene unos riñones de acero; soldado, si le gusta la música militar. Tiene usted madera de tres poetas, pero, antes de abrirse camino, tendrá tiempo de morir seis veces de hambre si cuenta con los beneficios que puede reportarle su poesía para vivir. Ahora bien, sus intenciones son, según sus palabras de persona joven, hacer dinero con su pluma. No juzgo su poesía. Es, con mucho, superior a todas las poesías que se acumulan en los almacenes de los editores. Esas maulas elegantes, vendidas un poco más caras que las otras por su papel vitela, acaban casi todas por amontonarse a orillas del Sena, adonde puede ir a escuchar sus aleluyas si algún día desea ir a hacer algún peregrinaje instructivo por los muelles de París, desde el puesto del viejo Jérôme, en el puente de Notre Dame, hasta el Pont-Royal. Encontrará usted allí todos los Ensayos poéticos, las Inspiraciones, las Elevaciones, los Himnos, los Cantos, las Baladas, las Odas, en fin, todas las elucubraciones creadas en los últimos siete años, a musas cubiertas de polvo, salpicadas por los coches de punto y violadas por todos los transeúntes deseosos de ver la viñeta del frontispicio. No conoce a nadie, no tiene la puerta abierta en ningún periódico, sus Margaritas permanecerán castamente guardadas como las tiene; no se abrirán nunca al sol de la publicidad en el prado de amplias márgenes en las que crecen las flores del ilustre Dauriat, el editor de las celebridades, el rey de las Galeries de Bois. Mi pobre amigo, yo llegué como usted, con el corazón lleno de ilusiones, movido por el amor al Arte, llevado por impulsos invencibles hacia la gloria; me he encontrado con las realidades del oficio, las dificultades del mundo de la edición y la cara amarga de la miseria. Mi exaltación, ahora contenida, y mi primera efervescencia me ocultaban cómo funciona el mundo; me ha sido preciso verlo, toparme con todos los engranajes, herirme con los pivotes, mancharme de grasa, oír el ruido de las cadenas y de las ruedas. Y lo mismo que yo, también usted llegará a saber que, debajo de todas esas hermosas cosas soñadas, se agitan hombres, pasiones y necesidades. Se verá mezclado forzosamente en luchas horribles, de obra contra obra, de hombre contra hombre, de partido contra partido, en las que hay que batirse sistemáticamente para no verse uno abandonado por los suyos. Estos innobles combates desencantan el alma, depravan el corazón y producen un cansancio sin provecho alguno; pues a menudo nuestros esfuerzos sirven para hacer coronar a un hombre al que se detesta, un talento de segundo orden, presentado, a pesar nuestro, como un genio. La vida literaria tiene sus entre bastidores. Los éxitos injustificados o merecidos, esto es lo que aplaude la galería; los medios para conseguirlo, siempre repulsivos, los comparsas emperifollados, la claqué y los mozos de turno, esto es lo que ocultan los entre bastidores. Está usted aún en el patio de butacas. Está todavía a tiempo, desista antes de poner un pie en el primer escalón del trono que tantas ambiciones se disputan y no se deshonre como lo hago yo para vivir. —Una lágrima asomó a los ojos de Étienne Lousteau—. ¿Sabe cómo vivo? —prosiguió con acento de rabia—. El poco dinero que pudo darme mi familia, no tardé mucho en gastármelo. Me encontraba sin recursos después de haberme sido aceptada una obra en el Théâtre-Français. En el Théâtre-Français, la protección de un príncipe o de un primer gentilhomme de cámara del rey no basta para obtener un turno preferente. Los actores no ceden más que ante aquellos que suponen una amenaza para su amor propio. Si cuenta usted con el poder de hacer decir que el primer actor tiene asma, que la primera actriz tiene una fístula donde usted quiera, que la soubrette caza las moscas al vuelo, se verá a la mañana siguiente en cartel. No sé si de aquí a dos años quien ahora le habla estará en condiciones de conseguir ese poder: para ello se necesitan demasiados amigos. Dónde, cómo y de qué manera ganarme el pan, fue una pregunta que me hice tan pronto como comencé a sentir los primeros zarpazos del hambre. Tras muchos intentos, tras haber escrito una novela anónima que Doguereau compró por doscientos francos, y con la que no ha ganado

gran cosa, me convencí de que solamente el periodismo podría darme de comer. Pero ¿cómo entrar en esa casa de fieras? No le contaré todos los pasos ni mis solicitudes inútiles, ni los seis meses pasados como meritorio y oyendo decir que espantaba a los suscriptores, cuando en realidad conseguía nuevos. Pasemos por alto estas mezquindades. Hoy hago las reseñas, poco menos que gratis, de los teatros del bulevar en el periódico propiedad de Finot, ese gran muchacho que desayuna aún dos o tres veces al mes en el Café Voltaire (¡pero no vaya allí!). Finot es el redactor jefe. Yo vivo de vender las entradas que me regalan los directores de esos teatros para comprar mi benevolencia en el periódico, y los libros que los editores me mandan para que hable de ellos. En fin, trafico, una vez satisfecho Finot, con los tributos en especie que aporta la industria para la que, a favor o en contra, aquél me permite publicar artículos. L'eau carminative, la Pâte des Sultanes, L'Huile céphalique, la Mixture brésilienne, pagan por un artículo satírico veinte o treinta francos. Me veo obligado a ladrarle al editor que da pocos ejemplares al periódico: el periódico se queda con dos, que vende Finot, y yo necesito vender otros dos. Aunque publique una obra maestra, al editor avaro en ejemplares lo destrozo. Es algo innoble, sí, pero yo, como otros cien, vivo de este oficio. Y no se crea que el mundo de la política es mucho mejor que este mundillo literario: en ambos reina la corrupción, se es corruptor o corrompido. Siempre que se trata de lanzar una obra de cierta importancia, el editor me paga ante el temor de verse atacado. Por ello mis ingresos están relacionados con los folletos. Cuando se hacen tiradas de miles de éstos, entonces el dinero entra a espuestas en mi bolsa e invito a mis amigos. Si no hay por medio ningún negocio editorial, entonces como en Flicoteaux. Las actrices pagan también los elogios, pero las más listas pagan las críticas, porque el silencio es lo que ellas más temen. Así una crítica, hecha para encontrar una réplica inmediata en otro periódico, se paga más y vale más que un simple elogio que se olvida al día siguiente. La polémica, mi querido amigo, es el pedestal de las celebridades. En este oficio de espadachín al servicio de las ideas y del prestigio industrial, gano cincuenta escudos al mes, puedo vender una novela por quinientos francos y comienzo a ser considerado un hombre temible. Cuando en vez de vivir en casa de Florine, a costa de un droguero que se da aires de milord, tenga una casa propia y trabaje en un gran periódico donde dirija un feuilleton, ese día, amigo mío, Florine se convertirá en una gran actriz; en cuanto a mí, aún no sé en qué me convertiré entonces, si en ministro u hombre honrado, todo es aún posible. —Alzó su cabeza humillada y lanzó hacia el follaje una mirada de desesperación acusadora y terrible—. ¡Y eso que tengo una hermosa tragedia aceptada! ¡Y entre mis papeles un poema condenado a no ver nunca la luz! ¡Y yo que era bueno! Tenía el corazón puro: mi amante es una actriz del Panorama-Dramatique, ¡yo que soñaba con bellos amores entre las mujeres más distinguidas del gran mundo! En una palabra, por un ejemplar que el editor niegue a mi periódico, hablo mal de una obra que a mí me gusta.

Lucien, conmovido hasta las lágrimas, apretó la mano de Étienne.

—Fuera del mundo literario —dijo el periodista levantándose y dirigiéndose hacia la gran alameda del Observatoire por donde los dos poetas se pasearon como para oxigenar sus pulmones—, no existe una sola persona que conozca la horrible odisea por la que se llega a lo que hay que llamar, según los entendidos, boga, moda, prestigio, renombre, celebridad, favor público, esos distintos escalones que conducen a la gloria y que no pueden nunca sustituirla. Este fenómeno moral, tan fascinante, se compone de mil accidentes que varían con tanta rapidez que no existe el ejemplo de dos hombres que hayan triunfado siguiendo el mismo camino. Canalis y Nathan son dos casos sin comparación entre sí y que no se repetirán. D'Arthez, que se mata a trabajar, se hará célebre, pero por otra vía. Esta reputación tan deseada es casi siempre una prostituta coronada. Sí, para las obras de ínfimo orden de la literatura, ella representa a la pobre buscona que se huela en las esquinas; para la literatura de segundo orden es la

mujer mantenida que sale de los lugares de mala nota del periodismo y para la que yo hago de rufián; y para la literatura de éxito es la brillante cortesana insolente, que posee casas, paga impuestos al Estado, recibe a los grandes señores, los trata y los maltrata, tiene su servidumbre, su carruaje y puede hacer esperar a sus ansiosos acreedores. ¡Ah!, aquéllos para quienes es, como para mí en otro tiempo y ahora para usted, un ángel con las alas desplegadas, revestido con su blanca túnica, mostrando una palma verde en una mano y una espada flamígera en la otra, participando a un tiempo de la abstracción mitológica que vive en el fondo de una sima y de la pobre muchacha virtuosa desterrada a un suburbio, sin otra riqueza que el brillo de su virtud lograda con noble valor y que retorna al cielo inmaculada, cuando no muere profanada, mancillada, violada y olvidada en el carro de los pobres; esos hombres de cerebro blindado de bronce, con los corazones aún calientes bajo las tumbas de nieve de la experiencia, son muy raros en el país que ve usted a nuestros pies —dijo señalando la gran ciudad que humeaba al morir el día.

Una fugaz visión del Cenáculo cruzó entonces ante los ojos de Lucien conmoviéndole, pero se vio arrastrado de nuevo por las palabras de Lousteau, quien prosiguió con su espantosa lamentación.

—Son raros y escasos en esta caldera de fermentación, raros como los verdaderos amantes en el mundo del amor, raros como las fortunas honradas en el mundo financiero, raros como un hombre puro en el periodismo. La experiencia del primero que me dijo lo que yo le digo ahora fue vana, como vana será sin duda la mía para usted. Siempre el mismo entusiasmo precipita cada año de la provincia hasta aquí a un número igual, por no decir creciente, de ambiciones imberbes, que se lanzan con la cabeza alta y el corazón altivo al asalto del gran mundo, esa especie de princesa Turandot de Los mil y un días de la que todos quieren ser el príncipe Calaf. Pero nadie es capaz de adivinar el enigma. Todos caen en el abismo de la desgracia, en el fango del periódico, en las ciénagas de la edición. Van mendigando por ahí unas voces para diccionarios biográficos, colaboraciones, artículos de crónica para los periódicos, o libros por encargo impuestos por esa lógica comercial que prefiere una tontería que se agota en quince días a una obra maestra que necesita tiempo para venderse. Estas orugas, aplastadas antes de convertirse en mariposas, viven de la vergüenza y de la infamia, dispuestas a morder o a elogiar a un talento naciente a una orden del bajá del Constitutionnel, de La Quotidienne o de los Débats, a la señal de unos editores o al ruego de un colega envidioso, muchas veces por una simple comida. Los que superan los obstáculos olvidan la miseria de sus comienzos. Quien le habla ha escrito durante seis meses artículos en los que he puesto lo mejor de mi talento para un miserable que decía que eran suyos y que gracias a ellos ha llegado a ser redactor de un feuilleton: no me tomó como colaborador, y ni siquiera me dio un franco, y me veo obligado a darle la mano y a estrechar la suya.

— ¿Y por qué? —dijo indignado Lucien.

—Porque podría verme en la necesidad de insertar diez líneas en su suplemento —respondió fríamente Lousteau—. En fin, querido amigo, en literatura el secreto del éxito no radica en trabajar, sino en explotar el trabajo ajeno. Los propietarios de los periódicos son los contratistas de obras y nosotros somos sus peones. Por ello, cuanto más mediocre es un hombre, más rápidamente triunfa; puede tragarse sapos vivos, resignarse a todo, halagar las mezquinas y bajas pasiones de los sultanes literarios, como un recién llegado de Limoges, como Hector Merlin, que ya hace política en un periódico de centro derecha y trabaja en nuestro diario: yo le he visto recoger el sombrero que le cayó a un redactor jefe. Y como no hace sombra a nadie, este muchacho pasará entre las ambiciones rivales mientras estas luchan entre sí. Me da usted pena. Me veo en usted como yo era antes, y estoy seguro de que dentro de uno o dos años será usted como yo soy ahora. Creerá que le doy estos amargos consejos por alguna

secreta envidia o interés personal, pero en realidad están dictados por la desesperación del condenado que no puede abandonar ya el infierno. Nadie se atreve a decir lo que yo le digo a gritos con todo el dolor del hombre herido en el corazón y que, como otro Job sobre el estiércol, exclama: «¡Estas son mis llagas!».

—Luchar en este campo o en otro, tengo que luchar —dijo Lucien.

— ¡Sépallo, pues! —prosiguió Lousteau—. Esta lucha será sin tregua si tiene talento, pues su mayor suerte sería no tenerlo. La inflexibilidad de su conciencia hoy pura se doblegará ante aquellos que tengan su éxito en sus manos, que, con una sola palabra, pueden darle la vida y que no querrán decirla; pues, créame, el escritor de moda es más insolente y duro con los que empiezan de lo que pueda serlo el más brutal de los editores. Allí donde el editor no ve más que pérdidas, el escritor teme a un rival: el uno no le recibe y el otro le aplasta. Para escribir grandes obras, mi pobre amigo, sacará de su corazón, untando generosamente su pluma de tinta, la ternura, la savia, la energía, y las transformará en pasiones, sentimientos y frases. Sí, escribirá en vez de actuar, cantará en vez de luchar, amará, odiará y vivirá en sus libros; pero cuando haya reservado sus riquezas para su estilo, su oro, su púrpura para sus personajes, cuando se pasee cubierto de harapos por las calles de París, feliz por haber creado, rivalizando con el registro civil, un ser llamado Adolphe, Corinne, Clarisse o Manon, cuando haya echado a perder su vida y su estómago para dar vida a esta creación, la verá calumniada, traicionada, vendida, condenada a las lagunas del olvido por los periodistas, enterrada por sus mejores amigos. ¿Será capaz de esperar al día en que su creación resurja vivificada? ¿Y por quién?, ¿cuándo?, ¿cómo? Existe un magnífico libro, el pianto de la incredulidad, Obermann, que se pasea solitario por los almacenes desiertos, y al que desde entonces los libreros llaman irónicamente una maula: ¿cuándo llegará la Pascua para él? ¡Imposible saberlo! Ante todo, trate de encontrar un editor lo suficientemente atrevido como para publicar Las margaritas. No se trata de que se lo pague, sino de que lo publique. Entonces verá escenas curiosas.

Esta dura perorata, pronunciada con los distintos acentos de las pasiones que expresaba, cayó como un alud de nieve sobre el corazón de Lucien, helándoselo. Permaneció de pie y silencioso durante unos momentos. Finalmente su corazón, como estimulado por la terrible poesía de las dificultades, estalló. Lucien estrechó la mano de Lousteau y le dijo.

— ¡Triunfaré!

—Bien —dijo el periodista—, un cristiano más que baja a la arena para ofrecerse en sacrificio a las fieras. Querido amigo, esta noche hay un estreno en el Panorama-Dramatique, no comenzará hasta las ocho, y no son más que las seis, así que vaya a ponerse su mejor traje, en fin, arréglese convenientemente. Pase a recogerme. Vivo en la rue de La Harpe, encima del Café Servel, en el cuarto piso. Primero pasaremos por casa de Dauriat. Persiste, ¿no es así? Pues bien, esta noche haré que conozca a uno de los reyes de la edición y a algunos periodistas. Después del espectáculo cenaremos en casa de mi querida con algunos amigos, pues no se puede decir que hayamos comido. Allí conocerá a Finot, el redactor jefe y propietario de mi periódico. ¿Conoce la frase de Minette del vodevil: El tiempo es un gran flaco? Pues bien, para nosotros el azar también es un gran flaco, y hay que tentar la suerte.

—Nunca olvidaré este día —dijo Lucien.

—Tráigase el manuscrito y vístase bien, más por el editor que por Florine.

La bonhomía del colega, que seguía al grito violento del poeta describiendo la guerra literaria,

impresionó a Lucien tan vivamente como le había sucedido en su momento al escuchar el discurso serio y religioso de D'Arthez. Animado por la perspectiva de una lucha inmediata entre los hombres y él, el inexperto joven no sospechó en absoluto la realidad de las desgracias morales que le denunciaba el periodista. No sabía que estaba en una encrucijada, entre dos filosofías representadas por el Cenáculo y por el periodismo, uno de cuyos caminos era largo, honroso y seguro; el otro sembrado de peligrosos escollos, lleno de arroyos fangosos en los que su conciencia habría de enlodarse. Su carácter lo inducía a tomar el camino más corto, en apariencia más agradable, y hacer uso de los medios rápidos y decisivos. No vio en aquel momento diferencia alguna entre la noble amistad de D'Arthez y la fácil camaradería de Lousteau. Ese carácter voluble vio en el periodismo un arma a su alcance, se sentía en condiciones de manejarla y quiso tomarla. Deslumbrado por los ofrecimientos de su nuevo amigo, que chocó su mano con una familiaridad que encontró graciosa, ¿podía saber que, en el ejército de la Prensa, todos necesitan amigos, igual que los generales necesitan soldados? Lousteau, al verle tan decidido, le reclutaba esperando más adelante tenerlo de acólito. El periodista encontraba en él a su primer amigo, así como Lucien a su primer valedor: el uno quería ascender a cabo y el otro quería ser soldado. El neófito regresó muy contento a su hostel, donde se arregló con tanto esmero como el infausto día en que quiso exhibirse en el palco de la marquesa de Espard en la Ópera; pero ya sus ropas le sentaban mejor, se había adaptado a ellas. Se puso sus bonitos pantalones ajustados de color claro, unas elegantes botas con borlas que le habían costado cuarenta francos y su frac de baile. Hizo rizar, perfumar y caer en brillantes bucles sus finos y abundantes cabellos rubios. Su frente adquirió un aire audaz que nacía de la conciencia de su propia valía y del porvenir que le esperaba. Sus manos femeninas fueron cuidadosamente lavadas, sus uñas almendradas se volvieron limpias y rosadas. Sobre el cuello de negro raso resaltaron las blancas redondeces de su mentón. Nunca un joven más apuesto descendió la montaña del país latino.

Bello como un dios griego, Lucien tomó un coche de punto y a las siete menos cuarto estaba a la puerta de la casa del Café Serval. La portera le invitó a escalar cuatro pisos, impartándole unas nociones topográficas bastante complicadas. Armado con estas indicaciones, encontró, no sin dificultad, una puerta abierta al final de un largo pasillo oscuro, y reconoció la típica habitación del Barrio Latino. La miseria de los jóvenes le perseguía tanto allí como en la rue de Cluny, en casa de D'Arthez, en casa de Chrestien, ¡en todas partes! Pero, en todas partes, lleva la impronta que le confiere el carácter del que la sufre. Allí, esta miseria era siniestra. Una cama de nogal, sin cortinas, a cuyos pies hacía pliegues una vulgar alfombra de ocasión; en las ventanas, unos visillos amarillentos por el humo de una chimenea que no tiraba y el de los cigarros; sobre la chimenea, una lámpara Carcel, regalo de Florine y que por el momento se había librado del Monte de Piedad; luego, una cómoda de caoba deslucida, una mesa atestada de papeles, dos o tres plumas de oca alborotadas, sólo los libros traídos la víspera o durante el día: tal era el mobiliario de esta habitación desprovista de objetos preciados, pero que presentaba un innoble conjunto de malas botas en un rincón que parecían bostezar de tan abiertas, viejos calcetines reducidos al estado de puntillas; en otro rincón, colillas aplastadas, pañuelos sucios, camisas en dos volúmenes, corbatas en tres ediciones. Era, en fin, un vivaque literario amueblado de las cosas más sórdidas y de la más extraña desnudez que imaginarse pueda. Sobre la mesilla de noche, llena de libros leídos durante la mañana, relucía el tubo rojo de Fumade. Sobre la repisa de la chimenea andaban a la buena de Dios una navaja de afeitar, un par de pistolas y una tabaquera. En un entrepaño, Lucien vio dos floretes entrecruzados debajo de una máscara. Tres sillas y dos sillones, apenas dignos del hotel más miserable de esa calle, completaban el mobiliario. Esta habitación, a la vez sucia y triste, revelaba una vida sin reposo ni dignidad: en ella se dormía, se trabajaba deprisa, se vivía a la fuerza, se sentía la

necesidad de abandonarla. ¡Qué diferencia entre este impúdico desorden y la miseria limpia y decente de D'Arthez!... Este consejo, arrojado en un recuerdo, Lucien no lo escuchó, porque Lousteau le gastó una broma para enmascarar la desnudez del Vicio.

—Esta es mi leonera, mis habitaciones de representación están en la rue de Bondy, en el nuevo piso que nuestro droguero ha amueblado para Florine y que esta noche inauguraremos.

Étienne Lousteau llevaba unos pantalones negros, botas muy bien lustradas y una chaqueta abotonada hasta el cuello; su camisa, que Florine debía de irle sin duda renovando, quedaba oculta por un cuello de terciopelo, y estaba cepillando su sombrero para darle apariencia de nuevo.

—Vamos —dijo Lucien.

—Todavía no, estoy esperando a un editor que me traerá dinero, tal vez se juegue. No tengo ni un ochavo; y además necesito unos guantes.

En aquel instante los dos nuevos amigos oyeron los pasos de un hombre en el pasillo.

—Es él —dijo Lousteau—. Va a ver, amigo, el aspecto que adopta la Providencia cuando se manifiesta a los poetas. Antes de contemplar en su gloria a Dauriat, el editor de moda, habrá visto al librero del quai des Augustins, al librero del descuento, al vendedor de saldos literarios, al normando ex vendedor de lechugas. ¡Adelante, viejo Tártaro! —exclamó Lousteau.

—Aquí estoy —dijo una voz cascada como el sonido de una campana rota.

— ¿Con el dinero?

— ¿Qué dinero? Ya no lo hay en la edición —respondió un joven que entró mirando a Lucien con aire de curiosidad.

—En primer lugar, me debe cincuenta francos —continuó Lousteau—. Luego, aquí tiene dos ejemplares de un Viaje a Egipto, del que se dice que es una maravilla, está repleto de grabados y se venderá: Finot ha cobrado por dos artículos que yo tengo que hacer. Item, dos ejemplares de las últimas novelas de Victor Ducange, un autor ilustre en el Marais. Item, dos ejemplares de la segunda obra de Paul de Kock, un principiante que se dedica al mismo género. Item, dos Yseult de Dole, una bonita obra provinciana. En total, cien francos, precio sin rebaja. Me debe, por tanto, cien francos, amigo Barbet.

Barbet miró los libros examinando los cortes y las tapas con atención.

— ¡Oh!, están en perfecto estado de conservación —exclamó Lousteau—. El Viaje tiene los pliegos intonsos, y también el Paul de Kock y el Ducange, y ese que hay encima de la chimenea, Consideraciones sobre lo simbólico, se lo entrego, pues el mito es tan aburrido que se lo doy para no ver salir de él miles de polillas.

—Entonces —preguntó Lucien—, ¿cómo hará sus artículos?

Barbet lanzó a Lucien una mirada de profundo asombro y, volviéndose hacia Étienne, comentó sarcásticamente:

—Cómo se ve que este señor no tiene la desgracia de ser hombre de letras...

—No, Barbet, no. El señor es poeta, un gran poeta que destronará a Canalis, a Béranger y a Delavigne. Llegará lejos, con tal de que no se lance al agua, y aun así llegaría hasta Saint-Cloud.

—Si tuviera que darle un consejo al señor —dijo Barbet—, éste sería que se olvidara de los versos y se dedicara a la prosa. No queremos más versos en el muelle.

Barbet llevaba una fea levita abotonada con un solo botón y con el cuello pringoso, conservaba el sombrero puesto, calzaba zapatos y su chaleco entreabierto dejaba ver una gruesa camisa de tela basta. Su cara redonda, perforada por dos ojos ávidos, no carecía de bondad; pero tenía en la mirada la vaga inquietud de las personas acostumbradas a oír que les piden dinero y que lo tienen. Parecía franco y fácil de llevar, hasta tal punto su gordura acolchaba su astucia. Después de haber sido dependiente, tenía desde hacía un par de años una miserable tiendecita en el muelle, desde la cual se lanzaba sobre los periodistas, autores e impresores, comprándoles a bajo precio los libros que les regalaban, sacándose así unos quince o veinte francos diarios. Con sus buenos ahorros, olfateaba las necesidades de cada uno, acechando la ocasión de cualquier buen negocio, descontaba a una tasa del quince o el veinte por ciento a los autores en apuros las letras de los editores, a quienes iba a comprar al día siguiente, a precios acordados al contado, algunos buenos libros que le habían pedido; y luego les devolvía sus propias letras en vez de pagarles en metálico. Había hecho sus estudios, y su instrucción le servía para evitar cuidadosamente la poesía y las novelas modernas. Era partidario de las pequeñas inversiones, los libros útiles, cuya propiedad en exclusiva le costaba mil francos y que podía explotar a su antojo, como La Historia de Francia puesta al alcance de los niños, la Teneduría de libros en veinte lecciones, la Botánica para jovencitas. Había dejado escapar ya un par o tres de buenos libros, después de haber hecho volver veinte veces a sus autores a su casa, sin decidirse a comprar su original. Cuando se le reprochaba su cobardía, sacaba el dossier de un famoso proceso cuyo manuscrito, hecho a partir de artículos de prensa, no le había costado ni un céntimo, y que sin embargo le había reportado dos o tres mil francos. Barbet era el prototipo del librero miedoso que vive de pan y nueces, que firma pocos pagarés, que araña en las facturas, las rebaja, lleva él mismo sus libros no se sabe adónde, pero que los coloca y se los hace pagar. Era el terror de los impresores, que no sabían por dónde cogerle: les pagaba con descuento y recortaba sus facturas adivinando necesidades urgentes; luego no volvía a tener tratos con aquellos que había esquilmado, temiéndose alguna mala pasada.

—Bueno, ¿continuamos con nuestros negocios? —dijo Lousteau.

—Eh, amigo —dijo con familiaridad Barbet—, en mi tienda tengo seis mil libros por vender. Y, según el dicho de un viejo librero, los libros no son francos. El negocio de la edición va mal.

—Si va a su tienda, mi querido Lucien —dijo Étienne—, encontrará sobre un mostrador de madera de roble, procedente de la liquidación por quiebra de algún comerciante en vinos, una vela sin despabilar, porque así se consume menos deprisa. Iluminado aduras penas por este pequeño resplandor, no verá más que anaqueles vacíos. Para guardar esta nada, un mozo con blusa azul se sopla en los dedos, da pataditas en el suelo para calentarse los pies o gesticula como un cochero en su asiento. ¡Mira! No tiene más libros de los que tengo yo aquí. Imposible adivinar el negocio que allí se hace.

—Aquí tiene un pagaré a tres meses por valor de cien francos —dijo Barbet, que no pudo evitar sonreír al sacar un papel timbrado de su bolsillo—, y me llevaré sus libros. Mire, yo no le puedo dar el dinero al contado, pues las ventas cuestan demasiado. He pensado que tendría necesidad de mí, y al estar sin un céntimo, he firmado un pagaré para hacerle un favor, porque no me gusta que mi firma ande por ahí.

— ¿Así que encima quiere mi aprecio y mi gratitud? —dijo Lousteau.

—Por más que las letras no se paguen con sentimientos, aceptaré de todos modos su aprecio —

replicó Barbet.

—Pero necesito unos guantes, y los perfumistas tendrán la vileza de rechazar su carta de pago —dijo Lousteau—. Tenga, aquí tiene un soberbio grabado, en el primer cajón de la cómoda, que vale ochenta francos, metido entre una carta y un artículo. Me ha servido para escribir uno bastante divertido. Había que pinchar a alguien con Hipócrates rechazando los presentes de Artajerjes. ¿Eh?, esta bonita lámina es ni que pintada para todos los médicos que rechazan los regalos exagerados de los sátrapas parisienses. Debajo del grabado encontrará además una treintena de romanzas. Vamos, lléveselo todo y deme cuarenta francos.

— ¡Cuarenta francos! —exclamó el editor pegando un grito de gallina asustada—. Como máximo, veinte. Y es probable que aún los pierda —añadió Barbet.

— ¿Dónde están los veinte francos? —preguntó Lousteau.

—Le doy mi palabra de honor de que no sé si los tengo —dijo Barbet registrándose—. Aquí están. Me desvalija usted, me obliga a hacer unas cosas...

—Venga, vámonos —dijo Lousteau, quien cogió el manuscrito de Lucien haciendo una señal con tinta en el cordón.

— ¿Tiene alguna cosa más? —preguntó Barbet.

—Nada, mi pequeño Shylock. Ya verás como haces un negocio excelente (en el que perderás mil escudos, de este modo aprenderás a no desplumarme así) —le dijo en voz baja Étienne a Lucien.

— ¿Y sus artículos? —preguntó Lucien mientras se dirigían al Palais-Royal.

— ¡Bah!, esto se arregla en un abrir y cerrar de ojos. Por lo que se refiere al Viaje a Egipto, con sólo abrir el libro y hojear un poco las páginas sin cortar, he podido detectar once faltas gramaticales. Escribiré una columna diciendo que si el autor ha aprendido el lenguaje de los patos grabados en esos pedruscos egipcios llamados obeliscos, no conoce su lengua, cosa que le demostraré. Diré que en vez de hablarnos de historia natural y de antigüedades debería haber tratado exclusivamente del porvenir de Egipto, del progreso de la civilización, de cómo unir Egipto a Francia, que, después de haberlo conquistado y perdido, puede anexionárselo aún por medio de su ascendiente moral. Y para terminar, un fervorín patriótico, todo ello aderezado con unas parrafadas sobre Marsella, el Levante y nuestro comercio.

—Pero si él hubiera dicho esto, ¿qué diría usted?

—Pues bien, diría que en vez de aburrirnos con la política hubiera tenido que ocuparse del Arte y describirnos los aspectos pintorescos del país y su territorio. Entonces va el crítico y se queja. La política, dice, nos invade, nos aburre, la encontramos hasta en la sopa. Echaría de menos esos encantadores viajes en los que se nos explican las dificultades de la navegación, el encanto de salir a mar abierta, las delicias del paso del Ecuador, en fin, todo cuanto necesitan saber los que no viajarán nunca. Pese a aplaudirlos, nos burlamos de esos viajeros que celebran como si fueran grandes acontecimientos el vuelo de un pájaro que pasa, un pez volador, una pesca, la indicación de las coordenadas geográficas, el reconocimiento de los bajíos. Volvemos a preguntar por esas cosas científicas absolutamente ininteligibles, que fascinan como todo lo que es profundo, misterioso, incomprensible. El suscriptor se ríe, está servido. En cuanto a las novelas, Florine, que es la mejor lectora de novelas que pueda haber en el mundo, me hace su análisis, y yo despacho mi artículo

basándome en su juicio. Cuando se aburre con lo que ella llama «las frases de autor», tomo en consideración el libro y mando pedir otro ejemplar al editor, que me lo envía encantado de tener un artículo favorable.

— ¡Dios mío!, pero ¿y la crítica?, ¡la sacrosanta crítica! —exclamó Lucien, imbuido de las doctrinas de su Cenáculo.

—Querido amigo —dijo Lousteau—, la crítica es un cepillo que no puede emplearse con las telas ligeras, porque se lo llevaría todo. Escuche, dejemos estar el oficio. ¿Ve esta señal? —le dijo enseñándole el manuscrito de *Las margaritas*—. Con un poco de tinta he unido el cordón al papel. Si Dauriat lee su manuscrito, le será imposible volver a colocar el cordón tal como estaba. Así su manuscrito está como lacrado. No está de más para la prueba que quiere hacer. Y tenga en cuenta también que no se presentará, solo y sin padrinos, en esa casa editorial, como esos chicos ingenuos que se presentan a diez editores antes de poder encontrar uno que les ofrezca una silla...

Lucien había comprobado ya la verdad de este detalle. Lousteau pagó el simón dándole al cochero tres francos, para gran sorpresa de Lucien, quien no se explicaba la prodigalidad que seguía a tanta miseria. Luego los dos amigos entraron en las *Galleries de Bois*, en las que destacaba en aquel entonces la llamada *Librería de Novedades*. En aquella época, las *Galleries de Bois* constituían una de las curiosidades parisienses más ilustres. No estará de más describir este bazar innoble, pues durante treinta y seis años ha desempeñado en la vida de París un papel tan importante que hay muy pocos hombres de cuarenta años a quienes esta descripción, increíble para los jóvenes, no deleite aún. En lugar de la fría, alta y ancha galería de Orléans, especie de invernadero sin flores, había unas barracas, o, para ser más exactos, unas chozas hechas a base de tablas, bastante mal cubiertas, pequeñas, mal iluminadas del lado que da al patio y del lado del jardín por unas luces de medianería llamadas ventanas, pero más parecidas a los sucios ventanucos de los merenderos del extrarradio. Una triple hilera de tiendas formaba allí dos galerías, de una altura aproximada de doce pies. Las tiendas situadas en su parte central se asomaban a las dos galerías, cuya atmósfera les daba un aire mefítico y cuya techumbre dejaba pasar poca claridad a través de unos cristales eternamente sucios. Estas celdillas habían adquirido un precio tal debido a la afluencia de público, que a pesar de lo angosto de algunas de ellas, apenas de seis pies de ancho y ocho o diez de largo, su alquiler costaba mil escudos. Las tiendas a las que daba luz el jardín y el patio estaban protegidas por unos verdes emparrados, tal vez con objeto de impedir que la muchedumbre demoliera, a su contacto, los muros de mala mampostería que formaban la trasera de los almacenes. Pues había allí un espacio de dos o tres pies en el que vegetaban los productos más extraños de una botánica desconocida a la ciencia, mezclados con los de diversas industrias no menos florecientes. Una maculatura hacía de tocado a un rosal, de suerte que las flores de la retórica eran perfumadas por las flores abortadas de aquel jardín mal cuidado y fétidamente regado. Cintas de todos los colores y folletos florecían entre las hojas. Los restos de serie de las modas ahogaban la vegetación: podíais encontraros allí, sobre una mata de hierba, un enredijo de cintas, y os llevabais una desilusión al daros cuenta de que la flor que habíais admirado de lejos era una coca de raso que figuraba una dalia. Del lado del patio, así como del lado del jardín, la vista de aquel palacio fantasmagórico ofrecía todo cuanto la suciedad parisiense ha producido de más extraño: revoques lavados, mampostería rehecha, restos de viejas pinturas, letreros fantásticos. Además, el público parisiense ensuciaba enormemente los verdes emparrados, tanto del lado del jardín como del lado del patio. Así, por ambos lados, una franja infame y nauseabunda parecía prohibir a las personas delicadas que se acercaran a las galerías; pero aquéllos no retrocedían ante aquellas horribles cosas, como los príncipes de los cuentos de hadas no retroceden ante los dragones y los obstáculos que un genio malvado interpone entre ellos y las princesas. Estas galerías,

igual que hoy día, estaban divididas en su parte central por un pasaje, y, como hoy, también se accedía a ellas por los dos peristilos actuales, comenzados antes de la Revolución y abandonados posteriormente por falta de presupuesto. La bonita galería de piedra que conduce al Théâtre-Français formaba entonces un pasadizo angosto de una altura desmesurada y tan mal cubierto que muy a menudo llovía allí dentro. Era conocida como la Galerie Vitree para distinguirla de las Galeries de Bois. Las techumbres de aquellos tugurios estaban todas ellas, por otra parte, en tan mal estado, que la Casa de Orleans tuvo que afrontar un proceso con un célebre comerciante de chales de Cachemira y de telas que una noche se encontró unas mercancías estropeadas por un valor considerable. El comerciante ganó el pleito. Un doble toldo alquitranado hacía las veces de cubierta en algunos lugares. El suelo de la Galerie Vitree, donde Chevet comenzó su fortuna, y el de las Galeries de Bois eran el suelo natural de París, aumentado por el adventicio creado por las botas y los zapatos de los paseantes que allí venían. En cualquier época del año, los pies tropezaban con montañas y valles de barro endurecido, barrido sin cesar por los vendedores y que obligaban a los recién llegados a una cierta habilidad para caminar por él.

Aquel siniestro amasijo de inmundicias, aquel conjunto de cristales ensuciados por la lluvia y el polvo, aquellas chozas chatas y cubiertas de harapos en su exterior, la suciedad de los paredones comenzados, aquel conjunto de cosas que tenía algo de campamento de gitanos, de barraca de feria, de construcción provisional con la que París rodea los monumentos que nunca se construyen, esta fisonomía de mueca burlesca, concordaba admirablemente con los diferentes comercios que proliferaban bajo aquel impúdico hangar, descarado, lleno de murmullos y de loca alegría, donde, desde la Revolución de 1789 hasta la Revolución de 1830, se han hecho inmensos negocios. Durante veinte años la Bolsa tuvo su sede enfrente, en la planta baja del Palais. Así, la opinión pública, las reputaciones se hacían y deshacían allí, así como los negocios políticos y financieros. La gente se daba cita en aquellas galerías antes y después de la sesión de Bolsa. El París de los banqueros y de los hombres de negocios llenaba a menudo el patio del Palais-Royal, y afluía hacia aquellos refugios cuando llovía. La naturaleza de este edificio, surgido en aquel punto no se sabía cómo, le daba una extraña sonoridad. Los estallidos de risa aumentaban allí de volumen. No se producía una disputa, en uno de sus extremos, sin que se supiera en el otro de qué se trataba. No había allí más que libreros, poesía, política, prosa, tiendas de modas y hasta muchachas de vida alegre que venían solamente por las tardes. Allí florecían las novelas y los libros, las jóvenes y las viejas glorias, las conspiraciones de la Tribuna y las mentiras de la Edición. Allí se vendían las novedades al público, que se obstinaba en comprarlas exclusivamente en aquel lugar. Allí se llegaron a vender en una sola tarde varios millares de uno u otro panfleto de Paul-Louis Courier o unas Aventuras de la hija de un rey, el primer disparo lanzado por la Casa de Orleans contra la Carta de Luis XVIII. En la época en que Lucien se dejó ver por allí, algunas tiendas tenían escaparates o vitrinas bastante elegantes; pero estas tiendas formaban parte de las hileras que daban al jardín o al patio. Hasta el día en que aquella singular colonia desapareció bajo la piqueta del arquitecto Fontaine, las tiendas situadas entre las dos galerías permanecieron siempre abiertas, sostenidas por unos pilares como las tiendas de las ferias de provincias, y la vista se sumergía en las dos galerías a través de las mercancías o las puertas acristaladas. Como no se podía encender fuego allí, los comerciantes no tenían más que calentapiés y ellos mismos hacían de policía contra incendios, porque cualquier imprudencia podía hacer prenderse en menos de un cuarto de hora aquellas tablas resacas por el sol y ya como inflamadas por la prostitución, abarrotadas como estaban de gasa, de muselina, de papeles, algunas veces ventiladas por corrientes de aire. Las tiendas de las modistas estaban llenas de sombreros inconcebibles, que parecían estar allí menos para la venta que para su exhibición, colgados todos a centenares de alcayatas con cabeza en forma de hongo y que engalanaban las galerías con sus mil

colores. Durante veinte años, todos los que pasaban por ellas se han preguntado sobre qué cabezas acababan su carrera aquellos sombreros polvorientos. Trabajadoras generalmente feas, pero con gran desparpajo, abordaban a las mujeres con una labia astuta, siguiendo la costumbre y el lenguaje propios del mercado de abastos. Una modistilla, con menos pelos en la lengua que vivacidad en los ojos, se había subido a un taburete y acosaba a los visitantes. «¡Señora, cómprese un bonito sombrero!» «¡Señor, déjeme que le venda alguna cosa!» Su vocabulario fecundo y pintoresco era variado por las inflexiones de voz, las miradas y las críticas a los paseantes. Los libreros y los vendedores de modas vivían en buena armonía. En el pasaje llamado con tanta pompa la Galerie Vitrée, se encontraban los comercios más singulares. Allí se establecían los ventrílocuos, los charlatanes de toda laya, los espectáculos en los que no se ve nada y esos otros en que se muestra el mundo entero. Allí se estableció por primera vez un hombre que ganó setecientos u ochocientos mil francos recorriendo las ferias. Tenía como enseña un sol girando dentro de un cuadro negro a cuyo alrededor resplandecían estas palabras escritas en rojo: «Aquí el hombre ve lo que Dios no podría ver. Precio: dos sueldos». El voceador no os admitía nunca solos ni tampoco en número superior a dos. Una vez dentro, os dabais de bruces con un gran espejo. De repente una voz que habría asustado al mismísimo Hoffmann el Berlínés se disparaba como accionada por un resorte: «Ahí ven, señores, lo que durante toda la Eternidad Dios no podría ver, es decir, su semejante. ¡Dios no tiene semejante!». Y salíais avergonzados, sin atreveros a reconocer vuestra estupidez. Salían de todas las portezuelas voces parecidas que os ponderaban los cosmorama, vistas de Constantinopla, espectáculos de marionetas, autómatas que jugaban al ajedrez, perros que distinguían a la más bella mujer de la concurrencia. El ventrílocuo Fitz-James floreció allí en el Café Borel, antes de ir a morir a Montmartre, mezclado con los alumnos de la Escuela Politécnica. Había vendedoras de fruta y de ramos de flores, un famoso sastre cuyos bordados militares resplandecían por la noche como soles. Por la mañana, hasta las dos de la tarde, las Galeries de Bois permanecían silenciosas, lúgubres y desiertas. Los comerciantes charlaban allí como si estuvieran en su casa. Las citas que allí se daba la población parisiense no comenzaban hasta las tres de la tarde, a la hora de la Bolsa. A partir del momento en que llegaba la multitud, se hacían lecturas gratuitas en los puestos de los libreros a cargo de jóvenes hambrientos de literatura y sin blanca. Los dependientes encargados de vigilar los libros expuestos dejaban caritativamente que las pobres gentes fueran pasando las hojas. Cuando se trataba de un manual en doceavo de doscientas páginas, como Smarra, Peter Schlemihl, Jean Sbogar, Jocko, era devorado en dos sesiones. En aquellos tiempos no existían los gabinetes de lectura y había que comprar un libro si se quería leerlo; por ello las novelas se vendían en cantidades que hoy podrían parecer fabulosas. Había, pues, un no sé qué de francés en esta limosna dada a la juventud y a su inteligencia, ávida y pobre. La poesía de aquel terrible bazar brillaba a la caída de la tarde. Por todas las calles adyacentes iban y venían en gran número muchachas que podían pasearse por allí impunemente. Desde todos los puntos de París, una muchacha de vida alegre acudía a «hacer su Palais». Las Galeries de Pierre pertenecían a casas privilegiadas que pagaban el derecho a exponer a muchachas ataviadas como princesas, entre tal arcada y tal otra y en el lugar correspondiente en el jardín; mientras que las Galeries de Bois eran para la prostitución un terreno público, el Palais por antonomasia, vocablo que era sinónimo por aquel entonces de templo de la prostitución. Una mujer podía ir allí y salir acompañada de su presa o llevarla a donde mejor le pareciera. Estas mujeres atraían, pues, por la tarde a las Galeries de Bois a una muchedumbre tan considerable que había que andar al paso, como en una procesión o en un baile de máscaras. Esta lentitud, que no molestaba a nadie, permitía un mejor examen. Aquellas mujeres se ataviaban de un modo que hoy ya no se estila; la manera en que iban descotadas por detrás hasta media espalda, y hasta muy abajo también por delante; sus extraños peinados concebidos para llamar la atención: esta de la comarca de Chaux, la otra española; la una con más rizos que un caniche, la otra con bandós lisos; sus

piernas enfundadas en unas medias blancas y enseñándolas, no se sabe cómo, pero siempre muy a propósito; toda esta infame poesía se ha perdido. La licencia de las preguntas y de las respuestas, ese cinismo público en armonía con el lugar no se encuentra ya ni en el baile de máscaras, ni en los célebres bailes que se dan hoy día. Era horrible y alegre a la vez. La carne rebosante de hombros y escotes resplandecía en medio de los trajes de los hombres, generalmente oscuros, y producía los más magníficos contrastes. La algarabía de las voces y el ruido del paseo creaban un murmullo que se oía desde el centro del jardín, como un bajo continuo salpicado de las carcajadas de las chicas alegres o los gritos de alguna rara disputa. Las personas comme il faut, los hombres más notables, se codeaban con gente de jetas patibularias. Estas monstruosas reuniones tenían un no sé qué de picante y hasta los hombres más insensibles se sentían emocionados. Por ello, todo París fue allí hasta el último momento; se paseó por el piso de madera que el arquitecto situó por encima de los sótanos mientras los construía. Una inmensa y unánime nostalgia ha acompañado la caída de estos innobles pedazos de madera.

El librero Ladvocat se había establecido desde hacía algunos días en la esquina del pasaje que dividía estas galerías en dos, enfrente de Dauriat, joven hoy olvidado, pero audaz, y que abrió el camino en el que más tarde había de brillar su competidor. La librería de Dauriat se encontraba en una de las hileras que daban al jardín, y la de Ladvocat en la que daba al patio. Dividida en dos partes, la librería de Dauriat poseía un vasto almacén para sus libros y la otra parte le servía de despacho. Lucien, que venía allí por vez primera por la tarde, quedó anonadado ante aquel espectáculo, al que no se resistían ni los provincianos ni los jóvenes. Pronto perdió a su acompañante.

—Si fueses tan guapo como ese muchacho, no te cobraría nada —le dijo una joven a un viejo señalándole a Lucien.

A Lucien se le subió el pavo de la vergüenza, siguió la riada humana en un estado de alelamiento y excitación difícil de describir. Acosado por las miradas de las mujeres, incitado por blancas redondeces y escotes atrevidos que le deslumbraban, sujetaba su manuscrito con mano firme para que no se lo robaran, ¡el muy inocente!

— ¡Eh, señor! —exclamó sintiéndose sujeto por un brazo y creyendo que su poesía había atraído a algún autor.

Reconoció a su amigo Lousteau, quien le dijo:

— ¡Ya sabía yo que acabaría pasándose por aquí!

El poeta estaba ante la puerta de una tienda en la que Lousteau le hizo entrar, y que se encontraba llena de gente, esperando poder hablar con el sultán de la edición. Los impresores, papeleros y dibujantes se agrupaban alrededor de los dependientes y les preguntaban sobre los negocios en marcha o que tenían en mente.

— ¡Mire! Ahí tiene a Finot, el director de mi periódico; está hablando con un joven que tiene talento, Félicien Vernou, un granuja más malo que la quina.

—Bueno, sé que tienes un estreno, amigo —dijo Finot acercándose con Vernou hacia donde estaba Lousteau—, y he reservado el palco.

— ¿Se lo has vendido a Braulard?

—Sí, ¿y qué querías que hiciera? Ya encontrarás otro sitio. ¿Qué vienes a pedirle a Dauriat? Ah, sí, acordamos que daríamos un empujoncito a Paul de Kock, Dauriat ha comprado doscientos ejemplares

de él y Victor Ducange le rechaza una novela. Dauriat quiere —dijo— lanzar un nuevo autor del mismo género. Pondrás a Paul de Kock por encima de Ducange.

— ¡Pero si tengo una obra con Ducange en el Gaîté! —dijo Lousteau.

—Pues bien, le dirás que el artículo es mío; que era terrible y que tú lo suavizaste; así te deberá agradecimiento.

— ¿No podrías hacer que el cajero de Dauriat me pagara este pequeño bono de cien francos? —le dijo Étienne a Finot—. ¡Ya sabes!, cenamos juntos para inaugurar el nuevo piso de Florine.

— ¡Ah, sí!, nos agasajas —dijo Finot con el aire de quien hace un esfuerzo de memoria—. Pues bien, Gabusson —dijo Finot tomando el billete de Barbet y presentándolo al cajero—, dele noventa francos de mi parte a este hombre. ¿Me endosas el pagaré, amigo?

Lousteau cogió la pluma del cajero, mientras éste contaba el dinero, y firmó. Lucien, todo ojos y oídos, no se perdió ni ripio de esta conversación.

—Eso no es todo, mi querido amigo —prosiguió diciendo Étienne—, no te doy las gracias, porque estamos unidos hasta la muerte. He de presentar a este señor a Dauriat y tú deberías prepararle para que nos haga caso.

— ¿De qué se trata? —preguntó Finot.

—De un libro de poesía —respondió Lucien.

— ¡Ah! —dijo Finot encogiéndose de hombros.

—El señor —dijo Vernou mirando a Lucien— no debe de llevar mucho en el negocio de la edición, porque, de lo contrario, ya habría guardado su manuscrito en el lugar más recóndito de su casa.

En ese momento entró un joven apuesto, Émile Blondet, que acababa de estrenarse en el Journal des Débats con artículos de mucho fuste, dio la mano a Finot y a Lousteau y saludó de pasada a Vernou.

—Ven a cenar con nosotros a medianoche a casa de Florine —le dijo Lousteau.

—Allí estaré —dijo el joven—. Pero ¿quién habrá?

— ¡Ah! —repuso Lousteau—, pues Florine y el droguero Matifat, Du Bruel, el autor que ha dado un papel a Florine para su debut; un viejo, Cardot y su yerno Camusot; luego, Finot...

— ¿Y tu droguero se comportará como Dios manda?

—Al menos no nos suministrará drogas —contestó Lucien.

—El señor tiene mucho ingenio —dijo con aire serio Blondet mirando a Lucien—. ¿Viene también a la cena, Lousteau?

—Sí.

—Pues entonces nos vamos a reír.

Lucien se había ruborizado hasta las cejas.

— ¿Tienes para mucho, Dauriat? —preguntó Blondet golpeando el cristal que comunicaba con el despacho de Dauriat.

—Amigo, enseguida estoy contigo.

—Bueno —dijo Lousteau a su protegido—. Este joven, casi de su misma edad, está en los Débats. Es uno de los príncipes de la crítica: se le teme. Dauriat vendrá a bailarle el agua y entonces nosotros podremos hablar de nuestro asunto con el bajá de las viñetas y de la imprenta. De lo contrario, a las once estaríamos aún esperando nuestro turno. La audiencia se irá engrosando por momentos.

En aquel momento, Lucien y Lousteau se acercaron a Blondet, Finot y Vernou y fueron a formar un corrillo en un extremo de la tienda.

— ¿Qué hace? —le preguntó Blondet a Gabusson, el encargado, que se levantó para ir a saludarle.

—Está en plena compra de un semanario que quiere relanzar para así contrarrestar la influencia de La Minerve, que apoya casi exclusivamente a Eymery, y del Conservateur, que está totalmente de parte de los románticos.

— ¿Pagará bien?

—Pues como siempre... ¡demasiado! —dijo el cajero.

Justo en aquel momento entró un joven, que acababa de publicar una novela magnífica, rápidamente agotada y coronada con un gran éxito, una novela cuya segunda edición estaba haciendo Dauriat. Este joven, con ese aspecto extraordinario y singular que delata a los temperamentos artísticos, impresionó vivamente a Lucien.

—Aquí está Nathan —dijo Lousteau al oído del poeta de provincias.

Nathan, a pesar de la salvaje fiereza de su fisonomía, entonces en la flor de la edad, abordó a los periodistas con el sombrero en la mano, y adoptó una actitud casi humilde ante Blondet, a quien sólo conocía de vista. Blondet y Finot no se quitaron el sombrero.

—Señor, celebro la ocasión que me brinda la casualidad...

—Está tan nervioso que acaba de cometer un pleonasma —dijo Félicien a Lousteau.

—... de expresarle mi agradecimiento por el hermoso artículo que ha tenido a bien dedicarme en el Journal des Débats. Le debo a usted la mitad del éxito de mi libro.

—No, amigo, no —respondió Blondet con un tono protector disimulado por la bonhomía—. Tiene usted talento, pardiez, y estoy encantado de conocerle.

—Como su artículo ha sido ya publicado, así no daré la impresión de ser un adulator del poder: ahora estamos cómodos el uno frente al otro. ¿Quiere hacerme el honor y darme el gusto de cenar conmigo mañana? Estará también Finot; Lousteau, amigo mío, espero que no digas que no —añadió Nathan dando un apretón de manos a Étienne—. ¡Ah!, va por buen camino, señor —le dijo a Blondet—; sigue los pasos de los Dussault, los Fiévée y los Geoffroy! Hoffmann le ha hablado de usted a Claude Vignon, su discípulo y uno de mis amigos, y le ha dicho que ya se puede morir tranquilo porque el Journal des Débats vivirá eternamente. Le deben de pagar muy bien.

—Cien francos por columna —prosiguió Blondet—. Este precio no es gran cosa cuando se está obligado a leer libros, a leer cien para encontrar uno del que valga la pena ocuparse, como es el caso del suyo. Su obra me ha gustado, palabra de honor.

—Y le ha reportado mil quinientos francos —dijo Lousteau a Lucien.

—Pero ¿hace usted política? —prosiguió Nathan.

—Sí, de vez en cuando —respondió Blondet.

Lucien, que se encontraba allí como un embrión, había admirado el libro de Nathan, reverenciaba a su escritor como a un Dios, y se quedó estupefacto ante tanta bajeza delante de aquel crítico cuyo nombre e importancia desconocía.

«¿Me comportaré yo alguna vez así? ¿Es que hay que renunciar a la propia dignidad? —se dijo—. Vuelve a ponerte el sombrero, Nathan, pues has escrito un buen libro y la crítica no se ha dignado dedicarte más que un artículo.»

Estos pensamientos le hacían hervir la sangre. De rato en rato, veía a jóvenes tímidos, autores necesitados que pedían hablar con Dauriat, pero que al ver la tienda llena desesperaban de que se les recibiera y se marchaban diciendo: «¡Ya volveré!». Dos o tres políticos estaban charlando de la convocatoria de las Cámaras y de los asuntos públicos en medio de un grupo compuesto de celebridades políticas. El semanario que Dauriat estaba negociando figuraba entre aquellos que tenían derecho a poder hablar de política. En aquel tiempo iban escaseando las tribunas de prensa. Un periódico era un privilegio tan solicitado como un teatro. Uno de los accionistas más influyentes del Constitutionnel se encontraba en medio del corrillo político. Lousteau desempeñaba a las mil maravillas su papel de cicerone. Por ello, a cada frase, Dauriat se agrandaba en la imaginación de Lucien, quien veía la política y la literatura convergiendo en aquella tienda. A la vista de un poeta eminente prostituyendo a su musa ante un periodista, humillando al Arte, como la Mujer era humillada y prostituida bajo aquellas galerías innobles, el gran hombre de provincias recibía terribles enseñanzas. ¡El dinero!, ésta era la clave de todo el enigma. Lucien se sentía solo, desconocido, atado por medio del hilo de una dudosa amistad al éxito y a la fortuna. Acusaba a sus afectuosos, verdaderos amigos del Cenáculo de haberle pintado el mundo con falsos colores, de haberle impedido lanzarse a aquella vorágine, pluma en ristre. «Podría ser ya un Blondet», exclamó para sí. Lousteau, que acababa de gritar desde las cimas del Luxemburgo como un águila herida, que tan grande le había parecido, pasó a tener a partir de aquel momento unas dimensiones mínimas. Allí, el editor de moda, el medio de vida de todas aquellas existencias, le pareció que era el hombre importante. El poeta, con su manuscrito en la mano, sintió un temblor muy parecido al miedo. En medio de aquella tienda, sobre pedestales de madera pintada de imitación mármol, vio unos bustos, el de Byron, el de Goethe, el de monsieur de Canalis, de quien Dauriat esperaba recibir un original y que el día que había acudido a esa tienda pudo comprobar el nivel en que le situaba la Edición. Sin quererlo, Lucien perdía parte de la conciencia de su propia valía, su coraje flaqueaba, comenzaba a vislumbrar cuál era la influencia del tal Dauriat en su destino, y esperaba impacientemente su aparición.

—Bien, hijos míos —dijo un hombrecillo rechoncho con una cara muy parecida a la de un procónsul romano, pero dulcificada por un aire de bonhomía que engañaba a las personas superficiales—, ya soy propietario del único semanario que se podía comprar y que cuenta con dos mil suscriptores.

— ¡Embustero! La oficina del Timbre declara setecientos y ya es un buen número —dijo Blondet.

—Mi palabra de honor más sagrada, mil doscientos. He dicho dos mil —añadió en voz baja— por los papeleros e impresores que hay ahí en el fondo. Creía que tenías más tacto, hijo mío —prosiguió en voz alta.

— ¿Acepta socios? —preguntó Finot.

—Depende —repuso Dauriat—. ¿Quieres un tercio por cuarenta mil francos?

—De acuerdo, si acepta como redactores a Émile Blondet, que aquí lo tiene, a Claude Vignon, Scribe, Théodore Leclercq, Félicien Vernou, Jay, Jouy, Lousteau...

—¿Y por qué no a Lucien de Rubempré? —dijo con osadía el poeta de provincias, interrumpiendo a Finot.

—¿Y Nathan? —añadió Finot.

—¿Y por qué no a la gente que pasea por ahí? —dijo el editor frunciendo el ceño y volviéndose hacia el autor de Las margaritas—. ¿Con quién tengo el honor de hablar? —preguntó mirando a Lucien con aire impertinente.

—Un momento, Dauriat —repuso Lousteau—. Soy yo quien trae a este señor. Mientras Finot se piensa su propuesta, escúcheme.

Lucien sintió su camisa empapada en la espalda al ver el aire frío y descontento de aquel temible sátrapa de la edición, que tuteaba a Finot a pesar de que Finot le trataba de usted, que llamaba al temible Blondet «hijo mío», que había dado la mano de un modo regio a Nathan con un gesto de familiaridad.

— ¡Una nueva apuesta, hijo mío! —exclamó Dauriat—. ¡Pero si ya sabes que tengo mil cien manuscritos! Sí, señores —exclamó—, me han traído más de mil originales, y si no, pregúntenle a Gabusson. En fin, a este paso pronto voy a necesitar un administrador para que lleve el registro de los manuscritos, y un comité de lectura para que los examine; tendremos que preparar sesiones para votar sobre su calidad, con fichas de asistencia y un secretario perpetuo para que me presente sus informes. Será la sucursal de la Academia Francesa, y los académicos estarán mejor pagados en las Galeries de Bois que en el Institut.

—Es una idea —dijo Blondet.

—Una mala idea —repuso Dauriat—. Mi negocio no consiste en proceder al examen detenido de las elucubraciones de aquellos de entre vosotros que se dedican a la literatura cuando no pueden ser ni capitalistas, ni zapateros, ni cabos, ni criados, ni funcionarios estatales, ni alguaciles. Aquí sólo se entra con una reputación ya consolidada. Hacedos célebres y encontraréis aquí ríos de oro. Mirad, en dos años, de tres hombres que me lo deben todo, he hecho tres ingratos. Nathan quiere seis mil francos por la segunda edición de su libro, que me ha costado tres mil francos en artículos y que no me ha reportado ni mil. Los dos artículos de Blondet los he pagado a mil francos y con una cena de quinientos francos...

—Pero, señor, si todos los editores dijeran lo mismo que usted, ¿cómo se podría publicar un primer libro? —preguntó Lucien, ante cuyos ojos Blondet había perdido muchos enteros en su consideración, cuando supo la cifra que Dauriat había pagado por los artículos de los Débats.

—Eso no es asunto mío —dijo Dauriat lanzando una mirada asesina al apuesto Lucien, quien le miró con una expresión agradable—. Yo no me entretengo en publicar un libro, en arriesgar dos mil francos para ganar dos mil; yo me dedico a especular con la literatura: publico cuarenta volúmenes en diez mil ejemplares, como lo hacen Panckoucke y los Baudouin. Mi poder y los artículos que consigo me dan un rendimiento de cien mil escudos mientras que un libro sólo me da dos mil francos. Hace falta tanto esfuerzo para imponer un nuevo nombre, un autor y su libro, como para hacer triunfar los Teatros Extranjeros, Victorias y Conquistas o las Memorias sobre la Revolución, que suponen una fortuna. Yo no estoy aquí para ser el escalón de las glorias del futuro, sino para ganar dinero y repartirlo con los

hombres célebres. ¡El manuscrito que compro por cien mil francos me sale más barato que aquél por el que un autor desconocido me pide solamente seiscientos! Si no soy del todo un mecenas, al menos tengo derecho a la gratitud de la literatura, pues he hecho subir ya a más del doble el precio de los originales. Le doy todas estas explicaciones porque es amigo de Lousteau, joven —dijo Dauriat al poeta dándole una palmadita de repulsiva familiaridad en el hombro—. Si hablara con todos los autores que quieren que sea su editor, tendría que cerrar mi tienda, pues me pasaría todo el tiempo en conversaciones de lo más agradables, pero que salen demasiado caras. Aún no soy lo bastante rico como para escuchar los monólogos de cada amor propio. Eso sólo se ve en el teatro, en las tragedias clásicas.

El lujo en el vestir de aquel terrible Dauriat confirmaba, a los ojos del poeta provinciano, este comentario de una lógica implacable.

— ¿Qué es eso? —le preguntó a Lousteau.

—Un magnífico libro de versos.

Al oír aquella palabra, Dauriat se volvió hacia Gabusson con un gesto digno de Talma:

—Amigo Gabusson, a partir de hoy, cualquiera que venga por aquí para proponerme algún original... ¿Lo oís también vosotros? —dijo dirigiéndose a tres dependientes que se incorporaron de debajo de las pilas de libros a la voz colérica de su patrón que se miraba sus uñas y su mano, que tenía bonita—. A cualquiera que me traiga algún manuscrito, le preguntaréis si es de poesía o de prosa. En caso de que se trate de versos, despachadle con cajas destempladas. ¡Los versos acabarán con la edición!

— ¡Bravo! Bien dicho, Dauriat —gritaron los periodistas.

—Es la pura verdad —exclamó el editor midiendo a grandes pasos su tienda, con el manuscrito de Lucien todavía en la mano—; no saben, señores, el mal que los éxitos de Lord Byron, de Lamartine, de Victor Hugo, de Casimir Delavigne, de Canalis y de Béranger han hecho. Su gloria nos ha valido una invasión de bárbaros. Estoy seguro de que en este momento hay en las editoriales mil volúmenes de versos propuestos, que comienzan con historias deshilvanadas, sin pies ni cabeza, a imitación del Corsario y de Lara. ¡Con la excusa de la originalidad, los jóvenes se lanzan a hacer estrofas incomprensibles, poemas descriptivos en los que la joven escuela se cree nueva con su vuelta a Delille! Desde hace dos años los poetas pululan como las moscas. ¡El año pasado perdí veinte mil francos! Preguntadle si no a Gabusson. No digo que no haya en el mundo poetas inmortales, y yo conozco a algunos, blancos y sonrosados y aún imberbes —le dijo a Lucien—; pero para el mundo de la edición, jovencito, no existen más que cuatro poetas, que son Béranger, Casimir Delavigne, Lamartine y Victor Hugo; ya que Canalis... es un poeta hecho a base de artículos.

Lucien no tuvo el valor de erguirse y mostrarse altivo delante de todos aquellos hombres influyentes que se reían de muy buena gana. Comprendió que se cubriría de ridículo, pero sentía unas violentas ganas de saltarle al cuello al editor, descomponerle aquella corbata anudada con una perfección irritante, romperle la cadena de oro que relucía en su pecho, pisotearle el reloj y hacerlo trizas. El puntillo de honor irritado abrió la puerta a la venganza, y juró un odio mortal a aquel editor al que en aquel momento sonreía.

—La poesía es como el sol que hace crecer las selvas eternas y que engendra los mosquitos, las moscas y los moscardones —dijo Blondet—. No hay una sola virtud que no tenga su correspondiente vicio. La literatura engendra, por fuerza, a los editores.

— ¡Y a los periodistas! —dijo Lousteau.

Dauriat rompió en una carcajada.

—Bueno, ¿qué es esto si puede saberse? —preguntó señalando el manuscrito.

—Una colección de sonetos que harían morir de vergüenza al mismísimo Petrarca —dijo Lousteau.

— ¿Qué quieres decir? —preguntó Dauriat.

—Lo que he dicho —repuso Lousteau, que vio una sonrisa irónica en todos los labios.

Lucien no podía molestarse, pero sudaba dentro de su arnés.

—Pues bien, lo leeré —dijo Dauriat haciendo un gesto regio con el que demostraba la gran concesión que hacía—. Si tus sonetos están a la altura del siglo diecinueve, haré de ti, hijo mío, un gran poeta.

—Si tiene tanta inteligencia como belleza, no corre usted grandes riesgos —dijo uno de los más famosos oradores de la Cámara, que hablaba con uno de los redactores del Constitutionnel y el director de La Minerve.

—General —dijo Dauriat—, la gloria supone doce mil francos en artículos y mil escudos en cenas; y si no pregúntele al autor de El solitario. Si monsieur Benjamin Constant quiere hacer un artículo sobre este joven poeta, no tardaré mucho en cerrar el trato.

Al oír la palabra general y el nombre del ilustre Benjamin Constant, la tienda adquirió a los ojos del gran hombre de provincias las proporciones del Olimpo.

—Lousteau, tengo que hablar contigo —dijo Finot—, pero ya te veré en el teatro. Dauriat, el negocio me interesa, pero con determinadas condiciones. Vayamos a su despacho.

— ¿Vamos, hijo mío? —dijo Dauriat dejando pasar a Finot delante de él, mientras hacía un gesto de hombre ocupado a diez personas que le esperaban; iba ya a desaparecer cuando Lucien, impaciente, le detuvo.

—Se ha quedado con mi manuscrito, ¿para cuándo la respuesta?

—Mi querido poeta, vuelva dentro de tres o cuatro días, ya veremos.

Lousteau se llevó a Lucien, sin darle siquiera tiempo de despedirse de Vernou, Blondet, Nathan, el general Foy y Benjamin Constant, cuya obra sobre los Cien Días acababa de publicarse. Lucien apenas logró entrever aquella cabeza de cabellos rubios y finos, aquella cara entrelarga, aquellos ojos de mirada inteligente, aquella boca agradable, en fin, al hombre que durante veinte años había sido el Potemkin de Madame de Staël y que hacía la guerra a los Borbones después de habérsela hecho a Napoleón, pero que acabaría muriendo aterrado por su victoria.

— ¡Vaya tienda! —exclamó Lucien una vez sentado en un cabriolé de punto al lado de Lousteau.

—Al Panorama-Dramatique, ¡y a escape! Te daré treinta sueldos por tu carrera —le dijo Étienne al cochero—. Dauriat es un tunante que vende por un valor de un millón y medio a un millón seiscientos mil francos en libros al año, es como si fuera el ministro de la literatura —respondió Lousteau, cuyo amor propio se sentía gratamente halagado y se daba aires de importancia con Lucien—. Su codicia,

que es tan grande como la de Barbet, se centra en los grandes números. Dauriat tiene modales, es generoso, pero vano; en cuanto a su inteligencia, es un compuesto de todo lo que oye decir a su alrededor; su tienda es un excelente lugar para frecuentar. Allí se puede charlar con las personas superiores del momento. Allí, mi querido amigo, un joven aprende en una hora más que lo que le enseñarían diez años leyendo libros. Se discuten artículos, se barajan temas, se entabla relación con personas célebres o influyentes que pueden ser útiles. Hoy día, para triunfar, hay que relacionarse. Todo es fruto del azar, como puede ver. No hay nada más peligroso que tener inteligencia y quedarse solo en su rincón.

— ¡Pero qué impertinencia la suya! —dijo Lucien.

— ¡Bah!, todos nos burlamos de Dauriat —repuso Étienne—. Si uno lo necesita, lo pisotea; no puede prescindir del Journal des Débats, Émile Blondet le hace dar más vueltas que a una peonza. ¡Oh!, si entra en el mundillo de la literatura verá otras muchas cosas. Bien, ¿qué le decía yo?

—Sí, tiene razón —replicó Lucien—. Lo he pasado en esa tienda aún peor de lo que esperaba, de acuerdo con su programa.

— ¿Y por qué sufrir sin necesidad? El precio que hemos de pagar por vivir, el tema por el cual, durante noches de estudio, nos hemos devanado los sesos, todas esas incursiones en los campos del pensamiento, el monumento que nos construimos con nuestra sangre, se convierte para los editores en un buen o mal negocio. Vender o no su obra, en esto consiste para los editores todo el problema. Un libro representa para ellos un capital que han de arriesgar. Cuanto mejor es el libro, menos probabilidades tiene de venderse. Todo hombre superior se eleva por encima de las masas; su éxito, pues, está en relación directa con el tiempo necesario para que su obra sea apreciada. Ningún editor quiere esperar. El libro de hoy ha de venderse mañana. Con esta filosofía, los editores rechazan los libros sustanciales, que requieren tiempo y juicios competentes para ser apreciados.

—D'Arthez tiene razón —exclamó Lucien.

— ¿Conoce a D'Arthez? —preguntó Lousteau—. No conozco nada más peligroso que los espíritus solitarios que piensan, como ese muchacho, poder atraer al mundo a ellos. Fanatizando a las jóvenes imaginaciones con unas creencias que halagan la fuerza inmensa que sentimos inicialmente en nosotros mismos, estas personas destinadas a una gloria póstuma les impiden entregarse a la acción a una edad en que la actividad es posible y provechosa. Yo me inclino por la filosofía de Mahoma, que, después de haber ordenado a la montaña que fuese a él, exclamó: «¡Si no vienes a mí, entonces iré yo a ti!».

Esta salida, en la que la razón adoptaba una forma incisiva, sirvió para hacer dudar a Lucien entre la filosofía de pobreza sumisa que propugnaba el Cenáculo y la doctrina militante que le exponía Lousteau. Por ello, el poeta de Angulema guardó silencio hasta llegar al bulevar del Temple.

El Panorama-Dramatique, hoy día reemplazado por una casa, era una encantadora sala de espectáculos situada enfrente de la rue Charlot, en el bulevar del Temple, y donde sucumbieron dos empresas sin conseguir un solo éxito, a pesar de que Vignol, uno de los actores que se repartieron el legado de Potier, había comenzado allí su carrera, al igual que Florine, actriz que, cinco años más tarde, se hizo tan célebre. Los teatros, como los hombres, se ven sometidos a fatalidades. El Panorama-Dramatique tenía que rivalizar con el Ambigu, la Gaîté, la Porte-Saint-Martin y los teatros de vodevil; no pudo resistir a sus manejos, a las restricciones de su privilegio y a la falta de obras de calidad. Los autores no quisieron ponerse a malas con los teatros existentes por un teatro cuya vida parecía

problemática. Sin embargo, la administración contaba con una nueva comedia, una especie de melodrama cómico de un joven autor, colaborador de algunas celebridades, llamado Du Bruel, quien decía haberla hecho él solo. Esta obra había sido escrita para la presentación de Florine, comparsa hasta entonces en la Gaîté, donde desde hacía un año interpretaba pequeños papeles en los que había destacado, sin poder conseguir un contrato, de suerte que el Panorama se la había quitado a su vecino. Coralie, otra actriz, también debía debutar en ella. Cuando los dos amigos llegaron, Lucien quedó estupefacto ante el poder de la Prensa.

—El señor viene conmigo —le dijo Étienne al portero, quien hizo una profunda reverencia.

—Les será difícil encontrar sitio —dijo el jefe de acomodadores—. No queda libre más que el palco del director.

Étienne y Lucien perdieron algún tiempo vagando por los corredores y charlando con las acomodadoras.

—Vamos a la sala; hablaremos con el director, quien nos acogerá en su palco. Además le presentaré a la heroína de la velada, a Florine.

A una seña de Lousteau, el portero del patio de butacas cogió un llavín y abrió una puerta falsa que había en una gruesa pared. Lucien siguió a su amigo, y pasó de repente del pasillo completamente iluminado a un negro agujero que, en casi todos los teatros, sirve de comunicación entre la sala y los entre bastidores. Luego, subiendo unos húmedos escalones, el poeta de provincias llegó a entre bastidores, donde le esperaba el más extraño espectáculo. La estrechez de los bastidores, la altura del teatro, las escaleras con quinqués, los decorados tan horribles vistos de cerca, los actores pintarrajeados, sus trajes tan estrambóticos y hechos de telas tan bastas, los tramoyistas con chaquetas pringosas, las cuerdas colgando, el director de escena paseándose con el sombrero puesto, los comparsas sentados, los telones de fondo suspendidos, los bomberos, todo este conjunto de cosas divertidas, tristes, sucias, espantosas, resplandecientes, se parecía tan poco a lo que Lucien había visto desde su butaca, que su asombro no conoció límites. Acababan de representar un excelente melodrama titulado Bertram, pieza imitada de una tragedia de Maturin muy apreciada por Nodier, Lord Byron y Walter Scott, pero que no tuvo ningún éxito en París.

—No se suelte de mi brazo si no quiere ir a parar dentro de alguna trampilla, que le caiga en la cabeza un bosque, derribar un palacio o tropezarse con una cabaña —le dijo Étienne a Lucien—. ¿Está Florine en su camerino, tesoro? —le preguntó a una actriz que se preparaba para hacer su entrada en escena, mientras escuchaba a los actores.

—Sí, mi amor. Gracias por lo que has dicho de mí. Has sido tanto más gentil cuanto que Florine había de hacer su debut aquí.

—Vamos, te ruego, querida, que no estropees el efecto —le dijo Lousteau—; entra corriendo, levanta la patita, y di: «¡Detente, desventurado!», pues se han hecho dos mil francos de taquilla.

Lucien, estupefacto, vio cómo la actriz se preparaba y salía a escena gritando un «¡Detente, desventurado!» que le dejaba a uno helado de espanto. No era la misma mujer.

—Así que esto es el teatro —le dijo a Lousteau.

—Es como la tienda de las Galeries de Bois y como un periódico para la literatura, una verdadera cocina —le respondió su nuevo amigo.

Apareció Nathan.

— ¿Por quién viene aquí? —indagó Lousteau.

—Hago pequeñas reseñas teatrales en la Gazette, en espera de que salga algo mejor —repuso Nathan.

— ¡Pues bien!, cene esta noche con nosotros, y a cambio trate bien a Florine —le propuso Lousteau.

—Cuenta conmigo para lo que guste —repuso Nathan.

—Ya sabe, ahora ella vive en la rue de Bondy.

— ¿Quién es este buen mozo que te acompaña, mi querido Lousteau? —preguntó la actriz entrando de la escena a entre bastidores.

—Ah, querida, un gran poeta, un hombre que se hará célebre. Como van a tener que cenar juntos, monsieur Nathan, le presento a monsieur Lucien de Rubempré.

—Tiene un bonito nombre, señor —le dijo Raoul a Lucien.

—Lucien, monsieur Raoul Nathan —le dijo Étienne a su nuevo amigo.

—Le leí, señor, hace un par de días y le aseguro que, cuando se ha escrito un libro y una colección de poesías como los suyos, cuesta imaginar cómo se puede ser tan humilde con un periodista.

—Ya me lo dirá cuando publique su primer libro —dijo Nathan dejando escapar una tímida sonrisa.

—Vaya, vaya, los ultras y los liberales se dan la mano —exclamó Vernou al ver a aquel trío.

—Por la mañana soy de la opinión de mi periódico —dijo Nathan—, pero por las noches pienso lo que me da la gana, de noche todos los redactores son pardos.

—Étienne —dijo Félicien dirigiéndose a Lousteau—, Finot ha venido conmigo y te está buscando... Aquí está.

— ¡Vaya!, ¿es que no hay un sitio? —dijo Finot.

—Tiene usted siempre uno en nuestros corazones —le contestó la actriz dirigiéndole su más agradable sonrisa.

—Vaya, mi pequeña Florville, veo que te has curado de tu amor. Me habían dicho que un príncipe ruso te había raptado.

— ¿Acaso se rapta hoy ya a las mujeres? —dijo Florville, que era la actriz del «¡Detente, desventurado!»—. Nos quedamos diez días en Saint-Mandé, que a mi príncipe sólo le costaron una indemnización pagada a la Administración. El director —continuó Florville, entre risas— va a rogarle a Dios que vengan muchos príncipes rusos, porque sus indemnizaciones le proporcionarían unos buenos ingresos sin ningún gasto.

—Y tú, querida —dijo Finot a una bonita mujer de pueblo que les escuchaba—, ¿dónde has robado los brillantes que llevas en las orejas? ¿Acaso has encontrado a un príncipe indio?

—No, pero sí un comerciante en betún, un inglés que ya se ha ido. No todas tenemos cuando queremos, como Florine y Coralie, negociantes millonarios aburridos de su matrimonio: ¿son ellas felices?

— ¡No vas a entrar a tiempo, Florville! —exclamó Lousteau—; el betún de tu amiga se te sube a la cabeza.

—Si quieres tener éxito —le dijo Nathan—, en vez de gritar como una furia: «¡Se ha salvado!», entra con naturalidad, llega hasta las candilejas y di con un do de pecho: «Se ha salvado», como la Pasta dice «¡Oh, patria!» en Tancredo. ¡Anda! —añadió empujándola.

— ¡Ya no está a tiempo; ha estropeado el efecto! —dijo Vernou.

— ¿Qué es lo que ha hecho? La sala aplaude a rabiar —preguntó Lousteau.

—Les ha enseñado su escote poniéndose de rodillas, es su gran arma —contestó la actriz viuda del betún.

—El director nos deja su palco, allí me encontrarás —le dijo Finot a Étienne.

Lousteau llevó entonces a Lucien por la trasera del teatro, a través del dédalo de bastidores, pasillos y escaleras hasta el tercer piso, a un cuartito al que llegaron seguidos de Nathan, Félicien y Vernou.

—Buenos días, o buenas noches, señores —dijo Florine—. Señor —añadió volviéndose hacia un hombre retaco que estaba en un rincón—, estos señores son los árbitros de mi destino, mi porvenir está en sus manos; pero estarán, espero, debajo de nuestra mesa mañana por la mañana, si el señor Lousteau no ha olvidado nada...

— ¡Cómo! Estará Blondet de los Débats —le dijo Étienne—, el verdadero Blondet, Blondet en persona, en una palabra, Blondet.

— ¡Oh!, mi querido Lousteau, te has ganado un beso —dijo ella saltándole al cuello.

Ante esta demostración, Matifat, el hombre gordo, adoptó un aire serio. A los dieciséis años, Florine era delgada. Su belleza, como un capullo lleno de promesas, sólo podía gustar a los artistas que prefieren los bocetos a los cuadros. Esta encantadora actriz tenía en sus rasgos toda la finura que la caracterizaba, y se parecía entonces a la Mignon de Goethe. Matifat, rico droguero de la rue des Lombards, había pensado que una modesta actriz de los bulevares sería poco dispendiosa; pero, en once meses, Florine le había costado sesenta mil francos. Nada le pareció más extraordinario a Lucien que aquel honrado y probo comerciante, colocado allí como un dios Término en un rincón de aquel reducto de diez pies cuadrados, revestido con un bonito papel pintado, adornado con una psiché, un diván, dos sillas, una alfombra, una chimenea y lleno de armarios. Una doncella estaba terminando de vestir a la actriz como a una española. La obra era un enredo en el que Florine interpretaba el papel de una condesa.

—Esta criatura, en cinco años, será la actriz más bella de París —le dijo Nathan a Félicien.

— ¡Ah!, amores míos —dijo Florine volviéndose hacia los tres periodistas—, tratadme bien mañana; para empezar, he hecho reservar unos cuantos coches para esta noche, pues no os permitiré volver a casa hasta que estéis borrachos como cubas. Matifat ha traído los vinos, pero, ¡oh!, unos vinos dignos de Luis XVIII, y ha contratado al cocinero del ministro de Prusia.

—Viendo a este señor podemos esperar grandes cosas —dijo Nathan.

—Pero él sabe que trata con los hombres más peligrosos de París —respondió Florine.

Matifat miraba a Lucien con aire inquieto, pues la gran apostura del joven excitaba sus celos.

— ¡Ah!, pero si hay uno a quien no conozco —dijo Florine advirtiéndole la presencia de Lucien—. ¿Quién de vosotros se ha traído de Florencia al Apolo de Belvedere? Este señor es tan encantador como una figura de Girodet.

—Señorita —dijo Lousteau—, este señor es un poeta de provincias que he olvidado presentarle. Está usted tan bonita esta noche que es imposible pensar en esos pueriles deberes de la cortesía o de la buena educación...

— ¿Tan rico es como para dedicarse a la poesía? —preguntó Florine.

—Pobre como Job —repuso Lucien.

—Pues entonces es una tentación para nosotros —dijo la actriz.

Du Bruel, autor de la obra, un joven con levita, pequeño, delgado, que tenía a la vez algo de burócrata, de propietario y de agente de cambio, entró de repente.

—Mi pequeña Florine, se sabe bien su papel, ¿eh? Nada de fallos de memoria. Cuide sobre todo la escena del segundo acto, mordacidad y sutileza. Diga «No os quiero» como hemos acordado.

— ¿Por qué acepta papeles en los que hay frases semejantes? —le preguntó Matifat a Florine.

Una carcajada general acogió la observación del droguero.

— ¿Y qué le importa eso —le dijo ella— si no es con usted con quien hablo, so burro? ¡Oh!, contenta me tiene con sus sandeces —añadió mirando a los demás—. Palabra de mujer honrada, le pagaría un tanto por cada tontería que dice si no fuera a arruinarme.

—Sí, pero usted me mira al decírmelo a mí igual que cuando ensaya su papel, y esto me da miedo —replicó el droguero.

—Muy bien, entonces miraré a mi querido Lousteau —respondió ella.

Una campanilla resonó en los pasillos.

—Largaos todos —dijo Florine—, dejadme releer mi papel y sed comprensivos.

Lucien y Lousteau fueron los últimos en irse. Lousteau dio un beso en los hombros a Florine y Lucien oyó que la actriz decía:

—Esta noche imposible. Este viejo sandio le ha dicho a su mujer que se iba al campo.

— ¿Le parece bonita? —le preguntó Étienne a Lucien.

—Pero, amigo, ese Matifat... —exclamó Lucien.

— ¡Ah!, hijo mío, usted no conoce aún nada de la vida parisiense —repuso Lousteau—. ¡Hay males necesarios! Es como querer a una mujer casada, así es. Uno se aviene a razones.

Étienne y Lucien entraron en un palco proscenio de la planta baja, donde encontraron al director del teatro y a Finot. Enfrente, Matifat estaba en el palco opuesto, con uno de sus amigos llamado Camusot, un sedero que protegía a Coralie y a quien acompañaba un discreto vejete, su suegro. Estos tres burgueses estaban limpiando los cristales de sus impertinentes y observaban la platea, cuya agitación les inquietaba. Los palcos estaban atestados de ese público heterogéneo de las primeras representaciones: periodistas con sus queridas, mantenidas con sus amantes, algunos viejos asiduos de los teatros, muy

aficionados a los estrenos, personas del gran mundo que gustan de este tipo de emociones. En un primer palco se encontraba el director general y su familia, que había colocado a Du Bruel en una administración financiera donde el creador de variedades cobraba el sueldo de una sinecura. Lucien, desde después de la comida, iba de sorpresa en sorpresa. La vida literaria, tan pobre desde hacía dos meses, tan desnuda a sus ojos, tan horrible en la habitación de Lousteau, tan humilde e insolente a la vez en las Galeries de Bois, revelaba una extraña magnificencia y aspectos singulares. Esta mezcla de altibajos, de conflictos de conciencia, de sublimidades y bajezas, de traiciones y placeres, de grandezas y servidumbres, le tenía estupefacto, como alguien atento a un espectáculo inaudito.

— ¿Cree que la obra de Du Bruel le dará dinero? —preguntó Finot al director.

—La obra es una comedia de intriga en la que Du Bruel ha querido hacer de Beaumarchais. Al público de los bulevares no le gusta este género, quiere que le atiborren de emociones. El ingenio aquí no se aprecia. Esta noche todo depende de Florine y de Coralie, que son encantadoras en cuanto a gracia y belleza. Estas dos criaturas llevan faldas muy cortas, bailan una danza española y pueden conquistar al público. Esta representación es una apuesta de verdad. Si los periódicos me hacen algunos artículos con gancho, en caso de éxito, puedo ganar cien mil escudos.

—Vamos, a mí me parece —dijo Finot— que no pasará de ser un éxito de prestigio.

—Hay tramado un boicot por los tres teatros vecinos, algunos van a silbar pase lo que pase; pero estoy en condiciones de desbaratar estas malas intenciones. He dado una prima a los de la claqué enviados contra mí; silbarán, pero lo harán desgánadamente. Hay dos comerciantes que, con el fin de conseguir el triunfo de Florine y de Coralie, han comprado cada uno cien entradas y las han repartido entre conocidos suyos capaces de poner en la calle a los maquinadores. Éstos, pagados dos veces, dejarán que les echen, lo cual hace ganarse siempre las simpatías del público.

— ¡Doscientas entradas! ¡Qué gente más espléndida! —exclamó Finot.

— ¡Pues sí!, con otras dos bonitas actrices tan magníficamente mantenidas como Florine y Coralie, sus problemas se habrían acabado.

Desde hacía dos horas, los oídos de Lucien sólo oían que todo se resolvía con dinero. Tanto en el Teatro como en la Edición, tanto en la Edición como en el Periodismo, no se trataba del arte y de la gloria. Los golpes del gran volante de la Ceca le martilleaban la cabeza y el corazón, atronándolo. Mientras la orquesta interpretaba la obertura, Lucien no pudo dejar de comparar los aplausos y los silbidos de la platea alborotada con los momentos de auténtica y dulce poesía que había disfrutado en la imprenta de David, cuando los dos soñaban con las maravillas del Arte, los nobles triunfos del genio, la Gloria de blancas alas. Al recordar las veladas del Cenáculo, una lágrima brilló en los ojos del poeta.

— ¿Qué le sucede? —le preguntó Étienne Lousteau.

—Veo a la poesía en un cenagal —contestó.

— ¡Ah, querido!, aún tiene ilusiones.

—Pero ¿es que hay que rebajarse y soportar aquí a esos dos gordinflones de Matifat y Camusot como las actrices soportan a los periodistas y como nosotros soportamos a los editores?

—Amigo mío —le dijo Lousteau al oído señalándole a Finot—, ¿ve a ese muchacho tosco, sin gracia ni talento, pero codicioso, que quiere el éxito a toda costa y es listo en los negocios, que en la tienda de Dauriat se me ha quedado con un cuarenta por ciento con aires de hacerme un favor?... Pues

bien, tiene cartas en las que muchos genios en cierne se postran de rodillas ante él por cien francos.

Una contracción causada por el asco hizo encogerse el corazón de Lucien, quien se acordó de aquello de «Finot, ¿y mis cien francos?», ese dibujo dejado sobre el tapete verde de la redacción.

—Antes muerto —dijo.

—Antes vivo —le respondió Lousteau.

Al alzarse el telón, el director salió y se dirigió a entre bastidores para dar algunas órdenes.

—Amigo mío —dijo entonces Finot a Étienne—, Dauriat me ha dado su palabra, me he quedado con un tercio de la propiedad del semanario. Yo me he comprometido a aportar treinta mil francos al contado con la condición de ser nombrado redactor jefe y director. Es un magnífico negocio. Blondet me ha asegurado que se preparan leyes restrictivas contra la prensa y que únicamente se mantendrán los periódicos existentes. Dentro de seis meses hará falta un millón para abrir un nuevo periódico. Escúchame. Si puedes conseguir que Matifat compre la mitad de mi participación, una sexta parte, por treinta mil francos, te daré el cargo de redactor jefe de mi periódico, con doscientos cincuenta francos al mes. Serás mi testaferro. Quisiera seguir dirigiendo la redacción y velar por mis intereses, dando la impresión de que no intervengo para nada. Todos los artículos se te pagarán a razón de cien sueldos la columna; puedes sacarte así una prima de quince francos diarios, pagándolos sólo a tres francos y aprovechándote de la redacción gratuita. Son cuatrocientos cincuenta francos mensuales más al mes. Pero quiero seguir siendo dueño de hacer atacar o defender a los hombres y los asuntos a mi antojo en el periódico, dejándote siempre satisfacer los odios y las amistades que no dañen a mi política. Tal vez sea progubernamental o ultra, no lo sé aún, pero quiero conservar, bajo mano, mis relaciones liberales. Te hablo de todo esto con franqueza porque eres un buen chico. Tal vez pueda dejar que te encargues de las Cámaras para el periódico, cosa que ahora hago yo, pues seguramente no podré continuar con ellas. Por tanto, utiliza a Florine para esta pequeña maquinación y dile que le apriete las tuercas al droguero; no dispongo más que de cuarenta y ocho horas para desdecirme, si no puedo pagar. Dauriat ha vendido el otro tercio de treinta mil francos a su impresor y a su proveedor de papel. Él conserva su tercio gratis y gana diez mil francos, porque en total sólo le ha costado cincuenta mil. Pero de aquí a un año la cosecha será de doscientos mil francos, y podrá venderse a la corte si, como dicen, tiene el buen sentido de financiar los periódicos.

—Eres un hombre afortunado —exclamó Lousteau.

—Si hubieras pasado los días de miseria que yo he conocido, no hablarías así. Pero hoy por hoy, ya ves, disfruto de una desgracia irremediable: soy hijo de un sombrerero que sigue vendiendo sombreros en la rue du Coq. Sólo una revolución podría ayudarme a alcanzar una alta posición; y a falta de una convulsión social, he de tener millones. No sé si, de estas dos cosas, lo más fácil no es la revolución. Si yo llevara el apellido de tu amigo, sería todo más fácil. Silencio, que llega el director. Adiós —dijo Finot levantándose—. Me voy a la Ópera, quizá mañana tenga un duelo: estoy escribiendo un artículo fulminante, que firmo con una F, contra dos bailarinas que tienen por amigos a dos generales. Ataco, y a fondo, a la Ópera.

— ¡Ah, bah! —exclamó el director.

—Sí, todos racanean conmigo —dijo Finot—. Éste me cierra su palco, el otro se niega a aceptarme cincuenta suscripciones. Ya he dado mi ultimátum a la Ópera: ahora quiero cien suscripciones y cuatro palcos por mes. Si aceptan, mi periódico tendrá entonces ochocientos suscriptores de favor y mil de

pago. Y conozco la manera de conseguir doscientas suscripciones más: en enero llegaremos a las mil doscientas...

—Acabará por arruinarnos —dijo el director.

—Usted sí que está verdaderamente mal con sus diez suscripciones. Le he hecho hacer dos buenos artículos en Le Constitutionnel.

— ¡Oh!, no me quejo de usted —exclamó el director.

—Hasta mañana por la noche, Lousteau —dijo Finot—. Ya me darás una respuesta en el Français, donde hay un estreno; y como no podré escribir el artículo, podrás hacer uso de mi palco para el periódico. Te doy la preferencia: te has desvivido por mí y te estoy agradecido. Félicien Vernou me ofrece renunciar al sueldo por un año y me propone veinte mil francos por un tercio de la propiedad del periódico; pero quiero ser en él el dueño absoluto. Adiós.

—No en vano se llama Finot —le dijo Lucien a Lousteau.

— ¡Oh!, es carne de presidio que se abrirá camino —le replicó Étienne, sin preocuparse de que pudiera oírle aquel hombre listo que en aquel momento cerraba la puerta del palco.

— ¿Él?... —dijo el director—. Será millonario, gozará de la consideración general y quizá hasta tenga amigos...

— ¡Dios mío! —dijo Lucien—, ¡qué cueva de ladrones! ¿Y usted va a hacer que entable esta muchacha tan deliciosa semejante negociación? —dijo señalando a Florine que les lanzaba miradas.

—Y lo conseguirá. No conoce usted la abnegación y la astucia de estas adorables criaturas —respondió Lousteau.

—Cuando aman, su amor es tan grande, tan absoluto, que se hacen perdonar todos sus defectos, todas sus culpas —contestó el director—. La pasión de una actriz es algo tanto más hermoso cuanto que supone un violento contraste con el ambiente que las rodea.

—Es como encontrar en medio del barro un diamante digno de adornar la más soberbia corona —añadió Lousteau.

—Pero —prosiguió el director— Coralie está distraída. Nuestro amigo está conquistando a Coralie sin saberlo, y va a hacerle echar a perder la escena; ella no se fija en sus réplicas, y ya van dos veces que no oye al apuntador. Señor, se lo ruego —dijo a Lucien—, póngase en ese rincón. Si Coralie se ha enamorado de usted, voy a decirle que se ha marchado.

— ¡Ah, no! —exclamó Lousteau—. Dígale que este señor irá a la cena; que allí podrá hacer con él lo que quiera, y actuará como mademoiselle Mars.

El director se fue.

—Amigo mío —le dijo Lucien a Étienne—, ¡cómo!, ¿no tiene usted escrúpulos de hacerle pedir a mademoiselle Florine treinta mil francos a ese droguero por la mitad de algo que Finot acaba de comprar a ese precio?

Lousteau no le dejó acabar su razonamiento a Lucien.

—Pero ¿en qué mundo vive usted, amigo mío? Este droguero no es un hombre, es una caja de

caudales ofrecida por el amor.

—Pero ¿y su conciencia?

—La conciencia, amigo, es uno de esos bastones que todo el mundo coge para apalearse a su vecino, pero que nunca nadie hace servir para sí mismo. ¡Ah! Pero ¿de qué se queja? ¡El azar ha hecho con usted en un día un milagro que yo he estado esperando durante dos años, y aún se divierte discutiendo los medios! ¡Cómo! Usted, que parece una persona inteligente, capaz de lograr esa falta de prejuicios en las ideas que deben tener los aventureros de la inteligencia en el mundo en que vivimos, ¿cae en los escrúpulos de la monja que se acusa de haberse comido su huevo con concupiscencia?... Si Florine lo consigue, me convertiré en redactor jefe, ganaré doscientos cincuenta francos fijos y me encargaré de los grandes teatros; dejaré a Vernou los teatros de variedades y usted hará sus primeras armas, sucediéndome en todos los teatros de los bulevares. Entonces recibirá tres francos por columna y escribirá una por día, treinta al mes, lo cual le reportará unos beneficios de noventa francos; tendrá sesenta francos de libros para vender a Barbet; luego podrá pedir a sus teatros diez entradas mensuales, cuarenta entradas en total, que venderá por cuarenta francos al Barbet de los teatros, un hombre con el que le pondré en contacto. Así se encontrará con doscientos francos al mes. Podrá, prestándole sus servicios a Finot, colocar un artículo de cien francos en su nuevo semanario, en el supuesto de que despliegue un talento trascendental, pues allí se firma y no pueden hacerse al buen tuntún, como en un pequeño periódico. Podría ganar así cien escudos al mes. Amigo mío, existen personas de talento, como ese pobre D'Arthez que come cada día en Flicoteaux, que necesitan diez años para ganar cien escudos. Con su pluma se ganará usted cuatro mil francos al año sin contar con los ingresos de la edición, si escribe para ella. Ahora bien, un subprefecto no cobra más que mil francos de sueldo y se aburre soberanamente en su distrito. No le hablo del gusto que da asistir sin pagar a un espectáculo, pues ese placer no tardará en cansarle; pero tendrá entrada libre entre bastidores en cuatro teatros. Muéstrase duro y burlón durante uno o dos meses, le abrumarán a invitaciones, a fiestas con las actrices, sus queridas le harán la corte, sólo cenará en Flicoteaux el día que no tenga treinta sueldos en el bolsillo ni una invitación a cenar. No sabía usted a las cinco dónde dar con sus huesos en el Luxemburgo, y ahora está en puertas de convertirse en una de las cien personas privilegiadas que imponen sus opiniones en Francia. De aquí a tres días, si la cosa sale, puede, con treinta agudezas a razón de tres por día, hacerle maldecir la vida a un hombre; puede obtener gratificaciones sexuales de todas las actrices de sus teatros; puede poner por los suelos una buena obra y hacer que todo París acuda a una mala. Si Dauriat se niega a publicar sus Margaritas sin ofrecerle nada a cambio, puede hacerle acudir, humilde y sumiso, a su casa para que se las compre por dos mil francos. Saque todo su talento y coloque en tres periódicos distintos tres artículos que amenacen con acabar con algunas de las especulaciones de Dauriat o con algún libro en el que confía; entonces le verá subir hasta su buhardilla y quedarse allí pegado como una lapa. Y en cuanto a su novela, los editores, que en la actualidad le pondrían de patitas en la calle más o menos cortésmente, harán cola ante su casa, ¡y el manuscrito, que el viejo Doguereau estimó en cuatrocientos francos, alcanzará una cifra de cuatro mil! Estas son las ventajas de la profesión de periodista. Por eso impedimos a los recién llegados acercarse a los periódicos; no solamente se requiere un inmenso talento, sino también mucha suerte para poder entrar. ¡Y usted infravalora su suerte!..., ¿se da cuenta? Si hoy no nos hubiéramos encontrado en Flicoteaux, seguiría ahí de plantón durante tres años más o muriéndose de hambre, como D'Arthez, en una buhardilla. Cuando D'Arthez sea tan sabio como Bayle y tan gran escritor como Rousseau, nosotros ya habremos hecho nuestra fortuna y seremos dueños de la suya y de su gloria. Finot será diputado y propietario de un gran periódico y nosotros seremos lo que queramos ser: pares de Francia o presos por deudas en Sainte-Pélagie.

—Y Finot venderá su gran periódico a los ministros que le den más dinero, así como vende sus elogios a madame de Bastienne denigrando a mademoiselle Virginie, y demostrando que los sombreros de la primera son de una calidad superior a los que el periódico ensalzaba en un principio —exclamó Lucien recordando la escena de la que había sido testigo.

—Es usted un ingenuo, amigo mío —respondió Lousteau en un tono seco—. Finot, hace tres años, caminaba sobre las cañas de sus botas, comía en Tabar por dieciocho sueldos, despachaba folletos por diez céntimos y su traje se le aguantaba sobre el cuerpo gracias a un misterio parecido al de la Inmaculada Concepción; ahora, Finot es dueño de su periódico valorado en cien mil francos; con las suscripciones de pago y no de favor, con las suscripciones reales y las contribuciones indirectas sacadas por su tío, gana veinte mil francos al año; todos los días tiene las cenas más suntuosas del mundo, y desde hace un mes cuenta con un cabriolé, y por último, desde mañana estará a la cabeza de un semanario, con un sexto de la propiedad de balde y con quinientos francos de sueldo al mes, a los que sumará mil francos de redacción obtenidos gratuitamente y que hará pagar a sus socios. Usted el primero, si Finot acepta pagarle cincuenta francos por página, se sentirá feliz de llevarle tres artículos por nada. Cuando se encuentre en análoga posición podrá juzgar a Finot, pues uno sólo puede ser juzgado por sus iguales. ¿Acaso no tiene un gran futuro si obedece ciegamente al espíritu de partido, si ataca cuando Finot le diga «¡Ataca!», si ensalza cuando le diga «¡Ensalza!?!». Cuando quiera vengarse de alguien, podrá vapulear a su amigo o a su enemigo con una frase publicada todas las mañanas en nuestro diario, con sólo decirme: «Lousteau, carguémonos a ése». Rematará a su víctima con un gran artículo en el semanario. En una palabra, si el asunto es de suma importancia para usted, Finot, para quien se habrá vuelto indispensable, le dejará darle la puntilla en una gran publicación que cuente con diez o doce mil suscriptores.

— ¿Así que cree que Florine logrará que su droguero acepte el negocio? —preguntó Lucien, deslumbrado.

—Claro que lo creo, estamos en el entreacto, voy a decirle dos palabras sobre el asunto, esto estará solucionado esta misma noche. Una vez instruida debidamente, Florine podrá contar con los recursos de mi inteligencia y de la suya.

— ¡Y ese honrado negociante que está ahí, con la boca abierta, admirando a Florine, sin sospechar que están a punto de birlarle treinta mil francos!...

— ¡Otra bobada más! Cualquiera diría que van a robarle —protestó Lousteau—. Pero, amigo mío, si el Gobierno compra el periódico, en seis meses, el droguero, de sus treinta mil francos quizá obtenga cincuenta mil. Además, Matifat no pensará en el periódico, sino en los intereses de Florine. Cuando se sepa que Matifat y Camusot (pues se repartirán el negocio) son los propietarios de una revista, aparecerán en todos los periódicos artículos benévolos sobre Florine y Coralie. Florine se hará célebre, y tal vez consiga un contrato por doce mil francos en otro teatro. Así Matifat se ahorrará los mil francos mensuales que le costarían los regalos y las cenas a los periodistas. No sabe usted nada ni de los hombres ni de negocios.

— ¡Pobre hombre! —dijo Lucien—. ¡Y él que espera pasar una noche agradable!

—Y además —prosiguió Lousteau—, Florine no le dejará en paz hasta que le haya enseñado el documento acreditativo del sexto de las acciones compradas a Finot. Y yo, al día siguiente, seré redactor jefe y ganaré mil francos al mes. ¡Con ello se terminará mi miseria! —exclamó el amante de Florine.

Lousteau salió dejando a Lucien estupefacto, sumido en un abismo de pensamientos, mientras pasaba volando por encima del mundo tal como es. Después de haber visto en las Galeries de Bois los hilos que mueven la edición y la cocina de la gloria, después de haberse paseado entre los bastidores de un teatro, el poeta percibía el revés de las conciencias, el juego de los engranajes de la vida parisiense, el mecanismo de todo. Había envidiado la felicidad de Lousteau cuando admiraba a Florine en escena. Por unos momentos había olvidado a Matifat. Se quedó allí durante un tiempo difícil de precisar, quizá cinco minutos. Pero fue una eternidad. Ardientes pensamientos inflamaban su alma, y sus sentidos se veían abrasados por el espectáculo de aquellas actrices de ojos lascivos realzados por el maquillaje, de pechos de blancura deslumbrante, vestidas con basquiñas voluptuosas de provocativos pliegues, con faldillas, enseñando sus piernas enfundadas en unas medias rojas con espiguillas verdes y calzadas de forma que provocaba el delirio en la platea. Dos fuerzas corruptoras corrían paralelas, como dos ramales de río que, en una crecida, quieren juntarse; desgarraban al poeta acodado en un rincón del palco, con el brazo sobre el terciopelo rojo de la baranda, la mano colgando, los ojos fijos en el telón, y tanto más expuesto a los encantamientos de esta vida mezcla de relámpagos y de nubes cuanto que brillaba como un fuego de artificio tras la profunda noche de su vida laboriosa, oscura y monótona. De repente, la luz amorosa de una mirada brilló ante los ojos distraídos de Lucien, perforando el telón del teatro. El poeta, despertado de su embotamiento, reconoció la mirada de Coralie, que le abrasaba; bajó la cabeza y miró a Camusot, que en aquel momento volvía a entrar en el palco de enfrente. Este aficionado era un rechoncho sedero de la rue des Bourdonnais, juez del Tribunal de Comercio, padre de cuatro niños y casado en segundas nupcias, con ochenta mil libras de renta, pero de cincuenta y seis años de edad y con un copete de canos cabellos, el aire camandulero de quien aprovecha lo que le queda de vida y no quiere dejar este mundo sin disfrutar después de haberse tragado los mil y un sapos del comercio. Aquella frente de un color mantecoso, aquellas mejillas frailunas y lustrosas parecían no ser lo bastante amplias como para contener la plenitud de su regocijo superlativo. Camusot estaba sin su mujer y esperaba aplaudir a Coralie a rabiar. Ésta era un compendio de todas las vanidades de aquel rico burgués, y delante de ella se daba aires de gran señor de antaño. En aquel momento estaba convencido de que la actriz le debía la mitad de su éxito, sobre todo porque lo había pagado de su bolsillo. Y la presencia del suegro de Camusot, un vejete de cabellos empolvados, ojos de mirada picarona, pero no por ello menos digno, legitimaba su conducta. Las repugnancias de Lucien se despertaron, recordó el amor puro, exaltado, que había sentido durante un año por madame de Bargeton. El amor de los poetas desplegó de inmediato sus blancas alas, y mil recuerdos rodearon con sus horizontes celestes al gran hombre de Angulema, que recayó en su ensoñación. El telón se alzó, Coralie y Florine estaban en escena.

—Querida, piensa en ti tanto como en el Gran Turco —dijo en voz baja Florine, mientras Coralie daba comienzo a una réplica.

Lucien no pudo evitar reírse y miró a Coralie. Esta mujer, una de las más encantadoras y deliciosas actrices de París, la rival de madame Perrin y de mademoiselle Fleuriet, a las que se parecía y cuya suerte había de igualar, era de ese tipo de chicas que ejercen a su antojo una fascinación sobre los hombres. Coralie tenía el tipo sublime del rostro judío; ese rostro alargado y ovalado, de un tono de marfil amarillento, boca roja como la granada, barbilla fina como el bisel de una copa. Bajo sus párpados abrasados por una pupila de jade, bajo sus pestañas curvadas, se adivinaba una mirada lánguida, pero en la que centelleaban oportunamente los ardores del desierto. Aquellos ojos sombreados con un cerco aceitunado estaban rematados por unas cejas arqueadas y espesas. En su frente morena, coronada por dos bandós de ébano en los que relumbraban en aquel momento las luces como sobre el

barniz, se albergaba una magnificencia de pensamientos que habría podido hacer pensar en el genio. Pero, al igual que otras muchas actrices, sin verdadero talento pese a su ironía entre bastidores, sin instrucción pese a su experiencia del camerino, no poseía más picardía que la de los sentidos y la bondad de las mujeres enamoradas. Pero ¿qué sentido tendría hablar de moral cuando atraía todas las miradas deslumbradas con sus brazos redondeados y tersos, sus dedos ahusados, sus dorados hombros, con unos pechos cantados por El Cantar de los Cantares, con un cuello flexible y torneado, unas piernas de una adorable elegancia y revestidas con medias de seda roja? Estas bellezas de una poesía verdaderamente oriental se veían más realzadas aún por el traje español que gustaba en nuestros teatros. Coralie era la alegría de la sala en la que todos los ojos estaban dirigidos hacia su talle bien ceñido en su basquiña y no perdían de vista sus curvas andaluzas que imprimían lascivos contoneos a la falda. Hubo un momento en que Lucien, viendo a aquella criatura interpretando para él solo y sin importarle Camusot más de lo que el pilluelo del gallinero se preocupa por la peladura de una manzana, antepuso el amor sensual al amor puro, el goce al deseo, y el demonio de la lujuria le insufló tormentosos pensamientos. «¿Qué sé yo del amor que se deleita con la buena mesa, el vino y los placeres sensuales? —se dijo—. Hasta ahora he vivido más para el Espíritu que para la Acción. Un hombre que quiera pintarlo todo debe conocerlo todo. He aquí mi primera cena fastuosa, mi primera orgía con gente desconocida, ¿por qué no he de gustar de estas delicias tan célebres sobre las que se abalanzaban los grandes señores del siglo pasado, viviendo con criaturas impuras? Y aunque no sea más que para trasladarlas a las hermosas regiones del amor verdadero, ¿acaso no es necesario conocer las alegrías, las cualidades notables, los apasionamientos, los medios de que se valen, las astucias del amor de las cortesanas y de las actrices? ¿No es, al fin y al cabo, la poesía de los sentidos? Hace dos meses estas mujeres me parecían divinidades guardadas por dragones inabordables; y he aquí una cuya belleza supera a la de Florine, que yo le envidiaba a Lousteau; ¿por qué no aprovecharse de su capricho, cuando los más grandes señores cubren de regalos a estas mujeres por pasar una noche con ellas? Cuando los embajadores ponen los pies en esas grutas profundas, en esas simas, no se hacen tantos problemas. Necio sería si tuviera yo más delicadeza que los príncipes, ¡tanto más cuanto que no amo aún a nadie!» Lucien no pensaba ya en Camusot. Después de haberle expresado a Lousteau el más profundo asco ante la idea de tener que compartir una mujer, también él caía en la trampa y con el típico jesuitismo de la pasión se abandonaba a la corriente del deseo.

—Coralie está loca por usted —le dijo Lousteau al entrar—. La belleza de usted, digna de los más ilustres mármoles de Grecia, causa estragos entre bastidores. Es una persona con suerte, amigo. A sus dieciocho años, Coralie podrá contar, dentro de unos días, con sesenta mil francos anuales gracias a su belleza. Y todavía es muy prudente. Vendida por su madre hace tres años en sesenta mil francos, no ha cosechado por el momento más que desdichas y ella busca la felicidad. Entró en el mundo del teatro por desesperación, ya que no podía soportar a De Marsay, el primero que se quedó con ella; y al dejar ese infierno, ya que pronto fue libertada por el rey de nuestros dandies, se encontró con el bueno de Camusot, a quien no ama en absoluto, pero que es una especie de padre para ella y al que aguanta y por el que se deja querer. Ha rechazado ya las más tentadoras proposiciones y le es fiel a Camusot, el cual no la atormenta. O sea que es usted su primer amor. ¡Oh!, cuando le ha visto, ha sido como si hubiera recibido un disparo en pleno corazón y Florine ha tenido que ir a consolarla a su camerino, donde está llorando por su frialdad. La obra se va a ir al traste, porque Coralie no se acuerda ya de su papel, y adiós al contrato con el Gymnase que le preparaba Camusot...

— ¡Bah, pobre chica! —dijo Lucien, cuya vanidad se vio halagada por aquellas palabras y sintió el corazón henchido de amor propio—. En una sola tarde, mi querido amigo, me están pasando más cosas

que en los primeros dieciocho años de mi vida.

Y Lucien le contó sus amores con madame de Bargeton y su odio hacia el barón Châtelet.

—Mira por dónde, el periódico anda falto de una bestia negra, así que vamos a emprenderla con él. Este barón es un lechuguino del Imperio, está ligado al Gobierno y nos viene ni que pintado, le he visto muchas veces en la Ópera. Y veo también por allí a su gran dama, que está a menudo en el palco de la marquesa de Espard. El barón hace la corte a la ex amante de usted, un verdadero hueso de sepia. ¡Un momento! Finot acaba de enviarme un correo urgente en el que me dice que el periódico está sin copia, una jugarreta que le ha hecho uno de nuestros redactores, ese pequeñajo majadero de Hector Merlin, a quien le han descontado los blancos. Finot, desesperado, está escribiendo a toda prisa un artículo contra la Ópera. Pues bien, amigo, haga un artículo sobre esta obra, préstele mucha atención y piense en ello. Yo me voy al despacho del director a meditar tres columnas sobre su hombre y sobre su bella desdeñosa, que mañana no se irán precisamente de fiesta...

—¿Así es, pues, cómo y dónde se hace el periódico? —dijo Lucien.

—Siempre es así —respondió Lousteau—. Desde hace diez meses que trabajo en él, el periódico siempre está sin copia a las ocho de la tarde.

En el argot tipográfico se llama copia al manuscrito que se ha de componer, sin duda porque los autores están autorizados a enviar sólo la copia de su texto. Quizás es también una irónica traducción de la palabra latina copia («abundancia»), dado que la copia falta siempre.

—Lo ideal, que nunca se conseguirá, sería contar con varios números por adelantado —prosiguió Lousteau—. Son ya las diez y no tenemos ni una línea. Voy a decirles a Vernou y a Nathan que, para cerrar con brillantez el número, nos preparen una veintena de epigramas sobre los diputados, el canciller Cruzoé y los ministros y, si fuera necesario, hasta sobre amigos nuestros. En caso de apuro, machacaríamos hasta a nuestros propios padres, como esos corsarios que para no morir cargan sus cañones con los escudos de sus presas. Derroche ingenio en su artículo y así habrá dado un gran paso ante Finot, que es agradecido por conveniencia. ¡Es la mejor y más sólida de las gratitudes, después de las del Monte de Piedad, claro está!

—¿Qué clase de gente son los periodistas? —exclamó Lucien—. ¿Es que hay que sentarse a una mesa y demostrar que se tiene ingenio?...

—Exactamente igual que se enciende un quinqué... hasta que se acaba el aceite.

Justo en el momento en que Lousteau abría la puerta del palco entraron el director y Du Bruel.

—Señor —dijo el autor de la obra a Lucien—, permítame decirle de parte suya a Coralie que se irá con ella después de cenar, o si no mi comedia se va al traste. La pobre chica ya no sabe ni lo que dice ni lo que se hace, y va a llorar cuando haya que reír y reír cuando haya que llorar. Ya la han silbado. Aún puede usted salvar la obra. Después de todo, no es ninguna desgracia el placer que le espera.

—Señor, no tengo por costumbre tener rivales —respondió Lucien.

—No le diga tal cosa —exclamó el director mirando al autor—. Coralie es una muchacha capaz de tirar por la ventana a Camusot y se buscaría la ruina. Este digno propietario del Cocon d'Or le da a Coralie dos mil francos al mes y paga todos sus trajes y sus claques.

—Como su promesa no me compromete a nada, salve su obra —dijo sultanescamente Lucien.

—Pero no adopte ese aire de rechazar a esta encantadora muchacha —dijo suplicante Du Bruel.

— ¡Vamos, que tengo que escribir el artículo sobre su obra y sonreírle a su joven primera actriz, de acuerdo, lo haré! —dijo el poeta.

El autor desapareció tras haberle hecho una señal a Coralie, que interpretó a partir de aquel momento de forma maravillosa. Bouffé, que hacía el papel de un viejo alcalde, en el que se reveló por primera vez su talento en la caracterización de ancianos, salió en medio de una tormenta de aplausos para decir: «Señores, la obra que acabamos de representar es de los señores Raoult y De Cursy».

— ¡Hombre!, Nathan anda metido en esto —dijo Lousteau—, por lo que no me sorprende ya su presencia.

— ¡Coralie, Coralie! —vociferó la platea, en pleno delirio.

En el palco donde estaban los dos negociantes se alzó una voz de trueno que gritó:

— ¡Y Florine!

— ¡Florine y Coralie! —repitieron entonces algunas voces.

Se volvió a alzar el telón; y apareció Bouffé con las dos actrices, a las que Matifat y Camusot lanzaron sendas coronas. Coralie recogió la suya y se la ofreció a Lucien. Para Lucien aquellas dos horas pasadas en el teatro fueron como un sueño. Los entre bastidores, a pesar de sus horrores, habían sido los primeros en ejercer esta fascinación. El poeta, aún inocente, había respirado allí los vientos del desorden y el aire de la voluptuosidad. En aquellos sucios pasillos, atestados de tramoyas y donde humean aceitosos quinqués, reina como una peste que devora el alma. La vida no es ya allí ni sagrada ni real. Allí se ríe de todas las cosas serias y hasta las imposibles parecen verdaderas. Para Lucien fue como una especie de narcótico, y Coralie terminó por sumirle en una alegre embriaguez. Se apagó la araña. Sólo quedaban ya en aquel momento en la sala unas acomodadoras que hacían un ruido muy particular al retirar los pequeños bancos y cerrar los palcos. Las candilejas, apagadas de un soplo como si fueran una sola vela, despidieron un olor nauseabundo. Se alzó el telón. Un farol descendió del arco de la bóveda. Los bomberos comenzaron su ronda junto con los mozos de turno. A la magia de la escena, al espectáculo de los palcos repletos de bonitas mujeres, a las deslumbrantes luces, al espléndido espectáculo de los decorados y de los trajes nuevos seguían el frío, el horror, la oscuridad y el vacío. Era espantoso.

Lucien estaba sumido en un estupor indecible.

— ¿Qué?, ¿vienes, amigo? —dijo Lousteau desde el escenario—. Salta del palco aquí.

Lucien se plantó allí de un brinco. Apenas si reconoció a Florine y a Coralie ya sin los trajes de escena, envueltas en sus ropajes largos y en sus dulletas corrientes y tocadas con sombreros con velos negros, en fin, parecidas a mariposas que hubieran retornado a su estado de larvas.

— ¿Me hará el honor de darme su brazo? —le dijo Coralie temblando.

—Con mucho gusto —respondió Lucien sintiendo cómo el corazón de la actriz palpitaba contra el suyo, igual que el de un pajarito, en cuanto la hubo cogido.

La actriz, apretándose contra el poeta, demostró la voluptuosidad de una gata que se restriega contra la pierna de su dueño con dulce ardor.

—Así que vamos a cenar juntos —le dijo ella.

Los cuatro salieron y vieron dos coches en la puerta de los actores que daba a la rue des Fossés-du-Temple. Coralie hizo subir a Lucien al carruaje, en el que se encontraban ya Camusot y su suegro, el bueno de Cardot. Ofreció el cuarto sitio a Du Bruel. El director se fue con Florine, Matifat y Lousteau.

— ¡Estos simones son infames! —dijo Coralie.

— ¿Por qué no tiene un coche propio? —preguntó Du Bruel.

— ¿Que por qué? —exclamó ella en tono humorístico—. No lo quiero decir delante de monsieur Cardot, que sin duda ya tiene enseñado a su yerno. ¿Creería que, pequeñajo y vejancón como es, monsieur Cardot no le da más de quinientos francos por mes a Florentine, lo justo para que pueda pagarse el alquiler, la comida y un par de chanclos? El viejo marqués de Rochegude, que tiene seiscientas mil libras de renta, me ofrece un cupé desde hace dos meses. Pero yo soy una artista y no una cualquiera.

—Pasado mañana tendrá usted un carruaje, señorita —dijo Camusot con aire grave—; pero nunca me lo había pedido.

— ¿Es que son cosas que se piden? Cuando se quiere a una mujer, no se la deja chapotear en el barro, a riesgo de romperse una pierna yendo a pie. Sólo a esos señores de la vara les puede gustar el barro pegado a los bajos de un vestido.

Mientras decía estas palabras con una acritud que le rompía el corazón a Camusot, Coralie buscaba la pierna de Lucien y la apretaba entre las suyas, le cogió una mano y se la estrechó. Entonces se calló y pareció concentrada en uno de esos goces infinitos que recompensan a esas pobres criaturas de todas sus penas pasadas, de sus desgracias, y que despiertan en su alma una poesía desconocida para las demás mujeres que, por fortuna, carecen de esos violentos contrastes.

—Al final ha actuado tan bien como mademoiselle Mars —le dijo Du Bruel a Coralie.

—Sí —intervino Camusot—, al principio había algo que preocupaba a la señorita; pero desde la mitad del segundo acto ha estado soberbia. Le debe usted la mitad de su éxito.

—Y ella a mí la mitad del suyo —replicó Du Bruel.

—Se mete usted en camisa de once varas —dijo ella con voz alterada.

La actriz aprovechó un momento de oscuridad para llevarse a sus labios la mano de Lucien, y la besó humedeciéndola con sus lágrimas. Lucien se sintió entonces emocionado hasta los tuétanos. La humildad de la cortesana enamorada lleva en sí magnificencias que hacen pensar en las de los ángeles.

—Este señor va a escribir el artículo —dijo Du Bruel refiriéndose a Lucien—; puede escribir un párrafo encantador sobre nuestra querida Coralie.

— ¡Oh!, háganos este pequeño favor —imploró Camusot con voz de hombre que se postra de rodillas ante Lucien—, y me tendrá a su servicio para lo que disponga.

—Pero dejen a este señor su independencia —exclamó la actriz, rabiosa—; escribirá lo que quiera. Papá Camusot, cómpreme carruajes y no elogios.

—Los tendrá, y bien baratos —repuso cortésmente Lucien—. Nunca he escrito nada en los periódicos; no estoy al tanto de sus costumbres; tendrá usted la virginidad de mi pluma...

—Será divertido —añadió Du Bruel.

—Ya estamos en la rue de Bondy —dijo el vejete Cardot, a quien la frase de Coralie había aterrado.

—Si yo tengo la primicia de tu pluma, tú tendrás la de mi corazón —dijo Coralie en el breve instante en que se quedó a solas con Lucien dentro del carruaje.

Coralie fue a reunirse con Florine en su alcoba para ponerse el vestido que había hecho traer allí. Aún no conocía Lucien el lujo con el que los comerciantes enriquecidos deseosos de disfrutar de la vida adornan las casas de las actrices o las de sus queridas. Pese a que Matifat, que no poseía una fortuna tan considerable como la de su amigo Camusot, no se había mostrado muy espléndido, Lucien se quedó sorprendido al ver un comedor decorado artísticamente, tapizado en paño verde guarnecido de tachones dorados e iluminado por unas bonitas lámparas, amueblado con maceteros llenos de flores, y un salón revestido de seda amarilla realzada con agremas de color marrón en el que resplandecían los muebles entonces de moda, una araña de Thomire y una alfombra persa. El reloj de pared, los candelabros y la chimenea, todo era de buen gusto. Matifat lo había dejado todo en manos de Grindot, un joven arquitecto que le estaba construyendo una casa y que, sabedor de a qué iba a ser destinado aquel piso, había puesto un esmero especial en él. Así, Matifat, que tenía alma de comerciante en todo, tocaba cada cosa con muchas precauciones y parecía que tuviese siempre ante sus ojos el importe de las facturas, y miraba toda aquella magnificencia como si fueran joyas imprudentemente sacadas de su joyero.

«Esto es lo que tendré que hacer yo por Florentine», era el pensamiento que se leía en los ojos del viejo Cardot.

Lucien comprendió de repente por qué el estado de la habitación en la que Lousteau vivía no preocupaba lo más mínimo al periodista amado. Rey secreto de aquellas fiestas, Étienne disfrutaba de todo aquel lujo. Por eso se plantaba con aires de amo de casa, ante la chimenea, mientras charlaba con el director que felicitaba a Du Bruel.

— ¡La copia, la copia! —exclamó entrando Finot—. No hay nada en el buzón del periódico. Los cajistas ya tienen mi artículo y pronto lo habrán terminado.

—Acabamos de llegar —dijo Étienne—. Encontraremos una mesa y fuego en el boudoir de Florine. Si monsieur Matifat quiere proporcionarnos papel y tinta, escribiremos el artículo mientras Florine y Coralie se visten.

Cardot, Camusot y Matifat desaparecieron, dándose prisa por encontrar las plumas, los cortaplumas y todo cuanto necesitaban los dos escritores. En aquel momento, una de las más bonitas bailarinas de la época, Tullia, entró precipitadamente en el salón.

—Mi niño querido —le dijo a Finot—, te conceden tus cien suscripciones, no le van a costar nada a la dirección, pues están ya colocadas, se las han impuesto a los del coro, la orquesta y el cuerpo de baile. Tu periódico es tan ingenioso que nadie se quejará. Tendrás tus palcos. En fin, aquí tienes el importe del primer trimestre —agregó presentándole dos billetes de banco—. ¡Pero ahora no se te ocurra destrozarme!

—Estoy perdido —exclamó Finot—. Ya no tengo artículo de cabecera para mi número, pues es preciso suprimir mi infame diatriba...

— ¡Qué pirueta, mi divina Lais! —exclamó Blondet, quien seguía a la bailarina junto con Nathan, Vernou y Claude Vignon, que había sido traído por él—. Te quedarás a cenar con nosotros, amor mío, o

te haré aplastar como a la frágil mariposa que eres. En tu condición de bailarina, no despertarás la envidia de ninguna rival. En cuanto a la belleza, todas sois demasiado inteligentes como para mostrarnos envidiosas en público.

— ¡Dios mío!, amigos míos, Du Bruel, Nathan, Blondet, salvadme —exclamó Finot—. Necesito cinco columnas.

—Yo haré dos sobre la obra —dijo Lucien.

—Mi artículo llenará una —añadió Lousteau.

—Pues bien, entonces vosotros, Nathan, Vernou, Du Bruel, escribidme los chascarrillos que van al final. El bueno de Blondet podrá solucionarme las dos pequeñas columnas de primera página. Yo me voy corriendo a la imprenta. Por suerte, Tullia, has venido con tu coche.

—Sí, pero el duque está allí con un diplomático alemán.

—Invitémosles también a ellos —dijo Nathan.

—Un alemán sabe beber y escuchar, y le diremos cosas tan atrevidas que escribirá al respecto a su corte —exclamó Blondet.

— ¿Quién es el más serio para bajar a hablar con él? —preguntó Finot—. Vamos, Du Bruel, tú que trabajas en la burocracia, tráete al duque de Rhétoré, al plenipotenciario, y dale el brazo a Tullia. ¡Dios mío! ¿No está Tullia bellísima esta noche?...

— ¡Vamos a ser trece! —dijo Matifat palideciendo.

— ¡No, catorce —exclamó Florentine llegando—, quiero vigilar a (mai lord kerdot) milord Cardot!

—Y además —dijo Lousteau—, Blondet ha venido con Claude Vignon.

—Lo he traído para hacerle beber —repuso Blondet cogiendo un tintero—. ¡Ah, y vosotros estrujaos las meninges pensando en las cincuenta y seis botellas de vino que nos vamos a beber! —dijo a Nathan y a Vernou—. Sobre todo estimulad a Du Bruel, que es vodevilista, porque es capaz de ocurrírsele algún puyazo, y hay que conseguir que sólo diga agudezas.

Lucien, deseoso de lucirse ante personajes tan notables, escribió su primer artículo en la mesa redonda del boudoir de Florine, a la luz de las velas rosas encendidas por Matifat.

PANORAMA-DRAMATIQUE

Primera representación de Los apuros de un alcalde, comedia de enredo en tres actos. — Debut de mademoiselle Florine. — Mademoiselle Coralie. — Bouffé.

La gente entra, sale, habla, se pasea, busca algo y no encuentra nada; todo es un ruido confuso. El alcalde ha perdido a su hija y encuentra su gorra; pero la gorra no le va bien, debe de ser la gorra de un ladrón. Pero ¿dónde está el ladrón? De nuevo gente que entra, sale, habla, pasea, busca más afanosamente aún. El alcalde acaba encontrando a un hombre sin su hija y a su hija sin un hombre, lo cual deja satisfecho al magistrado, pero no al público. Vuelve a hacerse la calma y el alcalde quiere interrogar al hombre. Este alcalde anciano se sienta en un gran sillón de alcalde, arreglándose sus mangas de alcalde. España es el único país donde existen alcaldes con amplias mangas y con el cuello estrangulado por esas gorgueras que en los teatros de París constituyen la mitad del personaje. Este alcalde, que ha trotado tanto con sus pasitos de viejo asmático, es Bouffé, Bouffé, el sucesor de Potier,

un joven actor que interpreta tan bien el papel de anciano que ha hecho reír hasta a los más ancianos. Con esa cabeza calva, esa vocecilla temblona y esas patas de gallina bajo un físico de Geronte, tiene el futuro de cien ancianos asegurado. Es más, es tan viejo ese joven actor, que al verlo uno casi teme que su vejez sea como una enfermedad. ¡Y qué admirable alcalde! ¡Qué encantadora sonrisa inquieta!, ¡qué redomada idiotez!, ¡qué estúpido sentido de la dignidad!, ¡cómo duda cuando se trata de juzgar! ¡Qué bien sabe que todo puede ser verdadero y falso según el cristal con que se mira! ¡Sería el digno ministro de un rey constitucional! A cada una de las preguntas del alcalde, el desconocido responde con otras preguntas. Así, a fuerza de responder a sus mismas preguntas, el alcalde aclara todo el asunto. Esta escena de gran comicidad, que tiene un sabor a Molière, ha hecho reír a la sala. Sobre el escenario todos parecen estar de acuerdo, pero yo francamente no estoy en condiciones de decir qué está claro y qué no: la hija del alcalde estaba allí, representada por una verdadera andaluza, una española, de ojos españoles, de tez española, de talle español, de andares españoles, una española por los cuatro costados, con la faca en la liga, su temperamento pasional y una cruz sobre el pecho colgando de una cinta. Al final del acto, alguien me ha preguntado cómo iba la obra y yo le he respondido: «Lleva medias rojas con espiguillas verdes, calza sus pies así de pequeños en unos zapatitos de charol, y tiene las piernas más bonitas de Andalucía». ¡Ah!, esta hija de alcalde le hace a uno la boca agua, le provoca deseos inconfesables y ganas de saltar al escenario para ofrecerle el corazón y una casita, o treinta mil libras de renta y la pluma. Esta andaluza es la más bella actriz de París. Coralie, ya que hay que llamarla por su nombre, es capaz de ser condesa o modistilla. Difícil decir bajo qué aspecto gustaría más. Será lo que quiera ser; ha nacido para ser lo que le venga en gana. ¿Qué cosa mejor se podría decir de una actriz de boulevard?

En el segundo acto ha aparecido una española de París, con su rostro de camafeo y sus ojos de mirada asesina. Esta vez he sido yo quien ha preguntado de dónde salía, y me han dicho que de entre bastidores y que se llamaba mademoiselle Florine; pero, palabra de honor, que no conseguía crérmelo, tal era el fuego de sus arrebatos y la pasión de su amor. Esta rival de la hija del alcalde es la mujer de un señor cortado sobre la capa de un Almaguilla, donde hay tela aún para otros cien grandes señores de boulevard. Si bien Florine no lucía medias rojas con espiguillas verdes ni zapatitos de charol, llevaba en cambio una mantilla, un velo que utilizaba admirablemente, como gran dama que es. Nos ha demostrado de forma maravillosa que una tigresa puede convertirse en gata. He comprendido que se encerraba allí un drama de celos ante las frases punzantes que estas dos españolas se decían. Luego, cuando parecía que todo iba a arreglarse, la estupidez del alcalde ha venido a complicarlo todo de nuevo. Todo ese mundo de candelabros, de ricos, de criados, de Fígaros, de señores, de alcaldes, de hijas y de esposas, se ha puesto de nuevo a buscar por todas partes, a removerlo todo, a ir y venir y a dar vueltas. Se ha reanudado la intriga, y yo he dejado gustoso que lo hiciera, pues estas dos mujeres, Florine la celosa y la feliz Coralie, han vuelto a envolverme en los pliegues de su basquiña y de su mantilla, y me han obnubilado.

He conseguido llegar al tercer acto sin cometer ninguna fechoría, sin que fuera necesaria la intervención del comisario de policía, ni escandalizar a la sala, a partir de cuyo momento creo en el poder de la moral pública y religiosa de la que tanto se ocupa la Cámara de los Diputados, hasta el punto de que se diría que ya no hay moral en Francia. He podido comprender que se trata de un hombre que ama a dos mujeres sin verse correspondido por ellas, o que ellas le aman sin él amarlas, al que no le gustan los alcaldes o que a los alcaldes no les gusta él; pero que, a buen seguro, es un señor a carta cabal que quiere a alguien, sea a él mismo o a Dios, tanto da, pues al final se mete a monje. Si queréis saber más cosas, corred al Panorama-Dramatique. Pero os digo desde ahora que tendréis que hacerlo dos

veces: una para acostumbraros a esas exitosas medias rojas con espiguillas verdes, a esos piecitos tan prometedores, a esos ojos que despiden un rayo de sol, a esas sutilezas de mujer parisiense disfrazada de andaluza, y de andaluza disfrazada de parisiense; y luego una segunda para disfrutar de la obra que os hará desternillaros de risa con la figura del anciano y derramar lágrimas con la del señor enamorado. La obra ha sido un éxito en ambos aspectos. El autor, de quien dicen que tiene como colaborador a uno de nuestros más grandes poetas, ha puesto sus miras en el éxito con una muchacha enamorada en cada mano; y a punto ha estado de hacer morir de gusto a la excitada platea. Las piernas de estas dos muchachas parecían tener más talento que el autor de la obra. Ello no obstante, cuando salían las dos rivales de escena, el diálogo era chispeante, lo cual viene a demostrar inequívocamente la excelencia de la obra. El autor, cuya presencia ha sido reclamada entre aplausos que han creado cierta inquietud en el arquitecto del teatro, pese a estar acostumbrado a las trepidaciones de ese Vesubio de borrachos que brinca bajo la araña, ni se ha inmutado: no es otro que monsieur de Cursy. Por lo que hace a las dos actrices, han bailado el famoso bolero de Sevilla que antaño mereció el perdón de los padres del Concilio, y que la censura ha permitido, no obstante la peligrosa lascivia de sus pasos. Basta este bolero para atraer a todos los ancianos a quienes les queda un resto de energías que emplear en el amor, y me veo en el deber de advertirles que tengan bien limpios los cristales de sus impertinentes.

Mientras Lucien escribía estas páginas que produjeron una revolución en el periodismo por la revelación de un estilo nuevo y original, Lousteau redactaba un artículo llamado de costumbres, titulado «El ex lechuguino», y que comenzaba así:

El lechuguino del Imperio es siempre un hombre alto y delgado, bien conservado, encorsetado y con la cruz de la Legión de Honor. Se llama algo así como Potelet; y, para estar a tono con los tiempos, el barón del Imperio se ha adornado con un «de»: convirtiéndose así en De Potelet, siempre dispuesto a volver a ser Potelet en caso de Revolución. Hombre para dos fines, como su nombre, hace la corte al faubourg Saint-Germain después de haber sido el glorioso, el útil y el agradable caudatario de una de las hermanas de ese hombre que el pudor me impide nombrar. Aunque De Potelet reniega de los servicios prestados cerca de su Alteza Imperial, canta aún las alabanzas de su íntima benefactora...

El artículo era un entretejido de personalidades, como era costumbre en aquella época, bastante tontas, pues este género fue sorprendentemente perfeccionado más tarde, sobre todo por Le Figaro. Entre madame de Bargeton, a quien el barón Châtelet hacía la corte, y un hueso de sepia, existía un gracioso paralelismo que hacía reír por más que no se conocieran a las dos personas objeto de la burla. Se comparaba a Châtelet con una garza. Los amores de esta garza, que no podía tragarse el hueso de sepia y que se rompía en tres pedazos al dejarlo caer, provocaban una risa irresistible. Esta chanza, que fue continuada en varios artículos, tuvo, como es sabido, una enorme repercusión en el faubourg Saint-Germain, y fue una de las mil y una causas que provocaron los rigores de la legislación sobre la Prensa. Una hora más tarde, Blondet, Lousteau y Lucien volvieron al salón donde estaban charlando los invitados, el duque, el plenipotenciario y las cuatro mujeres, los tres hombres de negocios, el director del teatro, Finot y los tres autores. Un aprendiz de la imprenta, tocado con su gorro de papel, había venido ya a buscar la copia para el periódico.

—Los trabajadores se van a ir si no les llevo nada —dijo.

—Toma, aquí tienes diez francos, y que esperen —respondió Finot.

—Si se los doy, señor, se darán al bebercio, y adiós diario.

—El sentido común de este muchacho me asusta —dijo Finot.

Fue justo en el preciso momento en que el diplomático vaticinaba un brillante porvenir para aquel muchacho, cuando entraron los tres autores. Blondet leyó un artículo muy ingenioso contra los románticos. El artículo de Lousteau hizo reír. El duque de Rhétoré recomendó, para no contrariar demasiado al faubourg Saint-Germain, introducir un elogio indirecto a madame d'Espard.

—Ahora, léanos lo que ha escrito usted —le dijo Finot a Lucien.

Cuando Lucien, que temblaba como una hoja, hubo terminado, el salón rompió en aplausos, las actrices abrazaron al neófito, los tres comerciantes le apretaban hasta ahogarle, Du Bruel le cogió de una mano con lágrimas en los ojos, y por último el director le invitó a cenar.

—Ya no hay niños —dijo Blondet—. Así como monsieur de Chateaubriand ha acuñado la expresión «niño sublime» para referirse a Victor Hugo, yo estoy obligado a decirle simplemente que es un hombre de talento, de corazón y de estilo.

—Este señor es ya del periódico —dijo Finot dándole las gracias a Étienne y lanzándole la mirada astuta del explotador.

— ¿Qué agudezas han hecho ustedes? —preguntó Lousteau a Blondet y a Du Bruel.

—Éstas son las de Du Bruel —dijo Nathan.

Viendo lo mucho que el público se preocupa por el señor vizconde de A***, el señor vizconde Démosthène dijo ayer: «Tal vez ahora es cuando me dejen en paz».

Una señora le dice a un ultra que echa pestes del discurso de monsieur Pasquier porque continúa la política de Decazes: «Sí, pero tiene las pantorrillas muy monárquicas».

—Si todos son así, no os pido más; todo va sobre ruedas —dijo Finot—. Corre a llevarles esto —ordenó al aprendiz—. El periódico lleva un poco de retraso, pero es nuestro mejor número —añadió volviéndose hacia el grupo de escritores que miraban ya a Lucien con una especie de socarronería.

—Este muchacho tiene talento —dijo Blondet.

—Su artículo está bien —añadió Claude Vignon.

— ¡A cenar! —gritó Matifat.

El duque dio el brazo a Florine, Coralie tomó el de Lucien y la bailarina se colocó entre Blondet y el diplomático alemán.

—No entiendo por qué atacáis a madame de Bargeton y al barón de Châtelet, que, según se dice, ha sido nombrado prefecto del Charente y maître des requêtes.

—Madame de Bargeton despidió a Lucien como si de un truhán se tratara —contestó Lousteau.

— ¡Un muchacho tan apuesto! —exclamó el plenipotenciario.

La cena, servida en vajilla de plata nueva, en porcelana de Sèvres y con mantelería adamascada, era de una gran magnificencia señorial. Chevet había preparado la cena, los vinos habían sido elegidos por el negociante más famoso del quai Saint-Bernard, amigo de Camusot, de Matifat y de Cardot. Lucien, que vio por primera vez el nivel que podía alcanzar el lujo parisiense, iba así de sorpresa en sorpresa, pero como hombre de talento, de corazón y de estilo que era, según frase de Blondet, disimulaba su asombro.

Mientras atravesaba el salón, Coralie le había susurrado al oído a Florine:

—Emborracha a Camusot para que así se vea obligado a pasar la noche en tu casa.

— ¿Así que te has camelado a tu periodista? —preguntó Florine usando una expresión de la jerga de aquellas muchachas alegres.

— ¡No, querida, le quiero! —repuso Coralie con un admirable e imperceptible encogimiento de hombros.

Estas palabras habían llegado a oídos de Lucien, traídas por el quinto pecado capital. Coralie iba admirablemente bien vestida y su atavío realzaba muy conscientemente sus particulares encantos, porque toda mujer posee perfecciones que le son propias. Lo atractivo de su vestido, como el de Florine, era debido sobre todo a ser de un delicioso tejido, no puesto aún a la venta, llamado «muselina de seda», cuya exclusiva tenía por unos días Camusot, uno de los proveedores parisienses de las fábricas de Lyon en su calidad de propietario del Cocon d'Or. De este modo, el amor y el atavío, ese afeitado y perfume de la mujer, realizaban las seducciones de la feliz Coralie. Un placer esperado, y que no se nos escapará, ejerce una seducción inmensa sobre los jóvenes. Tal vez sea precisamente esta seguridad lo que explica el atractivo de los lugares de mala nota, y el secreto de las largas fidelidades. El amor puro y sincero, en una palabra, el primer amor, unido a la fuerza de esos delirios de la imaginación que atormentan a estas pobres criaturas y a la admiración por la gran belleza de Lucien, daban a Coralie su osadía amorosa.

— ¡Te querría incluso enfermo y feo! —le dijo al oído a Lucien al sentarse a la mesa.

¡Qué frase para un poeta! Camusot desapareció y Lucien no volvió a verlo porque sólo tenía ojos para Coralie. Un hombre como él, hecho para disfrutar de todos los placeres y sensaciones, aburrido de la monotonía de la provincia, atraído por los abismos de París, cansado de la miseria, aguijoneado por su forzada continencia, harto de su vida monacal en la rue de Cluny, de sus esfuerzos infructuosos, ¿acaso podía renunciar a aquel brillante festín? Lucien tenía un pie en el lecho de Coralie y el otro en el lazo del periódico, tras el cual tanto había corrido sin poder alcanzarlo. Después de tantas esperas inútiles en la rue du Sentier, se encontraba a la Prensa sentada a su misma mesa, bebiendo despreocupada, alegre y cordialmente. Acababa de ser vengado de todos sus padecimientos con un artículo que a la mañana siguiente traspasaría dos corazones en los que él había querido, aunque en vano, derramar toda la rabia y todo el dolor que había tenido que tragarse. Mientras observaba a Lousteau, se decía «esto es un amigo», sin imaginarse que Lousteau le temía ya como a un rival peligroso. Lucien había cometido el error de mostrar todo su talento: un artículo mediocre le habría servido igualmente. Blondet alivió un poco la envidia que devoraba a Lousteau al decirle a Finot que había que rendirse ante un talento que poseía semejante fuerza. Esta sentencia dictó a Lousteau la conducta que había que seguir, quien decidió seguir siendo amigo de Lucien y entenderse con Finot para explotar a un recién llegado tan peligroso, manteniéndole en un estado de necesidad. Fue una decisión tomada rápidamente entre aquellos dos hombres que se entendieron con sólo dos frases susurradas al oído:

—Tiene talento.

—Será exigente.

— ¡Oh!

— ¡Bueno!

—Nunca ceno sin cierto espanto con periodistas franceses —dijo el diplomático alemán con una bonhomía serena y digna mientras miraba a Blondet, a quien había conocido en casa de la condesa de Montcornet—. Hay una frase de Blücher que ustedes están encargados de poner en práctica.

— ¿Qué frase? —preguntó Nathan.

—Cuando Blücher llegó a las alturas de Montmartre con Saacken, en mil ochocientos catorce, y perdónenme, señores, que les traiga a la memoria este infausto día para ustedes, Saacken, que era muy brutal, dijo: «¡Vamos a incendiar París!». «Guárdese mucho de hacer tal cosa», le contestó Blücher; «Francia, si ha de morir, lo hará de eso», dijo señalando una gran lacra que veían extenderse a sus pies, ardiente y humeante, en el valle del Sena. Doy gracias a Dios de que en mi país no haya periódicos — prosiguió el ministro plenipotenciario tras una pausa—. No me he recuperado aún del espanto que me ha producido ese chiquillo tocado con su gorro de papel, que, a los diez años, posee el buen juicio de un viejo diplomático. Por eso, esta noche tengo la impresión de que ceno con leones y panteras que me hacen el honor de no enseñar sus garras.

—Está claro —dijo Blondet— que podemos contar y demostrarle a toda Europa que Su Excelencia ha vomitado esta noche una serpiente, la cual ha estado a punto de inocularle su veneno a mademoiselle Tullia, la más bella de nuestras bailarinas, y que encima se permite hacer comentarios sobre Eva, la Biblia y el pecado original. Pero puede estar tranquilo, es nuestro huésped.

—Sería divertido —afirmó Finot.

—Podríamos incluso publicar una serie de disertaciones científicas sobre todas las serpientes encontradas en el corazón y en el cuerpo humano hasta llegar al cuerpo diplomático —añadió Lousteau.

—Podríamos mostrar una serpiente cualquiera en ese tarro de guindas en aguardiente —dijo Vernou.

—Acabaría por creérselo usted mismo —le dijo Vignon al diplomático.

—Señores, no saquen ahora sus garras que están quietas —exclamó el duque de Rhétoré.

—La influencia y el poder del periodismo no están sino en sus albores —dijo Finot—; el periodismo, en su infancia, ya crecerá. Dentro de diez años se verá sometido a la publicidad. El pensamiento será el sol que lo ilumine todo y...

—Lo marchitará todo —añadió Blondet interrumpiendo a Finot.

—Buena frase —dijo Claude Vignon.

—Crearé reyes —terció Lousteau.

—Y derribará monarquías —apostilló el diplomático.

—Ya —dijo Blondet—, si la Prensa no existiese, no habría necesidad de inventarla; pero vivimos gracias a ella.

—Y morirán a causa de ella —sentenció el diplomático—. ¿No ven que la superioridad de las masas, en caso de que se las instruya, hará que la grandeza del individuo sea más difícil, que al sembrar la razón en el corazón de las clases bajas lo único que cosecharán será la revuelta y que serán ustedes sus primeras víctimas? ¿Qué es lo primero que se rompe en París cuando hay alguna revuelta?

—Los faroles —respondió Nathan—; pero nosotros somos gente demasiado modesta para temer nada, no saldremos más que resquebrajados.

—Son ustedes un pueblo demasiado inteligente como para permitir a ningún gobierno que funcione —dijo el embajador—. Si no fuera por eso, comenzarían de nuevo con sus plumas la conquista de esa Europa que su espada no ha sido capaz de conservar.

—Los periódicos son un mal —declaró Claude Vignon—. Pero el Gobierno, en vez de servirse de él, quiere combatirlo. Habrá lucha. ¿Quién sucumbirá? Esa es la pregunta clave.

—El Gobierno —dijo Blondet—. No me canso de repetirlo. En Francia no se puede hacer callar a la inteligencia, y los periódicos, aparte de contar con los hombres más inteligentes, tienen también la hipocresía de Tartufo.

—Blondet, Blondet, vas demasiado lejos —advirtió Finot—; te olvidas de que tenemos también suscriptores.

—Tú tienes miedo porque eres propietario de uno de esos depósitos de veneno, pero yo me cisco en todas vuestras tiendas, pese a que me den de vivir.

—Blondet tiene razón —dijo Claude Vignon—. El periodismo, en vez de ser una especie de sacerdocio, se ha convertido en un medio en manos de los partidos; de medio ha pasado a ser un negocio; y, como todos los negocios, no tiene ni credo ni ley. Todo periódico es, como dice Blondet, una tienda en la que se venden al público palabras del color que éste quiere. Si existiera un periódico para jorobados, probarían mañana y tarde la belleza, la bondad y la necesidad de los jorobados. Un periódico no está hecho ya para ilustrar, sino para halagar las opiniones. Por ello, dentro de un tiempo, todos los periódicos serán viles, hipócritas, infames, mentirosos, asesinos; matarán las ideas, las filosofías y a los hombres, y florecerán por eso mismo. Disfrutarán del privilegio de todo organismo colectivo: se hará el mal sin que nadie sea responsable de ello. Tanto vosotros como yo, tú, Lousteau, tú, Blondet, tú, Finot, seremos unos Arístides, unos Platones o unos Catones, hombres de Plutarco; todos seremos inocentes y podremos lavarnos las manos de toda infamia. Napoleón definió este fenómeno moral, o inmoral, como se prefiera, con una frase sublime que le dictaron sus análisis acerca de la Convención: «Los crímenes colectivos no comprometen a nadie». El periódico puede permitirse la más abyecta conducta y nadie se cree personalmente manchado por ella.

—Pero el poder creará leyes represivas —dijo Du Bruel—; ya las está preparando.

— ¡Bah!, ¿qué puede la ley contra la inteligencia francesa? —preguntó Nathan—. Es el más sutil de todos los disolventes.

—Las ideas sólo pueden ser contrarrestadas con otras ideas —continuó diciendo Vignon—. Únicamente el terror y el despotismo pueden aherrojar la inteligencia francesa, cuya lengua se presta admirablemente a la alusión y al doble sentido. Por eso, cuanto más represiva sea la ley, más se desarrollará la inteligencia, como el vapor en una máquina a presión. Así, cuando el periódico quiere atacar al rey, por bien que este haya actuado, todo el mérito será del ministro de turno, o viceversa. Si el periódico inventa una infame calumnia, finge limitarse a reproducirla, y si alguien se ofende por ello, sale del paso disculpándose por la libertad que se ha tomado. Si se le lleva ante los tribunales, se quejará de que nadie haya venido previamente a pedirle una rectificación; pero ¿y si se la pedís? Entonces os la negará riéndose en vuestras barbas, con la excusa de que no son más que bagatelas. Si su víctima gana la causa, la escarnece, y si tiene que pagar una indemnización cuantiosa llamará al demandante enemigo de las libertades, del país y del progreso. Dirá que Fulano es un ladrón, hablando de él como si fuese el hombre más honrado del reino. Así, ¿qué son sus delitos?, ¡insignificancias!, ¿y los que se enfrentan a

él?, ¡unos monstruos! Y en un momento dado puede hacer creer lo que quiera a quienes lo leen todos los días. Luego, nada que le desagrade podrá ser patriótico, y pretenderá tener siempre la razón. Utilizará la religión para combatir a la religión, la Carta contra el rey, se burlará de la magistratura cuando esta caiga sobre él; hará su elogio cuando haya servido a las pasiones populares. Para ganarse suscriptores se inventará las más emocionantes fábulas; hará, como Bobèche, toda una comedia. Con tal de emocionar o divertir a su público, el periódico sería capaz de servir a su padre crudo y condimentado nada más que con la sal de sus chanzas. Es como el actor que guarda las cenizas de su hijo en una urna para llorar sinceramente, o como la amante que lo sacrifica todo a su amigo.

—En una palabra, es el pueblo del papel impreso —exclamó Blondet interrumpiendo a Vignon.

—El pueblo hipócrita e ingrato —prosiguió Vignon— desterrará al talento de su seno como Atenas desterró a Arístides. Veremos los periódicos dirigidos primero por hombres honorables, y caer más tarde en manos de los más mediocres dotados de la flexibilidad y bajeza de la goma elástica de la que carecen los grandes genios, o bien en manos de tenderos con dinero para comprar a las plumas más prestigiosas. ¡Ya vemos tales cosas! Pero, dentro de diez años, el primer chaval salido del colegio se creará un gran hombre, se subirá a la columna de un periódico para abofetear a los mayores que él, y les derribará para ocupar su puesto. No le faltaba razón a Napoleón al amordazar a la Prensa. Apuesto a que si la oposición llegara al Gobierno, los periódicos que le han prestado su apoyo le harían acto seguido la guerra si no obtuvieran todo cuanto desean, utilizando los mismos artículos con los que ahora atacan al Gobierno del rey. Y cuantas más concesiones se haga a los periodistas, más exigentes se volverán éstos. Los periodistas de prestigio consolidado serán sustituidos por otros hambrientos y pobres. La herida es incurable, será cada vez más maligna, cada vez más enconada, y cuanto mayor sea el mal, más tolerado será hasta el día en que reine la confusión en la prensa debido a su proliferación, como en Babilonia. Todos nosotros sabemos muy bien que los periódicos irán más lejos que los reyes en lo que a ingratitud se refiere, más lejos que el más sucio negocio especulativo y abusivo, y que consumirán nuestras inteligencias vendiendo un tercio de nuestra materia gris; pero todos nosotros escribiremos en ellos como esos mineros que explotan una mina de plata, a sabiendas de que morirán en ella. Aquí tenéis, junto a Coralie, a un muchacho..., ¿cómo se llama? ¡Lucien! Es bien parecido, poeta y, lo más valioso para él, lleno de talento. Pues bien, entrará en uno de esos prostíbulos del pensamiento llamados periódicos, a los que consagrará sus mejores ideas y secará así su cerebro, corromperá su alma y cometerá esas bajezas anónimas que en la guerra de las ideas hacen las veces de estratagemas, saqueos, incendios y cambios de bando en las guerras de los condottieri. Una vez que él, como otros mil, haya utilizado una gran parte de su talento en beneficio de los accionistas, estos vendedores de veneno le dejarán morir de hambre si tiene sed, o de sed si tiene hambre.

—Gracias —dijo Finot.

—Pero, Dios mío —dijo Claude Vignon—, yo ya sabía que me encontraba en un presidio, y la llegada de un nuevo forzado me llena de placer. Blondet y yo somos más fuertes que esos señores que especulan con nuestro talento, y sin embargo siempre seremos explotados por ellos. Aparte de inteligencia tenemos corazón, lo único que nos falta son las terribles cualidades del explotador. ¡Somos perezosos, contemplativos, meditabundos, observadores: nos exprimirán el cerebro y nos acusarán de mala conducta!

—Creía que estaríais más divertidos —dijo Florine.

—Florine tiene razón —dijo Blondet—; dejemos que sean esos charlatanes del Gobierno quienes se

preocupen de las enfermedades sociales. Como dice Charlet: «¡No escupir nunca sobre la vendimia!».

— ¿Sabéis a quién me recuerda Vignon? —preguntó Lousteau señalando a Lucien—. A una de esas gordas matronas de la rue du Pélican que le dice a un colegial: «Tesoro, eres aún demasiado jovencito para venir aquí»...

Esta salida hizo reír a todos, pero a Coralie le gustó. Los comerciantes bebían, comían y escuchaban.

— ¡Qué gran nación aquélla en la que se encuentran tantas cosas buenas y malas! —exclamó el plenipotenciario al duque de Rhétoré—. Señores, son ustedes unos pródigos que no podrán arruinarse nunca.

Así, por una feliz casualidad, no se le escatimaba a Lucien ninguna admonición acerca de la pendiente del precipicio en el que había de caer. D'Arthez había orientado al poeta hacia el noble camino del trabajo despertando en él los sentimientos que permiten vencer los obstáculos. El mismo Lousteau había tratado de apartarlo de él por puro egoísmo, presentándole el periodismo y la literatura bajo su verdadera faz. Lucien no había querido creer que existiera tanta corrupción oculta; pero por fin oía a los periodistas proclamando a gritos su mal, les veía manos a la obra, mientras abrían las entrañas de su nutriz para predecir así el porvenir. Durante aquella velada había visto las cosas tal como eran. En vez de sentirse horrorizado a la vista de aquella corrupción parisiense tan bien definida por Blücher, disfrutaba embriagado de aquella compañía tan ingeniosa. Estos hombres extraordinarios, bajo la damasquinada armadura de sus vicios y el yelmo brillante de su frío análisis, le parecían superiores a los hombres dignos y serios del Cenáculo. Y además comenzaba a saborear las primeras mieles de la riqueza. Subyugado por el lujo y los placeres de la mesa, sus caprichosos instintos se despertaban. Era la primera vez que bebía vinos selectos, que probaba los exquisitos manjares de la alta cocina, que veía a un diplomático, a un duque y a su bailarina mezclados con los periodistas, admirando su terrible poder; sintió la horrible comezón de dominar aquel mundo de reyes, y se sentía con fuerzas suficientes para vencerles. Finalmente, esa Coralie a la que acababa de hacer feliz con unas simples palabras, que había examinado al resplandor de las velas del festín, a través del vapor que salía de los platos y de los efluvios de la embriaguez, le parecía sublime, ¡el amor la volvía tan hermosa! Esta muchacha era, por otra parte, la más adorable, la más bella actriz de París. El Cenáculo, ese cielo de nobles inteligencias, habría sucumbido ante una tan irresistible tentación. Hasta sus futuros rivales habían halagado, como verdaderos expertos, la vanidad propia de todos los escritores. El éxito de su artículo y la conquista de Coralie eran dos triunfos que habrían hecho perder la cabeza incluso a alguien mayor que él. Durante aquella discusión todo el mundo había comido estupendamente y bebido más de la cuenta. Lousteau, que estaba sentado al lado de Camusot, mezcló dos o tres veces kirsch con el vino en la copa de éste, sin que nadie se diera cuenta, y le pinchó en su amor propio para incitarle a beber. Tan hábil fue que el comerciante no lo advirtió, convencido de ser a su manera tan listo como los periodistas. Cuando se sirvieron los postres y los licores, comenzaron a menudear las bromas acerbadas. El diplomático, persona cabal como era, hizo, tan pronto como oyó soltar las tonterías que preludian las escenas grotescas con que terminan las orgías, una seña al duque y a la bailarina y los tres desaparecieron. En cuanto Camusot perdió el oremus, Coralie y Lucien, que se habían comportado durante toda la cena como dos enamorados quinceañeros, escaparon escaleras abajo y montaron a un coche de punto. Como Camusot había acabado bajo la mesa, Matifat creyó que había desaparecido en compañía de la actriz; dejó a sus huéspedes fumando, bebiendo, riendo y discutiendo, y siguió a Florine cuando ésta se retiró para acostarse. El día sorprendió a los contendientes, o mejor dicho, a Blondet, bebedor intrépido, el único que aún era capaz de hilvanar dos palabras y que propuso a los invitados que se caían de sueño un

brindis a la Aurora de rosados dedos.

No estaba Lucien acostumbrado a las orgías parisienses; todavía estaba en sus cabales cuando bajó las escaleras, pero el aire fresco desencadenó su borrachera, que era horrible. Coralie y su doncella se vieron obligadas a subir al poeta hasta el primer piso de la bonita casa en la que vivía la actriz, en la rue de Vendôme. En la escalera, Lucien empezó a desfallecer y se sintió terriblemente mal.

— ¡Deprisa, Bérénice! —exclamó Coralie—. Un poco de té. ¡Haz té!

— ¡No es nada, sólo es el aire! —decía Lucien—. Y además es la primera vez que bebo tanto.

— ¡Pobre chico!, es inocente como un corderillo —dijo Bérénice, una gruesa normanda, tan fea como guapa era Coralie.

Finalmente metieron a Lucien, ya inconsciente, en la cama de Coralie. Con la ayuda de Bérénice, la actriz había desvestido, con el cuidado y el amor de una madre para con su niño, al poeta, que repetía:

—No es nada, es el aire; gracias, mamá.

— ¡Qué bien dice «mamá»! —exclamó Coralie besándole en el pelo.

— ¡Qué suerte, señorita, amar a un ángel semejante! ¿Y dónde lo ha pescado? Nunca hubiera creído que pudiese existir un hombre tan guapo como guapa es usted —dijo Bérénice.

Lucien quería dormir, no sabía dónde estaba y tampoco veía nada.

Coralie le hizo tomar varias tazas de té y luego le dejó durmiendo.

—Ni la portera ni nadie nos ha visto —dijo Coralie.

—No, yo la esperaba.

—Tampoco Victoire sabe nada.

—No, por supuesto —respondió Bérénice.

Diez horas más tarde, hacia el mediodía, Lucien se despertó encontrándose con los ojos de Coralie, quien lo había estado contemplando mientras dormía. El poeta lo intuyó. La actriz llevaba aún su bonito vestido, espantosamente manchado y que guardaría como una reliquia. Lucien reconoció la abnegación, la delicadeza del verdadero amor que ahora quería su recompensa; miró a Coralie. Ésta se desnudó en un instante y se deslizó como una culebra al lado de Lucien. A las cinco, el poeta dormía arrullado por divinas voluptuosidades; había entrevisto la habitación de la actriz, una encantadora creación del lujo, toda blanca y rosa, un mundo de maravillas y de coquetos refinamientos que sobrepasaba lo que Lucien había admirado en casa de Florine. Coralie estaba ya en pie. A las siete tenía que estar en el teatro para interpretar su papel de andaluza. Había contemplado aún un poco a su poeta que dormía inmerso en el placer, se había embriagado sin poder saciarse de aquel noble amor que unía los sentidos al corazón y el corazón a los sentidos, exaltándolos conjuntamente. Esta divinización que permite en este bajo mundo ser dos para sentir y uno sólo en el cielo para amar, era su absolución. Por otra parte, ¿a quién no habría servido de excusa la sobrehumana belleza de Lucien? Arrodillada junto al lecho, feliz por el amor en sí, la actriz se sentía santificada. Aquellas delicias se vieron perturbadas por Bérénice.

—Ha llegado Camusot. Sabe que estás aquí —exclamó.

Lucien se incorporó, pensando con innata generosidad en no perjudicar a Coralie. Bérénice abrió

una cortina. Lucien entró en una deliciosa pieza de tocador, adonde Bérénice y su ama llevaron con inusitada presteza las ropas de Lucien. Cuando el hombre de negocios hizo su entrada, las botas de Lucien llamaron la atención de Coralie; Bérénice las había colocado delante del fuego para que se calentaran después de haberlas lustrado a escondidas. La sirvienta y su ama se habían olvidado de aquellas botas deladoras. Bérénice salió después de haber intercambiado una mirada de inquietud con su ama. Coralie se dejó caer en una causeuse y rogó a Camusot que se sentara en un sillón de góndola frente a ella. El buen hombre, que adoraba a Coralie, miraba las botas y no se atrevía a levantar los ojos hacia su amante.

«¿Tengo que amoscarme por este par de botas y dejar a Coralie? Sería enfadarse por poca cosa. Hay botas por todas partes. Éstas estarían mejor en el escaparate de un zapatero o en los pies de un hombre de paseo por los bulevares. En cambio, aquí, sin piernas, hacen pensar en todo menos en la fidelidad... Tengo cincuenta años, es cierto: debo de estar tan ciego como el amor.»

Este cobarde monólogo no tenía disculpa. El par de botas no era de aquellas de media caña que se usan hoy y que, hasta cierto punto, un hombre distraído podría no reparar en ellas; era, como la moda exigía entonces, un par de botas hasta las rodillas, muy elegantes, con borlas, que relucían sobre unos pantalones ajustados, casi siempre de un color claro, y en las que las cosas se reflejaban como en un espejo. Así, las botas herían la vista del discreto sedero y, digámoslo también, le destrozaban el corazón.

— ¿Qué le sucede? —preguntó Coralie.

—Nada —contestó él.

—Llame —dijo Coralie sonriendo ante la cobardía de Camusot—. Bérénice —dijo a la normanda cuando ésta hubo aparecido—, tráigame un calzador para que me ponga de nuevo esas malditas botas. No olvide llevarlas esta noche a mi camerino.

— ¿Cómo? Sus botas... —exclamó Camusot, que respiró aliviado.

— ¿Y qué se creía? —preguntó ella con aire altanero—. Grandísimo tonto, no iría a creer... ¡Oh, sería muy capaz! —le dijo a Bérénice—. Hago un papel de hombre en una obra, y nunca me he vestido de hombre. El zapatero del teatro me ha traído esas botas para que pruebe a caminar mientras espero aquellas de las que me ha tomado las medidas; me las ha calzado, pero me han hecho tanto daño que me las he quitado, y sin embargo he de volver a ponérmelas.

—No se las vuelva a poner si le molestan —dijo Camusot, a quien las botas tanto habían hecho sufrir.

—Es lo mejor que la señorita podría hacer en vez de martirizarse como hace un rato; ¡lloraba por las dichosas botas, señor! —dijo Bérénice—, y si yo fuese hombre, jamás dejaría que llorase una mujer a la que quisiera; sería mejor que las llevara de tafilete fino. ¡Pero la administración del teatro es tan tacaña! Señor, tendría que ir usted a encargarle unas...

—Sí, sí —dijo el comerciante—. ¿Se levanta ahora? —preguntó a Coralie.

—Justo ahora. No he llegado hasta las seis, después de haberle buscado por todas partes. ¡He tenido que retener al coche de punto durante siete horas! ¡Estos son sus cuidados! Olvidarme por unas botellas. He tenido que cuidarme yo misma, que voy a actuar ahora todas las noches, mientras El alcalde dé dinero. ¡No quiero dejar en mal lugar a ese jovenzuelo del artículo!

—Ese muchacho es muy apuesto —dijo Camusot.

— ¿Usted cree? A mí no me gustan esa clase de hombres; se parecen demasiado a una mujer; y además no saben querer como vosotros, viejos tontorrones del comercio. ¡Os aburrís tanto!

— ¿El señor cenará con la señorita? —preguntó Bérénice.

—No, tengo la boca pastosa.

—Así que ayer cogió una buena melopea. ¡Ah, papá Camusot, para empezar no me gustan los hombres que beben!...

—Le harás un regalo a ese joven —dijo el comerciante.

— ¡Ah!, sí. Prefiero recompensarle de este modo que hacer lo que hace Florine. Vamos, mala raza de mi alma, márchese o regáleme un coche para que no pierda más tiempo.

—Lo tendrá mañana para ir a cenar con su director al Rocher de Cancale. El domingo no se representa la nueva obra.

—Venga, voy a cenar —dijo Coralie llevándose a Camusot.

Una hora más tarde, Lucien fue liberado por Bérénice, la compañera de infancia de Coralie, una criatura tan lista y espabilada como corpulenta.

—Quédese aquí, Coralie volverá sola; hasta estaría dispuesta a dejar a Camusot si le molesta a usted —dijo Bérénice a Lucien—; pero, niño querido de mi corazón, es usted demasiado bueno para arruinarla. Me ha dicho que está decidida a plantarlo todo, a dejar este paraíso para irse a vivir a su buhardilla. ¡Oh!, los celosos y envidiosos no han perdido ni un momento en decirle que no tiene usted ni un céntimo, que vive en el Barrio Latino. Pero yo la seguiría y cuidaría de su casa. Acabo de consolar a la pobre niña. ¿Verdad, señor, que es usted lo bastante inteligente como para no caer en semejantes tonterías? ¡Ah!, ya verá como ese gordinflón no recibe más que el cuerpo mortal, que es usted el querido, el preferido, la divinidad a la que se entrega el alma. ¡Si supiera lo gentil que es mi Coralie cuando le hago ensayar sus papeles! Un encanto de niña. ¡Bien que se merecía que Dios le enviara a uno de sus ángeles, desengañada como estaba de la vida! ¡Era tan desgraciada con su madre, que le pegaba y que la vendió! Sí, señor, ¡una madre, y a su propia hija! Si yo tuviera una hija la cuidaría como a mi pequeña Coralie, de la que he hecho mi niña. Es la primera vez que veo que la vida le sonrío, la primera vez que ha sido aplaudida de verdad. Parece ser que, en vista de lo que usted ha escrito, han reunido una buena claqué para la segunda representación. Mientras dormía, Braulard ha venido a hablar con ella.

— ¿Quién?, ¿Braulard? —repitió Lucien, que creía haber oído ya ese nombre.

—El jefe de la claqué, que, de acuerdo con ella, han establecido los momentos de la representación en que la aplaudirán. Aunque dice ser su amiga, Florine podría querer gastarle una mala pasada para llevarse todos los aplausos. Todo el bulevar anda revuelto por su artículo. ¡Vaya cama tan bien arreglada para los amores de un príncipe!... —dijo echando sobre el lecho un cubrepíés de encaje.

Encendió las velas. Con las luces, Lucien, aturdido, se creyó en efecto en un palacio de El gabinete de las hadas. Las más ricas telas del Cocon d'Or habían sido escogidas por Camusot para las cortinas y drapeados de las ventanas. El poeta caminaba sobre una alfombra regia. El palisandro de los muebles capturaba en las tallas de sus esculturas el centelleo de la luz parpadeante. La chimenea de mármol blanco resplandecía con las chucherías más caras. El pie de cama era de plumón de cisne bordado con marta cibelina. Unas zapatillas de terciopelo negro, forradas de seda púrpura, hablaban de los placeres

que esperaban allí al poeta de Las margaritas. Una preciosa lámpara pendía del techo, revestido de seda. Por todas partes, maceteros maravillosos exhibían flores escogidas, bonitas matas de brezo blanco, camelias inodoras. Por todas partes se reflejaba la viva imagen de la inocencia. ¿Cómo imaginarse allí a una actriz y las costumbres del mundo del teatro? Bérénice notó el estupor de Lucien.

— ¿No es bonito? —le dijo con voz mimosa—. ¿No es esto mejor, como nido de amor, que una buhardilla? No deje que lleve a cabo su cabezonada —prosiguió diciendo mientras llevaba a Lucien hasta delante de un velador lleno de manjares sustraídos subrepticamente a la cena de su ama para que la cocinera no pudiera sospechar la presencia de un amante.

Lucien cenó muy bien, servido por Bérénice en un servicio de plata repujado y en unos platos pintados de a luis la pieza. Este lujo producía en su alma el mismo efecto que una muchacha de la calle, con sus carnes desnudas y sus medias blancas bien estiradas, en un estudiante.

— ¡Dichoso de Camusot! —exclamó.

— ¿Dichoso? —repitió Bérénice—. ¡Ah! Con gusto daría toda su fortuna por estar en su lugar y por poder cambiar sus canos cabellos por su joven y rubia melena.

Convenció a Lucien, a quien ofreció el vino más delicioso que Burdeos haya criado para el más rico inglés, de que se acostara de nuevo mientras esperaba a Coralie, y Lucien tenía, en efecto, ganas de acostarse en aquella cama que despertaba su admiración. Bérénice, que había leído aquel deseo en los ojos del poeta, estaba feliz por su ama. A las diez y media, Lucien se despertó envuelto en una mirada llena de amor. Coralie se encontraba allí, en el más voluptuoso traje de noche. Lucien había dormido. Lucien no estaba sino ebrio de amor. Bérénice se retiró preguntando:

— ¿A qué hora, mañana?

—A las once. Tráenos el desayuno a la cama. No estaré para nadie antes de las dos.

A las dos del día siguiente, la actriz y su amante estaban vestidos y presentables, como si el poeta hubiera ido a hacer una visita a su protegida. Coralie había bañado, peinado, vestido y acicalado a Lucien; había enviado a buscar doce bonitas camisas, doce corbatas, doce pañuelos a la tienda de Colliau y una docena de guantes en una caja de madera de cedro. Cuando oyó el ruido de un coche en su puerta, fue precipitadamente a una ventana seguida por Lucien. Ambos vieron que Camusot bajaba de un magnífico cupé.

—No creía —dijo ella— que se pudiera odiar tanto a un hombre y al lujo...

—Soy demasiado pobre para permitir que te arruines —dijo Lucien pasando así bajo las horcas caudinas.

—Pobre gatito mío —dijo estrechando a Lucien contra su corazón—; por tanto, ¿me quieres? Le he pedido a este señor —dijo a Camusot señalando a Lucien— que viniera a verme esta mañana, pensando que iríamos a los Campos Elíseos para probar el carruaje.

—Id solos —dijo tristemente Camusot—; no puedo comer con vosotros, es el cumpleaños de mi mujer y lo había olvidado.

— ¡Pobre Musot! ¡Cómo te aburrirás! —repuso ella saltando al cuello del comerciante.

Se sentía embriagada de felicidad, pensando que estrenaría sola con Lucien ese bonito cupé, que irían juntos al Bois de Boulogne; y en su arrebatado de alegría dio la impresión de amar a Camusot, a

quien hizo mil caricias y arrumacos.

—Me gustaría poder regalarte un coche cada día —dijo el pobre hombre.

—Vamos, señor; son las dos —dijo la actriz a Lucien, a quien vio avergonzado y a quien consoló con un gesto adorable.

Coralie bajó precipitadamente la escalera llevándose consigo a Lucien, quien oyó al negociante ir detrás de ellos como una foca, sin poder darles alcance. El poeta sintió el más embriagador de los goces: Coralie, radiante de felicidad, ofreció a todos los ojos embelesados una toilette llena de gusto y elegancia. El París de los Campos Elíseos admiró a aquellos dos amantes. En una avenida del Bois de Boulogne, su cupé se cruzó con la calesa de madame d'Espard y de madame de Bargeton, que observaron a Lucien con aire de asombro, pero a las que él lanzó la mirada despectiva del poeta que presiente su gloria y va a hacer uso de su poder. El momento en que pudo intercambiar mediante una mirada con aquellas dos mujeres algunos de los pensamientos de venganza que ellas habían puesto en su corazón para que lo fueran royendo, fue uno de los más dulces de su vida y acaso decidió su destino. Lucien fue de nuevo víctima de las furias del orgullo: quiso volver a aparecer en el gran mundo y tomarse una clamorosa venganza, su alma estaba de nuevo presa de todas las fútiles convenciones sociales tiempo antes despreciadas por el trabajador, por el amigo del Cenáculo. Por fin comprendió todo el significado del ataque que Lousteau había lanzado por él. Lousteau acababa de favorecer sus pasiones; mientras que el Cenáculo, ese Mentor colectivo, parecía reprimirlas en favor de las virtudes enojosas y de los trabajos que Lucien comenzaba a encontrar inútiles. ¡Trabajar!, ¿no es esto la muerte para las almas sedientas de placeres? Por ello, ¡con qué facilidad los escritores se entregan al dulce far niente, a la buena mesa y a las delicias de la vida lujosa con actrices y mujeres fáciles! Lucien sintió unas ganas irresistibles de continuar con la vida de aquellos dos días de locura. La cena en el Rocher de Cancale fue exquisita. Aparte de Lucien, estaban todos los invitados de Florine, excepto el diplomático, el duque, la bailarina y Camusot, que habían sido sustituidos por dos actores célebres y por Hector Merlin, que iba acompañado por su amante, una mujer deliciosa que se hacía llamar madame du Val-Noble, la más bella y elegante de las mujeres que formaban por aquel entonces el mundillo excepcional de aquellas mujeres que hoy se conocen por decencia con el nombre de lorettes. Lucien, que llevaba cuarenta y ocho horas viviendo en un paraíso, se enteró del éxito de su artículo. Viéndose agasajado, envidiado, el poeta recobró su aplomo, chispeó su ingenio, fue el Lucien de Rubempré que durante varios meses brillara en el mundo del arte y de la literatura. Finot, ese hombre de indiscutible destreza a la hora de intuir el talento y que lo olfateaba como un ogro que huele la carne fresca, lisonjeó a Lucien, intentando enrollarlo en el escuadrón de periodistas que mandaba. Lucien sucumbió a estas adulaciones. Coralie observó las maniobras de aquel devorador de talentos y quiso poner a Lucien en guardia contra él.

—No te comprometas, querido —le dijo a su poeta—; espera, quieren explotarte, ya hablaremos de ello esta noche.

— ¡Bah! —le replicó Lucien—. Me siento lo suficientemente fuerte como para ser tan malo y tan astuto como puedan serlo ellos.

Finot, que no parecía demasiado enojado con Hector Merlin por el asunto de los blancos, presentó Merlin a Lucien y Lucien a Merlin. Coralie y madame du Val-Noble hicieron buenas migas, se colmaron de halagos y atenciones. Madame du Val-Noble invitó a cenar a Lucien y a Coralie. Hector Merlin, el más peligroso de todos los periodistas presentes en aquella cena, era un hombrecillo enjuto,

de finos labios, que incubaba una ambición desmedida, de una envidia sin límites, feliz con todos los males que ocurrían a su alrededor y que se aprovechaba de las disensiones que él mismo fomentaba con mucho ingenio, y poca voluntad, pero cuya falta suplía con el instinto que guía a todos los arribistas hacia los lugares que hacen brillar el oro y el poder. Nació enseguida entre Lucien y él una antipatía mutua. No es difícil explicar el porqué. Merlin tuvo la mala ocurrencia de decirle a Lucien en voz alta lo que Lucien pensaba para sí. A los postres, los lazos de la más conmovedora amistad parecían unir a estos dos hombres que se creían cada uno superior al otro. Lucien, el recién llegado, era el objeto preferente de la coquetería de todos. Se hablaba con absoluta franqueza. Hector Merlin era el único que no reía. Lucien le preguntó la razón de que estuviera tan serio.

—Le veo que entra en el mundo literario y del periodismo lleno de ilusiones. Cree en la amistad. Aquí todos somos amigos o enemigos según las circunstancias. Somos los primeros en herirnos con el arma que sólo debería servirnos para herir a los demás. No tardará en darse cuenta de que no logrará nada con los buenos sentimientos. Si es bueno, hágase malo. Muéstrese arisco aunque no sea más que por conveniencia. Si nadie le ha revelado aún esta ley suprema, se la hago saber yo y no es una confidencia baladí. Para ser amado, no deje nunca a su amante sin haberla hecho llorar un poco; para tener éxito en la literatura, hiera siempre a todo el mundo, incluso a sus amigos, haga llorar al amor propio ajeno: todo el mundo se mostrará amable con usted.

Hector Merlin se sintió feliz al ver, por el aspecto de Lucien, que sus palabras penetraban en el neófito como la hoja de un puñal en un corazón. Se jugó. Lucien perdió todo su dinero. Coralie se lo llevó y las mieles del amor le hicieron olvidar las terribles emociones del juego, que más adelante había de encontrar en él a una de sus víctimas. A la mañana siguiente, al salir de su casa camino del Barrio Latino, encontró en su bolsa el dinero que había perdido. Esta atención de entrada le entristeció, quiso regresar a casa de la actriz y devolverle un regalo que le humillaba, pero se encontraba ya en la rue de La Harpe y continuó su camino hacia el hostel de Cluny. Mientras caminaba, iba pensando en esa atención que había tenido Coralie, en la que vio una prueba de ese amor maternal que esta clase de mujeres mezclan en sus pasiones. Para ellas la pasión abarca toda la gama de los sentimientos. Al cabo de mucho pensar, Lucien acabó por encontrar una razón para aceptarlo, diciéndose: «¡La quiero, viviremos juntos como marido y mujer y nunca la dejaré!».

A menos de ser Diógenes, ¿quién no comprendería las sensaciones de Lucien al subir la escalera mugrienta y maloliente de su hostel, al hacer chirriar la cerradura de su puerta, al volver a ver los sucios cristales y la lamentable chimenea de su habitación, horrible por su miseria y desnudez? Sobre la mesa encontró el manuscrito de su novela y este billete de Daniel d'Arthez:

Nuestros amigos están casi satisfechos de su obra, querido poeta. Podrá presentarla con más confianza, dicen, a sus amigos y enemigos. Hemos leído su encantador artículo sobre el Panorama-Dramatique y debe provocar tanta envidia en el mundo literario como pesar entre nosotros.

Daniel

— ¡Pesar!, ¿qué quiere decir? —exclamó Lucien, sorprendido por el tono sumamente cortés con que estaba escrito aquel billete.

¿Era, pues, un extraño para el Cenáculo? Después de haber devorado los frutos deliciosos que le había entregado la Eva de entre bastidores, aún ansiaba más la amistad y el aprecio de sus amigos de la rue des Quatre-Vents. Permaneció durante unos instantes sumido en una meditación que abarcaba tanto su presente en aquella habitación como su porvenir en la de Coralie. Presa de las dudas,

alternativamente honrosas y vergonzantes, se sentó y se puso a examinar los cambios que sus amigos habían introducido en su obra. ¡Cuál no sería su asombro! Capítulo tras capítulo, la pluma hábil y abnegada de aquellos grandes hombres aún desconocidos había trocado sus insuficiencias en riquezas. Un diálogo abundante, ceñido, conciso y nervioso reemplazaba sus conversaciones que, comparadas con aquellos parlamentos en los que vibraba el espíritu de la época, comprendió que no eran más que insulsa charlatanería. Sus retratos, algo flojos de dibujo, habían sido vigorosamente coloreados y realzados; todos habían adquirido una vida nueva al vincularlos a los curiosos fenómenos de la vida humana gracias a las observaciones fisiológicas, que sin duda eran obra de Bianchon y que estaban expresadas con sutileza. Sus descripciones prolijas se habían vuelto esenciales y vivas. Él les había entregado un ser deforme y mal vestido y se encontraba con una deliciosa criatura vestida toda de blanco, con cinturón y un echarpe rosa, una creación encantadora. La noche le sorprendió con los ojos llenos de lágrimas, aterrado ante aquella grandeza, reflexionando sobre el valor de una lección semejante, admirando esas correcciones que le enseñaban sobre literatura y arte más que sus cuatro años de lecturas, comparaciones y estudios. Siempre el retoque de un boceto mal concebido, un trazo maestro en lo esencial, enseñan más que las teorías y las observaciones.

— ¡Qué amigos!, ¡qué corazón!, ¡qué feliz me siento! —exclamaba apretando contra sí el manuscrito.

Impelido por un entusiasmo muy propio de las naturalezas poéticas y volubles, corrió a casa de Daniel. Pero mientras subía la escalera, se creyó no obstante menos digno de aquellos corazones a los que nada podía hacer apartarse del camino del honor. Una voz le decía que si Daniel hubiese amado a Coralie, no la habría aceptado con Camusot. Igualmente conocía el profundo horror del Cenáculo por los periodistas, y él se sabía ya un poco periodista. Encontró a sus amigos, excepto a Meyraux, que acababa de salir, presos de una desesperación que se reflejaba en todos los semblantes.

— ¿Qué os pasa, amigos? —preguntó Lucien.

—Acabamos de enterarnos de una horrible tragedia: el mayor talento de nuestra época, nuestro más querido amigo, el que durante dos años ha sido nuestro faro...

— ¿Louis Lambert? —preguntó Lucien.

—Ha caído en un estado cataléptico que no deja ningún margen a la esperanza —dijo Bianchon.

—Morirá con el cuerpo insensible y la cabeza en el cielo —añadió solemnemente Michel Chrestien.

—Morirá como ha vivido —confirmó D'Arthez.

—El amor, que ha penetrado como fuego en el vasto imperio de su mente, la ha incendiado —añadió Léon Giraud.

—Sí —dijo Joseph Bridau—, le tiene tan exaltado que le hemos perdido de vista.

—Somos nosotros los dignos de lástima —dijo Fulgence Ridal.

—Tal vez se cure —exclamó Lucien.

—Según nos ha dicho Meyraux, la curación es imposible —repuso Bianchon—. Su cabeza está a merced de fenómenos sobre los que la medicina nada puede.

—Existen, sin embargo, remedios —insinuó D'Arthez.

—Sí —dijo Bianchon—, sólo está cataléptico, podemos volverlo completamente imbécil.

— ¡Y no poder ofrecer al maligno otra cabeza a cambio de la suya! —gritó Michel Chrestien—. ¡Yo daría la mía!

— ¿Y qué sería de la federación europea? —preguntó D'Arthez.

— ¡Ah!, es cierto —repuso Michel Chrestien—, antes de pertenecer a alguien nos debemos a la Humanidad.

—Yo venía aquí con el corazón rebosante de gratitud hacia todos vosotros —dijo Lucien—. Habéis cambiado mi ochavo en un luis de oro.

— ¿Gratitud? ¿Por quién nos tomas? —exclamó Bianchon.

—El placer ha sido nuestro —añadió Fulgence.

—Bien, ya es usted periodista —le dijo Léon Giraud—. El ruido de su debut ha llegado hasta el Barrio Latino.

—Todavía no —repuso Lucien.

— ¡Ah!, tanto mejor —dijo Michel Chrestien.

—Ya os lo decía yo —repuso D'Arthez—. Lucien es uno de esos corazones que conocen el valor de una conciencia limpia. ¿No es un alivio reconfortante descansar cada noche la cabeza en la almohada pudiéndose decir: «No he juzgado las obras ajenas, no he hecho mal a nadie; mi inteligencia no ha herido, como un puñal, el alma de ningún inocente; mis bromas no han destruido la felicidad de nadie, ni siquiera han perturbado la tontería satisfecha, ni han molestado injustamente al genio; he desdeñado las fáciles satisfacciones de la burla ingeniosa, en una palabra, no he traicionado en ningún momento mis convicciones»?

—Pero —dijo Lucien— yo creo que se puede ser así y trabajar al mismo tiempo en un periódico. Si no tuviera más que ese medio de subsistencia, no tendría más remedio que recurrir a él.

— ¡Oh, oh, oh! —dijo Fulgence subiendo el tono en cada exclamación—. Capitulamos.

—Será periodista —dijo con aire serio Léon Giraud—. ¡Ah! Lucien, si quisieras serlo con nosotros, que vamos a publicar un periódico en el que nunca se verán ultrajadas ni la justicia ni la verdad, en el que seremos portavoces de las doctrinas verdaderamente útiles para la Humanidad, tal vez entonces...

—No tendréis ni un suscriptor —replicó maquiavélicamente Lucien interrumpiendo a Léon.

—Tendrá quinientos que valdrán por cinco mil —repuso Michel Chrestien.

—Necesitaréis un buen capital —dijo Lucien.

—No —contestó D'Arthez—, pero sí abnegación.

—Parece recién salido de una perfumería —exclamó Michel Chrestien oliendo con gesto cómico la cabeza de Lucien—. Se te ha visto en un carruaje magníficamente bruñido, con un tiro de caballos de dandy y una amante principesca, Coralie.

— ¿Y qué? —exclamó Lucien—. ¿Qué tiene ello de malo?

—Dices esto como si lo tuviera —gritó Bianchon.

—A mí me habría gustado más para Lucien una Beatriz —dijo D'Arthez—, una noble dama que lo hubiera sostenido en la vida...

—Pero, Daniel, ¿no es el amor el mismo en todas partes? —preguntó el poeta.

— ¡Ah! —repuso el republicano—, yo soy aristócrata en esto. No podría querer a una mujer a la que un actor besa en la mejilla delante del público, una mujer a la que, entre bastidores, se tutea, que se inclina ante una platea y le sonríe, que baila unos pasos levantándose las faldas, y que se viste de hombre para enseñar lo que a mí me gustaría ser el único en ver. Sí, si yo amara a una mujer así, ella dejaría el teatro y yo la purificaría con mi amor.

— ¿Y si no pudiera dejar el teatro?

—Pues me moriría de pena, de celos y de otros mil males. No se puede arrancar el amor del corazón como quien se arranca una muela.

Lucien se quedó pensativo y sombrío.

«Cuando sepan que he de aguantar a Camusot, me despreciarán», se dijo.

—Mira —le dijo el salvaje republicano con espantosa campechanía—, podrás ser un gran escritor, pero nunca pasarás de ser un pequeño oportunista.

Cogió su sombrero y se fue.

—Michel Chrestien es muy duro —dijo el poeta.

—Duro y saludable como las tenazas de un dentista —añadió Bianchon—. Michel ve tu porvenir, y quizás en estos momentos está llorando por ti en la calle.

D'Arthez estuvo bondadoso y consolador, trató de levantarle los ánimos a Lucien. Al cabo de una hora, el poeta abandonó el Cenáculo, atormentado por su conciencia que le gritaba: «¡Serás periodista!», como la bruja le grita a Macbeth: «¡Serás rey!». Ya en la calle contempló las ventanas del paciente D'Arthez, iluminadas por un débil resplandor, y regresó a su casa con el corazón lleno de tristeza y el alma inquieta. Una especie de presentimiento le decía que acababa de abrazarse por última vez con sus verdaderos amigos. Al entrar en la rue de Cluny por el lado de la place de la Sorbonne, reconoció el carruaje de Coralie. Para venir a ver un momento a su poeta, para darle unas simples buenas noches, la actriz había recorrido todo el bulevar del Temple hasta la Sorbona. Lucien se encontró a su querida llorando a la vista de su buhardilla; quería ser pobre como su amante, y lloraba mientras ponía orden en las camisas, los guantes, las corbatas y los pañuelos en la horrible cómoda del hostel. Aquella desesperación era tan sincera, tan grande, demostraba tanto amor que Lucien, a quien se le había reprochado el estar con una actriz, vio en Coralie a una santa dispuesta a ceñirse el cilicio de la miseria. Para venir a verle, esta adorable criatura se había valido del pretexto de ir a avisar a su amigo de que el clan Camusot, Coralie y Lucien devolvería su invitación a cenar al clan Matifat, Florine y Lousteau, y para preguntarle a Lucien si tenía que invitar a alguien que le conviniera; Lucien le dijo que hablaría de ello con Lousteau. Al cabo de unos instantes, la actriz se marchó, ocultando a Lucien que Camusot la estaba esperando abajo. Al día siguiente, a las ocho, Lucien se dirigió a casa de Étienne, y al no encontrarle allí corrió hacia casa de Florine. El periodista y la actriz recibieron a su amigo en la bonita alcoba en la que estaban maritalmente instalados, y los tres desayunaron allí espléndidamente.

—Pero, amigo mío —le dijo Lousteau una vez que estuvieron sentados a la mesa y Lucien le hubo hablado de la cena que pensaba dar Coralie—, te aconsejo que vengas conmigo a ver a Félicien Vernou,

que le invites y trabes amistad con él, en la medida en que cabe ser amigo de semejante sujeto. Tal vez Félicien te brinde la oportunidad de entrar en el periódico político en el que cocina su feuilleton, y en el que podrás progresar a tus anchas a base de grandes artículos en las páginas centrales de ese periódico. Este diario, como el nuestro, pertenece al partido liberal; tú serás liberal, porque es el partido popular; por otra parte, si quisieras pasarte del lado del Gobierno, podrías hacerlo tanto más fácilmente cuanto más te hayas hecho temer. Hector Merlin y su madame du Val-Noble, cuya casa frecuentan algunos grandes señores, los jóvenes dandies y los millonarios, ¿no os han invitado a cenar a Coralie y a ti?

—Sí —repuso Lucien—; y también a ti con Florine.

Lucien y Lousteau, en su borrachera del viernes y durante la comida del domingo, habían llegado a tutearse.

—Pues bien, encontraremos a Merlin en el periódico; es un tipo que seguirá los pasos de Finot, y harás bien en cuidarle e invitarle a tu cena con su querida; tal vez te sea útil dentro de no mucho tiempo, porque las personas rencorosas tienen necesidad de todo el mundo, y te hará favores para poder contar con tu pluma en caso necesario.

—Su debut ha causado la suficiente sensación como para que no encuentre usted obstáculo alguno —le dijo Florine a Lucien—; apresúrese a aprovecharlo, pues de lo contrario pronto será olvidado.

— ¡El negocio —prosiguió Lousteau—, el gran negocio ha sido cerrado! Ese Finot, un hombre sin ningún talento, es director y redactor jefe del semanario de Dauriat, propietario de una sexta parte que no le cuesta nada, y con un sueldo de seiscientos francos al mes. Y desde esta misma mañana, amigo, soy redactor jefe de nuestro pequeño periódico. Todo ha ido como lo preví la otra noche. Florine ha estado soberbia, le daría cien vueltas al príncipe de Talleyrand.

—Nosotras nos ganamos a los hombres por el placer —dijo Florine—, y los diplomáticos halagando sólo el amor propio; los diplomáticos les ven hacer ceremonias y nosotras tonterías, así que nosotras somos las más fuertes.

—En conclusión —dijo Lousteau—, Matifat ha dicho la única frase ingeniosa de toda su vida de droguero: «¡Este es un asunto que tiene que ver con mi ramo!».

—Sospecho que es Florine quien se la ha sugerido —exclamó Lucien.

—Así que, amigo —le dijo Lousteau—, ya tienes un pie en el estribo.

—Has nacido con buena estrella —dijo Florine—. ¿Cuántos jóvenes no vemos en París esperar durante años y años sin poder publicar un artículo en un periódico? Correrá usted la suerte que corrió Émile Blondet. Dentro de seis meses ya le veo haciendo lo que le salga de las narices —añadió ella empleando una expresión de su muy particular jerga y dirigiéndole una sonrisa burlona.

—Llevo tres años en París —dijo Lousteau— y sólo desde ayer Finot me paga trescientos francos fijos al mes, pues como redactor jefe gano cien sueldos por columna, y cien francos por página en su semanario.

—Y bien, ¿usted no dice nada?... —exclamó Florine mirando a Lucien.

—Ya veremos —dijo Lucien.

—Amigo mío —respondió Lousteau un tanto picado—, te lo he puesto todo en bandeja como si fueras mi propio hermano, pero no respondo de Finot. De aquí a dos días, habrá sesenta pelafustanes

que irán a proponerle sus servicios a precios tirados. Yo he dado la cara por ti, pero si quieres puedes decirle que no. No te imaginas la suerte que has tenido —prosiguió el periodista tras una pausa—. Formarás parte de un cogollito cuyos miembros atacan a sus enemigos en varios periódicos y se prestan mutuos favores.

—Vamos primero a ver a Félicien Vernou —dijo Lucien, que no veía la hora de unirse a aquellas temibles aves de presa.

Lousteau mandó llamar a un cabriolé y los dos amigos fueron a la rue Mandar, donde vivía Vernou, en una casa con corredor en la que ocupaba un piso de la segunda planta. Lucien se llevó una gran sorpresa al encontrar a aquel acerbo crítico, desdeñoso y estirado, en un comedor de una extrema vulgaridad con las paredes revestidas de un papel agramilado, llenas de manchas de moho a intervalos regulares y sobre las que colgaban unos grabados al aguatinta en unos marcos dorados. El periodista estaba sentado a la mesa con una mujer demasiado fea para no ser la legítima y con dos niños de corta edad encaramados en unas sillitas de patas muy altas y barradas, destinadas a tener sentados a aquellos diablillos. Sorprendido en un batín confeccionado con los restos de un vestido de indiana de su mujer, Félicien puso cara de pocos amigos.

— ¿Has desayunado, Lousteau? —preguntó ofreciéndole una silla a Lucien.

—Venimos de casa de Florine —dijo Étienne—, y hemos desayunado allí.

Lucien no cesaba de examinar a madame Vernou, que se parecía a una gorda cocinera de aire bonachón, bastante blanca, pero vulgarísima. Madame Vernou llevaba un pañuelo atado encima de su toca de noche con cintas de la que desbordaban sus apretadas mejillas. Su bata, sin ceñidor y cerrada al cuello por un botón, caía en grandes pliegues cubriéndola tan mal que era imposible no compararla con un marmolillo. De una salud desesperante, tenía las mejillas casi violáceas y unas manos de dedos morcillones. Viéndola, Lucien comprendió de repente la incomodidad que sentía Vernou en sociedad. Afligido por aquel matrimonio e incapaz de dejar a la mujer y a los hijos, pero con suficiente alma de poeta como para sufrir siempre por ello, este periodista no podía perdonar a nadie un éxito y no estaba nunca satisfecho con nada, igual que no lo estaba consigo mismo. Lucien comprendió la expresión avinagrada que congelaba aquel semblante envidioso, el porqué de las réplicas ásperas que salpicaban su conversación, lo acerbo de sus frases, siempre incisivas y afiladas como un estilete.

—Pasemos a mi gabinete —dijo Félicien levantándose—; sin duda se trata de asuntos literarios.

—Sí y no —le respondió Lousteau—. Amigo mío, se trata más bien de una cena.

—Yo venía a rogarle de parte de Coralie... —dijo Lucien.

Al oír este nombre, madame Vernou alzó la cabeza.

—... que viniera a cenar dentro de ocho días —continuó Lucien—. Encontrará en su casa el mismo grupito de gente que había en casa de Florine, más madame du Val-Noble, Merlin y algunos otros. Se jugará.

—Pero ese día precisamente, amigo, tenemos que ir a casa de madame de Mahoudeau —dijo la mujer.

— ¿Y eso qué importa? —exclamó Vernou.

—Si no vamos, se va a molestar, y tú querías verla para que te descontara las letras de tu editor.

—Amigo mío, aquí tiene a una mujer que no comprende que una cena literaria, que comienza a medianoche, no impide asistir a una velada que acaba a las once. Además, si trabajo al lado de su casa —añadió.

— ¡Cuánta imaginación tiene usted! —le dijo Lucien, que con sólo esta frase se ganó en Vernou a un enemigo mortal.

—Bien —prosiguió Lousteau—, entonces vienes, pero esto no es todo. Monsieur de Rubempré pasa a ser uno de los nuestros, así que ayúdale a entrar en tu periódico; preséntalo como a un muchacho capaz de escribir gran literatura, para que pueda colocar al menos dos artículos al mes.

—De acuerdo, si quiere ser de los nuestros y está dispuesto a atacar a nuestros enemigos como nosotros atacaremos a los suyos, y defender a nuestros amigos, hablaré esta noche de él en la Ópera —repuso Vernou.

—Bien, pues hasta mañana, amigo —dijo Lousteau dando un muy amistoso apretón de manos a Vernou—. ¿Cuándo se publica tu libro?

—Bueno —contestó el padre de familia—, eso depende de Dauriat, yo ya lo he terminado.

— ¿Estás contento?

—Sí y no.

—Ya nos encargaremos nosotros de convertirlo en un éxito —dijo Lousteau levantándose y saludando a la mujer de su colega.

Esta brusca despedida se hizo necesaria por los gritos de los dos niños, que se peleaban y se lanzaban cucharazos, tirándose la sopa a la cara.

—Acabas de ver, amigo mío —le dijo Étienne a Lucien—, a una mujer que, sin saberlo, causará grandes estragos en la literatura. Este pobre Vernou no nos perdona la mujer que tiene. Deberíamos desembarazarle de ella en bien del interés público, se comprende. Así evitaríamos un diluvio de artículos atroces, de mofas contra todos los éxitos y todas las fortunas. ¿Qué puedes ser, adónde puedes llegar con una mujer así acompañada por esos dos terribles mocosos? ¿Viste al Rigaudin de la Casa de la lotería, la obra de Picard? ...Pues bien, lo mismo que Rigaudin, Vernou no se batirá, pero hará que los demás se batan; es muy capaz de sacarse un ojo si con ello consigue que su mejor amigo pierda los dos; le verás pasar por encima de todos los cadáveres, sonreír a todas las desgracias, atacar a los príncipes, duques, marqueses y nobles por el simple hecho de que él es plebeyo, atacar a las celebridades célibes porque él está casado, hablar siempre de moral y abogar por la felicidad doméstica y los deberes del ciudadano. En resumen, este crítico tan moral no será benévolo con nadie, ni siquiera con los niños. Vive en la rue Mandar con una mujer que podría interpretar el papel de Mamamouch de El burgués gentilhomme y sus dos pequeños Vernou, feos como demonios; quiere escarnecer al faubourg Saint-Germain, donde él nunca pondrá los pies, y hará hablar a las duquesas como habla su mujer. Este es el hombre que va a gritar contra los jesuitas, insultar a la corte, atribuirle intenciones de restablecer los derechos feudales, el derecho de primogenitura, y que predicará alguna cruzada en favor de la igualdad, él, que no se cree el igual de nadie. Pero si fuera soltero, si hiciera vida de sociedad, si tuviera el talante de los poetas legitimistas, pensionados y condecorados con la gran cruz de la Legión de Honor, sería un optimista. Y éste no es más que un ejemplo de los muchos que pueden encontrarse en el periodismo. Es como una gran catapulta accionada por pequeñas envidias. ¿Te quedan aún ganas de casarte? Vernou no

tiene ya corazón, la hiel le ha invadido por completo. Por eso es el periodista por excelencia, un tigre con dos garras que lo desgarran todo como si su pluma tuviera la rabia.

—Es ginéfobo —dijo Lucien—. ¿Tiene talento?

—Tiene ingenio, es un articulista nato. Vernou lleva el artículo en la sangre, hará siempre artículos y nada más que artículos. Ni el mayor de los empeños podría hacer que acabase un libro de prosa. Félicien es incapaz de concebir una obra, disponer los materiales y reunir los personajes de un modo armonioso según un plan que tiene su principio, su desarrollo y su desenlace; tiene ideas, pero le faltan los hechos; sus héroes serán simples personificaciones de utopías filosóficas o liberales; y además su estilo es de una originalidad rebuscada, y sus frases hinchadas reventarían al menor alfilerazo de la crítica. Por ello teme tanto a los periódicos, como todos los que necesitan las mentiras y las patrañas del elogio para mantenerse a flote.

— ¡Vaya artículo que estás haciendo! —exclamó Lucien.

—Éstos, hijo mío, se dicen, pero no se escriben nunca.

—Ya, ahora eres redactor jefe —dijo Lucien.

— ¿Dónde quieres que te deje? —le preguntó Lousteau.

—En casa de Coralie.

— ¡Ah!, ¿estamos enamorados? —preguntó Lousteau—. ¡Qué error! ¡Haz de Coralie lo que hago yo de Florine, un ama de casa, pero la libertad ante todo!

— ¡Harías condenarse a los mismos santos! —exclamó Lucien entre risas.

—Los demonios no se condenan —repuso Lousteau.

El tono ligero y brillante de su nuevo amigo, su manera de ver la vida, sus paradojas, mezcladas con las máximas llenas de sabiduría del maquiavelismo parisiense, actuaban sobre Lucien sin él darse cuenta. En teoría, el poeta reconocía el peligro de aquellas ideas, pero le parecían de utilidad práctica. Al llegar al bulevar del Temple los dos amigos acordaron encontrarse, entre las cuatro y las cinco, en las oficinas del periódico, adonde sin duda iría Hector Merlin. Lucien estaba, efectivamente, bajo el dominio de las voluptuosidades del verdadero amor de las cortesanas, que clavan sus garfios en los puntos más sensibles del alma plegándose con increíble ductilidad a todos los deseos, propiciando las muelles costumbres de las que ellas sacan sus fuerzas. Estaba ya ávido de los placeres parisienses, gustaba de la vida fácil, holgada y magnífica que la actriz le brindaba en su casa. Encontró a Coralie y a Camusot ebrios de alegría. El Gymnase proponía para la próxima Pascua un contrato cuyas condiciones, claramente especificadas, superaban todas las expectativas de Coralie.

—Le debemos este triunfo —dijo Camusot.

—Sí, desde luego. Sin él El alcalde hacía aguas —exclamó Coralie—; de no ser por el artículo, yo habría seguido en el bulevar seis años más.

Le saltó al cuello delante de Camusot. La actitud efusiva de la actriz tenía un no sé qué de molición en su espontaneidad, de dulzura en su entusiasmo, que el comerciante no tuvo ya dudas: ¡lo amaba! Como todos los hombres abrumados por un gran dolor, Camusot bajó la vista y reconoció, a lo largo de la costura de las botas de Lucien, el hilo de color empleado por los zapateros más afamados y que destacaba en un tono amarillo oscuro sobre el negro reluciente de la caña. El original color de este hilo

le había preocupado durante su monólogo acerca de la inexplicable presencia de un par de botas delante de la chimenea de Coralie. Había leído, en letras negras impresas en el cuero blanco y suave del forro, la dirección de un zapatero famoso en aquella época: «Gay, rue de La Michodière».

—Señor —le dijo a Lucien—, lleva usted unas botas muy bonitas.

—Todo lo tiene bonito —repuso Coralie.

—Me gustaría surtirme en casa de su zapatero.

— ¡Oh! —exclamó Coralie—. ¡Se ve que es propio de los de la rue des Bourdonnais pedir direcciones de proveedores! ¿No querrá llevar unas botas de joven? ¡Le tomarían por un guapo soltero! Mejor conserve sus botas con vueltas, que son las más apropiadas para un hombre respetable como usted, que tiene mujer, hijos y querida.

—Bien, pero si al señor no le importa dejarme una de sus botas, se lo agradecería mucho —dijo el obstinado Camusot.

—Sin calzador no me las podría volver a poner —observó Lucien ruborizándose.

—Bérénice irá a buscar uno, no deben de faltar aquí —añadió el comerciante con un horrible tono guasón.

—Papá Camusot —dijo Coralie lanzándole una mirada llena de tremendo desprecio—, ¡tenga el valor propio de su bajeza! Vamos, diga todo lo que está pensando. ¿Cree que las botas de este caballero se parecen a las mías? Le prohíbo que se quite las botas —dijo dirigiéndose a Lucien—. Sí, monsieur Camusot, sí, estas botas son las mismas que vio delante de mi chimenea el otro día, y este señor, escondido en mi tocador, las estaba esperando, después de haber pasado la noche aquí. Esto es lo que está pensando, ¿verdad? Pues piénselo, me parece muy bien. Es la pura verdad. Le engaño. ¿Y qué, después de todo? ¡Eso me gusta!

Se sentó como si tal cosa, y con el aire más tranquilo del mundo observaba a Camusot y a Lucien, que no se atrevían a mirarse el uno al otro.

—No creeré lo que usted quiere que crea —dijo Camusot—. No bromea, estoy en un error.

—O soy una infame desvergonzada que se ha encaprichado por un momento de este señor, o soy una pobre y mísera criatura que por primera vez ha sentido el verdadero amor tras el cual corren todas las mujeres. En un caso o en otro, hay que dejarme o tomarme tal como soy —dijo haciendo un gesto de soberana con el que abrumó al comerciante.

—Pero ¿es cierto, entonces? —preguntó Camusot, quien observó por la actitud de Lucien que Coralie hablaba en serio, cuando él estaba mendigando un engaño.

—Quiero a la señorita —dijo Lucien.

Al oír esta frase dicha con voz emocionada, Coralie saltó al cuello de su poeta, lo estrechó entre sus brazos y volvió la cabeza hacia el sedero, mostrándole el admirable grupo escultórico del Amor que formaba con Lucien.

—Pobre Musot, llévate todo lo que me has regalado, no quiero nada tuyo; amo locamente a este muchacho, no por su inteligencia, sino por su belleza. Prefiero la miseria con él a los millones contigo.

Camusot se desplomó en un sillón, se cogió la cabeza entre las manos y se quedó en silencio.

— ¿Quiere que nos vayamos? —preguntó ella con increíble ferocidad.

Lucien sintió que un escalofrío recorría su espinazo al ver que tendría que cargar con una mujer, una actriz y un hogar.

—Quédate aquí, es todo tuyo, Coralie —dijo el comerciante con una voz débil y afligida que le salía del alma—, no quiero llevarme nada. Hay aquí dentro sesenta mil francos en mobiliario, pero no podría acostumbrarme a la idea de mi Coralie reducida a la miseria. Y, sin embargo, es así como acabarás dentro de poco. Por grande que sea el talento de este señor, no puede darte un buen pasar. ¡Esto es lo que nos espera a todos los viejos como yo! Permíteme al menos, Coralie, venir a verte de vez en cuando: todavía puedo serte de utilidad. Y además, lo confieso, soy incapaz de vivir sin ti.

La dulzura de este pobre hombre desposeído de toda su dicha en el momento que se creía el más feliz del mundo conmovió vivamente a Lucien, pero no así a Coralie.

—Ven, mi pobre Musot, ven tanto como quieras —dijo ella—; te querré mucho más no engañándote.

Camusot pareció contento de no verse expulsado de su paraíso terrenal en el que sin duda debía de sufrir, pero en el que esperaba volver a entrar más adelante con plenos derechos confiando en las vueltas que da la vida parisiense y en las tentaciones que rodearían a Lucien. Aquel viejo maula de tendero pensó que tarde o temprano aquel apuesto joven se permitiría alguna que otra infidelidad, y para espíarle, para comprometerlo ante Coralie, quería seguir siendo amigo de ambos. Esta baja de la verdadera pasión asustó a Lucien. Camusot les invitó a cenar en el Palais-Royal, en Véry, invitación que fue aceptada.

— ¡Qué felicidad! —exclamó Coralie cuando Camusot se hubo marchado—. Nada de buhardilla en el Barrio Latino, te quedarás aquí, no nos separaremos, pero para salvar las apariencias alquilarás un pisito en la rue Charlot, ¡y adelante a toda vela!

Se puso a bailar su danza española con un ímpetu que evidenció su pasión indomable.

—Puedo ganar quinientos francos al mes trabajando duro —dijo Lucien.

—Y yo otro tanto en el teatro, sin contar los extras. Camusot me seguirá pagando los vestidos, ¡pues me quiere! Con mil quinientos francos viviremos como Creso.

— ¿Y los caballos, el cochero y el criado? —preguntó Bérénice.

—Contraeré deudas —exclamó Coralie.

Se puso a bailar una giga con Lucien.

—Entonces, tengo que aceptar la propuesta de Finot —exclamó Lucien.

—Vamos —dijo Coralie—, me visto y te llevo a tu periódico, te esperaré abajo en el coche, en el bulevar.

Lucien se sentó en un sofá, observó a la actriz mientras se ataviaba y se abandonó a las más serias reflexiones. Habría preferido dejar libre a Coralie a cargar con las obligaciones de una unión semejante; pero la vio tan hermosa, tan bien formada, tan atractiva, que se sintió atraído por los pintorescos aspectos de esta vida de bohemio y arrojó el guante a la cara de la Fortuna. Bérénice recibió órdenes de ocuparse del traslado de las pertenencias de Lucien y de su instalación. Luego, la triunfante, la bella, la

feliz Coralie se llevó a su querido amante, a su poeta, y atravesó todo París para ir a la rue Saint-Fiacre. Lucien subió con ligereza la escalera y se presentó con aires de dueño y señor en las oficinas del periódico. Coloquintida, siempre con su papel timbrado sobre la cabeza, y el viejo Giroudeau le salieron de nuevo con el camelo de que no había llegado aún nadie.

—Pero en algún sitio tendrán que verse los redactores para hablar del periódico —dijo.

—Probablemente, pero la redacción no es asunto mío —repuso el capitán de la Guardia Imperial, que procedió de nuevo a comprobar sus fajas con sus sempiternos ¡ejem, ejem!

Justo en aquel momento, y por una feliz, ¿o infausta?, casualidad, apareció Finot para anunciarle a Giroudeau su fingida renuncia y rogarle que velara por sus intereses.

—Nada de diplomacias con este señor, es del periódico —le dijo Finot a su tío dándole la mano a Lucien y estrechándosela.

— ¡Ah!, ¿este señor es del periódico? —exclamó Giroudeau, sorprendido por el gesto de su sobrino—. ¡Pues, señor, bien veo que no le ha costado entrar!

—Quiero dejar resueltas sus condiciones para que Étienne no se la pegue —dijo Finot dirigiendo a Lucien una mirada de inteligencia—. Este señor percibirá tres francos por columna por cada uno de sus artículos, incluidas las crónicas teatrales.

—A nadie le has ofrecido nunca estas condiciones —dijo Giroudeau observando a Lucien con asombro.

—Tendrá los cuatro teatros del bulevar, y tú te preocuparás de que no le birlen sus palcos y que le entreguen sus entradas para el espectáculo. Le aconsejo, no obstante, que se las hagan llegar a su domicilio —dijo volviéndose hacia Lucien—. Este señor se compromete a escribir, aparte de su crítica, diez artículos de variedades de unas dos columnas por cincuenta francos al mes durante un año. ¿De acuerdo?

—Sí —contestó Lucien, que estaba obligado por las circunstancias.

—Tío —dijo Finot al cajero—, encárgate de redactar el contrato que firmaremos al bajar.

— ¿Quién es este señor? —preguntó Giroudeau levantándose y quitándose su gorro de seda negra.

—Monsieur Lucien de Rubempré, el autor del artículo sobre El alcalde —respondió Finot.

—Joven —exclamó el antiguo militar dando un golpecito en la frente de Lucien—, tiene usted aquí una mina de oro. Yo no soy literato, pero he leído su artículo y me ha gustado. ¡Esto es lo que hace falta! Un poco de alegría. Por lo que me he dicho: «Eso nos traerá nuevas suscripciones». Y han venido, hemos vendido cincuenta números.

— ¿Está listo para la firma mi contrato con Étienne Lousteau con doble copia? —preguntó Finot a su tío.

—Sí —dijo Giroudeau.

—Pon al que firmo con este señor fecha de ayer, para que así Lousteau se vea obligado a aceptar estas condiciones. —Finot cogió del brazo a su nuevo redactor fingiendo una camaradería que halagó al poeta y se lo llevó hacia la escalera diciéndole—: Ya tiene así una posición estable. Yo mismo le presentaré a mis redactores. Luego, esta noche, Lousteau se encargará de darle a conocer en los teatros.

Puede ganar ciento cincuenta francos al mes en nuestro pequeño periódico que va a dirigir Lousteau; trate, por consiguiente, de llevarse bien con él. El muy bribón me guardará rencor por haberle atado las manos con respecto a usted, pero tiene usted talento y no quiero que esté a merced de los caprichos de un redactor jefe. Dicho sea entre nosotros, puede traerme hasta dos páginas por mes para mi semanario, se las pagaré a doscientos francos. No se le ocurra hablar con nadie de este acuerdo, porque me convertiría en el blanco de las iras de todos esos amores propios heridos por la suerte de un recién llegado. Haga cuatro artículos con sus dos planas, firme dos con su nombre y otros dos con seudónimo para no dar la impresión de que les roba el pan a los demás. Debe usted su posición a Blondet y a Vignon, que creen que tiene usted futuro. Por tanto, no se malogre. Sobre todo no confíe en sus amigos. En cuanto a nosotros dos, espero que nos entendamos bien siempre. Sírvame y yo le serviré a usted. Tiene unos cuarenta francos de palcos y localidades para revender y unos sesenta francos en libros. Eso y su redacción le proporcionarán cuatrocientos cincuenta francos al mes. Con un poco de talento sabrá sacarse por lo menos doscientos francos más con los editores, que le pagarán artículos y folletos. Pero es usted mío, ¿verdad? Puedo contar con usted.

Lucien chocó la mano con Finot en un arranque inaudito de alegría.

—No quiero que parezca que nos hemos conchabado —le dijo Finot al oído mientras empujaba la puerta de una buhardilla, en el quinto piso de la casa, situada al fondo de un largo pasillo.

Lucien vio entonces a Lousteau, Félicien Vernou, Hector Merlin y a dos redactores más a los que no conocía en torno a una mesa cubierta con un tapete verde, delante de un buen fuego, sentados en sillas y sillones, fumando y riendo. La mesa estaba repleta de papeles, con un verdadero tintero lleno de tinta, unas plumas bastante malas, pero que prestaban su servicio a los redactores. Esta era la prueba para el nuevo periodista de que era allí donde se creaba la gran obra.

—Señores —dijo Finot—, les he reunido para comunicarles que nuestro querido Lousteau ocupará mi puesto de redactor jefe del periódico que me veo obligado a dejar. Ahora que soy redactor jefe de la revista que todos vosotros conocéis me veré obligado a cambiar de opiniones, pero mis convicciones siguen siendo las de siempre, y continuamos siendo amigos. Podréis contar siempre conmigo, y yo con vosotros. Cambian las circunstancias, pero los principios permanecen inmutables. Los principios son el eje sobre el cual giran las agujas del barómetro político.

Todos los redactores soltaron la carcajada.

—¿Quién te ha sugerido esas frases? —preguntó Lousteau.

—Blondet —repuso Finot.

—Con viento, lluvia, tempestad o buen tiempo —dijo Merlin—, avanzamos siempre juntos.

—Bueno —prosiguió Finot—, no nos enredemos con metáforas: todos los que tengan algún artículo que traerme, serán siempre bienvenidos por Finot. El señor aquí presente —dijo presentando a Lucien— es de los suyos. Yo ya me he puesto de acuerdo con él, Lousteau.

Todos cumplieron a Finot por su ascenso y su nuevo destino.

—Te has montado sobre nuestra grupa y sobre la de los demás —le dijo uno de los redactores desconocidos para Lucien—, te conviertes en un Jano...

—Con tal de que no sea Janot —dijo Vernou.

— ¿Nos dejas atacar a nuestras bestias negras?

— ¡Todo lo que queráis! —fue la respuesta de Finot.

— ¡Ah! —dijo Lousteau—, pero el periódico no puede dar marcha atrás. Monsieur Châtelet se ha molestado; no le vamos a dar tregua en toda una semana.

— ¿Qué ha pasado? —preguntó Lucien.

—Ha venido a pedir una satisfacción —dijo Vernou—. El ex lechuguino del Imperio se ha encontrado con el viejo Giroudeau, que con su mayor sangre fría le ha indicado que el autor del artículo era Philippe Bridau, y Philippe le ha pedido al barón hora y armas. El asunto no ha pasado de ahí. Ahora estamos ocupados en presentar disculpas al barón en el número de mañana. Cada frase es una puñalada.

—Duro con él, así vendrá a verme —dijo Finot—. Y yo fingiré que le hago un favor aplacándoos, tiene influencia en el Gobierno y algo le sacaremos, una plaza de profesor suplente o algún estanco. Es una suerte que haya mordido el anzuelo. ¿Quién de vosotros quiere hacer en mi nuevo periódico un artículo de fondo sobre Nathan?

—Dádselo a Lucien —dijo Lousteau—. Hector y Vernou escribirán unos artículos en sus respectivos periódicos.

—Adiós, señores, nos volveremos a ver a solas en casa de Barbin —dijo Finot riendo.

Lucien recibió algunos cumplidos por su admisión en el temible cuerpo de periodistas, y Lousteau le presentó como a un hombre con el que se podía contar.

—Lucien os invita a cenar a todos, señores, en casa de su querida, la guapa Coralie.

—Coralie se pasa al Gymnase —le dijo Lucien a Étienne.

—Pues bien, señores, se sobreentiende que daremos un empujoncito a Coralie, ¿eh? Includ en todos vuestros periódicos unas líneas sobre su contrato y hablad de su talento. Le reconoceréis tacto y habilidad a la dirección del Gymnase, pero ¿podemos atribuirle también talento?

—Se lo atribuiremos —repuso Merlin—, Frédéric tiene contratada con ellos una obra escrita en colaboración con Scribe.

— ¡Oh!, pues entonces el director del Gymnase es el más previsor y perspicaz de los especuladores —afirmó Vernou.

— ¡Eh!, pero esperad antes de escribir vuestros artículos sobre el libro de Nathan a que nos hayamos puesto de acuerdo, ya sabréis por qué —dijo Lousteau—. Hemos de serle de utilidad a nuestro nuevo colega. Lucien tiene dos libros que colocar, una recopilación de sonetos y una novela. ¡Por obra y gracia del entrefilete, hemos de hacer de él un gran poeta a tres meses vista! Utilizaremos sus Margaritas para desmerecer las Odas, las Baladas, las Meditaciones y toda la poesía romántica.

—Sería algo ridículo si luego los sonetos no valieran nada —dijo Vernou—. ¿Qué opina de sus sonetos, Lucien?

—Eso, ¿qué le parecen? —preguntó uno de los redactores.

—Señores, están bien —contestó Lousteau—, palabra de honor.

—Bien, me alegro —dijo Vernou—, así se los pasaré por las narices a esos poetas de sacristía que

me tienen harto.

—Si Dauriat no acepta esta noche Las margaritas, publicaremos un artículo tras otro contra Nathan.

— ¿Y qué dirá Nathan? —preguntó Lucien.

Los cinco redactores se echaron a reír.

—Estará encantado —dijo Vernou—. Ya verá como arreglamos las cosas.

— ¿Así que este señor es de los nuestros? —preguntó uno de los dos redactores que Lucien no conocía.

—Sí, sí, Frédéric, nada de bromas. Así que ya ves, Lucien —le dijo Étienne al neófito—, cómo nos portamos contigo. Espero que llegado el momento tú no te echés atrás. Todos queremos a Nathan y vamos a atacarle. Ahora, repartámonos el imperio de Alejandro. Frédéric, ¿quieres el Français y el Odéon?

—Si no tienen inconveniente estos señores... —repuso Frédéric.

Todos inclinaron la cabeza, pero Lucien vio brillar miradas de envidia.

—Yo me quedo con la Ópera, Les Italiens y la Opéra-Comique —dijo Vernou.

—Pues bien, entonces Hector se dedicará a los teatros de varietés —dijo Lousteau.

—Y yo, ¿es que no voy a tener ningún teatro? —preguntó el otro redactor que Lucien no conocía.

—Bueno, pues que Hector te deje las varietés y Lucien la Porte-Saint-Martin —dijo Étienne—. Cédele la Porte-Saint-Martin, está loco por Fanny Beaupré —le dijo a Lucien—; tú te quedarás con el Cirque-Olympique a cambio. Yo me dedicaré a Bobino, los Funámbulos y Madame Saqui. ¿Qué tenemos para el número de mañana?

—Nada.

—Nada.

— ¡Nada!

—Señores, muéstrense un poco brillantes para mi primer número. No podemos continuar toda la semana con el barón Châtelet y su hueso de sepia. El autor de El solitario está ya muy resobado.

—Sosthène-Démosthène ya no hace gracia —manifestó Vernou—, nos lo han copiado todos.

— ¡Oh!, necesitamos nuevas víctimas —exclamó Frédéric.

—Señores, ¿y si ridiculizáramos a los hombres virtuosos de la derecha? ¿Y si dijéramos, por ejemplo, que a monsieur de Bonald le huelen los pies? —exclamó Lousteau.

— ¿Por qué no empezar con una serie de retratos de los oradores gubernamentales? —preguntó Hector Merlin.

—Ocúpate tú de ello, querido —concedió Lousteau—; tú los conoces, pues son de tu partido, y así podrás satisfacer algunos odios intestinos. Arremete contra Beugnot, Syriéis de Mayrinhac y algún otro. También puedes preparar algunos pocos artículos por adelantado, así no nos veremos apurados cuando haya que mandarlos a la imprenta.

— ¿Y si nos inventáramos algunas denegaciones de sepultura, con circunstancias más o menos agravantes? —dijo Hector.

—Haríamos con ello la competencia a los grandes periódicos constitucionales que tienen sus fichas de los curas llenas de bulos —repuso Vernou.

— ¿Bulos? —preguntó Lucien.

—Llamamos bulos —le respondió Hector— a un hecho con apariencia de cierto, pero que se inventa para dar realce a la crónica de sucesos de París cuando éstos son de escasa relevancia. El bulo es un hallazgo de Franklin, ese que inventó el pararrayos, el bulo y la república. Este periodista engañó tan bien a los enciclopedistas con sus bulos de ultramar que, en la Historia filosófica de las Indias, Raynal dio dos de esos bulos como sucesos auténticos.

—No sabía eso —dijo Vernou—. ¿Cuáles son los dos bulos?

—La historia referente a un inglés que vende a su libertadora, una negra, después de haberla hecho madre para sacar más dinero por ella. Y luego el sublime alegato de la joven embarazada ganando su causa. Cuando Franklin vino a París, confesó sus bulos en casa de Necker, para gran confusión de los filósofos franceses. Y así es como el Nuevo Mundo ha corrompido por dos veces al Viejo.

—El periódico considera verdadero todo lo que es probable —dijo Lousteau—. Ese es nuestro punto de partida.

—La justicia criminal no procede de otro modo —añadió Vernou.

—Bien, pues hasta esta noche a las nueve, aquí mismo —dijo Merlin.

Todos se pusieron en pie, se dieron la mano y se levantó la sesión en medio de los testimonios de la más conmovedora familiaridad.

— ¿Qué le has hecho a Finot —le dijo Étienne a Lucien mientras bajaban— para que haya llegado a un acuerdo contigo? Eres el único que lo ha conseguido.

—Yo, nada, me lo ha propuesto él —respondió Lucien.

—En fin, si te las arreglas tú con él, yo encantado; así seremos más fuertes los dos.

En la planta baja, Étienne y Lucien se encontraron con Finot, quien hizo un aparte con Lousteau en el despacho que servía en teoría de Redacción.

—Firme su contrato para que el nuevo director crea que la cosa fue hecha ayer —dijo Giroudeau presentando a Lucien dos papeles timbrados.

Mientras leía aquel contrato, Lucien oyó que Étienne y Finot discutían bastante acaloradamente sobre los ingresos en especie del periódico. Étienne quería su parte en los impuestos percibidos por Giroudeau. Sin duda debió de haber alguna transacción entre Finot y Lousteau, porque a la salida los dos amigos parecían completamente de acuerdo.

—A las ocho en las Galeries de Bois, en la librería de Dauriat —le dijo Étienne a Lucien.

Se presentó un joven para ofrecerse como redactor, con el aire tímido e inquieto que hacía poco tenía Lucien. Éste observó con secreto placer a Giroudeau, que hacía con el neófito las mismas bromas que el antiguo militar había empleado antes con él; su propio interés le hizo comprender perfectamente la

necesidad de aquella artimaña para poner unas barreras casi infranqueables entre los que empezaban y la buhardilla en la que se reunían los elegidos.

—Hay ya poco dinero para los redactores —dijo a Giroudeau.

—Si fuesen más, aún habría menos que repartir —repuso el capitán—. ¿Y entonces qué?

El antiguo militar hizo unos molinetes con su bastón emplomado, salió carraspeando y pareció estupefacto al ver subir a Lucien al hermoso coche parado en el bulevar.

—Ahora ustedes son los militares y nosotros los de paisano —le dijo el soldado.

—Palabra de honor, esos jóvenes me parece que son los mejores muchachos del mundo —le dijo Lucien a Coralie—. Aquí me tienes hecho todo un periodista, con la seguridad de poder ganar seiscientos francos al mes trabajando como una mula; pero colocaré mis dos libros y escribiré otros, pues mis amigos me van a conseguir un éxito. Así que digo como tú, Coralie: ¡a toda vela!

—Triunfarás, cariño mío, pero no seas tan bueno como guapo eres, pues te perderías. Sé malo con los hombres; es más distinguido.

Coralie y Lucien se fueron a pasear por el Bois de Boulogne y allí se encontraron de nuevo con la marquesa de Espard, madame de Bargeton y el barón Châtelet. Madame de Bargeton miró a Lucien con aire seductor que podía interpretarse como un saludo. Camusot había encargado la mejor cena del mundo. Coralie, sabiéndose desembarazada de él, estuvo tan encantadora con el pobre sedero que éste no recordaba, en los catorce meses de sus relaciones, haberla visto nunca tan graciosa y atractiva.

«Bueno —se dijo—, permanezcamos a su lado a pesar de todo».

Camusot propuso en secreto a Coralie la adquisición de una renta en bonos del Tesoro por valor de seis mil libras, que su esposa desconocía, si quería seguir siendo su querida y aceptando él cerrar los ojos sobre sus amores con Lucien.

— ¿Traicionar yo a semejante ángel?... , pero mírale a él y mírate a ti, pobre mamarracho —le dijo señalándole al poeta, a quien Camusot había aturdido ligeramente haciéndole beber.

Camusot decidió esperar a que la miseria le devolviera a la mujer que la miseria le había entregado.

—Entonces no seré más que tu amigo —le dijo besándola en la frente.

Lucien se despidió de Coralie y Camusot para dirigirse a las Galeries de Bois. ¡Qué cambio había producido en su espíritu la iniciación en los misterios del periodismo! Se mezcló sin miedo entre la muchedumbre que iba y venía por las Galerías, adoptó unos aires impertinentes porque tenía una querida, y entró en la librería de Dauriat con desenvoltura porque era periodista. La encontró muy concurrida y dio la mano a Blondet, a Nathan, a Finot y a todos los literatos con los que había fraternizado hacía una semana; se creyó todo un personaje y se felicitó por sobrepujar a todos sus colegas; la euforia producida por el vino se reveló propicia, pues estuvo ocurrente y demostró que sabía bailar al son que tocaban. Y, sin embargo, Lucien no cosechó la aprobación tácita, muda o expresa con que contaba, sino que más bien notó un primer indicio de envidia entre aquella gente que se mostraba más curiosa que preocupada por saber adónde llegaría aquel astro naciente y qué arañaría en el gran reparto de las prebendas de la Prensa. Finot, que veía en Lucien una mina que explotar, y Lousteau, que se creía con derechos sobre él, fueron los únicos a quienes el poeta vio sonreír. Lousteau, que había adoptado ya la actitud de un redactor jefe, llamó enérgicamente en la puerta acristalada del despacho de

Dauriat.

—Un momento, amigo —le respondió al reconocerle el editor alzando la cabeza por encima de las cortinas verdes.

El momento duró una hora, tras la cual Lucien y su amigo entraron en el santuario.

—Bien, ¿ha pensado ya en el asunto de nuestro amigo? —preguntó el nuevo redactor jefe.

—Por supuesto —respondió Dauriat arrellanándose como un sultán en su sillón—. He leído el libro y lo he dado a leer a una persona de gusto, a un buen juez, porque yo no tengo la pretensión de ser un entendido en estas cosas. Yo, amigo mío, compro la gloria ya consagrada, como aquel inglés que compraba el amor. Es usted tan gran poeta como buen mozo, hijo mío —dijo Dauriat—. Palabra de hombre honrado, y vea que no le hablo como editor, que sus sonetos son magníficos, no se nota el trabajo de la lima, cosa rara cuando se tienen inspiración y estro. En una palabra, sabe versificar, una de las cualidades de la nueva escuela. Sus Margaritas son un hermoso libro, pero no es negocio, y yo sólo puedo ocuparme de grandes empresas. Seré honesto, por tanto, y no me quedaré con sus sonetos, porque no podría lanzarlos, no ganaría lo bastante como para amortizar los gastos para lograr un éxito. Por otra parte, no seguirá usted con la poesía, su libro es una obra aislada. ¡Es usted joven, muchacho! Y me ha traído la sempiterna recopilación de primeros versos que escriben todos los literatos al dejar el colegio, que primero les importa mucho pero de la que más tarde reniegan. Su amigo Lousteau debe de tener algún poema escondido entre sus viejos calcetines. ¿No tienes un poema en el que has creído, Lousteau? —preguntó Dauriat dirigiendo a Étienne una mirada cómplice de colega.

— ¿Cómo podría escribir en prosa si no? —preguntó Lousteau.

—Pues bien, ya lo ve, nunca me ha hablado de ello; pero su amigo conoce el mundo de la edición y los negocios —prosiguió Dauriat—. Para mí no se trata —dijo halagando a Lucien— de saber si es usted un gran poeta o no; tiene usted mucho, pero que mucho mérito; si estuviera yo en mis comienzos como editor, cometería el error de publicarle. Pero de entrada, hoy por hoy, mis socios y mis financieros comenzarían por cortarme el suministro; bastó con que perdiera veinte mil francos el año pasado para que no quieran ni oír hablar de poesía, y son mis amos. Pero no es ésta la cuestión. Admito que es usted un gran poeta, pero ¿será fecundo? ¿Crearé regularmente nuevos libros de sonetos? ¿Llegará a los diez volúmenes? ¿Será un negocio? Pues bien, no, será usted un delicioso prosista; es demasiado inteligente para malgastar su talento en unos ripios; puede ganar treinta mil francos al año en los periódicos y no los va a cambiar por los tres mil francos que difícilmente le reportarían sus hemistiquios, sus estrofas y otras zarandajas.

—Ya debe de saber, Dauriat, que este señor pertenece al periódico —dijo Lousteau.

—Sí —repuso Dauriat—, ya he leído su artículo; ¡y en su propio interés, claro está, rechazo Las margaritas! ¡Sí, señor, le habré proporcionado dentro de seis meses por los artículos que le iré pidiendo más dinero que por su invendible poesía!

— ¿Y la gloria? —exclamó Lucien.

Dauriat y Lousteau se echaron a reír.

— ¡Vaya, hombre! —dijo Lousteau—. ¡Éste aún tiene ilusiones!

—La gloria —le contestó Dauriat— significa diez años de esfuerzos tenaces y la alternativa entre cien mil francos perdidos o ganados por el editor. Si encuentra a algún loco dispuesto a publicar sus

poesías, dentro de un año me dará la razón cuando vea el resultado de la operación.

— ¿Tiene ahí el manuscrito? —preguntó Lucien fríamente.

—Aquí lo tiene, amigo —respondió Dauriat, cuya actitud para con Lucien ya se había dulcificado considerablemente.

Lucien cogió el rollo sin mirar cómo estaba el cordón, hasta tal punto Dauriat daba la impresión de haber leído Las margaritas. Salió acompañado de Lousteau, sin parecer abatido ni desilusionado. Dauriat acompañó a los dos amigos por la tienda, hablando de su periódico y del de Lousteau. Lucien jugaba distraídamente con el manuscrito de Las margaritas.

— ¿Crees que Dauriat ha leído o ha hecho leer tus sonetos? —le preguntó Étienne al oído.

—Sí —dijo Lucien.

—Mira si aún está sellado.

Lucien vio que la tinta y el cordón se encontraban perfectamente adheridos.

— ¿Qué soneto le ha gustado en particular? —le preguntó Lucien al librero palideciendo de cólera y de rabia.

—Todos son notables, amigo mío —respondió Dauriat—; pero el de la margarita es delicioso, acaba con un pensamiento fino y muy delicado. Ahí es donde he adivinado el éxito que tendrá su prosa. Por eso le he recomendado de inmediato a Finot. Escribanos artículos, se los pagaremos bien. ¿Ve? Pensar en la gloria está muy bien, pero no olvide tener los pies en el suelo y acepte todo lo que se presente. Cuando sea rico podrá escribir versos.

El poeta salió bruscamente a las Galerías para no estallar, estaba furioso.

—Bien, muchacho —dijo Lousteau, que le había seguido—, mantén la calma y valora a los hombres por lo que son, simples medios. ¿Quieres tomarte el desquite?

—Al precio que sea —repuso el poeta.

—Aquí tienes un ejemplar de la obra de Nathan que Dauriat acaba de darme, la reimpresión aparece mañana; relee esta obra y redacta un artículo demoledor. Félicien Vernou no puede tragar a Nathan, porque su éxito perjudica, según cree él, al futuro éxito de su obra. Una de las manías de estos espíritus mezquinos es creer que no puede haber dos éxitos bajo el sol. Así hará publicar tu artículo en el importante periódico en el que él trabaja.

—Pero ¿qué se puede decir contra ese libro? Es bueno —dijo Lucien.

— ¡Ah!, vamos, querido, aprende el oficio —dijo riendo Lousteau—. El libro, aunque fuera una obra maestra, debe convertirse, bajo tu pluma, en un cúmulo de estupideces, en una obra peligrosa y malsana.

—Pero ¿cómo?

—Transformando los méritos en defectos.

—Soy incapaz de semejante proeza.

—Amigo mío, un periodista es un acróbata, tienes que acostumbrarte a las servidumbres del oficio.

Mira, voy a ser bueno contigo y te explicaré cómo debes proceder en tales casos. ¡Presta atención, amigo mío! Empezarás por reconocer la belleza de la obra, y puedes divertirte entonces escribiendo lo que piensas de ella. El público se dirá: «Este crítico no es envidioso, por lo que sin duda será imparcial». A partir de ese momento el público juzgará tu crítica concienzuda. Después de haberte ganado la estima de tu lector, te lamentarás de tener que criticar las nuevas tendencias de la literatura francesa que semejantes obras anuncian. «¿No rige Francia», dirás, «la inteligencia del mundo entero? Hasta hoy, siglo tras siglo, los escritores franceses mantenían a Europa en el camino del análisis, del examen filosófico mediante el poder de su estilo y la originalidad de la forma que conferían a las ideas.» Incluye aquí, para el burgués, un elogio de Voltaire, de Rousseau, de Diderot, de Montesquieu o de Buffon. Luego dirás que la lengua francesa tiene unas leyes férreas y demostrarás que es como la capa de barniz que se extiende sobre el pensamiento. Intercalarás algún axioma del tipo: «En Francia un gran escritor es siempre un gran hombre porque la lengua le obliga a pensar siempre, cosa que no puede decirse del resto de los países», etcétera. Demostrarás tu afirmación comparando a Rabener, un moralista satírico alemán, con La Bruyère. Si un crítico quiere impresionar al público, nada mejor que hablar de un autor extranjero desconocido. Dirás que Kant es el pedestal de Cousin. Y en este punto incluirás una frase que resuma y explique a los tontos la filosofía estética de nuestros grandes genios del siglo pasado, calificando su literatura de literatura de ideas. Armado de esta expresión, pásales por las narices a los autores vivos todos los muertos ilustres. Explica, entonces, que en nuestros días se produce una nueva literatura en la que se abusa del diálogo (la más fácil de las formas literarias) y de las descripciones, que eximen de pensar. Contrapondrás las novelas de Voltaire, de Diderot, de Sterne, de Lesage, tan esenciales e incisivas, a la novela moderna en la que todo se reduce a imágenes, y que Walter Scott ha dramatizado en exceso. En un género de este tipo sólo hay cabida para los genios originales. La novela a lo Walter Scott es un género y no una renta, dirás. Tronarás contra este género funesto, en el que las ideas se ven diluidas, en el que se las pasa por el tamiz, género accesible a todos los espíritus, género en el que todo el mundo puede convertirse en autor sin mayor esfuerzo, género, en una palabra, que tú llamarás literatura de imágenes. Usarás esta argumentación para cargar contra Nathan, demostrando que no es más que un imitador y que sólo tiene una apariencia de talento. El gran estilo conciso del siglo dieciocho está ausente de su libro, y probarás que en él su autor ha sustituido los acontecimientos por los sentimientos. ¡La acción no es la vida, el cuadro no es la idea! Deja caer sentencias de este tipo, pues el público las repite. A pesar de los méritos que pueda tener esta obra, a ti te parece, pues, fatal y peligrosa, abre las puertas del Templo de la Gloria a las masas, y dejarás entrever en la lejanía a un ejército de autores menores impacientes por imitar esta forma tan fácil. En este punto podrás abandonarte a tonantes jeremiadas sobre la decadencia del gusto y dejarás caer un elogio para los señores Étienne, Jouy, Tissot, Gosse, Duval, Jay, Benjamin Constant, Aignan, Baour-Lormian, Villemain, los corifeos del partido liberal napoleónico, bajo cuya protección se encuentra el periódico de Vernou. Mostrarás esta gloriosa falange que resiste a la invasión de los románticos defendiendo la idea y el estilo contra la imagen y la palabrería, que continúan la escuela volteriana y se oponen a la escuela inglesa y alemana, tal como los diecisiete oradores de la izquierda combaten por la nación contra los ultras de la derecha. Protegido por estos nombres reverenciados por la inmensa mayoría de los franceses, que siempre estarán del lado de la oposición de izquierdas, puedes aplastar a Nathan, cuya obra, no obstante sus grandes méritos, da entrada en Francia a una literatura carente de ideas. A partir de este planteamiento, ya no es cuestión ni de Nathan ni de su libro, ¿comprendes?, sino de la gloria de Francia. Los escritores honestos y valientes tienen el deber de oponerse con todas sus fuerzas a esas importaciones extranjeras. Con ello halagas al suscriptor. Dirás que a tu parecer Francia es una astuta comadre que no se deja enredar fácilmente. Si el editor, por razones en las que no quieres entrar, ha

logrado astutamente un éxito, el verdadero público no tardará en hacer justicia a los errores causados por los quinientos necios que componen su vanguardia. Dirás que después de haber tenido la suerte de vender una edición de ese libro, el editor es muy audaz al reimprimirla, y lamentarás que un editor tan listo conozca tan poco los humores del país. He aquí el meollo del artículo. Salpimenta con ingenio estos razonamientos, alíñalos con un chorrito de vinagre, y tendrás a Dauriat frito en la sartén de los artículos. Pero no olvides terminar dando la impresión de deplorar en Nathan el error de un hombre al que, si se aparta de este camino, la literatura contemporánea acabará debiendo grandes obras.

Lucien quedó estupefacto al oír hablar a Lousteau: a las palabras del periodista se le cayeron las telarañas de los ojos, descubría verdades literarias que nunca había sospechado siquiera.

—Pero lo que dices es muy sensato y justo —exclamó.

— ¿Es que si no fuera así podrías criticar severamente el libro de Nathan? —dijo Lousteau—. Este es, hijo mío, un primer tipo de artículo utilizado para demoler una obra. Es la piqueta del crítico. ¡Pero hay muchas otras fórmulas!, ya las irás aprendiendo con el tiempo. Cuando te veas obligado a hablar impepinablemente de un hombre al que no aprecias, porque en ocasiones los propietarios, los redactores jefes de un periódico tienen las manos atadas, harás exactamente lo contrario de lo que llamamos un artículo de fondo. En la cabecera pones el título del libro del que te han pedido que te ocupes; comienzas con consideraciones generales en las que se puede hablar de los griegos y de los romanos, para a renglón seguido concluir: estas consideraciones nos llevan al libro del señor Fulano de Tal, que será objeto de un segundo artículo. Y el segundo artículo no aparece nunca. Así hundes el libro entre dos promesas. En este caso no haces un artículo contra Nathan, sino contra Dauriat; por tanto es necesario un buen golpe de piqueta. En una gran obra la piqueta no causa daño alguno, es en un mal libro donde entra hasta el fondo: en el primer caso sólo hiere al editor y en el segundo hace un favor al público. Estas formas de crítica literaria se emplean igualmente para la crítica política.

La cruel lección de Étienne abría nuevos horizontes en la imaginación de Lucien, que comprendió perfectamente el oficio.

—Vamos al periódico —dijo Lousteau—; encontraremos allí a nuestros amigos y nos pondremos de acuerdo para lanzar una carga a fondo contra Nathan, cosa que les divertirá, ya lo verás.

Llegados a la rue Saint-Fiacre, subieron juntos a la buhardilla en la que se hacía el periódico, y Lucien quedó tan sorprendido como encantado de ver esa especie de alegría con la que sus colegas se pusieron de acuerdo para hacer polvo el libro de Nathan. Hector Merlin tomó una cuartilla de papel y escribió estas líneas que fue a llevar a su periódico:

Se anuncia una segunda edición del libro de monsieur Nathan. Nos prometimos guardar silencio sobre esta obra, pero su aparente éxito nos obliga a publicar un artículo no tanto sobre la obra como sobre las tendencias de la joven literatura.

A la cabeza de las chanzas para el número del día siguiente, Lousteau insertó esta frase:

¿El editor Dauriat hace una segunda edición del libro de monsieur Nathan? Es evidente que no conoce el aforismo del Palacio de Justicia: Non bis in idem. ¡Honor al valor desgraciado!

Las palabras de Étienne fueron como una iluminación para Lucien, en quien el deseo de vengarse de Dauriat vino a ocupar el lugar de la conciencia y de la inspiración. Tres días más tarde, durante los cuales no salió de su habitación en casa de Coralie, donde trabajaba al amor de la lumbre, servido por

Bérénice y acariciado en los momentos de relajo por la atenta y silenciosa Coralie, Lucien pasó a limpio un artículo crítico, de unas tres columnas aproximadamente, en el que picaba muy alto. Se fue corriendo al periódico; eran las nueve de la noche, encontró allí a los redactores y les leyó su trabajo. Fue escuchado con actitud seria. Félicien no dijo nada, cogió el original y bajó las escaleras precipitadamente.

Lucien preguntó:

— ¿Qué le pasa?

—Se lleva tu artículo a la imprenta —dijo Hector Merlin—; es una obra maestra en la que no sobra ni una sola palabra, ni hay que añadir una sola línea.

— ¡Sólo hay que enseñarte el camino! —dijo Lousteau.

—Me gustaría ver la cara que pondrá mañana Nathan al leer esto —dijo otro redactor en cuyo semblante se podía leer una grata satisfacción.

—Conviene ser amigo suyo —dijo Hector Merlin.

—Pero ¿así que está bien? —preguntó vivamente Lucien.

—Blondet y Vignon van a enfermar de la envidia —dijo Lousteau.

—Aquí tenéis —prosiguió Lucien— un pequeño artículo que he escrito para vosotros y, en caso de tener éxito, podría hacer toda una serie de parecidos.

—Léenoslo —dijo Lousteau.

Lucien les leyó, pues, uno de esos deliciosos artículos que hicieron la fortuna de aquel pequeño periódico, y en el que en dos columnas trataba de uno de los pequeños detalles de la vida parisiense, una figura, un tipo, un acontecimiento cualquiera o algún hecho singular. Esta muestra, titulada «Los paseantes de París», estaba escrita en aquella forma nueva y original en la que las ideas brotaban de la asociación imprevista de las palabras, y el chisporroteo de verbos y de adjetivos llamaba la atención. Este artículo era tan diferente del artículo serio y profundo sobre Nathan, como las Cartas persas difieren de El espíritu de las leyes.

—Eres un periodista nato —le dijo Lousteau—; esto saldrá mañana, haz tantos como quieras.

—Pero oye —dijo Merlin—. Dauriat está furioso por los dos obuses que hemos lanzado contra su negocio. Vengo de su casa; no hacía más que lanzar juramentos amenazadores, la tenía tomada con Finot, quien le decía que te había vendido su periódico. He hecho un aparte con él y le he susurrado al oído estas palabras: «¡Las margaritas te van a costar caro! Se presenta a usted un hombre de talento y le manda a paseo cuando nosotros le recibimos con los brazos abiertos».

—Dauriat caerá fulminado por el artículo que acabamos de oír —dijo Lousteau a Lucien—. ¿Ves, muchacho, lo que es un periódico? ¡Pero tu venganza sigue adelante! El barón Châtelet ha venido esta mañana a pedir tu dirección, pues hoy ha salido un artículo sangriento contra él; el ex lechuguino se espanta fácilmente y está al borde de la desesperación. ¿No has leído el periódico? El artículo tiene gracia. ¿Ves? «Cortejo fúnebre de la Garza, llorada por la Sepia». Ahora ya todo el mundo en la alta sociedad se refiere a madame de Bargeton con el apodo de «Hueso de sepia», y a Châtelet no se le conoce de otro modo que como «barón Garza».

Lucien tomó el periódico y no pudo dejar de reír al leer aquella pequeña obra maestra de la chanza, debida a la pluma de Vernou.

—Van a capitular —dijo Hector Merlin.

Lucien participó alegremente en algunas de las ocurrencias con las que se cerraba el periódico, charlando y fumando, mientras contaban las aventuras de la jornada, las ridiculeces de los compañeros o algunos nuevos detalles sobre su carácter. Esta conversación, eminentemente burlona, ingeniosa y sarcástica, puso a Lucien al corriente de las costumbres y del personal de la literatura.

—Mientras se compone el periódico —dijo Lousteau— voy a ir a dar una vuelta contigo, para presentarte a todos los porteros y en todos los entre bastidores de los teatros para los que tienes entradas; luego pasaremos a buscar a Florine y a Coralie al Panorama-Dramatique, donde retozaremos un rato con ellas en sus camerinos.

Los dos se cogieron del brazo y fueron de teatro en teatro, donde Lucien fue entronizado como redactor, felicitado por los directores y mirado con el rabillo del ojo por las actrices, pues todas ellas sabían la notoriedad que uno solo de sus artículos había dado a Coralie y a Florine, contratadas la una en el Gymnase por doce mil francos al año y la otra en el Panorama-Dramatique por ocho mil. Fueron otras tantas pequeñas ovaciones que hicieron sentirse a Lucien grande a sus propios ojos y le dieron la medida de su poder. A las once, los dos amigos llegaron al Panorama-Dramatique, donde Lucien hizo gala de una desenvoltura que causó sensación. Nathan se encontraba allí y le dio la mano a Lucien, quien se la estrechó.

—Ah, maestros míos —dijo mirando a Lucien y a Lousteau—, ¿es que queréis hundirme?

—Espera a mañana, querido, y verás cómo te zurra Lucien. ¡Palabra de honor que no vas a quedar descontento! Cuando la crítica es tan seria, un libro sólo puede salir ganando con ella.

Lucien estaba rojo de vergüenza.

—¿Es duro? —preguntó Nathan.

—Es serio —repuso Lousteau.

—Así pues, ¿no me perjudicará? —continuó Nathan—. Hector Merlin decía en el foyer del Vaudeville que estaba acabado.

—Déjele que hable y espere —exclamó Lucien, que escapó hacia el camerino de Coralie, siguiendo a la actriz en el momento en que abandonaba la escena con su atractivo vestido.

Al día siguiente, en el momento en que Lucien estaba desayunando en compañía de Coralie, oyó el ruido claro de un cabriolé, en su calle bastante solitaria, ruido que anunciaba un carruaje elegante tirado por un caballo cuya andadura suelta y su modo de pararse delataba ser un purasangre. Desde la ventana, Lucien vio, efectivamente, el magnífico caballo inglés de Dauriat, y a este que le alargaba las riendas a su groom antes de apearse.

—Es el editor —gritó Lucien a su amante.

—Hágale esperar —le dijo al punto Coralie a Bérénice.

Lucien se sonrió ante el aplomo de esta muchacha, que se tomaba tan a pecho sus intereses, y fue a abrazarla con verdadero afecto: había demostrado ser rápida de reflejos. La repentina llegada del

impertinente editor, aquel súbito rebajarse del príncipe de los charlatanes se debía a unas circunstancias casi olvidadas por completo, hasta tal punto el negocio de la edición ha experimentado grandes transformaciones en los últimos quince años. De 1816 a 1827, época en que los gabinetes de lectura, creados en principio para la lectura de la prensa, comenzaron a ofrecer los libros recién aparecidos previo pago de una cuota, y en que el endurecimiento de las leyes fiscales sobre la prensa periódica llevó a la invención del anuncio, el único medio de comunicación con el público con que contaba la edición era la inserción de artículos en los feuilletons o en las páginas interiores del periódico. Hasta 1822, los periódicos franceses se publicaban en hojas de tamaño tan reducido que los grandes diarios apenas superaban las dimensiones de los pequeños periódicos de hoy día. Para resistir a la tiranía de los periodistas, Dauriat y Ladvocat fueron los primeros en inventar aquellos carteles, mediante los cuales llamaron la atención de París, desplegando en ellos caracteres de fantasía, de sorprendente colorido, viñetas y más tarde hasta litografías que hicieron del cartel un poema para la vista y a menudo una verdadera sangría para la bolsa de los aficionados a los mismos. Los carteles llegaron a ser tan originales que uno de esos maniáticos llamados coleccionistas posee una colección completa de carteles parisienses. Esta forma de anuncio, restringida al principio a los expositores de las tiendas y a los escaparates de los bulevares, pero más tarde extendida por toda Francia, fue abandonada por el anuncio. Sin embargo, el cartel, que llama aún la atención cuando ya tanto el anuncio como a veces la obra misma han sido olvidados, subsistirá siempre, sobre todo después de haber encontrado la manera de fijarlo en las paredes. El anuncio, accesible a todo el mundo mediante pago y que ha convertido la cuarta página de los periódicos en un campo tan fértil tanto para el fisco como para los especuladores, nació como consecuencia del aumento de las tarifas del timbre, del correo y de las cauciones. Estas restricciones, surgidas en tiempos de monsieur de Villèle, que habría podido suponer la muerte de la prensa al liberalizarla, crearon en cambio una especie de pequeños privilegios al hacer casi imposible la fundación de un periódico. En 1821, los periódicos tenían, por tanto, derecho de vida o de muerte sobre las creaciones del espíritu y las empresas de la edición. Un anuncio de unas pocas líneas insertado en la crónica de sucesos de París costaba un ojo de la cara. Las intrigas eran tan frecuentes, tanto en el seno de las oficinas de las redacciones como por la noche en el campo de batalla de las imprentas, cuando de la compaginación dependía la admisión o el rechazo de uno u otro artículo, que las más grandes casas editoriales tenían a sueldo un literato para redactar estos pequeños artículos en los que había que incluir muchas ideas en pocas palabras. Estos oscuros periodistas, a quienes no se pagaba hasta después de realizada la inserción, se pasaban frecuentemente toda la noche en la imprenta para comprobar la entrada en máquina de los grandes artículos obtenidos Dios sabe cómo, o esas pocas líneas que más adelante recibieron el nombre de réclames. Hoy las costumbres de la literatura y de la edición han cambiado tanto que mucha gente tildaría de fábulas los inmensos esfuerzos, los incentivos pagados, las ruindades, las intrigas que la necesidad de conseguir esas réclames inspiraban a los editores, a los autores, a los mártires de la gloria, a todos los forzados condenados al éxito a perpetuidad. Comidas, lisonjas, regalos, todos los medios eran buenos para ganarse a los periodistas. La siguiente anécdota ilustrará mejor que cualquier otra consideración la estrecha alianza de la crítica y de la edición.

Un hombre de gran distinción y que tenía sus miras puestas en llegar a ser hombre de Estado, joven a la sazón, galante y redactor de un gran periódico, se convirtió en la niña de los ojos de una famosa casa editorial. Un día, un domingo, en que el acaudalado editor daba una fiesta en el campo para agasajar a los principales redactores de prensa, la dueña de la casa, entonces joven y bonita, se llevó a dar un paseo por el parque a su ilustre escritor. El empleado más importante de la empresa, un alemán frío, serio y metódico, que no pensaba más que en los negocios, se paseaba del brazo con un crítico de

un periódico mientras le exponía un asunto sobre el cual quería conocer su parecer; la charla les llevó fuera del jardín y llegaron al bosque. Al fondo de una espesura, el alemán ve algo que se parece mucho a su patrona; se cala los impertinentes, hace una seña al joven redactor de que guarde silencio y de que se vaya, y él mismo se retira del lugar con paso cauteloso. «¿Qué ha visto?», le preguntó el escritor. «Casi nada», le responde. «Nuestro gran artículo va a salir. Mañana tendremos por lo menos tres columnas en los Débats.»

Otro hecho explicará el gran poder de los artículos. Un libro de Chateaubriand sobre el último de los Estuardos estaba muerto de asco en un almacén. Bastó con un solo artículo escrito por un joven en el Journal des Débats para que el libro se vendiera en una semana. En un tiempo en que para leer un libro hay que comprarlo, sin posibilidad de alquilarlo, se vendían diez mil ejemplares de determinadas obras liberales ensalzadas por todos los diarios de la oposición; pero es cierto que no existía aún la piratería belga. Los ataques preparatorios de los amigos de Lucien y su artículo tenían el poder de parar las ventas del libro de Nathan. Pero si bien Nathan sólo se podía sentir herido en su amor propio, porque había ya recibido su pago y no tenía nada que perder, Dauriat podía perder treinta mil francos. Efectivamente, el negocio de la edición llamada de novedades se resume en el siguiente teorema mercantil: una resma de papel blanco vale quince francos; impresa puede valer, según sea su éxito, cien sueldos o cien escudos. En aquella época, bastaba a menudo con un artículo a favor o en contra para resolver esta cuestión financiera. Dauriat, que tenía quinientas resmas que vender, corría, pues, para capitular ante Lucien. De sultán, el librero pasaba a convertirse en esclavo. Después de haber esperado un rato murmurando, haciendo el mayor ruido posible y charlando con Bérénice, consiguió hablar con Lucien. Aquel orgulloso librero se presentó con la expresión sonriente de los cortesanos al hacer su entrada en la corte, pero mezclada con suficiencia y campechanía.

— ¡No se molesten, mis queridos amigos! ¡Qué tiernos son estos dos pichoncitos, parecen dos tortolitos! ¡Quién diría, señorita, que este joven, que tiene casi el aspecto de una muchacha, es un tigre con garras de acero que destroza una reputación lo mismo que debe de destrozar sus vestidos cuando tarda en quitárselos! —Y se echó a reír sin acabar la broma—. Amigo mío... —continuó mientras tomaba asiento al lado de Lucien—. Señorita, soy Dauriat —dijo interrumpiéndose.

El editor juzgó necesario soltar el pistoletazo de su nombre al considerar que no era suficientemente bien recibido por Coralie.

—Señor, ¿ha desayunado ya? ¿Quisiera acompañarnos? —preguntó la actriz.

—Pues sí, charlaremos mejor sentados a la mesa —contestó Dauriat—. Además, aceptando su desayuno tendré el derecho a invitarla a cenar con mi amigo Lucien, porque ahora hemos de ser amigos y estar a partir un piñón.

— ¡Bérénice! Ostras, limones, mantequilla fresca y champán —dijo Coralie.

—Es usted un hombre demasiado inteligente como para ignorar lo que me trae aquí —dijo Dauriat mirando a Lucien.

— ¿Viene a comprar mi colección de sonetos?

—Exactamente —respondió Dauriat—; pero, antes que nada, depongamos las armas por una y otra parte.

Se sacó del bolsillo una elegante cartera, extrajo tres billetes de mil francos, los puso sobre un plato

y se los ofreció a Lucien con aire cortesano diciéndole: «¿El señor está contento?».

—Sí —dijo el poeta, quien se sintió embargado de una felicidad desconocida al ver aquella suma inesperada.

Lucien se contuvo, pero tenía ganas de cantar, de saltar, creía en la lámpara maravillosa y en los encantadores; creía, por fin, en su genio.

—Así pues, Las margaritas son mías —dijo el editor—, pero no atacará usted nunca ninguna de mis publicaciones.

—Las margaritas son tuyas, pero no puedo comprometer mi pluma, pues es de mis amigos, como mía es la tuya.

—En cualquier caso, se convierte usted en uno de mis autores. Todos ellos son amigos míos. Así que no me perjudicará en mis intereses, sin previo aviso de los ataques para que pueda estar prevenido.

—De acuerdo.

— ¡Por su gloria! —dijo Dauriat alzando su copa.

—Ahora sí que veo que ha leído Las margaritas —dijo Lucien.

Dauriat no se inmutó.

—Mi querido amigo, comprar Las margaritas sin haberlas leído es el mejor halago que puede permitirse un editor. Dentro de seis meses será usted un gran poeta; escribirá artículos, se le teme, y yo no tendré que mover un dedo por vender su libro. Hoy soy el mismo hombre de negocios de hace cuatro días. No soy yo quien ha cambiado, sino usted: la semana pasada sus sonetos eran para mí como pura hojarasca, hoy por hoy su posición las ha convertido en unas Messéniennes.

—Pues bien —dijo Lucien, a quien el placer sultanesco de tener una bella amante y la certeza de su éxito le volvía burlón y adorablemente impertinente—, si no ha leído mis sonetos, ha leído mi artículo.

—Sí, amigo mío. De lo contrario, no habría venido aquí tan precipitadamente. Ese terrible artículo es condenadamente bueno. ¡Ah!, tiene usted un inmenso talento, mi querido amigo. Hágame caso, aproveche que está en boga —dijo con una campechanía que disimulaba la profunda impertinencia de la frase—. Pero ¿ha recibido el periódico? ¿Lo ha leído?

—Todavía no —dijo Lucien—; y, sin embargo, ésta es la primera vez que publico algo en prosa de cierta extensión; pero Hector me lo habrá mandado a mi casa de la rue Charlot.

—Tome, lea —dijo Dauriat imitando a Talma en Manlio.

Lucien cogió el diario, que Coralie le arrancó de las manos.

—Para mí las primicias de tu pluma —dijo ella riendo—, ya lo sabes.

Dauriat estuvo sorprendentemente lisonjero y cortesano, pues temía a Lucien, y lo invitó por tanto junto con Coralie a una gran cena que daba a los periodistas hacia el final de la semana. Se llevó el manuscrito de Las margaritas diciéndole a su poeta que se pasara cuando quisiera por las Galeries de Bois para firmar el contrato, que ya tendría listo. Siempre fiel a las maneras regias mediante las cuales trataba de imponerse a las personas superficiales y hacerse pasar más por un mecenas que por un editor, dejó los tres mil francos sin exigir ningún recibo y rechazando con un gesto de despreocupación el que

le ofrecía Lucien, y se marchó tras besar la mano de Coralie.

— ¡Vaya, amor mío!, ¿cuántos billetes como estos habrías visto de haberte quedado en tu rincón de la rue de Cluny, consultando tus libros en la biblioteca de Sainte-Geneviève? —le preguntó Coralie a Lucien, quien le había contado toda su vida—. ¡Me parece a mí que tus amiguitos de la rue des Quatre-Vents son unos grandes zamacucos!

¡Sus hermanos del Cenáculo unos zamacucos! Y Lucien oyó esta sentencia riéndose. Acababa de leer su artículo impreso y saboreaba esa inefable e irrepetible alegría de los autores la primera vez que se sienten halagados en su amor propio. Leyendo y releendo su artículo se daba más cuenta de su alcance y peso. La imprenta es a los manuscritos lo que el teatro a las mujeres, pone de relieve las bellezas y los defectos; mata con igual facilidad que da vida; un error salta así a la vista con la misma inmediatez que un hermoso pensamiento. Lucien estaba tan embriagado que no pensaba ya en Nathan, Nathan era su escalón, y Lucien se sentía embargado de alegría y se veía rico. Para un muchacho que hasta hacía poco bajaba humildemente las cuevas de Beaulieu a Angulema para volver al Houmeau, a la buhardilla de Postel, en la que vivía toda su familia con mil doscientos francos al año, la suma traída por Dauriat valía un Potosí. Un recuerdo, aún vivo, pero que los continuos placeres de la vida parisiense había de apagar, le hizo remontarse a la place du Mûrier. Se acordó de su bella y noble hermana Ève, de su David y de su pobre madre; mandó inmediatamente a Bérénice a cambiar un billete, mientras él escribía una breve carta a su familia; luego mandó a Bérénice a las Mensajerías temiendo no poder, si lo posponía, entregar los quinientos francos que le mandaba a su madre. Para él y para Coralie esta devolución parecía ser una buena acción. La actriz dio un beso a Lucien, porque le pareció un hijo y un hermano modelos; le colmó de caricias, ya que esta clase de gestos encantan a esas buenas muchachas a las que el corazón se les sale del pecho.

—Ahora daremos —le dijo ella— una cena cada día durante una semana; vamos a organizar un pequeño carnaval, pues ya has trabajado bastante.

Coralie, como mujer que quería disfrutar de la belleza de un hombre que todas las mujeres le envidiarían, se lo llevó a Staub, ya que le parecía que Lucien no vestía lo bastante bien. De allí los dos amantes se fueron al Bois de Boulogne y luego a cenar en casa de madame du Val-Noble, donde Lucien se encontró a Rastignac, Bixiou, Des Lupeaulx, Finot, Blondet, Vignon, el barón de Nucingen, Beaudenord, Philippe Bridau, Conti, el gran músico, y a todo el mundillo artístico, a especuladores, gentes que prefieren las grandes emociones a los grandes trabajos y que dispensaron una magnífica acogida a Lucien. Éste, seguro de sí, derrochó ingenio como si no comerciara con él y fue proclamado un «hombre fuerte», elogio de moda por aquel entonces entre aquellos medio colegas.

— ¡Oh!, habrá que ver si tiene agallas —dijo Théodore Gaillard a uno de los poetas protegidos por la corte y que soñaba con fundar un pequeño periódico monárquico que más tarde se llamó LeRéveil.

Tras la cena, los dos periodistas acompañaron a sus queridas a la Ópera, donde Merlin tenía palco y adonde se dirigió todo el grupo. Así Lucien reapareció triunfante allí donde meses antes sufriera una derrota humillante. Se presentó en el foyer del brazo de Merlin y de Blondet y mirando a la cara a los dandies que no hacía mucho se habían mofado de él. ¡Tenía a Châtelet bajo sus pies! De Marsay, Vandenesse, Manerville, los lions de aquella época, cambiaron algunas miradas insolentes con él. En el palco de madame d'Espard, al que Rastignac hizo una larga visita, se habló sin duda del apuesto, del elegante Lucien, ya que la marquesa y madame de Bargeton dirigieron sus gemelos hacia Coralie. ¿Albergaba el corazón de madame de Bargeton alguna añoranza de Lucien? Este pensamiento inquietó

al poeta: viendo a la Corinne de Angulema, un deseo de venganza agitaba su corazón como el día en que había tenido que tragarse el desprecio de esta mujer y de su prima en los Campos Elíseos.

— ¿Es que vino usted de su provincia con un amuleto? —preguntó Blondet a Lucien al entrar unos días después en casa de éste, quien a las once de la mañana no se había levantado todavía—. Su apostura —le dijo a Coralie señalando a Lucien, que besó a la actriz en la frente— causa estragos allá por donde va, desde lo más alto hasta lo más bajo. Vengo a requerirle, querido —añadió estrechando la mano del poeta—. Ayer, en Les Italiens, la señora condesa de Montcornet me pidió que le presentara en su casa. Espero que no rechace la invitación de una mujer encantadora y joven, en cuya casa encontrará a lo más selecto del gran mundo...

—Si Lucien es amable, no irá a casa de su condesa —dijo Coralie—. ¿Qué necesidad tiene de lucir su palmito en la alta sociedad? Se aburriría.

— ¿Quiere tenerle en exclusiva? —preguntó Blondet—. ¿Está celosa de las mujeres decentes?

—Sí —exclamó Coralie—, son peores que nosotras.

— ¿Cómo lo sabes, gatita mía? —preguntó Blondet.

—Por sus maridos —repuso ella—. Olvida que De Marsay fue mío durante seis meses.

— ¿Cree, amiga mía —dijo Blondet—, que tengo un gran empeño en presentar en casa de madame de Montcornet a un hombre tan apuesto como el suyo? Si no quiere usted, hágase cuenta de que no he dicho nada. Pero creo que no se trata tanto de mujeres como de lograr la paz y la misericordia por parte de Lucien para un pobre diablo, que es el blanco de su periódico. El barón Châtelet comete la necedad de tomarse en serio los artículos. La marquesa de Espard, madame de Bargeton y el salón de la condesa de Montcornet se interesan por la Garza y he prometido reconciliar a Laura y a Petrarca, a madame de Bargeton y a Lucien.

— ¡Ah! —exclamó Lucien, por cuyas venas sintió correr una sangre más fresca y la embriagadora sensación placentera que da la venganza satisfecha—. ¡Así que tengo el pie en su cuello! Me hace sentir adoración por mi pluma, por mis amigos y por el fatal poder de la Prensa. No he escrito aún ningún artículo sobre la Sepia y la Garza. ¡Iré, amigo mío —dijo cogiendo a Blondet de la cintura—, pero cuando esa pareja haya sentido todo el peso de esta cosa tan ligera! —Cogió la pluma con la que había escrito el artículo sobre Nathan, y la blandió—. Mañana les dedicaré dos pequeñas columnas que serán como dos mazazos en su cabeza. Luego ya veremos. No te preocupes por nada, Coralie, no se trata de amor, sino de venganza, y quiero que sea total y completa.

— ¡Esto es un hombre! —dijo Blondet—. Si supieras, Lucien, lo difícil que es encontrar a alguien capaz de una explosión de energía semejante en el mundo estragado de París, sabrías lo que vales. Serás un tipo de armas tomar —añadió utilizando una expresión un poco más fuerte—, estás en el camino que lleva al poder.

—Llegará a él —dijo Coralie.

—Pero bastante camino ha hecho ya en seis semanas.

—Y cuando no le separe de un cetro más que el grueso de un cadáver, podrá hacer servir de escalón el cuerpo de Coralie.

—Os amáis como en tiempos de la Edad de Oro —dijo Blondet—. Te felicito por tu gran artículo —

prosiguió mirando a Lucien—, ¡es algo novedoso! Estás hecho un maestro acabado.

Lousteau se presentó con Hector Merlin y Vernou para ver a Lucien, que se sintió profundamente halagado al ser objeto de sus atenciones. Félicien traía cien francos a Lucien en pago por su artículo. El periódico había considerado oportuno retribuir un artículo tan bien hecho para asegurarse la colaboración del autor. Coralie, al ver a aquella caterva de periodistas, mandó encargar una comida en el Cadran-Bleu, el restaurante más cercano; y cuando Bérénice le dijo que estaba ya todo listo, les invitó a pasar a su bonito comedor. En mitad de la comida, y cuando el champán se hubo subido a todas las cabezas, se descubrió el verdadero motivo de la visita que sus colegas le hacían a Lucien.

—Supongo que no querrás —le dijo Lousteau— hacerte un enemigo de Nathan. Nathan es periodista, tiene amigos y te jugaría una mala pasada a la primera cosa que publicases. ¿No tienes El arquero de Carlos IX para vender? Hemos visto a Nathan esta mañana y está desesperado, pero vas a hacer un artículo sobre él en el que le cubrirás de elogios.

— ¡Cómo! Después de mi artículo contra su libro, ¿queréis...? —preguntó Lucien.

Émile Blondet, Hector Merlin, Étienne Lousteau, Félicien Vernou, todos interrumpieron a Lucien con una carcajada.

— ¿No le has invitado a cenar aquí pasado mañana? —le preguntó Blondet.

—Tu artículo —le dijo Lousteau— no va firmado. Félicien, que no es tan bisoño como tú, no ha vacilado en poner una C. al pie, con la que a partir de ahora podrás firmar tus artículos en su periódico, que es declaradamente de izquierdas. Todos nosotros somos de la oposición. Félicien ha tenido la delicadeza de no comprometer tus futuras opiniones. En la redacción de Hector, cuyo periódico es de centro derecha, podrás firmar con una L. El ataque es siempre anónimo, pero el elogio lo firmamos con gusto.

—No me preocupa firmar —dijo Lucien—, pero es que no veo nada que decir en favor del libro.

—Entonces, ¿pensabas de veras lo que escribiste? —le preguntó Hector a Lucien.

—Sí.

— ¡Vamos, hijo mío —dijo Blondet—, te creía más fuerte! No, palabra de honor, viendo tu cabeza pensaba que poseías una omnipotencia parecida a la de las grandes inteligencias, todas lo suficientemente dotadas para considerarlo todo desde dos puntos de vista distintos. Amigo mío, en literatura cada idea tiene su derecho y su revés; nadie puede afirmar cuál es el revés. Todo es doble en el campo del pensamiento. Las ideas son binarias. Jano es el mito de la crítica y el símbolo del genio. ¡Sólo Dios es trino! Lo que hace que Molière y Corneille sean excepcionales, ¿no es su capacidad de poder hacer decir «sí» a Alcestes y «no» a Philinte, a Octavio y a Cinna? Rousseau, en La nueva Heloísa, escribió una carta a favor y otra en contra del duelo. ¿Quién podría pretender saber cuál es su verdadera opinión? ¿Quién de nosotros podría pronunciarse entre Clarisse y Lovelace, entre Héctor y Aquiles? ¿Quién es el héroe de Homero? ¿Qué se proponía Richardson? La crítica debe saber ver una obra bajo todos sus aspectos. En una palabra, nosotros no somos más que unos grandes relatores de tribunal.

— ¿Tanto le importa lo que escribe? —le preguntó Vernou con zumba—. Pero si somos sólo vendedores de palabras y vivimos de nuestro comercio. Cuando quiera escribir una obra grande y bella, un libro en fin, puede plasmar en él sus pensamientos, su alma, encariñarse con él y defenderlo; pero los

artículos, que hoy se escriben y mañana se olvidan, no valen a mi juicio más que el dinero que se paga por ellos. Si da importancia a semejantes estupideces, acabará santiguándose e invocando al Espíritu Santo cuando tenga que escribir un folleto.

Todos parecieron asombrados de ver que Lucien tenía escrúpulos y acabaron de rasgar su toga pretexta para investirle con la toga viril de los periodistas.

— ¿Sabes con qué frase se ha consolado Nathan después de haber leído tu artículo? —le dijo Lousteau.

— ¿Cómo voy a saberlo?

—Pues ha exclamado: «¡Los artículos intrascendentes se olvidan, las grandes obras quedan!». Dentro de dos días este hombre vendrá a cenar aquí, este hombre ha de prosternarse a tus pies, besarlos y asegurarte que eres un gran hombre.

—Sería gracioso —dijo Lucien.

— ¡Gracioso! —replicó Blondet—, necesario.

—Amigos míos, yo bien quisiera —dijo Lucien algo achispado—. Pero ¿qué debo hacer?

—Bien —continuó Lousteau—, escribe para el periódico de Merlin tres columnas en las que te refutarás a ti mismo. Después de haber disfrutado viendo a Nathan furioso, acabamos de decirle que pronto tendría que agradecernos la reñida polémica con la que íbamos a conseguir que su libro se agote en ocho días. En estos momentos eres para él un traidor, un canalla, un truhán; pasado mañana serás un gran hombre, un hombre de carácter, un héroe de Plutarco. Nathan te abrazará como a su mejor amigo. Ha venido Dauriat, tienes tres billetes de mil francos, el ciclo se ha completado. Lo que necesitas ganarte ahora es la estima y la amistad de Nathan. El único que ha salido escaldado es el editor. Únicamente debemos perseguir e inmolar a nuestros enemigos. Si se tratara de un hombre que se hubiese ganado un renombre sin nosotros, de un talento incómodo y que hubiera que quitar de en medio, no haríamos una réplica semejante; pero Nathan es uno de nuestros amigos, Blondet le hizo atacar en Le Mercure para darse el gusto de defenderlo en los Débats. ¡Por eso se agotó la primera edición de su libro!

—Amigos míos, palabra de hombre honrado, soy incapaz de escribir ni dos palabras en favor de ese libro...

—Recibirás cien francos más —dijo Merlin—. Nathan te habrá dado a ganar ya diez lises, sin contar un artículo que puedes escribir para la revista de Finot y por el que Dauriat te pagará cien francos, además de los cien francos de la revista: ¡veinte lises en total!

—Pero ¿qué decir? —preguntó Lucien.

—Ahora verás cómo puedes salir del paso, hijo mío —le respondió Blondet concentrándose—. Dirás que la envidia, que ataca todas las buenas obras igual que el gusano las mejores frutas, ha tratado de morder este libro. Para encontrarle defectos, la crítica se ha visto obligada a inventarse unas teorías a propósito de este libro, a distinguir dos clases de literatura: la que trata de ideas y la que se dedica a las imágenes. En este punto, muchacho, dirás que la expresión suma del arte literario es la que integra la idea en la imagen. Al tratar de probar que para la poesía la imagen lo es todo, te lamentarás de lo poco que se presta nuestra lengua a la poesía, hablarás de los reproches que nos hacen los extranjeros por el positivismo de nuestro estilo y elogiarás a Canalis y a Nathan por los servicios que prestan a Francia

desprosaizando su lenguaje. Refuta tu anterior argumentación haciendo ver que, respecto al siglo dieciocho, hemos hecho algunos progresos. ¡Invéntate cualquier tipo de Progreso (un engañabobos que pondrá muy contentos a los burgueses)! Nuestra joven literatura procede mediante cuadros en los que se concentran todos los géneros, tales como la comedia y el drama, la descripción, los caracteres, el diálogo, aglutinados por los brillantes nudos de una intriga interesante. La novela, que exige el sentimiento, el estilo, la imagen, es la más grande creación moderna. Ha ocupado el lugar de la comedia, que con sus viejas leyes no resulta ya adecuada para las costumbres modernas. La novela abarca el hecho y la idea con sus invenciones, que exigen el ingenio de un La Bruyère y su moral incisiva, los caracteres tratados con el espíritu de un Molière, las grandes maquinaciones de un Shakespeare y la pintura de los matices más delicados de la pasión, único tesoro que nos han legado nuestros predecesores. Por ello la novela es con mucho superior a la discusión fría y matemática, al seco análisis del siglo dieciocho. La novela, dirás en tono sentencioso, es una epopeya divertida. Cita a Corinne, apóyate en Madame de Staël. El siglo dieciocho lo puso todo en duda y el diecinueve tiene la tarea de darle remate; concluye, por tanto, con realidades, pero realidades vivas y que avanzan; en una palabra, pon en juego la pasión, elemento desconocido para Voltaire. Parrafada contra Voltaire. En cuanto a Rousseau, no hizo sino vestir razonamientos y sistemas. Julie y Claire son simples entelequias, sin carne y hueso. Puedes despacharte sobre este tema y decir que debemos a la paz, a los Borbones, una literatura joven y original, puesto que escribes en un periódico de centro derecha. Búrlate de quienes viven dedicados a elaborar sistemas. Y finalmente puedes terminar con una bonita frase: «¡He aquí los muchos errores, las muchas mentiras de nuestro colega! ¿Y por qué? Por despreciar una obra bella, por engañar al público y llegar a la conclusión siguiente: un libro vendible por ello mismo no se vende. Pro pudor!», deja caer un pro pudor!, pues esta imprecación de buena educación gusta al lector. ¡Luego anuncia la decadencia de la crítica! Conclusión: no existe más que una literatura, la de los libros divertidos. Nathan ha emprendido un camino nuevo, ha comprendido su época y responde a sus necesidades. Y de lo que tiene necesidad nuestra época es del drama. El drama es la respuesta a un siglo en el que la política es un perpetuo mimodrama. ¿Acaso no hemos visto en veinte años, dirás, los cuatro dramas de la Revolución, del Directorio, del Imperio y de la Restauración? De ahí pasas al elogio ditirámico, y la segunda edición se agota. He aquí cómo: el próximo sábado escribes una página en nuestra revista y firmas DE RUBEMPRÉ, con todas sus letras. En este último artículo dirás: lo bueno que tienen las grandes obras es que provocan un amplio debate. Esta semana tal periódico ha dicho tal cosa del libro de Nathan, tal otro le ha respondido enérgicamente. Criticas a los dos críticos C. y L. y de paso haces el elogio del primer artículo que escribí yo en los Débats, y terminas afirmando que la obra de Nathan es el libro mejor y más agradable de nuestro tiempo. Que es como no decir nada, porque se dice de todos los libros. Así habrás ganado cuatrocientos francos en una semana, aparte de la satisfacción personal de escribir lo que verdaderamente piensas en alguna parte. La gente sensata dará la razón a C. o a L., o a Rubempré, ¡o tal vez a los tres! La mitología, que es sin duda una de las más grandes invenciones humanas, ha puesto a la Verdad en el fondo de un pozo, por lo que hacen falta unos baldes para sacarla de allí. ¿No habrás dado así al público tres por el precio de uno? Así es como se hace, hijo mío. ¡Y ahora, marchando!

Lucien se quedó estupefacto; Blondet le besó en las dos mejillas diciéndole:

—Me voy a mi tienda.

Todos se fueron a sus respectivas tiendas. Para estos hombres poderosos el periódico no era más que una tienda. Habían de volver a verse todos aquella misma noche en las Galeries de Bois, adonde iría Lucien para firmar su contrato con Dauriat. Florine y Lousteau, Lucien y Coralie, Blondet y Finot

cenaban en el Palais-Royal, donde Du Bruel daba un agasajo al director del Panorama-Dramatique.

— ¡Tienen razón! —exclamó Lucien cuando se encontró a solas con Coralie—. Los hombres deben ser medios en manos de las personas fuertes. ¡Cuatrocientos francos por tres artículos! Apenas si me los daba Doguereau por un libro que me ha costado dos años de trabajo.

— ¡Dedícate a la crítica —le dijo Coralie—, diviértete! ¿Acaso no me visto yo hoy de andaluza, tal vez mañana de cingara y otro día de hombre? Haz como yo, dales muecas a cambio de su dinero y vivamos felices.

Lucien, espoleado por la paradoja, hizo que su imaginación se subiera a ese mulo caprichoso, hijo de Pegaso y de la burra de Balaam. Se puso a galopar por los campos del pensamiento durante su paseo por el Bois y descubrió bellezas originales en la tesis de Blondet. Cenó como cenar las personas felices y firmó en la librería de Dauriat un contrato por el que le cedía la propiedad exclusiva del manuscrito de Las margaritas sin ver los inconvenientes de tal cesión; luego se fue a dar una vuelta por el periódico, donde despachó de prisa y corriendo dos columnas, y volvió a la rue de Vendôme. A la mañana siguiente descubrió que las ideas de la víspera habían germinado en su cerebro, como ocurre en todos los intelectos pletóricos y cuyas facultades no han sido aún muy explotadas. Lucien sintió gusto en pensar sobre ese nuevo artículo y se puso al trabajo con entusiasmo. Movido por el espíritu de contradicción, su pluma fue pródiga en hallazgos. Se mostró ingenioso y burlón, no dejó de añadir algunas consideraciones nuevas sobre el sentimiento, la idea y la imagen en literatura. Para elogiar a Nathan hizo gala de ingenio y finura y se refirió a las primeras impresiones que la lectura del libro le habían producido en el gabinete de lectura de la Cour du Commerce. Y, por último, de crítico áspero y feroz, burlón e incisivo, pasó a ser un poeta en las frases finales que oscilaban majestuosamente como un incensario cargado de perfumes hacia el altar.

— ¡Cien francos, Coralie! —dijo enseñándole las ocho hojas escritas mientras ella se vestía.

En plena inspiración, despachó de cuatro plumazos el terrible artículo prometido a Blondet contra Châtelet y madame de Bargeton. Degustó aquella mañana uno de los grandes placeres secretos de los periodistas, el de afilar la agudeza, pulir la fría hoja que encuentra su vaina en el corazón de la víctima y repujar el mango para el placer de los lectores. El público admirará el delicado trabajo de esta empuñadura sin ver en él perfidia alguna, ignorando que el acero de las incisivas frases, alterado por la venganza, se hunde en un amor propio hábilmente mancillado y herido por mil golpes. Este horrible placer, sombrío y solitario, saboreado sin testigos, es como un duelo con un ausente al que se da muerte a distancia con el cañón de una pluma, como si el periodista tuviera el fantástico poder concedido a los deseos de quienes poseen talismanes en los cuentos árabes. La agudeza es el espíritu del odio, del odio que hereda todas las bajas pasiones del hombre, igual que el amor reúne todas sus buenas cualidades. No hay por ello hombre que no sea agudo en la venganza, por la misma razón que no hay uno solo que no saque placer del amor. Y no obstante su facilidad y vulgaridad, este ingenio es siempre muy bien acogido en Francia. El artículo de Lucien había de coronar y coronó la fama de malicia y sarcasmo que el periódico tenía; penetró hasta el fondo de dos corazones e hirió de gravedad a madame de Bargeton, su ex Laura, y al barón Châtelet, su rival.

—Ahora vamos a dar una vuelta por el Bois de Boulogne; los caballos ya están enganchados y piafan —le dijo Coralie—. Tampoco hay que matarse.

—Vayamos a llevar el artículo sobre Nathan a Hector. Es cierto que el periódico es como la lanza de Aquiles, que curaba las heridas que ella misma había infligido —dijo Lucien mientras corregía algunas

expresiones.

Salieron los dos amantes y se mostraron en todo su esplendor a ese París que poco antes había renegado de Lucien y que ahora empezaba a ocuparse de él. Hacer que París se ocupe de uno, cuando se ha podido medir la inmensidad de esta ciudad y lo difícil de ser alguien en ella, causó embriagadores goces que emborracharon a Lucien.

—Tesoro —dijo la actriz—, pasemos por casa de tu sastre para meterle prisa con tus trajes o para probártelos si los tiene ya listos. Si vas a ir a casa de tus bellas damas, quiero que eclipses a ese monstruo de De Marsay, al pequeño Rastignac, a los Ajuda-Pinto, a los Maxime de Trailles, a los Vandenesse; en fin, a todos los elegantes. No olvides que tu amante es Coralie. No me traiciones, ¿eh?

Dos días después, la víspera de la cena ofrecida por Lucien y Coralie a sus amigos, el Ambigu ponía en escena una nueva comedia cuya reseña tenía que hacer Lucien. Tras la cena, Lucien y Coralie fueron a pie desde la rue de Vendôme hasta el Panorama-Dramatique pasando por el bulevar del Temple, por la zona del Café Turc, que era por aquel entonces uno de los lugares de paseo más frecuentados. Lucien oyó celebrar su suerte y la belleza de su amante. Unos decían que Coralie era la mujer más bella de todo París, otros encontraban a Lucien digno de ella. El poeta se sintió en su ambiente. Esta vida era la suya. Apenas si pensaba en el Cenáculo. En relación a esas grandes inteligencias que tanto admiraba hacía dos meses, se preguntaba ahora si no eran un poco zamacucos con sus ideas y su puritanismo. La palabra «zamacucos», empleada por Coralie despreocupadamente, había germinado ya en el alma de Lucien y dado sus frutos. Dejó a Coralie en su camerino, deambuló por entre bastidores, donde se paseaba con unos aires de sultán y donde todas las actrices le acariciaban con ardientes miradas y palabras aduladoras.

—Tengo que ir al Ambigu, el trabajo me llama —dijo.

En el Ambigu, la sala estaba a rebosar. No hubo forma humana de encontrar un asiento para Lucien; se fue a entre bastidores y se quejó amargamente de que no le hubieran reservado un sitio. El administrador, que todavía no le conocía, le dijo que habían mandado dos entradas para los palcos a su periódico, y le mandó a paseo.

—Hablaré de la obra por lo que oiga de ella —le replicó Lucien picado.

—¿Es usted tonto? —le dijo la primera actriz al administrador—. ¡Pero si es el amante de Coralie!

El administrador se volvió inmediatamente hacia Lucien y le dijo:

—Señor, voy a hablar con el director.

Así, hasta los menores detalles venían a demostrarle a Lucien el inmenso poder de la prensa y halagaban su vanidad. Llegó el director, que les pidió al duque de Rhétoré y a Tullia, la primera bailarina, que se encontraban en un palco proscenio, que aceptaran a Lucien con ellos. El duque accedió a ello al reconocer a Lucien.

—Tiene a dos personas desesperadas —le dijo el joven refiriéndose al barón Châtelet y a madame de Bargeton.

—Me pregunto entonces qué pasará mañana —respondió Lucien—. Hasta ahora mis amigos se han limitado a disparar contra ellos, pero esta noche yo les lanzo el verdadero cañonazo. Mañana comprenderán por qué nos burlamos de Potelet. El artículo se titula «Del Potelet de 1811 al Potelet de 1821». Châtelet pasará a ser el símbolo de todos los veletas que han renegado de su bienhechor para

entrar al servicio de los Borbones. Después de demostrarle de lo que soy capaz, iré a casa de madame de Montcornet.

Lucien mantuvo con el joven duque una conversación chispeante de ingenio; ardía en deseos de poder demostrar a este gran señor que madame d'Espard y madame de Bargeton habían cometido un grave error despreciándolo; pero se le vio el plumero al tratar de defender su derecho a llevar el apellido de Rubempré cuando por malicia el duque de Rhétoré le llamó Chardon.

—Debería usted —le aconsejó el duque— hacerse realista. Ha demostrado ser un hombre inteligente, así que demuestre ahora que tiene juicio. La única manera de lograr una real orden que le restituya el título y el apellido de sus antepasados maternos es solicitarlo en recompensa por los servicios prestados a Palacio. ¡Los liberales nunca le harán conde! Mire, la Restauración acabará por meter en cintura a la prensa, el único poder temible. Demasiado ha esperado, ya debería haberle puesto el bozal. Aproveche estos últimos momentos de libertad para hacerse temible. Dentro de unos pocos años, un apellido y un título serán en Francia riquezas más seguras que el talento. Podría así tenerlo todo: inteligencia, nobleza y belleza, y llegará a donde se proponga. No sea, pues, en este momento liberal si no es para tratar de vender más cara su adhesión al partido realista.

El duque rogó a Lucien que aceptara la invitación a cenar que debía enviarle al plenipotenciario con el que había cenado en casa de Florine. Lucien se sintió al instante seducido por las reflexiones del gentilhomme y encantado al ver abrirse ante él las puertas de los salones de los que se creía desterrado para siempre unos meses antes. Admiró una vez más el poder del pensamiento. La prensa y la inteligencia eran, pues, los medios de la sociedad actual. Lucien comprendió que tal vez Lousteau se arrepentía de haberle abierto las puertas del Templo; también sentía ya, por la cuenta que le traía, la necesidad de poner barreras insuperables a los ambiciosos provincianos que se lanzaban a la conquista de París. Si un poeta se hubiera dirigido a él igual que se había lanzado él mismo a los brazos de Étienne, no se atrevía a preguntarse cómo le habría acogido. El joven duque notó en Lucien los síntomas de una profunda meditación, y no se equivocó al creer intuir su causa. Había revelado a aquel ambicioso, carente de una voluntad constante, pero no de deseos, todo el horizonte político del mismo modo que los periodistas le habían mostrado desde lo alto del Templo, al igual que el demonio a Jesús, el mundo literario y sus riquezas. Ignoraba Lucien la pequeña conjura tramada contra él por las personas que en aquellos momentos hería desde el periódico y de la que formaba parte monsieur de Rhétoré. El joven duque había asustado al círculo social de madame d'Espard al contarles lo inteligente que era Lucien. Encargado por madame de Bargeton de sondear al periodista, había esperado encontrarle en el Ambigu-Comique. Pero esto no significa que el gran mundo o los periodistas sean profundos. No penséis que se había urdido una traición. Ni el uno ni los otros se trazaban planes; su maquiavelismo va, por así decirlo, a salto de mata y consiste en estar siempre alertas, dispuestos a todo, a aprovecharse tanto del mal como del bien ajeno, acechando los momentos en que la pasión pone a un hombre a su merced. Durante la cena en casa de Florine, el joven duque había estudiado el carácter de Lucien, le acababa de atacar por el flanco de la vanidad y trataba de ser diplomático con él. Terminada la obra, Lucien se fue corriendo a la rue Saint-Fiacre para escribir allí su artículo sobre la función. Su crítica fue, calculadamente, áspera y mordaz; se complació en demostrar su poder. El melodrama era mejor que el del Panorama-Dramatique, pero quería saber si podía, como le habían dicho, hundir una buena obra y levantar una mala. Al día siguiente, mientras desayunaba con Coralie, abrió el periódico, después de haberle dicho que vapuleaba al Ambigu-Comique. Pero después de haber leído su artículo sobre madame de Bargeton y Châtelet, fue grande su sorpresa al ver una reseña sobre el Ambigu tan bien edulcorada durante la noche, que a pesar de conservar su agudo análisis, la conclusión que se

desprendía de ella era favorable. La obra tenía que llenar la caja del teatro. Sería imposible describir su ataque de furia; se prometió hablar seriamente de ello con Lousteau. Se creía ya indispensable y se prometía a sí mismo no dejarse dominar o explotar como un tonto. Para dejar establecido definitivamente su poder, escribió para la revista de Dauriat y de Finot el artículo en el que resumía y sopesaba todas las opiniones emitidas sobre el libro de Nathan. Luego, sintiéndose en vena, redactó uno de sus artículos de varietés para el pequeño periódico. En su primera efervescencia, los jóvenes periodistas cuidan sus artículos con amor, y así, de forma muy imprudente, exhiben todas sus galas. El director del Panorama-Dramatique había programado el estreno de un espectáculo de varietés para dejar a Florine y Coralie la noche libre. La función había de terminar antes de la cena. Lousteau fue a buscar el artículo de Lucien, escrito por anticipado sobre esta pequeña obra, a cuyo ensayo general había asistido, para no tener así problemas a la hora de componer el número. Cuando Lucien le hubo leído uno de sus pequeños y encantadores artículos sobre las curiosidades parisienses, que hicieron la fortuna del periódico, Étienne le besó en los ojos y le llamó la providencia de los periódicos.

— ¿Por qué, entonces, te diviertes en cambiar el sentido de mis artículos? —preguntó Lucien, que había escrito aquel brillante artículo sólo para dar más fuerza a sus quejas.

— ¿Yo? —exclamó Lousteau.

—Entonces, ¿quién ha introducido modificaciones en mi artículo?

—Amigo mío —repuso Lousteau riendo—, aún no estás al corriente de los negocios. El Ambigu nos paga veinte suscripciones, de las cuales sólo nueve son para el director, el jefe de la orquesta, el administrador, sus queridas y los tres socios propietarios del teatro. Cada uno de los teatros del bulevar paga así ochocientos francos al periódico, a los que hay que sumar otro tanto en palcos dados a Finot, sin contar las suscripciones de los actores y de los autores. El muy granuja se saca de este modo ocho mil francos sólo de los bulevares. Y ello nada más que en los teatros modestos, ¡así que imagínate con los grandes! ¿Entiendes? Estamos obligados a ser muy indulgentes.

—Comprendo que no soy libre de escribir lo que pienso...

— ¿Y qué te importa si te llenas los bolsillos? —exclamó Lousteau—. Por otra parte, amigo mío, ¿qué tienes tú contra el teatro? Hace falta una razón para poner por los suelos la obra de ayer. Pues si criticáramos por criticar perjudicaríamos al periódico. Cuando el periódico atacara con una justa razón, no produciría ya ningún efecto. ¿Te ha tratado mal el director?

—No me había reservado una localidad.

—Bueno —dijo Lousteau—. Enseñaré tu artículo al director, le diré que te he apaciguado, y así quedarás mejor que si lo hubieras publicado. Pídele mañana unas pocas localidades, y te firmará cuarenta en blanco todos los meses y yo te presentaré a una persona con la que podrás llegar a un acuerdo para revenderlas; te las comprará todas al cincuenta por ciento sobre el precio de venta. Con las localidades de los espectáculos se trafica igual que con los libros. Conocerás a otro Barbet, un jefe de claqué, que vive no lejos de aquí; tenemos aún tiempo, ¿vienes?

—Pero, amigo mío, es realmente infame por parte de Finot imponer una contribución indirecta a las creaciones del espíritu. Tarde o temprano...

— ¡Pero, hombre!, ¿de dónde sales tú? —exclamó Lousteau—. ¿Quién te crees que es Finot? Detrás de su falsa campechanía, de ese aire de Turcaret, de su ignorancia y estupidez, hay toda la astucia del

vendedor de sombreros que le trajo al mundo. ¿No has visto en su garita, en el despacho del periódico, a un antiguo soldado del Imperio, el tío de Finot? Ese tío no es sólo un hombre honrado, sino que tiene además la suerte de pasar por tonto. Es él quien se encarga de todas las transacciones pecuniarias. En París, un ambicioso es muy afortunado cuando tiene a alguien dispuesto a hacerle de hombre de paja. En la política, como en el periodismo, se dan multitud de situaciones en las que los jefes no deben verse nunca mezclados. Si Finot llegase a ser un día un personaje político, su tío se convertiría en su secretario y se dedicaría a cobrar el dinero sucio que se percibe en las oficinas por los grandes negocios. Giroudeau, a quien se creería un tonto a primera vista, tiene precisamente la astucia suficiente como para ser un compadre impenetrable. Está siempre de centinela para impedir que nos veamos molestados por las quejas, los principiantes, las reclamaciones, y no creo que exista nadie parecido en ningún otro periódico.

—Interpreta muy bien su papel —dijo Lucien—, le he visto actuar.

Étienne y Lucien se dirigieron a la rue del faubourg du Temple, donde el redactor jefe se detuvo ante una casa de aspecto noble.

— ¿Está monsieur Braulard? —preguntó al portero.

— ¿Cómo? —dijo Lucien—. ¿El jefe de la claqué es, pues, señor?

—Amigo mío, Braulard tiene veinte mil libras de renta, así como la exclusiva de los autores dramáticos del bulevar, todos los cuales poseen una cuenta corriente con él, como si de un banquero se tratase. Braulard compra las entradas que se reparten a los autores y las de favor para luego revenderlas a su vez. Trata de hacer un poco de estadística, ciencia muy útil si no se abusa de ella. Cincuenta pases de favor por día y espectáculo hacen doscientas cincuenta localidades por día; y dado que cada una de ellas vale de promedio cuarenta sueldos, Braulard paga ciento veinticinco francos por día a los autores teatrales y si le va bien gana otro tanto. Así, sólo con las entradas de autor gana cerca de cuatro mil francos al mes, lo que asciende a cuarenta y ocho mil francos por año, a los que hay que descontar unos veinte mil francos de pérdidas, porque no siempre logra revenderlas todas.

— ¿Por qué?

— ¡Ah!, los que compran su entrada en taquilla tienen prioridad sobre los pases de favor, para los que no hay asiento reservado. Por último, el teatro se reserva su derecho de venta de localidades. Luego hay días de buen tiempo y otros de malos espectáculos. Por tanto, Braulard debe de ganar unos treinta mil francos al año con este comercio. Luego tiene a su claqué, otra fuente de ingresos. Florine y Coralie también tienen que contribuir; si no le untaran la mano, no se las recibiría con aplausos en todas sus entradas y salidas.

Lousteau daba todas estas explicaciones en voz baja mientras subían la escalera.

—París es un lugar muy singular —dijo Lucien viendo agazapado el interés en cada rincón.

Una doncella muy pulcra introdujo a los dos periodistas en las habitaciones de monsieur Braulard. El comerciante en localidades, sentado en un sillón de despacho, delante de un gran buró de cilindro, se levantó al ver a Lousteau. Braulard, con una levita de muletón gris, llevaba un pantalón con trabilla y unas zapatillas rojas, igual que un médico o un abogado. Lucien reconoció en él al hombre del pueblo enriquecido: un rostro vulgarote, unos ojos grises llenos de astucia, unas manos de aplaudidor de claqué, una tez sobre la que las orgías habían pasado igual que la lluvia sobre los tejados, cabello

entrecano y una voz bastante apagada.

—Vienen, sin duda, por mademoiselle Florine, y este señor por mademoiselle Coralie —dijo—; les conozco bien. Esté tranquilo, señor —dijo dirigiéndose a Lucien—, me dedico a comprar a la clientela del Gymnase, así que cuidaré de su querida y le avisaré si alguien urde algo contra ella.

—No es cosa de despreciar, mi querido Braulard —dijo Lousteau—, pero venimos por las entradas del periódico en todos los teatros de los bulevares: yo como redactor jefe, y este señor en calidad de crítico de cada teatro.

—Ah, sí, Finot ha vendido su periódico. Ya estoy enterado de ello. Le van bien las cosas a Finot. Este fin de semana doy una comida en su honor. Si quieren hacerme el honor de asistir a ella, pueden traerse a sus consortes, pues habrá francachela; vendrán Adèle Dupuis, Ducange, Frédéric Dupetit-Méré, mademoiselle Millot, mi querida. ¡No faltarán las risas y menos aún la bebida!

—Ducange debe de estar preocupado, pues ha perdido su pleito.

—Le he prestado diez mil francos; el éxito de Calas me los devolverá; ha sido mi forma de levantarle los ánimos. Ducange es una persona inteligente y dotado...

Lucien creía estar soñando al oír a aquel hombre apreciar el talento de los creadores.

—Coralie lo ha conseguido —le dijo Braulard con aire de juez competente—. Si es buena chica, la apoyaré bajo mano contra la maquinación que se está tramando para su debut en el Gymnase. Escuchen. Situaré a unos hombres bien vestidos en las galerías, que sonreirán y murmurarán en voz baja para incitar a los espectadores a aplaudir. No hay nada mejor para consagrar a una actriz. Me gusta Coralie y usted debe de estar muy contento con ella, pues tiene muy buenos sentimientos. ¡Ah!, puedo hacer triunfar a quien yo quiera...

— ¿Qué le parece si arreglamos el asunto de las entradas? —preguntó Lousteau.

— ¡Muy bien! Iré a buscarlas a casa del señor los primeros días de cada mes. El señor es amigo suyo y le trataré como si se tratara de usted mismo. Tiene usted cinco teatros, le darán treinta entradas; será algo así como setenta y cinco francos por mes. ¿Quiere quizás un anticipo? —preguntó el comerciante en localidades dirigiéndose a su buró y sacando una caja de caudales llena de escudos.

—No, no —dijo Lousteau—, ese recurso lo dejaremos para cuando vengan mal dadas...

—Señor —dijo Braulard dirigiéndose a Lucien—, uno de estos días iré a trabajar con Coralie, seguro que nos pondremos de acuerdo.

Lucien miraba no sin gran asombro el despacho de Braulard, en el que veía una librería, cuadros y un mobiliario conveniente. Al pasar por el salón, pudo ver también que estaba amueblado sin demasiada modestia ni tampoco demasiado lujo. El comedor le pareció la estancia mejor acondicionada; hizo una broma al respecto.

—Braulard es todo un gastrónomo —dijo Lousteau—. Sus comidas, citadas en la literatura dramática, están a la altura de sus ingresos.

—Tengo buenos vinos —respondió modestamente Braulard—. Vaya, aquí llegan los que encienden la guerra —exclamó al oír unas voces enronquecidas y un ruido de pasos en la escalera.

A la salida, Lucien vio desfilar ante él el apestoso escuadrón de la claqué y de los revendedores de

entradas, todos gente con gorra, pantalones gastados, levitas raídas, jetas patibularias, azuladas, verduscas, sucias, chupadas, la barba larga, unos ojos de mirada feroz a la vez que zalamera, horrible populacho que vive y deambula por los bulevares de París, y que por la mañana vende cadenas de seguridad, joyas de oro por veinticinco sueldos, y que aplaude bajo las arañas por las noches; en definitiva, gente siempre dispuesta a chapotear en el fango de las necesidades de París.

— ¡Aquí tenéis a los romanos! —dijo Lousteau entre risas—. Esta es la gloria de las actrices y de los autores dramáticos. Vista de cerca, no es mucho más hermosa que la nuestra.

—Es difícil —repuso Lucien mientras volvían a su casa— hacerse ilusiones sobre algo en París. Todo está gravado de impuestos, todo se vende, todo se fabrica, incluso el éxito.

Los invitados de Lucien eran Dauriat, el director del Panorama, Matifat y Florine, Camusot, Lousteau, Finot, Nathan, Hector Merlin y madame du Val-Noble, Félicien Vernou, Blondet, Vignon, Philippe Bridau, Mariette, Giroudeau, Cardot y Florentine, Bixiou. Había invitado a sus amigos del Cenáculo, Tullia, la bailarina que, según se decía, no se mostraba demasiado desdeñosa con Du Bruel, fue también de la partida, pero sin su duque, así como los propietarios de los periódicos en los que trabajaban Nathan, Merlin, Vignon y Vernou. Los comensales formaban una reunión de treinta personas y el comedor de Coralie no habría podido dar cabida a nadie más. Hacia las ocho, a la luz de las arañas encendidas, los muebles, las colgaduras y las flores de aquel piso adquirieron ese aire festivo que da al lujo parisiense la apariencia de un sueño. Viéndose dueño de aquella casa, Lucien experimentó la más inefable sensación de dicha, de vanidad satisfecha y de esperanza, y ya no se explicaba cómo ni por qué golpe de varita mágica había sido tocado. Florine y Coralie, vestidas con el loco rebuscamiento y la magnificencia artística de las actrices, sonreían al poeta como dos ángeles encargados de abrirle las puertas del Palacio de los Sueños. Lucien poco menos que soñaba. En pocos meses su vida había cambiado tan bruscamente de aspecto, y había pasado tan rápido de la miseria extrema a la mayor de las opulencias, que había momentos en que se sentía dominado por inquietudes tal como les ocurre a las personas que, en sueños, son conscientes de que están dormidas. Su mirada expresaba, no obstante, a la vista de esta hermosa realidad, una confianza que los envidiosos habrían calificado de fatuidad. También él, por lo demás, había cambiado. Feliz todos los días, sus colores habían palidecido, y su mirada reflejaba una delicuescente languidez; en suma, en palabras de madame d'Espard, tenía «la expresión de la persona amada». Su belleza ganaba con ello. La conciencia de su poder y de su fuerza trascendía de su fisonomía iluminada por el amor y por la experiencia. Por fin podía contemplar al mundo literario y a la alta sociedad cara a cara, creyendo que podía moverse por ellos con aires de dominador. Para aquel poeta, capaz de reflexión sólo bajo el peso de la desgracia, el presente le parecía carente de preocupaciones. El éxito hinchaba las velas de su barquichuela, tenía ahora lo que necesitaba para llevar adelante sus proyectos: una casa ya montada, una amante que todo París le envidiaba, un carruaje y, finalmente, sumas incalculables en su escribanía. Su alma, su corazón y su mente habían sufrido también una metamorfosis: no pensaba ya en discutir los medios en vista de tan excelentes resultados. Este tren de vida parecerá con razón tan sospechoso a los ojos de los economistas que conocen la vida parisiense, que no estará de más mostrar la base, por muy frágil que fuera, sobre la que descansaba la felicidad material de la actriz y de su poeta. Sin comprometerse, Camusot había convencido a los proveedores de Coralie para que le concedieran un crédito de por lo menos tres meses. Los caballos, la servidumbre, todo debía seguir estando a disposición como por arte de magia de aquellos dos muchachos, ávidos de placeres y que disfrutaban de todo con embeleso. Coralie vino a tomar a Lucien de la mano y le preparó para la sorpresa que le produciría el comedor, engalanado con su cubertería espléndida, sus candelabros con cuarenta velas, el refinamiento principesco de los postres

y del menú, preparados por Chevet. Lucien besó a Coralie en la frente, estrechándola contra su corazón.

—Llegaré a donde me proponga, amor mío —le dijo—, y te recompensaré por tanto amor y tanta abnegación.

— ¡Bah! —repuso ella—. ¿Estás contento?

— ¡Muy raro sería no estarlo!

—Pues entonces esta sonrisa me paga por todo —contestó ella posando con un gesto serpentino sus labios sobre los de Lucien.

Encontraron a Florine, Lousteau, Matifat y Camusot organizando las mesas de juego. Los amigos de Lucien iban llegando, pues toda aquella gente se decían ya amigos de Lucien. Se jugó desde las nueve hasta medianoche. Por suerte para él, Lucien no conocía ningún juego, pero Lousteau perdió mil francos y se los pidió prestados a Lucien, quien no pudo dejar de prestárselos, pues se los pedía su amigo. Hacia las diez, se presentaron Michel, Fulgence y Joseph. Lucien se retiró a hablar con ellos en un rincón, pero sus expresiones le parecieron frías y serias, por no decir incómodas. D'Arthez no había podido venir, porque estaba terminando su libro. Léon Giraud estaba muy ocupado con la publicación del primer número de su revista. El Cenáculo había mandado a sus tres artistas, quienes se encontrarían menos desplazados que los otros en medio de una orgía.

—Bien, amigos míos —dijo Lucien adoptando un tonillo de superioridad—, y ahora veréis cómo el pequeño farsante puede convertirse en un gran político.

—Me alegraría mucho haberme equivocado —replicó Michel.

— ¿Vives con Coralie en espera de algo mejor? —le preguntó Fulgence.

—Sí —replicó Lucien con un tono que pretendía ser ingenuo—. Coralie estaba con un pobre y viejo hombre de negocios que la adoraba, y lo mandó a paseo. Soy más feliz que tu hermano Philippe, que no sabe cómo tener a raya a esa Mariette —añadió mirando a Joseph Bridau.

—En fin —dijo Fulgence—, ahora eres un hombre como cualquier otro, seguro que llegarás lejos.

—Un hombre que para vosotros seguirá siendo siempre el mismo, se encuentre en la situación que se encuentre —repuso Lucien.

Michel y Fulgence se miraron, intercambiando una sonrisa burlona que no pasó inadvertida a Lucien y le hizo comprender lo ridículo de su frase.

—Coralie es de una belleza admirable —exclamó Joseph—. ¡Qué magnífico retrato se podría hacer!

—Y buena —respondió Lucien—. Palabra de honor que es angelical; pero tú harás su retrato; tómala, si quieres, como modelo de tu veneciana conducida al senador por una anciana.

—Todas las mujeres que aman son angelicales —dijo Michel Chrestien.

En aquel momento, entró Raoul Nathan, que se dirigió con actitud muy amistosa hacia Lucien, le cogió las manos y se las estrechó.

—Mi buen amigo, no sólo es usted un gran hombre, sino que además tiene corazón, cosa que hoy día es más rara aún que el genio —le dijo—. Es fiel a sus amigos. En una palabra, soy suyo en la vida y en la muerte y nunca podré olvidar lo que esta semana ha hecho por mí.

Lucien, en el colmo de la alegría, al verse adulado por un hombre que gozaba de gran predicamento, miró a sus tres amigos del Cenáculo con una especie de superioridad. Detrás de la entrada de Nathan estaba la mano de Merlin, quien le había hablado de las pruebas del artículo favorable a su libro y que aparecería en el periódico del día siguiente.

—No acepté escribir el ataque sino a condición de poder refutarlo yo mismo —dijo Lucien al oído de Nathan—. Cuente siempre conmigo.

Volvió de nuevo con sus tres amigos del Cenáculo, encantado de una circunstancia que justificaba la frase que había provocado la risa de Fulgence.

—Cuando salga el libro de D'Arthez podría serle de utilidad en mi posición. Sólo por esto me sentiría obligado a seguir en el periodismo.

—¿Eres libre? —preguntó Michel.

—Tanto como puede serlo uno cuando es indispensable —respondió Lucien con falsa modestia.

Hacia medianoche, los invitados se sentaron a la mesa y dio comienzo la orgía. La conversación fue más libre en casa de Lucien que en la de Matifat, porque nadie sospechaba la divergencia existente entre los tres delegados del Cenáculo y los representantes de la prensa. Aquellos jóvenes talentos, tan depravados por la costumbre del pro y del contra, se enzarzaron en una discusión, lanzándose las más terribles sentencias de esa particular jurisprudencia que por entonces creaba el periodismo. Claude Vignon, que quería defender el carácter augusto de la crítica, se alzó contra la tendencia de los pequeños periódicos a los ataques personales, diciendo que con el tiempo los escritores llegarían a desacreditarse por sí solos. Lousteau, Merlin y Finot tomaron entonces abiertamente la defensa de este sistema, llamado en la jerga periodística «la filfa», sosteniendo que era como un punzón con el que se marca el talento.

—Cuantos resistan esta prueba serán hombres realmente fuertes —dijo Lousteau.

—Y además —exclamó Merlin—, en el momento de ovacionar a los grandes hombres, tiene que haber en torno a ellos, como había en torno a los triunfadores romanos, un concierto de injurias.

—Ya —dijo Lucien—. ¡Así todos los que sean objeto de nuestras burlas creerán que han triunfado!

—Cualquiera diría que lo dices por ti —exclamó Finot.

—¡Y nuestros sonetos! —dijo Michel Chrestien—. ¿No se merecerían un triunfo como el de Petrarca?

—Algo tiene que ver el oro en todo esto —añadió Dauriat, cuya ocurrencia provocó una aclamación general.

—Faciamus experimentum in anima vili —respondió sonriendo Lucien.

—¡Ah! ¡Pobres de aquéllos a quienes la prensa no discute y les arroja coronas desde un principio! Quedarán relegados como los santos en su hornacina, y nadie les hará el menor caso —dijo Vernou.

—Les dirá lo que le dijo Champcenetz al marqués de Genlis, que miraba a su mujer con ojos demasiado golosos: «Ande, buen hombre, que ya es suya» —dijo Blondet.

—En Francia el éxito es la muerte —observó Finot—. Somos demasiado envidiosos unos de otros para no querer olvidar y hacer olvidar los triunfos ajenos.

—En efecto, en literatura, es la contradicción lo que da vida —opinó Claude Vignon.

—Como en la naturaleza, donde la vida es el resultado de la lucha de dos principios —exclamó Fulgence—. El triunfo de uno de los dos equivale a la muerte.

—Como en la política —añadió Michel Chrestien.

—Como acabamos de demostrar —dijo Lousteau—. Dauriat venderá esta semana dos mil ejemplares del libro de Nathan. ¿Por qué? El libro atacado será bien defendido.

— ¿Cómo podría un artículo semejante —preguntó Merlin cogiendo las pruebas de su periódico del día siguiente— dejar de vender la edición entera?

—Léame el artículo —pidió Dauriat—. Soy siempre editor, incluso cuando ceno.

Merlin leyó el triunfal artículo de Lucien, que fue aplaudido por todos los presentes.

— ¿Podía haber sido escrito este artículo sin el primero? —preguntó Lousteau.

Dauriat se sacó del bolsillo las pruebas del tercer artículo y las leyó. Finot siguió atentamente la lectura de este artículo destinado al segundo número de su revista; y, en su calidad de redactor jefe, exageró su entusiasmo.

—Señores —proclamó—, si Bossuet viviera en nuestro siglo, no lo habría escrito mejor.

—Ya lo creo —añadió Merlin—. Bossuet, en nuestros días, habría sido periodista.

— ¡A la salud de Bossuet II! —exclamó Claude Vignon alzando su copa y saludando irónicamente a Lucien.

— ¡A mi Cristóbal Colón! —repuso Lucien proponiendo un brindis por Dauriat.

— ¡Bravo! —exclamó Nathan.

— ¿Es acaso un sobrenombre? —preguntó maliciosamente Merlin mirando a la vez a Finot y a Lucien.

—Si siguen así —dijo Dauriat—, nos será imposible seguirles, y estos señores —dijo señalando a Matifat y a Camusot— ya no les entenderán. La ironía y la broma son como el algodón, que si se hila demasiado fino se rompe, ha dicho Bonaparte.

—Señores —exclamó Lousteau—, somos testigos de un hecho grave, inconcebible, inaudito, verdaderamente sorprendente. ¿No admiran la rapidez con la que nuestro amigo ha pasado de provinciano a periodista?

—Era un periodista nato —replicó Dauriat.

—Hijos míos —dijo entonces Finot levantándose y sosteniendo una botella de champán en la mano—, todos nosotros hemos protegido y alentado los comienzos de nuestro anfitrión en la carrera en la que ha superado nuestras expectativas. En dos meses ha dado muestras de lo que es capaz con los magníficos artículos que conocemos: propongo bautizarle como un periodista auténtico.

—Una corona de rosas a fin de consagrar su doble victoria —exclamó Bixiou mirando a Coralie.

Coralie hizo una seña a Bérénice, que fue a buscar unas viejas flores artificiales en las cajas de cartón de la actriz. Tan pronto como la gruesa sirvienta trajo unas flores, se trenzó rápidamente una

corona de rosas, que se ciñeron grotescamente los que se encontraban más ebrios. Finot, el sumo sacerdote, derramó unas gotas de champán sobre la bella cabeza rubia de Lucien mientras pronunciaba con divertida seriedad estas palabras sacramentales:

—En el nombre del Timbre, de la Caución y de la Multa, te bautizo periodista. ¡Que tus artículos te sean leves!

—Y pagados sin deducción de blancos —añadió Merlin.

En aquel momento, Lucien observó los semblantes tristes de Michel Chrestien, Joseph Bridau y Fulgence Ridal, que cogieron sus sombreros y salieron en medio de un coro de imprecaciones.

—Qué cristianos más extraños —dijo Merlin.

—Fulgence era un buen chico —repuso Lousteau—, pero ellos lo han pervertido con la moral.

—¿Quiénes? —preguntó Claude Vignon.

—Unos jóvenes serios que se reúnen en un conventículo filosófico y religioso de la rue des Quatre-Vents, donde se preocupan por el sentido general de la Humanidad... —repuso Blondet.

— ¡Oh, oh, oh!

—... Allí se investiga si gira sobre sí misma —dijo Blondet— o si progresa. Estaban muy indecisos entre la línea recta y la línea curva; el triángulo bíblico les parecía un sinsentido y entonces se les apareció no sé qué profeta que se pronunció en favor de la espiral.

—Cuando un grupo de hombres se reúne puede inventar tonterías más peligrosas —exclamó Lucien, que quiso defender al Cenáculo.

—Para ti todas esas teorías son palabras huecas —dijo Félicien Vernou—, pero llega un día en que se transforman en auténticos disparos o en la guillotina.

—Están todavía investigando —añadió Bixiou— el pensamiento providencial del champán, el significado humanitario de los pantalones y la bestia que mueve el mundo. Tratan de recuperar a hombres olvidados, como Vico, Saint-Simon, Fourier. Temo que acaben trastornando a mi pobre Joseph Bridau.

—Son la causa —terció Lousteau— de que Bianchon, mi paisano y compañero de colegio, me trate con frialdad...

—¿Enseñan la gimnasia y la ortopedia de las mentes? —preguntó Merlin.

—Es posible —respondió Finot—, pues Bianchon participa de sus fantasías.

— ¡Bah! A pesar de todo —replicó Lousteau— será un gran médico.

—¿No es acaso D'Arthez su cabeza visible —dijo Nathan—, un jovencuelo que se nos comerá a todos?

— ¡Es un hombre de genio! —exclamó Lucien.

—Prefiero un vino de Jerez —dijo Claude Vignon sonriendo.

En aquel momento, todos comenzaron a explicar su manera de ser a quien tenían al lado. Cuando las personas inteligentes llegan al punto de tratar de explicar cómo son, desvelar la clave de su corazón, no

cabe duda de que el vino se les ha subido a la cabeza. Una hora más tarde, todos los invitados eran los mejores amigos del mundo y se trataban de grandes hombres, de hombres poderosos, de personas destinadas a un gran futuro. Lucien, que, como anfitrión, conservaba aún cierta lucidez, oyó sofismas que le impresionaron y completaron la obra de su relajación moral.

—Muchachos —dijo Finot—, el partido liberal se ve obligado a reavivar su polémica, porque en el actual momento no encuentra qué decir contra el Gobierno, así que comprenderéis la incómoda situación en que se encuentra la oposición. ¿Quién de vosotros quiere escribir un panfleto para pedir el restablecimiento del derecho de primogenitura, a fin de calentar a la opinión pública contra los designios secretos de la corte? Será bien pagado.

—Yo —dijo Hector Merlin—, comparto tales opiniones.

—Tu partido diría que le comprometes —replicó Finot—. Félicien, encárgate tú del asunto, Dauriat lo editará y nosotros guardaremos el secreto.

— ¿Cuánto pagan? —preguntó Vernou.

— ¡Seiscientos francos! Lo firmarás: el conde C...

— ¡De acuerdo! —dijo Vernou.

— ¿Así que vais a utilizar el bulo hasta en la política? —preguntó Lousteau.

—Es el caso de Chabot llevado al terreno de las ideas —replicó Finot—. Se atribuyen determinadas intenciones al Gobierno y se moviliza contra él a la opinión pública.

—Nunca dejaré de asombrarme viendo a un gobierno dejar la dirección de las ideas a una panda de bribones como nosotros —dijo Claude Vignon.

—Si el Gobierno comete la tontería de entrar en liza, lo llevaremos a baqueta —dijo Finot—; si se pica, se envenena la cuestión y pierde el favor de las masas. El periódico nunca corre ningún riesgo allí donde el Poder puede perderlo todo.

—Francia está acabada hasta que no se ponga a la prensa fuera de la ley —repuso Claude Vignon—. Estáis ganando cada vez más terreno —dijo dirigiéndose a Finot—. Seréis como los jesuitas, excepto por la fe, la doctrina, la disciplina y la unión.

Todos volvieron a ocupar sus sitios en las mesas de juego. Las luces de la aurora pronto hicieron palidecer las velas.

—Tus amigos de la rue des Quatre-Vents estaban tristes como condenados a muerte —le dijo Coralie a su amante.

—Estaban de jueces —contestó el poeta.

—Los jueces son más divertidos —replicó Coralie.

Durante un mes, Lucien pasó todo su tiempo en cenas, comidas, almuerzos y veladas, viéndose arrastrado por una vorágine irresistible de distracciones y de trabajos fáciles. Dejó de pensar en el mañana. La capacidad de no perder de vista el objetivo en medio de las complicaciones de la vida es el sello de las voluntades tenaces que ni los poetas, las personas débiles o simplemente inteligentes pueden falsificar jamás. Como la mayoría de los periodistas, Lucien vivió al día, gastando su dinero a medida que lo ganaba, sin pensar en las cargas periódicas de la vida parisiense tan onerosas para tales

bohemos. Su aspecto e indumentaria rivalizaban con los de los elegantes más célebres. Coralie, como todos los fanáticos, gustaba de engalanar a su ídolo; se arruinó por dar a su querido poeta ese equipo de los elegantes que él tanto había deseado durante su primer paseo por las Tullerías. Lucien tuvo, pues, bastones maravillosos, un precioso monóculo, gemelos de brillantes, alfileres para sus corbatas de mañana, sortijas de sello y chalecos espléndidos en número suficiente para combinar con los colores de su atuendo. Pronto fue considerado un dandy. El día que se dirigió a la velada del diplomático alemán, su metamorfosis provocó una especie de envidia disimulada entre los jóvenes que allí se encontraban y que estaban en el candelerero en el reino de la fashion, tales como De Marsay, Vandenesse, Ajuda-Pinto, Maxime de Trailles, Rastignac, el duque de Maufrigneuse, Beaudenord, Manerville, etcétera. Los hombres de mundo son celosos entre sí, igual que las mujeres. La condesa de Montcornet y la marquesa de Espard, en cuyo honor se daba la cena, hicieron sentarse a Lucien entre ellas y le colmaron de coqueterías.

— ¿Por qué ha abandonado el gran mundo? —le preguntó la marquesa—. ¡Estaba tan dispuesto a recibirle con los brazos abiertos, a festejarle! ¡Tengo una queja contra usted!, me debía una visita y aún la espero. El otro día le vi en la Ópera, y no se dignó venir a verme ni a saludarme.

—Su prima, señora, me despidió de manera tan inequívoca...

—No conoce usted a las mujeres —repuso madame d'Espard interrumpiendo a Lucien—. Ha herido usted el corazón más angelical y el alma más noble que yo conozca. Ignora todo lo que Louise pensaba hacer por usted y con cuanta astucia preparaba su plan. ¡Oh! Ella lo habría conseguido —dijo ante una muda negativa de Lucien—. Su marido, que ahora ha muerto como había de morir, de una indigestión, ¿no iba a darle tarde o temprano su libertad? ¿Cree que habría querido ser madame Chardon? El título de condesa de Rubempré valía la pena ser conquistado. ¿Ve?, el amor es una gran vanidad que, sobre todo en el matrimonio, hay que hacer concordar con las demás vanidades. A mí misma, aunque le amara con locura, es decir, lo bastante como para casarme con usted, me sería muy duro llamarme madame Chardon. ¿No le parece? Ahora que conoce las dificultades de la vida en París, sabe cuántos rodeos son precisos para alcanzar el objetivo previsto; reconocerá usted que, para un desconocido sin fortuna, Louise aspiraba a un favor casi imposible, y por consiguiente no debía descuidar nada. Es usted una persona de mucho talento, pero cuando nosotras amamos tenemos mucho más que el hombre más inteligente. Mi prima quería servirse de ese ridículo Châtelet... Le debo a usted muy buenos ratos, pues sus artículos contra él me han hecho reír mucho —dijo interrumpiéndose.

Lucien no sabía ya qué pensar. Iniciado en las traiciones y perfidias del periodismo, ignoraba las del gran mundo; así pues, y pese a su perspicacia, tenía aún que recibir rudas lecciones en él.

—Pero ¿cómo es posible, señora —dijo el poeta, cuya curiosidad se vio vivamente despertada—, que no proteja ya a la Garza?

—En el gran mundo se está obligado a ser cortés hasta con los más acérrimos enemigos, a fingir que uno se divierte con los más aburridos, y a menudo se sacrifica en apariencia a los propios amigos con el fin de servirles mejor. Aún es usted bisoño. ¿Cómo, queriendo escribir, ignora los engaños corrientes de la sociedad? Si mi prima ha dado la impresión de que le sacrificaba a usted en favor de la Garza, ¿acaso no era preciso hacerlo para utilizar esta influencia en provecho suyo?, ya que nuestro hombre está muy bien visto por el actual Gobierno; por ello le hemos demostrado que hasta cierto punto sus ataques le eran de provecho a fin de poder reconciliarse los dos un día. Châtelet se ha visto recompensado por la persecución sufrida. Como les decía Des Lupeaulx a los ministros: mientras los periódicos ponen en

ridículo a Châtelet, no se ocupan del Gobierno.

—Monsieur Blondet me dio esperanzas de que tendría el gusto de verle por mi casa —dijo la condesa de Montcornet, durante el tiempo que la marquesa dejó a Lucien con sus reflexiones—. Conocerá allí a algunos artistas, a escritores y a una mujer que tiene un gran interés en conocerle, mademoiselle des Touches, uno de esos raros talentos entre las personas de nuestro sexo y en cuya casa sin duda será recibido. Mademoiselle des Touches, Camille Maupin, si lo prefiere, tiene uno de los salones más notables de París, es asombrosamente rica, le han dicho que es usted tan apuesto como inteligente y se muere de ganas de conocerle.

Lucien no pudo sino deshacerse en agradecimientos y dirigió a Blondet una mirada de envidia. Entre una mujer del tipo y la clase de la condesa de Montcornet y Coralie existía la misma diferencia que entre Coralie y una buscona. Aquella condesa, joven, bonita e inteligente, tenía, como rasgo de belleza particular, la excesiva blancura de las mujeres del Norte; su madre era, de soltera, la princesa Scherbellof; por ello el diplomático, antes de la cena, le había prodigado sus más respetuosas atenciones. En aquel momento la marquesa acababa de mordisquear con aire desdeñoso un ala de pollo.

— ¡Mi pobre Louise! —dijo a Lucien—. ¡Le quería tanto! Me había confiado el espléndido futuro con el que soñaba para usted; habría soportado muchas cosas, pero ¡qué desprecio le hizo usted devolviéndole sus cartas! Perdonamos las ofensas, porque quien nos ofende nos sigue queriendo, ¡pero la indiferencia! La indiferencia es como el hielo de los polos, lo ahoga todo. Vamos, admítalo, ha perdido un tesoro por su culpa. ¿Por qué romper? Y aunque hubiera sido usted desdeñado, ¿no tiene que pensar en hacer fortuna y en recuperar su apellido? Louise pensaba en todo eso.

— ¿Y por qué no me dijo nada, entonces? —preguntó Lucien.

— ¡Ah, Dios mío! Fui yo quien le aconsejé que no le hiciera partícipe de sus planes. Mire, dicho sea entre nosotros, al verle tan poco hecho a la práctica del mundo, le temía; temía que su inexperiencia y su atolondramiento mandaran al traste todas sus expectativas y nuestros planes. ¿Se ve capaz ahora de acordarse de cómo era usted? Confiéselo. Estaría usted de acuerdo conmigo si viera hoy a su doble. Ya no se parecen en nada. Ese ha sido nuestro único error. Pero sólo se encuentra un hombre entre mil que reúna tanto talento y una capacidad de adaptación tan asombrosa. Nunca habría creído que fuese usted una excepción tan sorprendente. Su metamorfosis ha sido tan rápida, se ha habituado tan fácilmente a las maneras parisienses que no le reconocí hace un mes en el Bois de Boulogne.

Lucien escuchaba a esta gran dama con indecible placer: acompañaba sus halagadoras palabras de un tono tan convencido, tan ingenuo, tan pícaro, y parecía tan profundamente interesada en él, que se creyó frente a un prodigio semejante al de su primera noche en el Panorama-Dramatique. Desde aquella noche feliz, todo el mundo le sonreía, atribuía a su juventud el poder de un talismán, y quiso entonces poner a prueba a la marquesa, prometiéndose no dejarse sorprender.

— ¿Y cuáles eran, pues, señora, esos planes, que hoy no son más que quimeras?

—Louise quería conseguir del rey una real orden que le permitiera llevar el apellido y el título de Rubempré. Quería enterrar el Chardon. Este primer éxito, tan fácil de obtener entonces, y que ahora sus opiniones hacen poco menos que imposible, habría representado la fortuna para usted. Quizá tache estas ideas de visiones y futesas, pero conocemos un poco la vida y sabemos lo que vale un título de conde llevado por un elegante y encantador joven. Pruebe si no a anunciar aquí, delante de alguna joven inglesa millonaria o delante de alguna heredera: «monsieur Chardon», o «el señor conde de Rubempré»,

y verá la diferencia. Las reacciones serían muy distintas. Aunque estuviera endeudado, el conde encontraría los corazones abiertos, y su belleza se vería realizada como un diamante sobre una rica montura. Nadie, en cambio, haría caso a monsieur Chardon. No hemos sido nosotros quienes hemos creado estas ideas, pero las vemos reinar por doquier, incluso entre los burgueses. Da usted en estos momentos la espalda a la fortuna. Vea a ese apuesto joven, el vizconde Félix de Vandenesse, que es uno de los dos secretarios privados del rey. El soberano estima mucho a los jóvenes con talento, y él, cuando llegó de su provincia, no traía más equipaje que usted; es usted mil veces más inteligente que él; pero ¿pertenece a una gran familia?, ¿tiene un apellido? Conoce usted a Des Lupeaulx, su apellido se parece al suyo, se llama Chardin, pero no vendería ni por un millón su finca de los Des Lupeaulx, algún día será conde Des Lupeaulx y su nieto quizá llegue a ser un gran señor. Si se empeña en continuar por el camino equivocado que ha tomado, está perdido. ¡Fíjese cuánto más inteligente y sensato que usted es monsieur Émile Blondet!, está en un periódico que apoya al poder, está bien visto por todos los poderosos del momento, puede alternar sin peligro con los liberales; piensa con sentido; así tarde o temprano llegará alto, pues ha sabido elegir tanto sus opiniones como sus protectores. Esta linda dama que tiene a su lado es una Troisville, que cuenta con dos pares de Francia y dos diputados en su familia; ha hecho un matrimonio ventajoso gracias a su apellido; recibe mucho, y pondrá con su influencia a todo el mundo político al servicio de este señor Émile Blondet. ¿Adónde le llevará a usted una Coralie? A acabar completamente endeudado y hastiado de los placeres de aquí a unos pocos años. Desperdicia su amor y arruina su vida. Esto es lo que me decía el otro día en la Ópera la mujer a quien se divierte usted en zaherir. Al deplorar el derroche inútil que hace de su talento y de su hermosa juventud, no pensaba en ella, sino en usted.

— ¡Ah, señora, si dijera usted la verdad! —exclamó Lucien.

— ¿Qué interés podría tener yo en mentirle? —dijo la marquesa lanzando a Lucien una mirada altiva y fría que le devolvió a la nada.

Lucien, desconcertado, no reanudó la conversación, y la marquesa, ofendida, no le volvió a dirigir la palabra. Se sintió herido, pero reconoció que había cometido por su parte una torpeza y decidió subsanarla. Se volvió hacia madame de Montcornet y le habló de Blondet ponderando los méritos de este joven escritor. Fue bien acogido por la condesa, quien le invitó, a una indicación de madame d'Espard, a su próxima reunión, preguntándole si no vería con agrado a madame de Bargeton, la cual, a pesar de su luto, asistiría a ella; no se trataba de una fiesta de gala, sino de su habitual reunión entre amigos.

—La señora marquesa —dijo Lucien— afirma que toda la culpa fue mía, por lo que ¿no le corresponde a su prima ser buena conmigo?

—Cese los ataques ridículos de los que la hace objeto, y que además la comprometen enormemente con un hombre del que ella se mofa, y pronto habrán hecho las paces. Me han dicho que se ha creído usted engañado por ella, pero yo la he visto muy triste por su abandono. ¿Es cierto que dejó su provincia con usted y por usted?

Lucien miró a la condesa sonriendo, sin atreverse a responder.

— ¿Cómo puede desconfiar de una mujer que ha sido capaz de hacer semejantes sacrificios por usted? Y además, bella e inteligente como es, debería ser amada a pesar de todo. Madame de Bargeton le quería sobre todo por su talento. Créame, las mujeres gustan más de la inteligencia que de la belleza —dijo mirando con disimulo a Émile Blondet.

Lucien reconoció en el palacete del diplomático toda la diferencia que existe entre el gran mundo y el mundo bohemio en el que vivía desde hacía algún tiempo. No había comparación, ningún punto de contacto entre el fasto de uno y del otro. La altura y disposición de las estancias en esa casa, una de las más suntuosas del faubourg Saint-Germain, los dorados antiguos de los salones, la magnificencia de la decoración, la sobria riqueza de los adornos, todo era extraño y nuevo para él, pero se había acostumbrado ya rápidamente al lujo, y por ello no pareció sorprendido. No había en su actitud nada de fatua seguridad o complaciente servilismo. El poeta causó una buena impresión y gustó a quienes no tenían motivo alguno para serle hostiles, como era el caso de los jóvenes envidiosos de su repentina entrada en el gran mundo, de sus éxitos y de su belleza. Al levantarse de la mesa, ofreció el brazo a madame d'Espard, quien lo aceptó. Al ver a Lucien cortejado por la marquesa de Espard, Rastignac fue a recordarle su paisanaje y su primer encuentro en casa de madame du Val-Noble. El joven noble pareció querer estrechar amistad con el gran hombre de su provincia, invitándole a almorzar en su casa cualquier mañana de éstas y ofreciéndose a presentarle a los jóvenes de moda. Lucien aceptó la proposición.

—También estará nuestro querido amigo Blondet —le dijo Rastignac.

El diplomático se unió al grupo formado por el marqués de Ronquerolles, el duque de Rhétoré, De Marsay, el general Montriveau, Rastignac y Lucien.

—Muy bien —le dijo a Lucien con esa bonhomía alemana que disimulaba su temible astucia—; ha hecho las paces con madame d'Espard, que está encantada con usted, y todos nosotros sabemos —dijo mirando a los que le rodeaban— lo difícil que es de complacer.

—Sí, pero ella adora la inteligencia —dijo Rastignac—, y mi ilustre paisano tiene para dar y vender.

—No tardará en reconocer lo mal que está invirtiendo la suya —dijo vivamente Blondet—; entonces vendrá con nosotros y no tardará en ser uno de los nuestros.

Aquella frase desencadenó un coro de réplicas. Los hombres de cierta edad lanzaron algunas frases profundas en tono despótico, mientras que los jóvenes hicieron burla del partido liberal.

—Estoy seguro de que ha echado a cara o cruz —dijo Blondet— si se inclina por la derecha o por la izquierda, pero ahora elegirá.

Lucien se echó a reír recordando su escena en el Luxemburgo con Lousteau.

—Ha tomado por guía —prosiguió Blondet— a un tal Étienne Lousteau, un espadachín de un pequeño periódico que ve un franco en una columna y cuya política consiste en creer en la vuelta de Napoleón y, en lo que me parece aún más estúpido, en la gratitud y en el patriotismo de los señores de la izquierda. Como Rubempré que es, las simpatías de Lucien no pueden ser sino aristocráticas; como periodista, debe inclinarse a favor del poder; si no, no será nunca ni Rubempré ni secretario general.

Lucien, a quien el diplomático había propuesto jugar al whist, despertó la más viva sorpresa cuando confesó que no conocía el juego.

—Amigo mío —le dijo Rastignac al oído—, venga temprano a mi casa el día que quiera almorzar de penitencia y le enseñaré a jugar al whist; deshonra a nuestra real villa de Angulema, y sólo le citaré una frase de Talleyrand, quien decía que si no conoce ese juego le espera una vejez muy triste.

Anunciaron a Des Lupeaulx, un maître des requêtes que prestaba servicios secretos al Gobierno, hombre astuto y ambicioso que andaba metido en todo. Saludó a Lucien, con quien se había encontrado

ya en casa de madame du Val-Noble, y ostentó un aire amigable destinado a engañarle. Al encontrar allí al joven periodista, aquel hombre que en política se hacía amigo de todo el mundo para no verse sorprendido por nadie, comprendió que Lucien iba a conseguir en el gran mundo tanto éxito como en la literatura. Reconoció en el poeta a un ambicioso, y se prodigó en muestras y declaraciones de amistad y de interés para hacerse pasar por un viejo amigo y engañar a Lucien sobre el verdadero valor de sus promesas y de sus palabras. Des Lupeaulx tenía por principio conocer bien a las personas en las que reconocía posibles rivales, para poder deshacerse más fácilmente de ellos. Lucien, por tanto, fue bien acogido por el gran mundo. Comprendió lo mucho que le debía al duque de Rhétoré, al diplomático, a madame d'Espard y a madame de Montcornet. Fue a hablar unos momentos con cada una de aquellas señoras antes de marcharse, y derrochó con ellas todos los encantos de su ingenio.

— ¡Qué fatuidad! —dijo Des Lupeaulx a la marquesa cuando Lucien les hubo dejado.

—Se estropeará antes de madurar —dijo De Marsay sonriendo a la marquesa—. Debe de tener usted razones ocultas para hacerle perder la cabeza así.

Lucien encontró a Coralie al fondo de su coche en el patio; había venido a esperarle; Lucien se sintió conmovido por esta atención y le contó la velada. Para su gran asombro, la actriz aprobó las nuevas ideas que ya comenzaban a rondar la cabeza de Lucien y le animó vivamente a enrolarse bajo la bandera gubernamental.

—Con los liberales sólo te buscarás problemas, pues son unos conspiradores, han matado al duque de Berry. ¿Derribarán al Gobierno? ¡Nunca! Estando con ellos no llegarás a nada, mientras que, con los otros, llegarás a ser conde de Rubempré. Puedes hacer favores, ser nombrado par de Francia, casarte con una mujer rica. Hazte ultra. Además, es más distinguido —añadió lanzando esta frase que para ella era la razón suprema—. La Val-Noble, en cuya casa he comido, me ha dicho que Théodore Gaillard va a fundar su pequeño periódico realista, llamado Le Réveil, para responder a los sarcasmos del vuestro y del Miroir. De creerle, monsieur de Villèle y su partido estarán en el Gobierno antes de un año. Trata de aprovecharte de este cambio uniéndote a ellos mientras no son aún nada; pero no le digas nada a Étienne ni a tus amigos, que serían capaces de jugarte una mala pasada.

Ocho días después, Lucien fue a la reunión en casa de madame de Montcornet, donde experimentó una violenta emoción al volver a ver a la mujer que tanto había amado y a la que había traspasado el corazón con sus chanzas. También Louise había experimentado un gran cambio. Se había convertido en aquella gran dama que habría sido de no haber vivido en provincias. La gracia y el estilo con que llevaba el luto dejaban adivinar una viuda feliz. Lucien pensó que era en parte la causa de aquella coquetería, y no se equivocaba; pero era como un ogro que hubiese probado la carne fresca y durante toda aquella velada permaneció indeciso entre la bella, enamorada y voluptuosa Coralie, y la seca, altiva y desdeñosa Louise. No se decidía a tomar partido, a sacrificar la actriz a la gran dama. Madame de Bargeton, que sentía renacer su amor por Lucien al verlo tan apuesto e ingenioso, esperó toda la tarde ese sacrificio. Pero no obstante sus palabras insinuantes y sus visajes coquetones, salió trasquilada, y abandonó el salón con un irrevocable deseo de venganza.

—Muy bien, mi querido Lucien —le dijo con una bondad llena de gracia parisiense y de nobleza—, habías de ser mi orgullo y me has convertido en tu primera víctima. Te he perdonado, niño mío, pensando que en esa venganza quedaba un poco de amor.

Con esta frase, dicha en un tono regio, madame de Bargeton reconquistaba su posición de otro tiempo, mientras que Lucien, que se creía cargado de mil razones, quedaba en falso. No se habló ni de

la terrible carta de adiós con la que él había roto, ni de los motivos de la ruptura. Las mujeres del gran mundo tienen un maravilloso talento para minimizar sus errores, bromeando sobre ellos. Pueden y saben borrarlo todo con una sonrisa, con una pregunta que adopta un tono de sorpresa. No se acuerdan de nada, tienen una explicación para todo, se sorprenden, preguntan, comentan, exageran, discuten y terminan por eliminar sus errores igual que una pequeña mancha desaparece con un poco de jabón; sabíais que eran negras, y en un instante se vuelven blancas e inmaculadas. En cuanto a vosotros, podéis sentirlos afortunados si no os descubris culpables de algún crimen imperdonable. En un momento, Lucien y Louise sintieron renacer sus ilusiones comunes de otro tiempo y hablaban como dos viejos amigos; pero Lucien, ebrio de vanidad satisfecha, ebrio de Coralie, que, admitámoslo, le hacía la vida fácil, no fue capaz de responder con claridad a esta frase que Louise acompañó con un suspiro de duda: «¿Eres feliz?». Un «no» melancólico le habría sacado del paso. En cambio, creyó ser inteligente dando una explicación sobre Coralie; confesó que era amado por lo que era; en resumen, todas las sandeces del hombre enamorado. Madame de Bargeton se mordió los labios. No hubo nada más que decir. Madame d'Espard fue a sentarse al lado de su prima, acompañada por madame de Montcornet. Lucien se sintió, por así decir, el héroe del día: fue halagado, mimado, festejado por aquellas tres mujeres que le enredaron con consumada pericia. El éxito que obtuvo en ese gran mundo no fue menor que el conseguido en el periodismo. Labella mademoiselle des Touches, tan famosa bajo el nombre de Camille Maupin, y que madame d'Espard y madame de Bargeton presentaron a Lucien, le invitó a cenar uno de sus miércoles, y pareció impresionada por aquella belleza tan justamente famosa. Lucien trató de demostrar que era todavía más inteligente que apuesto. Mademoiselle des Touches testimonió su admiración con esa cándida jovialidad y ese bonito entusiasmo de amistad superficial que engaña a todos los que no conocen a fondo la vida parisiense, en la que la costumbre y la abundancia de placeres vuelve a uno tan ávido de novedades.

—Si le gustara tanto como ella me gusta a mí —dijo Lucien a Rastignac y a De Marsay—, abreviaríamos la novela...

—Son los dos bastante buenos escribiéndolas como para querer hacer una juntos —respondió Rastignac—. ¿Es posible amarse entre escritores? Siempre llega un momento en que se lanzan frases punzantes.

—No sería un mal partido —le dijo riendo De Marsay—. Es cierto que esa encantadora muchacha tiene treinta años, pero no lo es menos que cuenta con casi ochenta mil libras de renta. Es adorablemente caprichosa, y su belleza es de las que resisten al paso del tiempo. Coralie es una tontita, mi querido amigo, está muy bien para darse tono, porque todo buen mozo que se precie ha de tener una querida; pero si no hace una buena conquista en el gran mundo, la actriz a la larga le perjudicará. Vamos, amigo mío, ocupe la plaza de Conti, que ahora cantará con Camille Maupin. Siempre la poesía ha tenido prioridad sobre la música.

Cuando Lucien hubo oído a mademoiselle des Touches y a Conti, sus esperanzas se esfumaron.

—Conti canta demasiado bien —le dijo a Des Lupeaulx y volvió con madame de Bargeton, quien le llevó al salón donde se encontraba la marquesa de Espard.

—Entonces —preguntó madame de Bargeton a su prima—, ¿no quiere hacer algo por él?

—Pero antes monsieur Chardon —respondió la marquesa con un aire a la vez dulce e impertinente— debe situarse bien para permitir a sus protectores apoyarle. Si quiere obtener la real orden que le permita cambiar el plebeyo apellido de su padre por el de su madre, debe ser al menos de los nuestros.

—Antes de dos meses lo habré arreglado todo —dijo Lucien.

—Muy bien —añadió la marquesa—; veré a mi padre y a mi tío, que están al servicio del rey, para que le hablen de usted al canciller.

El diplomático y las dos damas habían intuido perfectamente el punto flaco de Lucien. Seducido por el prestigio aristocrático, el poeta sentía una mortificación indecible al oírse llamar Chardon, cuando en los salones no veía otra cosa que entrar personajes que llevaban apellidos sonoros engastados en títulos nobiliarios. Este dolor se repitió en todos los salones en que puso los pies durante aquellos días. Y cuando volvía a su trabajo, al día siguiente de haber estado en el gran mundo, donde hacía buen papel con el carruaje y los lacayos de Coralie, experimentaba, por otra parte, una sensación no menos desagradable. Aprendió a montar a caballo para poder galopar al lado de la portezuela de los coches de madame d'Espard, de mademoiselle des Touches y de la condesa de Montcornet, privilegio que tanto había envidiado a su llegada a París. Finot se sintió encantado de proporcionar a su mejor redactor un pase de favor para la Ópera, donde Lucien perdió muchas noches, pero pertenecía a partir de entonces al mundo especial de los elegantes de aquella época. Y aunque el poeta devolvió a Rastignac y a sus elegantes amigos un soberbio almuerzo, cometió el error de darlo en casa de Coralie, pues era demasiado joven, demasiado poeta y demasiado confiado para conocer determinados matices de comportamiento: una actriz, excelente muchacha, pero sin educación, ¿podía proporcionarle alguna enseñanza sobre la vida? El provinciano demostró de la manera más evidente a aquellos jóvenes tan mal dispuestos para con él todos los inconvenientes de aquella relación que cualquier joven envidia en secreto y censura en público. Aquella misma noche fue precisamente Rastignac quien hizo de ella el blanco de sus ocurrencias más crueles, a pesar de que se mantuviera en el gran mundo gracias a recursos tales, pero estando tan pendiente de guardar las apariencias que podía hacer pasar las calumnias por maledicencias. Lucien aprendió muy pronto a jugar al whist. El juego se convirtió en una pasión para él. Coralie, a fin de evitar cualquier rivalidad, en vez de desaprobarlo, favorecía su vida disipada con la típica ceguera de los sentimientos exclusivos, que no ven nunca más allá del presente y que lo sacrifican todo, incluso el futuro, al placer del momento. El verdadero amor tiene muchas cosas en común con la infancia: tiene su irreflexión, su imprudencia, su disipación, su risa y sus lágrimas.

Florece en aquel entonces un tipo de jóvenes ricos o pobres, todos ociosos, llamados «vividores», y que, en efecto, vivían con increíble despreocupación, dedicados sobre todo a comer, y más aún a beber. Eran todos grandes manirroto, se divertían en gastar bromas muy pesadas y vivían no loca, sino desenfrenadamente, sin retroceder ante nada y alardeando de sus fechorías, que no rebasaban en cualquier caso determinados límites; sus barrabasadas eran tan ingeniosas que era imposible no perdonárselas. No hay nada que demuestre más claramente la esclavitud a la que había condenado la Restauración a la juventud. No sabiendo en qué emplear sus energías, los jóvenes no sólo las invertían en el periodismo, en conspiraciones, en la literatura y en el arte, sino que las derrochaban también en los excesos más extraños, tan rica era la savia y tan lujuriantes los recursos de la joven Francia. Quien trabajaba quería el poder y el placer; quien se dedicaba al arte quería la riqueza, y el ocioso quería algo que encendiese sus pasiones; sea como fuese, esta juventud quería un lugar en la sociedad, y la política se lo negaba en todas partes. Casi todos los vividores poseían dotes extraordinarias; algunos las han echado a perder con esa vida enervante, pero otros han sabido conservarlas. Rastignac, el más célebre de estos vividores, el de más talento, ha acabado haciendo, gracias a De Marsay, una seria carrera en la que se ha distinguido. Las chuscadas de estos jóvenes se han hecho tan famosas que han inspirado varios vodeviles. Lucien, introducido por Blondet en aquel círculo de libertinos, fue uno de sus más brillantes adeptos junto con Bixiou, uno de los espíritus más malignos y el más incansable burlón de la

época. Durante todo el invierno, la vida de Lucien fue, pues, un prolongado estado de ebriedad sólo interrumpido por los fáciles trabajos del periodismo; continuó con la serie de sus pequeños artículos, e hizo grandes esfuerzos por escribir ocasionalmente algún buen artículo de crítica concienzuda. Pero el estudio era una excepción y el poeta se dedicaba a él sólo obligado por la necesidad: las comidas, las cenas, las fiestas, las veladas mundanas y el juego ocupaban todo su tiempo, y Coralie absorbía el resto. Lucien se negaba a pensar en el mañana. Veía, por otra parte, que también sus presuntos amigos se comportaban de igual modo, y se mantenían gracias a lucrativos folletos de los editores y a las retribuciones por determinados artículos necesarios para apoyar operaciones arriesgadas, comiéndoselo todo y despreocupándose del porvenir. Una vez admitido en el mundo del periodismo y de la literatura en pie de igualdad, Lucien se dio cuenta de las enormes dificultades que tendría que vencer para poder ascender: si bien todos consentían en ser sus iguales, nadie le quería por encima de él. Así, poco a poco, terminó por renunciar a la gloria literaria, creyendo más fácil conseguir el éxito político.

—La intriga despierta menos pasiones contrarias que el talento, pues sus sordos manejos no llaman la atención de nadie —le dijo un día Châtelet, con quien Lucien se había reconciliado—. La intriga es, además, superior al talento: crea cualquier cosa de la nada, mientras que la mayor parte de las veces los inmensos recursos del talento no sirven más que para hacer al hombre desgraciado.

Haciendo esta vida en la que siempre el día siguiente pisaba los talones a la víspera en medio de una orgía y no encontraba nunca el trabajo prometido, Lucien persiguió su objetivo principal: era asiduo del gran mundo, cortejaba a madame de Bargeton, a la marquesa de Espard y a la condesa de Montcornet, sin faltar a ninguna de las veladas de mademoiselle des Touches; se presentaba en sociedad antes de una fiesta, o bien después de una cena dada por algún autor o editor; y dejaba los salones por una cena, fruto de cualquier apuesta; el gusto por la conversación parisiense y el juego le absorbían las escasas ideas y energías que le quedaban de sus excesos. El poeta perdió esa lucidez mental y esa frialdad indispensables para observar el mundo de su alrededor y para desplegar el exquisito tacto de que deben hacer gala los arribistas en todo momento; ya no conseguía reconocer los momentos en que madame de Bargeton buscaba una aproximación o se alejaba de él ofendida, le perdonaba o le condenaba de nuevo. Châtelet, viendo cuántas probabilidades de éxito le quedaban aún a su rival, se hizo amigo de Lucien para mantenerlo en la disipación en la que se consumían todas sus energías. Y Rastignac, celoso de su paisano, y que encontraba además en el barón un aliado más seguro y más útil que Lucien, abrazó la causa de Châtelet. Por ello, días después del encuentro del Petrarca y de la Laura de Angulema, Rastignac había reconciliado al poeta y al antiguo lechuguino del Imperio en medio de una magnífica cena en el Rocher de Cancale. Lucien, que había adquirido la costumbre de regresar a casa de madrugada y se levantaba a mediodía, era incapaz de resistirse a un amor estable y siempre a mano. De modo que la fuerza de su voluntad, constantemente debilitada por una pereza que lo hacía indiferente a las grandes resoluciones tomadas en los momentos en que veía su situación bajo su verdadera luz, se anuló por completo y no tardó en ser incapaz de reaccionar incluso ante las más fuertes presiones de la miseria. Tras haberse sentido muy feliz de ver a Lucien divirtiéndose, y animándole a seguir con ello, viendo en esta disipación una garantía para una unión duradera y los vínculos que con las necesidades le creaba, la dulce y tierna Coralie tuvo la valentía de recomendar a su amante que no olvidara el trabajo, y se vio en la obligación de decirle que durante el mes había ganado muy poco. Los amantes se endeudaron con terrible rapidez. Los últimos mil quinientos francos recibidos por Las margaritas y los primeros quinientos francos ganados por Lucien habían sido rápidamente dilapidados. En tres meses, sus artículos no le habían reportado al poeta más de mil francos, no obstante tener la impresión de haber trabajado como un negro. Pero en cuanto a las deudas, Lucien había adoptado la cómoda filosofía de los

vividores. A los veinticinco años es excusable tener deudas, más tarde nadie las perdona. Es de notar que ciertos temperamentos en verdad poéticos, pero de flaca voluntad, ocupados en sentir para expresar sus sensaciones en imágenes, carecen esencialmente del sentido moral que debe acompañar a toda observación. Los poetas prefieren recibir ellos las impresiones a penetrar en las ajenas para estudiar el mecanismo de los sentimientos. Por ello Lucien no se preocupó de preguntar a los vividores qué fin tenían aquellos que desaparecían de la circulación, ni tampoco se daba cuenta de que aquellos presuntos amigos tenían todos un porvenir asegurado, uno una herencia, el otro esperanzas ciertas de tenerla, un tercero un talento reconocido o una confianza absoluta en su buena estrella y el propósito premeditado de infringir las leyes. Lucien creyó en su porvenir fiándose de estos profundos axiomas de Blondet: «Al final todo se arregla». «Nada pierde quien nada tiene.» «Nada tenemos que perder, salvo el golpe de fortuna que esperamos.» «Quien se deja llevar por la corriente llega siempre a alguna parte.» «Un hombre inteligente, que entra en el gran mundo, hace fortuna cuando quiere.»

Théodore Gaillard y Hector Merlin pasaron aquel invierno, colmado de tantas diversiones, buscando los capitales para fundar LeRéveil, cuyo primer número no apareció hasta marzo de 1822. El asunto era discutido en casa de madame du Val-Noble. Esta cortesana elegante e inteligente, que mientras enseñaba sus magníficas estancias decía: «¡He aquí las cuentas de Las mil y una noches!», ejercía cierta influencia sobre los banqueros, los grandes señores y los escritores del partido realista, acostumbrados todos a reunirse en su salón para tratar de determinados asuntos que sólo podían ser tratados allí. Hector Merlin, a quien había sido prometido el puesto de redactor jefe de Le Réveil, había de tener como brazo derecho a Lucien, que se había convertido en su amigo íntimo, y a quien se prometía también el feuilleton de un periódico gubernamental. Este cambio de frente en la posición de Lucien iba gestándose sordamente en medio de las diversiones de su vida. El muchacho se creía un gran político por disimular este golpe de efecto y contaba mucho con la largueza del Gobierno para sanear sus cuentas y disipar las secretas preocupaciones de Coralie. La actriz, siempre sonriente, disimulaba su inquietud; pero Bérénice, más atrevida, le hablaba de ello a Lucien. Como todos los poetas, el gran hombre en cierne se lamentaba momentáneamente por los desastres, prometía trabajar, olvidaba su promesa y ahogaba en francachelas esta preocupación pasajera. Los días en que Coralie veía ensombrecerse el semblante de su amante, regañaba a Bérénice y le decía a su poeta que todo se arreglaría. Madame d'Espard y madame de Bargeton esperaban la conversión de Lucien para mandar a Châtelet a ver al ministro con el fin de solicitar la tan ansiada real orden para el cambio de apellido. Lucien había prometido dedicar sus Margaritas a la marquesa de Espard, que parecía muy halagada por una distinción que tan rara se ha vuelto desde que los escritores se han transformado en un instrumento de poder. Cuando Lucien iba por la noche a casa de Dauriat para interesarse por su libro, el editor siempre encontraba alguna excelente razón para retrasar su publicación. Siempre había algún otro asunto que le absorbía todo el tiempo, o estaba a punto de aparecer un nuevo libro de Canalis y era mejor no indisponerse con él, o estaban ya en la imprenta las segundas Meditaciones de Lamartine y no debían de coincidir dos importantes obras de poesía. Además, el autor debía confiar en el criterio de su editor. Sin embargo, los apuros económicos de Lucien se habían vuelto tan acuciantes que tuvo que recurrir a Finot, el cual le hizo algunos adelantos a cuenta de sus artículos. Cuando por las noches el poeta-periodista explicaba durante la cena su situación a sus amigos vividores, éstos ahogaban sus escrúpulos con ríos de champán, enfriado con las chanzas. ¡Las deudas! ¡No hay hombre importante que no las tenga! Las deudas representan necesidades satisfechas, vicios exigentes. Un hombre no alcanza el éxito si no se ve oprimido por la férrea mano de la necesidad.

— ¡A los grandes hombres, el Monte de Piedad les está agradecido! —le gritó Blondet.

—Quererlo todo es deberlo todo —decía Bixiou.

—No, deberlo todo es haberlo tenido todo —replicaba Des Lupeaulx.

Sabían demostrarle los vividores a ese joven que sus deudas serían la espuela de oro con que acicatearía a los caballos enganchados al carro de su fortuna. ¡Y luego, como siempre, se sacaba a relucir el caso de César con sus cuarenta millones de deudas, y el de Federico II que recibía de su padre un ducado al mes, y siempre los célebres y corruptores ejemplos de los grandes hombres mostrados en sus vicios y no en la omnipotencia de su valor y de sus grandes ideas! Al final varios acreedores embargaron el coche, los caballos y el mobiliario de Coralie por unas sumas cuyo montante ascendía a los cuatro mil francos. Cuando Lucien recurrió a Lousteau para pedirle que le devolviera los mil francos prestados, Lousteau le enseñó papeles timbrados que acreditaban una situación en casa de Florine análoga a la de Coralie; pero Lousteau, agradecido, le propuso hacer las gestiones necesarias para encontrarle editor para su libro El arquero de Carlos IX.

— ¿Cómo ha llegado Florine a ese punto? —preguntó Lucien.

—El tal Matifat se ha asustado —respondió Lousteau—; le hemos perdido, pero, si Florine quiere, pagará cara su traición. Ya te lo contaré otro rato de éstos.

Tres días después de aquel paso inútil de Lucien yendo a casa de Lousteau, los dos amantes desayunaban tristemente al amor del fuego de su bonita alcoba; Bérénice les había hecho unos huevos al plato en la chimenea, porque la cocinera, el cochero y el resto de criados se habían despedido. Era imposible poder disponer del mobiliario embargado. Ya no quedaba en la casa ningún objeto de oro o plata, o de particular valor. En su lugar había otros tantos resguardos del Monte de Piedad, que formaban un pequeño volumen en octavo muy instructivo. Bérénice había conservado dos cubiertos. El pequeño periódico prestaba una inapreciable ayuda a Lucien y a Coralie al permitirles conservar el sastre, la modista y la costurera, que temblaban ante la sola idea de contrariar a un periodista que podía desacreditar sus negocios. Lousteau llegó durante el desayuno exclamando:

— ¡Hurra! ¡Viva El arquero de Carlos IX! He sacado cien francos revendiendo libros, amigos míos —dijo—, repartámonoslos.

Dio cincuenta francos a Coralie y mandó a Bérénice a por un sustancioso almuerzo.

—Ayer, Hector Merlin y yo cenamos con unos editores, y preparamos la venta de tu novela mediante hábiles insinuaciones. Estás en tratos con Dauriat, pero regatea, no quiere pagar más de cuatro mil francos por dos mil ejemplares, y tú quieres seis mil. Te hemos hecho dos veces más grande que Walter Scott. ¡Oh! ¡Llevas dentro novelas incomparables! No ofreces un libro, sino un negocio; no eres el autor de una novela más o menos ingeniosa, ¡serás una colección entera! Esta palabra, colección, ha causado efecto. Por tanto no olvides tu papel, tienes en cartera: La gran Mademoiselle o Francia bajo Luis XIV; Cotillon I o los primeros días de Luis XV; La reina y el cardenal o cuadro de París bajo la Fronza; Los hijos de Concini o una intriga de Richelieu. Estos títulos se anunciarán en la cubierta. Es lo que nosotros llamamos dar el pego con un éxito. Se destacan los títulos en la cubierta hasta que se hacen famosos, momento en que se llega a ser más grande por las obras aún no escritas que por las que en realidad se han escrito. ¡El «en prensa» se ha convertido en la hipoteca literaria! ¿Nos lo tomamos, pues, un poco a risa? Aquí tenéis champán. Como comprenderás, Lucien, nuestros hombres han puesto unos ojos como platos... A propósito, ¿tienes aún platos?

—Los han embargado —exclamó Coralie.

—Comprendo y prosigo —dijo Lousteau—. Los editores creerán en la existencia de todos tus originales en cuanto vean uno solo. En la edición se pide ver el original manuscrito, y se tiene la pretensión de leerlo. Dejemos a los editores su fatuidad: nunca leen los libros, pues de lo contrario no publicarían tantos. Hector y yo hemos dado a entender que por cinco mil francos les concederías tres mil ejemplares en dos ediciones. Dame el manuscrito de El arquero, pues pasado mañana comemos con los editores y se lo colocamos.

— ¿Quiénes son? —preguntó Lucien.

—Dos socios, dos buenos chicos, bastante decididos en los negocios, que se llaman Fendant y Cavalier. El primero trabajaba para la casa Vidal y Porchon como encargado, y el otro es el más hábil viajante del quai des Augustins, los dos establecidos por su cuenta desde hace un año. Después de haber perdido algún dinero publicando novelas traducidas del inglés, mis dos valientes quieren aventurarse con la novela autóctona. Corre el rumor de que estos dos comerciantes de papel emborronado no arriesgan sino capitales ajenos, pero supongo que a ti te importa muy poco saber de dónde sale el dinero que te vayan a pagar.

Dos días después, los dos periodistas estaban invitados a comer en la rue Serpente, en el antiguo barrio de Lucien, donde Lousteau seguía conservando su habitación de la rue de La Harpe; y Lucien, que pasó a recoger a su amigo, la encontró en el mismo estado que al entrar en ella por primera vez, la tarde de su presentación en el mundo literario, pero ya no se sorprendió: su educación le había iniciado en las vicisitudes de la vida de los periodistas, y se esperaba cualquier cosa. El gran hombre de provincias había recibido, se había jugado y perdido la remuneración de más de un artículo, perdiendo, además, las ganas de hacerlos; había escrito más de una columna siguiendo los procedimientos ingeniosos que le había enseñado Lousteau mientras bajaban por la rue de La Harpe hacia el Palais-Royal. Tras caer bajo la dependencia de Barbet y de Braulard, traficaba con libros y entradas de teatros; en fin, no retrocedía ya ante ningún elogio ni ante ningún ataque; en aquel momento incluso sentía una especie de alegría de poder sacarle a Lousteau todo el jugo posible antes de dar la espalda a los liberales, a quienes se proponía atacar tanto mejor cuanto que los había estudiado muy a fondo. Por su parte, Lousteau recibía, a costa de Lucien, una suma de quinientos francos en metálico que Fendant y Cavalier le pagarían en concepto de comisión por haber conseguido a este futuro Walter Scott a los dos editores en busca de un Scott francés.

La casa Fendant y Cavalier era una de esas casas editoriales fundadas sin ningún capital, como se fundaban tantas por aquel entonces, y como seguirán fundándose mientras los papeleros e impresores sigan fiando a los editores por el tiempo que se necesita para jugar seis o siete de esas manos de cartas llamadas publicaciones. Tanto entonces como ahora, se compraban las obras a los autores con letras de cambio a un vencimiento de seis, nueve y doce meses, y el pago dependía de cómo fueran las ventas, que eran liquidadas por los editores a un vencimiento más largo aún. Estos editores pagaban con la misma moneda a papeleros e impresores, los cuales tenían así durante un año en sus manos, gratis, toda una librería compuesta por una docena o una veintena de obras. Les bastaba con dos o tres éxitos para compensar pérdidas y conseguían mantenerse a flote sacando un libro tras otro. Pero si tropezaban con una serie de fracasos, o si la mala suerte quería que se encontraran con buenos libros que para venderse habían de esperar a ser degustados y apreciados por verdaderos lectores; si el descuento de sus efectos era excesivamente oneroso o sufrían pérdidas, se declaraban tranquilamente en quiebra, dado que estaban preparados de antemano para tal eventualidad. De ese modo, cualquier posibilidad les era favorable; se jugaban, en el tapete verde de la especulación, los fondos ajenos, y no los propios. Esta

misma era la situación de Fendant y Cavalier. Cavalier había aportado su competencia profesional, a la que Fendant había sumado su oficio. El capital social era merecedor justamente de este nombre, porque consistía en algunos miles de francos, ahorros reunidos a duras penas por sus amantes, y de los cuales uno y otro detraían unos sueldos bastante considerables y muy escrupulosamente gastados en cenas ofrecidas a periodistas y autores, y en espectáculos, que era donde, según ellos, se hacían los verdaderos negocios. Estos medio pícaros pasaban los dos por listos, pero Fendant era más astuto que Cavalier. Cavalier, haciendo honor a su nombre, viajaba, y Fendant dirigía los negocios en París. Esta asociación fue lo que siempre será entre dos editores: un duelo. Los socios ocupaban la planta baja de una de esas viejas mansiones de la rue Serpente, donde el despacho de la casa se encontraba al final de unos vastos salones transformados en almacenes. Habían publicado ya numerosas novelas, como *La torre del Norte*, *El mercader de Benarés*, *La fuente del sepulcro*, *Tekeli*, las novelas de Galt, autor inglés que no tuvo éxito en Francia. El éxito de Walter Scott despertaba tanto la atención del mundo de la edición sobre los productos de Inglaterra que todos los editores, como verdaderos normandos, estaban interesados en la conquista de Inglaterra; iban allí en busca de Walter Scotts, así como más tarde habían de ir en busca de asfalto en los terrenos pedregosos, de bitumen en los pantanos y de la obtención de beneficios con proyectos de líneas de ferrocarriles. Una de las mayores estupideces del comercio parisiense consiste en querer encontrar el éxito en las cosas similares, cuando éste está justamente en lo contrario. Sobre todo en París el éxito mata al éxito. Así, bajo el título de *Los Strelitz*, o *Rusia hace cien años*, Fendant y Cavalier insertaban con osadía en grandes caracteres la leyenda: «al estilo de Walter Scott». Fendant y Cavalier tenían sed de éxito: un buen libro podía servirles para dar salida a los fondos que se apilaban en su almacén; y se habían arregostado ante la perspectiva de poder contar con artículos en la prensa, condición entonces indispensable para vender los libros, pues es muy raro que un libro se compre por su valor intrínseco y casi siempre se publica por razones ajenas a su mérito. Fendant y Cavalier veían en Lucien al periodista, y en su libro una mercancía que con las primeras ventas les ayudaría a hacer frente a los vencimientos de final de mes. Los periodistas encontraron a los socios en su despacho, con el contrato ya listo y las letras de cambio firmadas. Esta rapidez dejó maravillado a Lucien. Fendant era un hombrecillo delgado, con una fisonomía más bien siniestra: tenía el aspecto de un calmuco, frente estrecha y baja, nariz chata, boca fina, negros ojillos avispados, un rostro de facciones angulosas, tez áspera y una voz que sonaba de modo parecido a una campana agrietada; en resumen, todas las trazas de un pillo redomado; pero compensaba todas estas desventajas con la melosidad de sus palabras y lograba sus fines mediante la conversación. Cavalier, un muchacho rechoncho a quien se hubiera tomado más por un postillón de diligencia que por su editor, era rubicundo de pelo, tenía el rostro de un rojo vivo, el cuello grueso y la eterna labia del viajante de comercio.

—No habrá necesidad de discutir —dijo Fendant dirigiéndose a Lucien y a Lousteau—. He leído la obra, es muy literaria, y nos interesa tanto que ya he enviado el manuscrito a la imprenta. El contrato ha sido redactado de acuerdo con lo convenido; por lo demás, respetamos siempre las condiciones estipuladas. Nuestras letras son a seis, nueve y doce meses; podrá descontarlas fácilmente y nosotros le reembolsaremos el descuento. Nos hemos reservado el derecho a cambiar el título, pues no nos gusta *El arquero de Carlos IX*, ya que no despierta lo suficiente la curiosidad del lector. Hemos tenido varios reyes que se llamaban Carlos, ¡y arqueros había muchos en la Edad Media! ¡Si al menos fuese *El soldado de Napoleón!*; pero ¿*El arquero de Carlos IX*? Cavalier se vería obligado a dar un curso de historia de Francia para colocar cada ejemplar en provincias.

— ¡Si supiera usted la gente con la que tenemos que tratar! —exclamó Cavalier.

—La noche de San Bartolomé sería mejor —continuó Fendant.

—Catalina de Médicis, o Francia bajo Carlos IX se parecería más a un título de Walter Scott —añadió Cavalier.

—En fin, lo decidiremos una vez impresa la obra —añadió Fendant.

—Como quieran —dijo Lucien—, con tal de que el título me guste.

Después de haber leído el contrato, lo firmó, se quedó una copia y se metió en el bolsillo las letras con una satisfacción sin igual. Luego, los cuatro subieron a casa de Fendant, donde les esperaba un almuerzo de lo más vulgar: ostras, filetes, riñones al champán y queso Brie; pero estos manjares fueron regados por unos exquisitos vinos comprados por Cavalier, que conocía a un viajante que comerciaba en vinos. En el momento de sentarse a la mesa, apareció el impresor encargado de la novela, y que vino a dar una sorpresa a Lucien trayéndole las galeradas de las dos primeras páginas de su libro.

—Queremos darnos prisa —dijo Fendant a Lucien—, contamos con su libro y nos urge terriblemente conseguir un éxito.

El almuerzo, que comenzó hacia el mediodía, no acabó hasta las cinco.

— ¿Dónde podemos encontrar dinero? —preguntó Lucien a Lousteau.

—Vamos a ver a Barbet —dijo Étienne.

Los dos amigos bajaron, un tanto acalorados y achispados, hacia el quai des Augustins.

—Coralie se ha quedado de una pieza al saber que Florine está arruinada; Florine no se lo dijo hasta ayer, te echa toda la culpa a ti, y estaba tan enojada que parecía dispuesta a dejarte —dijo Lucien a Lousteau.

—Es cierto —contestó Lousteau, que dejó de lado su habitual reserva y se confió a Lucien—. Amigo mío, porque tú eres mi amigo, tú, Lucien, que me prestaste mil francos y hasta ahora sólo me los has pedido una vez. Desconfía del juego. Si no jugara, sería un hombre feliz. Le debo dinero a medio mundo. En este momento tengo a los agentes ejecutivos pisándome los talones. Cuando aparezco por el Palais-Royal me veo obligado a doblar cabos peligrosos.

En la jerga de los vividores, doblar un cabo en París significa dar un rodeo, sea para no pasar por delante de un acreedor, sea por tener que evitar el sitio donde uno podría encontrarse con él. Lucien, que no iba indiferentemente por todas las calles, conocía la maniobra sin conocer su nombre.

—Así pues, ¿debes mucho?

— ¡Una miseria! —repuso Lousteau—. Mil escudos me salvarían. He querido sentar cabeza, no jugar más, y para salir a flote he hecho un poco de chantaje.

— ¿Qué es el chantaje? —preguntó Lucien, para quien la palabra era desconocida.

—El chantaje es un invento de la prensa inglesa, recién importado en Francia. Los chantajistas son gente que están en condiciones de poder disponer de la prensa. El director de un periódico y el redactor jefe no pueden ser nunca sospechosos de estar mezclados en el chantaje. Para ello están los Giroudeau y los Philippe Bridau de turno. Estos bravi van a ver a un hombre que tiene buenas razones para no querer que nadie se ocupe de él. Hay mucha gente sobre cuya conciencia pesa algún pecadillo más o menos original. En París son muchas las fortunas sospechosas, logradas de modo más o menos legal, a menudo recurriendo a métodos criminales y que proporcionarían materia para muchas anécdotas deliciosas,

como esos gendarmes de Fouché cercando a los soplones del prefecto de policía, los cuales, como no estaban en el secreto de la fabricación de los billetes falsos del banco inglés, iban a prender a los impresores clandestinos protegidos por el ministro; y luego la historia de los diamantes del príncipe Galathione, el caso Maubreuil, la herencia Pombretón, etcétera. El chantajista consigue alguna prueba incriminatoria, un documento importante, y le pide una cita al hombre que se ha enriquecido. Si la persona comprometida no desembolsa determinada cantidad, el chantajista le indica el diario preparado para atacarle y desvelar sus secretos. El rico se asusta y suelta el dinero. El asunto queda zanjado. Supongamos que te dedicas a alguna operación peligrosa, que puede fracasar por unos artículos publicados en la prensa: te envían a un chantajista que te propone la compra de dichos artículos. Hay ministros a quienes se ha mandado chantajistas y que llegan a un acuerdo con ellos para que el periódico ataque su labor política pero no a su persona, o bien que sacrifican su persona y piden benevolencia con su amante. Des Lupeaulx, ese encantador maître des requêtes que ya conoces, anda permanentemente metido en este tipo de negociaciones con los periodistas. El muy canalla se ha labrado una posición magnífica dentro del poder gracias a sus relaciones: es a la vez el mandatario de la prensa y el intermediario de los ministros, chalanea con el amor propio ajeno y extiende ese tráfico incluso a los asuntos políticos; consigue el silencio de la prensa a cambio de un préstamo o una concesión que se le da sin mediar competencia ni concurso público, parte de la cual va a parar a los buitres de la banca liberal. Tú mismo has hecho un poco de chantaje con Dauriat, quien te dio mil escudos para impedirte que desprestigiaras a Nathan. En el siglo dieciocho, cuando el periodismo estaba en mantillas, el chantaje se hacía por medio de panfletos, que compraban y destruían las favoritas y los grandes señores. El inventor del chantaje fue el Aretino, un gran italiano, que imponía reyes igual que un determinado periódico impone en nuestros días a los actores.

— ¿Qué se te ocurrió hacerle a Matifat para sacarle mil escudos?

—Hice atacar a Florine en seis periódicos, y Florine se quejó a Matifat. Entonces éste le pidió a Braulard que se enterara del motivo de tales ataques. Y Finot, para quien yo hacía de chantajista, le enredó contándole al droguero que tú atacabas a Florine en interés de Coralie. Giroudeau fue a decirle confidencialmente a Matifat que todo se arreglaría si estaba dispuesto a vender su sexta parte de la propiedad de la revista de Finot por diez mil francos. Si la cosa salía bien, Finot me daba mil escudos. Matifat estaba dispuesto a cerrar el trato, feliz por recuperar al menos diez mil francos de los treinta mil de esa inversión que ahora le parecía arriesgada, porque desde hacía unos días Florine no paraba de decirle que la revista de Finot no marchaba. En vez de recibir un dividendo había que hacer una nueva aportación de capital. Antes de cerrar el ejercicio, el director del Panorama-Dramatique tenía que negociar unos efectos de colusión y, para que Matifat se los descontara, le previno de la jugada que le preparaba Finot. Matifat, astuto comerciante como es, ha dejado a Florine, se ha guardado su sexta parte y ahora sabe lo que pretendemos. Finot y yo gritamos de desesperación. Hemos tenido la desgracia de atacar a un hombre a quien su amante le importa un rábano, un miserable sin alma ni corazón. Por desgracia, la prensa no puede hacer nada contra el tipo de comercio de Matifat, por ese lado es inatacable. No se puede criticar a un droguero de la misma forma que se critican los sombreros, los artículos de moda, los teatros o los negocios del mundo del arte. No se puede despreciar el cacao, la pimienta, las pinturas, los tintes y el opio. Florine está al borde de la desesperación, el Panorama cierra mañana y no sabe qué va a ser de ella.

—En vista de que el teatro está por cerrar, Coralie debutará dentro de unos días en el Gymnase — dijo Lucien—; podrá serle de ayuda a Florine.

— ¡Eso nunca! —dijo Lousteau—. ¡Aunque Coralie no sea un linco, no es tantonta como para ayudar a una rival! ¡Nuestra situación ha empeorado terriblemente! Pero Finot está tan ansioso por recuperar su sexta parte...

— ¿Y por qué?

—Es un negocio excelente, amigo mío. Existe la posibilidad de vender el diario por trescientos mil francos. En tal caso Finot tendría una tercera parte, más una comisión que le pagarían sus socios y que él se repartiría con Des Lupeaulx. Por ello voy a proponerle un chantaje.

—Pero ¿el chantaje es la bolsa o la vida?

—Mucho mejor —dijo Lousteau—. Es la bolsa o el honor. Anteayer un pequeño periódico, a cuyo propietario le habían negado un crédito, publicó que el reloj de repetición engastado de diamantes perteneciente a una de las notabilidades de la capital estaba sorprendentemente en manos de un soldado de la Guardia Real, y prometía contar dicha historia, digna de Las mil y una noches. El notable se apresuró a invitar a cenar al redactor jefe. Es indudable que el redactor jefe algo ha ganado, pero la historia contemporánea se ha perdido la anécdota del reloj. Cada vez que veas que la prensa se ensaña con algún poderoso, piensa que detrás hay un descuento que se niega o un favor que no se ha querido hacer. Este chantaje sobre la vida privada es el más temido por los ricos ingleses, y tiene un peso importante en la cuenta de ingresos opacos de la prensa británica, infinitamente más depravada que la nuestra. ¡Nosotros somos unos angelitos en comparación! En Inglaterra una carta comprometedora se compra por cinco o seis mil francos para luego revenderla.

— ¿Y en qué has pensado para echarle el guante a Matifat? —le preguntó Lucien.

—Amigo mío —prosiguió Lousteau—, ese vil tendero le ha escrito las más curiosas cartas a Florine: ortografía, estilo, pensamientos, todo es de una comicidad increíble. Matifat le teme mucho a su mujer, y nosotros podemos, sin nombrarle, sin que pueda defenderse, golpearle en pleno seno de sus lares y penates, donde se cree seguro. Imagínate su furia cuando vea la primera entrega de una novela de costumbres, titulada Los amores de un droguero, después de haber sido lealmente puesto sobre aviso de la casualidad que pone en manos de los redactores de un determinado periódico unas cartas en las que se habla del pequeño Cupido, en las que escribe «gamás» en vez de «jamás», y dice que Florine le ayuda a atravesar el desierto de la vida, lo cual cabría interpretarlo como que la toma por un camello. En resumen, hay materia para que los suscriptores se mueran de risa durante quince días con esta correspondencia absolutamente grotesca. Le meteremos el miedo en el cuerpo con una carta anónima mediante la cual pondríamos a su mujer al corriente de toda la chanza. Pero ¿querrá hacer ver Florine que persigue a Matifat? Aún le quedan principios, es decir, esperanzas. Así que tal vez se guarde las cartas para ella y quiera conseguir una parte. Es muy astuta, discípula mía. Pero cuando sepa que con los agentes ejecutivos no se gastan bromas, y Finot le haya hecho un regalo apropiado o dado esperanzas de un contrato, me entregará las cartas, que yo le haré llegar a Finot a cambio de unos buenos escudos. Finot le entregará la correspondencia a su tío, y Giroudeau hará capitular al droguero.

Esta confidencia hizo desengañarse por completo a Lucien; lo primero que pensó fue que tenía unos amigos extremadamente peligrosos; luego, que no le convenía indisponerse con ellos, por si podía tener necesidad de su terrible influencia en caso de que madame d'Espard, madame de Bargeton y Châtelet faltaran a su palabra. Pero Étienne y Lucien habían llegado ya al muelle, ante la miserable tienda de Barbet.

—Barbet —dijo Étienne al librero—, tenemos cinco mil francos de Fendant y Cavalier a seis, nueve y doce meses; ¿quiere descontarnos sus letras?

—Me las quedo por mil escudos —dijo Barbet con una calma imperturbable.

— ¡Mil escudos! —exclamó Lucien.

—Nadie le dará tanto —prosiguió el librero—. Estos señores quebrarán antes de tres meses; pero yo sé que tienen dos obras tuyas cuya venta es dura, y como no pueden esperar, se las compraré pagándoles con sus efectos: de este modo tendré dos mil francos de descuento sobre el precio de la mercancía.

— ¿Quieres perder dos mil francos? —le dijo Étienne a Lucien.

— ¡No! —exclamó Lucien asustado por el resultado de este primer negocio.

—Haces mal —dijo Étienne.

—Nadie querrá negociar estas letras —dijo Barbet—. El libro del señor es la última baza de Fendant y Cavalier, que no pueden publicarlo si no es dejando los ejemplares en depósito en casa de su impresor, y un éxito sólo les salvará por seis meses, ¡porque tarde o temprano se irán a pique! ¡Ésos se toman más copas que libros venden! Para mí sus letras suponen un negocio y usted podría obtener una ganancia mayor que la que conseguiría con los banqueros de descuento que se preguntarán lo que vale cada firma. El comercio del banquero de descuento consiste en saber si tres firmas valdrán cada una el treinta por ciento de su valor en caso de quiebra. Para empezar, no ofrecen ustedes más que dos firmas, y ninguna de ellas vale el diez por ciento.

Los dos amigos se miraron sorprendidos al oír salir de boca de aquel patán un análisis que resumía en pocas palabras toda la esencia del negocio del descuento.

—Dejémonos de chácharas, Barbet —dijo Lousteau—. ¿A qué banquero de descuento podemos ir?

—Al viejo Chaboisseau, en el quai Saint-Michel, que, ya saben, ha ayudado a llegar a fin de mes a Fendant. Si no aceptan mi propuesta, vayan a verle a él, pero volverán a mí, y entonces no les daré más que dos mil quinientos francos.

Étienne y Lucien se fueron hacia el quai Saint-Michel y entraron en una casita con corredor donde vivía el tal Chaboisseau, uno de los banqueros de descuento del mundo del libro, y le encontraron en la segunda planta, en un piso amueblado del modo más original. Este banquero de categoría inferior que, no obstante, era millonario, era un apasionado del estilo griego. La cornisa de la habitación era una greca. Drapeada con una tela color púrpura y dispuesta a la griega a lo largo de la pared, como el fondo de un cuadro de David, la cama, de líneas muy puras, databa de tiempos del Imperio, cuando todo se fabricaba en ese estilo. Los sillones, las mesas, las lámparas, los candelabros y hasta los menores accesorios, escogidos sin duda pacientemente en las mueblerías, respiraban la gracia fina y frágil, pero elegante, de la Antigüedad. Este estilo mitológico y ligero creaba un extraño contraste con las costumbres del banquero de descuento. Hay que observar que los hombres más fantasiosos se encuentran entre quienes se dedican al mundo del dinero. Estas personas son, en cierto sentido, los libertinos del pensamiento. Pudiendo tenerlo todo, no conocen por ello sino el aburrimiento y buscan por todos los medios salir de su apatía. Un observador perspicaz reconoce siempre en ellos una manía, un resquicio en su corazón por el que son accesibles. Chaboisseau parecía atrincherado en la Antigüedad como en una plaza inexpugnable.

—Es ciertamente digno de su rótulo —dijo con una sonrisa Étienne a Lucien.

Chaboisseau, un hombrecillo de cabello empolvado, con una levita verdusca, chaleco color avellana, adornado con un calzón negro que terminaba en unas medias de mezclilla y unos zapatos que gemían al andar, tomó las letras, las examinó y acto seguido se las devolvió a Lucien con aire serio.

—Los señores Fendant y Cavalier son encantadoras, unos jóvenes muy inteligentes, pero ahora estoy sin dinero —dijo con voz suave.

—Mi amigo se avendrá al descuento —replicó Étienne.

—No me quedaría con estas letras a ningún precio —dijo el hombrecillo con un tono cortante que cayó sobre la propuesta de Lousteau como la cuchilla de la guillotina sobre el cuello de un hombre.

Los dos amigos se retiraron; al atravesar la antesala, hasta donde prudentemente les acompañó Chaboisseau, Lucien vio un montón de libros que el banquero, antiguo librero, había comprado, y entre los que destacó de repente a los ojos del novelista la obra del arquitecto Du Cerceau sobre las mansiones reales y los célebres châteaux de Francia, que reproducen los planos con gran exactitud.

— ¿Me vendería esta obra? —preguntó Lucien.

—Sí —repuso Chaboisseau, que de banquero se convirtió en librero.

— ¿A qué precio?

—Cincuenta francos.

—Es caro, pero la necesito; pero no tengo para pagarle más que las letras que no quiere usted.

—Tiene una letra de quinientos francos a seis meses, me quedaré con ella —dijo Chaboisseau, que sin duda debía a Fendant y Cavalier la liquidación de alguna factura por una suma equivalente.

Los dos amigos volvieron a entrar en la habitación decorada en estilo griego, donde Chaboisseau extendió una pequeña factura al seis por ciento de interés y al seis por ciento de comisión, obteniendo así una deducción de treinta francos que sumó a los cincuenta francos del precio del libro de Du Cerceau, y sacó de su caja, llena de relucientes escudos, cuatrocientos veinte francos.

—Vaya, monsieur Chaboisseau, las letras o son todas buenas o son todas malas, ¿por qué no nos descuenta también las otras?

—Yo no descuento, me limito a cobrar una venta —dijo el buen hombre.

Étienne y Lucien se reían aún de Chaboisseau sin haberle entendido, cuando llegaron a casa de Dauriat, donde Lousteau le rogó a Gabusson que le diera la dirección de un banquero de descuento. Los dos amigos tomaron un cabriolé de alquiler y se dirigieron al bulevar Poissonnière provistos de una carta de recomendación proporcionada por Gabusson, anunciándoles el más extraño y sorprendente «fulano», en expresión suya.

—Si Samanon no acepta sus letras —había dicho Gabusson—, no las querrá nadie.

Librero de lance en la planta baja, prendero en el primer piso, vendedor de grabados prohibidos en el segundo, Samanon, era además prestamista a cambio de empeños. Ninguno de los personajes de las novelas de Hoffmann, ninguno de los siniestros avaros de Walter Scott, puede ser comparado con lo que la naturaleza social parisiense se había permitido crear en este hombre, si es que Samanon era un

hombre; Lucien no pudo reprimir un gesto de espanto ante el aspecto de aquel viejecillo seco, cuyos huesos parecían querer atravesar su pellejo perfectamente curtido, moteado de numerosas manchas verdes o amarillas, como un cuadro de Tiziano o del Veronés visto de cerca. Samanon tenía un ojo inmóvil y apagado, el otro vivo y reluciente. El avaro, que parecía se sirviera de este ojo muerto para descontar y del otro para vender sus grabados obscenos, llevaba una peluquilla de cabellos lisos cuyo negro tiraba a rojo y bajo la cual asomaban unas greñas blancas; su frente amarillenta tenía un aspecto amenazante, las mejillas estaban profundamente hundidas por la mandíbula prominente, y los dientes aún blancos parecían salir de entre sus labios como los de un caballo que bosteza. El contraste de sus ojos y la mueca de esta boca le daba un aspecto un tanto feroz. Los pelos de la barba, duros e hirsutos, debían de pinchar como alfileres. Una corta levita raída llegada al estado de la yesca, y una corbata negra desteñida, desgastada por el roce de la barba y que dejaba al descubierto un cuello arrugado como el de un pavo, revelaban el escaso interés por mejorar su siniestro aspecto por medio de la vestimenta. Los dos periodistas encontraron a este hombre sentado ante un escritorio horriblemente sucio, ocupado en pegar etiquetas en el dorso de unos libros viejos comprados en una subasta. Tras haber intercambiado una mirada mediante la cual se comunicaron las mil preguntas que la existencia de un personaje tal despertaba, Lucien y Lousteau le saludaron presentándole la carta de Gabusson y las letras de Fendant y Cavalier. Mientras Samanon leía, entró en aquella oscura tienda un hombre de gran inteligencia, ataviado con una corta levita que parecía cortada sobre una chapa de cinc, a tal punto parecía estar solidificada con la aleación de mil sustancias extrañas.

—Necesito mi levita, mi pantalón negro y mi chaleco de raso —le dijo a Samanon al tiempo que le presentaba una boleta numerada.

En cuanto Samanon tiró del pomo de cobre de una campanilla, apareció una mujer que tenía el colorido fresco de una normanda.

—Presta al señor su ropa —dijo dando la mano al escritor—. Es un placer trabajar con usted, ¡pero uno de sus amigos me ha mandado a un jovencito que me la ha jugado bien!

— ¡Jugársela a él! —dijo el artista a los dos periodistas señalando a Samanon con un gesto sumamente cómico.

Este gran hombre dio, como hacen los lazzaroni para recuperar por un día sus trajes de fiesta en el Monte di Pietà, treinta sueldos, que la mano amarilla y agrietada del usurero tomó e hizo caer dentro de la caja de su escritorio.

— ¿Qué te trae por aquí? —preguntó Lousteau a aquel gran artista víctima del opio, y que se pasaba el tiempo inmerso en sus visiones de palacios encantados y no quería o no podía crear nada.

—Este hombre paga mucho más que el Monte de Piedad por los objetos que se empeñan, y además tiene la increíble generosidad de dejarte recuperar tus ropas si tienes necesidad de ellas para alguna ocasión mundana —repuso—. Esta noche voy a cenar a casa de los Keller con mi amante. Para mí es más fácil tener treinta sueldos que doscientos francos, así que vengo a retirar mi guardarropa, que al cabo de seis meses de estar aquí ha proporcionado cien francos a este caritativo usurero. Samanon se ha quedado con toda mi biblioteca, libro tras libro.

—Y sueldo tras sueldo —dijo Lousteau entre risas.

—Le daré mil quinientos francos —dijo Samanon a Lucien.

Lucien dio un brinco como si el banquero de descuento le hubiera hundido un hierro candente en el corazón. Samanon miraba las letras con atención examinando las fechas.

—Pero antes tendré que pedirle a Fendant que me deje en depósito unos libros como garantía —dijo el avaro—. No vale usted mucho —añadió dirigiéndose a Lucien—; vive con Coralie y sus muebles están embargados.

Lousteau miró a Lucien, quien cogió de nuevo las letras y se precipitó fuera de la tienda hacia el bulevar diciendo:

—Pero ¿quién es este hombre, el diablo?

El poeta contempló durante algunos instantes aquella tienducha. Era tan miserable, con aquellas sucias cajitas llenas de libros etiquetados, que cuantos pasaban por delante de ella no podían dejar de sonreír preguntándose: «¿Qué venderán aquí?».

Al cabo de unos pocos instantes también el alto desconocido, que diez años después había de participar en la empresa grandiosa pero sin fundamento de los saintsimonianos, salió muy bien vestido, sonrió a los dos periodistas y se dirigió con ellos hacia el pasaje de los Panoramas, para completar allí su atavío haciéndose lustrar las botas.

—Cuando se ve entrar a Samanon en el establecimiento de algún librero, un fabricante de papel o un impresor, quiere decir que están perdidos —dijo el artista a los dos escritores—. Samanon es como uno de la funeraria que viene a tomar las medidas del ataúd.

—No encontrarás ya a nadie que te descunte tus letras —dijo Étienne a Lucien.

— ¡Cuando Samanon las rechaza —dijo el desconocido—, ya nadie las acepta, pues es la última ratio! Es uno de los buitres de Gigonnet, De Palma, Werbrust, Gobseck y otros chacales que merodean por la plaza de París y con los que tarde o temprano acaba encontrándose todo hombre que tiene que hacer o deshacer una fortuna.

—Si no puedes descontar tus letras al cincuenta por ciento —prosiguió Étienne—, no te queda más remedio que cambiarlas por escudos.

— ¿Y cómo?

—Dáselas a Coralie, se las hará cambiar a Camusot. ¿Qué?, ¿te repugna? —añadió Lousteau, a quien Lucien detuvo dando un brinco—. ¡Qué chiquillada! ¿Es que quieres arriesgar tu porvenir por semejante tontería?

—Siempre me queda la posibilidad de llevarle este dinero a Coralie —dijo Lucien.

— ¡Una tontería más! —exclamó Lousteau—. Estos cuatrocientos francos no te servirán de nada si necesitas cuatro mil. ¡Guarda algo para emborracharnos si perdemos, y juégate el resto!

—Es un buen consejo —dijo el alto desconocido.

A cuatro pasos del Frascati, aquellas palabras tuvieron un efecto magnético. Los dos amigos despidieron al cabriolé y subieron a la sala de juego. Ganaron de entrada tres mil francos, luego volvieron a quinientos para subir de nuevo a tres mil setecientos francos; tras quedarse nada más que con cien sueldos, volvieron a ganar dos mil francos y los arriesgaron a pares para doblarlos de una sola jugada. Pares era ya la quinta vez seguida que no salía, por lo que colocaron en su casilla toda la suma.

Salió de nuevo impares. Lucien y Lousteau bajaron precipitadamente la escalera de aquella célebre sala donde habían pasado dos horas presos de extenuantes emociones. Se habían guardado cien francos. Al llegar a los escalones del pequeño peristilo formado por dos columnas que sustentaban en el exterior una pequeña marquesina de cinc que más de unos ojos habían contemplado con amor o desesperación, Lousteau dijo viendo la encendida mirada de Lucien:

—Arriesguemos otros cincuenta francos.

Subieron de nuevo. En una hora llegaron a los mil escudos, los apostaron al rojo que había salido cinco veces seguidas, confiando en el azar que antes les había hecho perder. Salió negro. Eran las seis.

—Arriesguemos otros veinticinco francos —dijo Lucien.

Pero esta nueva tentativa duró poco; al cabo de diez apuestas lo habían perdido todo. Lucien lanzó rabiosamente sus últimos veinticinco francos sobre la cifra de los años que tenía y ganó: imposible describir el temblor que agitaba su mano al coger la raqueta para retirar los escudos que el crupier le iba entregando uno a uno. Dio diez lises a Lousteau, al tiempo que le decía:

—Corre enseguida a Véry.

Lousteau comprendió lo que Lucien quería decirle y se fue a encargarse de la cena. Lucien, que se había quedado solo jugando, puso sus treinta lises al rojo y ganó. Enardecido por la voz secreta que oyen a veces los jugadores, lo apostó todo al rojo y ganó de nuevo; sus entrañas eran un verdadero brasero, pero ya no escuchó la voz, apostó los ciento veinte lises al negro y perdió. Sintió entonces en él la deliciosa sensación de alivio de todos los jugadores al sentirse liberados de la fiebre del juego, cuando no teniendo ya nada más que arriesgar abandonan el ardiente palacio donde materializan sus fugaces sueños. Se reunió con Lousteau en Véry, donde, como diría La Fontaine, comió a dos carrillos y ahogó sus penas en vino. A las nueve, estaba tan ebrio que no comprendió por qué su portera de la rue de Vendôme quería mandarle a la rue de la Lune.

—Mademoiselle Coralie ha dejado la casa y se ha instalado en la dirección escrita en este papel.

Lucien, demasiado borracho como para sorprenderse de nada, subió de nuevo al simón que le había traído y se hizo llevar a la rue de la Lune, mientras hacía mentalmente juegos de palabras con el nombre de la calle. Aquella mañana había corrido la noticia de la quiebra del Panorama-Dramatique. La actriz, asustada, se había apresurado a vender con el consentimiento de sus acreedores todo su mobiliario al viejo Cardot, quien, para no cambiar el nombre del arrendatario de aquel piso, instaló en él a Florentine. Coralie lo había pagado todo, liquidado sus deudas y satisfecho al propietario. Mientras ella estaba ocupada en esta operación, que llamaba «hacer la colada», Bérénice amueblaba con unos pocos muebles comprados de ocasión un pequeño piso de tres habitaciones en la cuarta planta de una casa de la rue de la Lune, cerca del Gymnase. Coralie esperaba allí a Lucien, tras haber salvado de aquel naufragio su amor sin desdoro y una bolsa con mil doscientos francos. Lucien, en su embriaguez, les contó a Coralie y a Bérénice todas sus desdichas.

—Has hecho bien, ángel mío —le dijo la actriz estrechándole entre sus brazos—. Bérénice sabrá negociar bien tus letras con Braulard.

A la mañana siguiente, al despertar, Lucien fue acogido por las caricias hechizadoras que le prodigó Coralie. La actriz redobló su amor y su cariño, como si quisiera compensar con los más preciados tesoros del corazón la indigencia de su nueva casa. Estaba de una belleza arrebatadora con sus cabellos

que le asomaban por debajo de un pañuelo anudado sobre la cabeza, la piel blanca y lozana, los ojos risueños y la voz alegre como el rayo de sol naciente que entró por las ventanas para dorar aquella encantadora miseria. A pesar de todo, la habitación estaba decorosa, con las paredes cubiertas por un papel verde agua con la orla roja, y adornadas con dos espejos, uno colgado encima de la chimenea y el otro sobre la cómoda. Una alfombra de segunda mano, que Bérénice había comprado con su propio dinero, desoyendo a Coralie, disimulaba el rectángulo desnudo y frío del suelo. Las ropas de los dos amantes habían sido guardadas en un armario de luna y en la cómoda. Los muebles de caoba estaban guarnecidos de una tela de algodón azul. Bérénice había salvado del desastre un reloj y dos jarrones de porcelana, cuatro cubiertos de plata y seis cucharillas. El comedor, frente por frente del dormitorio, tenía el aire de la casa de un empleadillo que cobrara mil doscientos francos al mes. La cocina estaba situada enfrente del descansillo. Bérénice dormía arriba, en una buhardilla. El alquiler no pasaba de los cien escudos. Esta horrenda casa tenía una puerta cochera falsa. El portero vivía detrás de una de las hojas de la puerta condenada, provista de un ventanillo por el que vigilaba a diecisiete inquilinos. Esta colmena se llama una casa de alquiler de estilo notario. Lucien vio un escritorio, un sillón, tinta, pluma y papel. La alegría de Bérénice, que contaba con el debut de Coralie en el Gymnase, la de la actriz, que estudiaba su papel, un cuaderno atado con una cinta azul, disiparon las inquietudes y la tristeza del poeta, a quien se le había pasado la borrachera.

—Con tal de que en el gran mundo no se sepa nada de este patinazo, saldremos adelante —dijo él—. Después de todo, ¡tenemos cuatro mil quinientos francos! Explotaré mi nueva posición en los periódicos monárquicos. Mañana inauguramos *Le Réveil*. Ahora conozco el mundo del periodismo, ¡y verás de lo que soy capaz!

Coralie, que no vio en aquellas palabras más que una muestra de amor, besó los labios que las habían pronunciado. Entretanto Bérénice había terminado de poner la mesa junto al fuego y de servir un modesto desayuno compuesto de huevos revueltos, dos chuletas y café con leche. Llamaron a la puerta. Lucien se quedó estupefacto al ver entrar a tres amigos de verdad, D'Arthez, Léon Giraud y Michel Chrestien, a quienes, muy conmovido, invitó a compartir el desayuno con ellos.

—No —dijo D'Arthez—. Venimos por asuntos más serios que el simple consuelo, hemos estado en la rue de Vendôme y nos hemos enterado de todo. Lucien, ya conoce usted lo que pienso. En cualquier otra circunstancia me alegraría de verle compartir mis convicciones políticas; pero en la situación en que se encuentra, después de haber colaborado en la prensa liberal, no puede pasarse a las filas de los ultras sin cubrirse de lodo para siempre y manchar su vida. Venimos a suplicarle en nombre de nuestra amistad, por muy debilitada que esté, que no cometa esa infamia. Ha atacado a los románticos, a la derecha y al Gobierno; ahora no puede defender al Gobierno, a la derecha y a los románticos.

—Hay razones de orden superior que me hacen actuar así, el fin lo justificará todo —dijo Lucien.

—Tal vez no es consciente de la situación actual —le dijo Léon Giraud—. El Gobierno, la corte, los Borbones, el partido absolutista, o si prefiere un término más general, todas las fuerzas que se oponen al sistema constitucional, y que están divididas en varias facciones a la hora de tomar medidas para sofocar la Revolución, están perfectamente de acuerdo sobre la necesidad de suprimir la prensa. Diarios como *Le Réveil*, *La Foudre* y *Le Drapeau Blanc*, fundados para responder a las calumnias, a las injurias y a los sarcasmos de la prensa liberal, y que yo por tanto no puedo aprobar en absoluto, toda vez que es precisamente esta incomprensión de la grandeza de nuestra misión lo que nos lleva a publicar un periódico serio y respetable, que dentro de poco tendrá una notable e indiscutida influencia —dijo haciendo un paréntesis—; pues bien, esta artillería monárquica y gubernamental es un primer intento de

represalia emprendido para devolver a los liberales puyazo por puyazo y ofensa por ofensa. ¿Qué cree que sucederá, Lucien? La mayoría de los suscriptores son de izquierdas. En la prensa, como en la guerra, la victoria se decantará siempre del lado de los grandes batallones. Ustedes serán los infames, los embusteros, los enemigos del pueblo; los otros, en cambio, pasarán por los defensores de la patria, personas honorables, mártires, aunque tal vez sean más pérfidos e hipócritas que ustedes. De este modo aumentará la influencia perniciosa de la prensa, legitimando y consagrando sus más odiosas tropelías. El derecho a recurrir a la injuria y a la descalificación personal para diversión del suscriptor será reconocido públicamente, y el uso recíproco de este derecho no hará sino sancionarlo. Cuando el mal se haya revelado en toda su extensión, volverán todas las leyes restrictivas y prohibitivas, junto con la censura, instaurada con ocasión del asesinato del duque de Berry y levantada a raíz de la apertura de las Cámaras. ¿Y sabe qué conclusiones sacará el pueblo francés de toda esta contienda? Pues dará por ciertas las insinuaciones de la prensa liberal, creerá que los Borbones quieren atacar las conquistas logradas durante la Revolución, y un buen día se levantará y expulsará a los Borbones del trono. Así, no solamente mancha su vida, sino que, además, un día se encontrará en el partido de los perdedores. Es demasiado joven y acaba de llegar al mundo del periodismo; conoce demasiado poco sus mecanismos secretos y sus jugarretas; ha despertado demasiadas envidias para resistir la oleada de indignación colectiva que se levantará contra usted en los periódicos liberales. Se verá arrastrado a las luchas furibundas entre los partidos que están aún en la fase más virulenta, con la única diferencia de que su fiebre ha pasado de las acciones brutales de mil ochocientos quince y mil ochocientos dieciséis a las ideas y a los enfrentamientos verbales de la Cámara y a los debates de la prensa.

—Amigos míos —dijo Lucien—, no soy el descerebrado poeta que queréis ver en mí. Pase lo que pase, yo habré conseguido una posición ventajosa que nunca podré obtener del triunfo del partido liberal. Cuando vosotros logréis la victoria, yo ya habré conseguido lo que quería.

—Te cortaremos... el pelo —dijo riendo Michel Chrestien.

—Para entonces ya tendré hijos —respondió Lucien—, y cortarme la cabeza será como no cortarme nada.

Los tres amigos no comprendieron a Lucien, en quien sus relaciones con el gran mundo habían desarrollado en sumo grado el orgullo nobiliario y la infatuación aristocrática. El poeta estaba convencido, con razón por lo demás, de que su belleza e inteligencia se verían revalorizadas por el nombre y el título de conde de Rubempré. Madame d'Espard, madame de Bargeton y madame de Montcornet le tenían sujeto por ese hilo como un niño tiene agarrado por las alas a un abejorro. Lucien volaba solamente dentro de un determinado círculo. Las palabras: «¡Es de los nuestros; piensa como es debido!», pronunciadas tres días antes en los salones de mademoiselle des Touches, le habían embriagado, así como las felicitaciones recibidas de los duques de Lenoncourt, de Navarreins y de Grandlieu, de Rastignac, de Blondet, de la bella duquesa de Maufrigneuse, del conde de Esgrignon, de Des Lupeaulx y de las personas más influyentes y destacadas del partido realista.

— ¡Vamos!, y no hay más que hablar —respondió D'Arthez—. Te será más difícil que a cualquier otro mantenerte puro y conservar tu propia estima. Te conozco, sufrirás mucho cuando te veas despreciado por aquellos mismos a quienes te vas a consagrar.

Los tres amigos se despidieron de Lucien sin darle la mano amistosamente. Lucien se quedó pensativo y triste durante unos instantes.

— ¡Bah! No hagas caso a esos bobos —dijo Coralie saltando sobre las rodillas de Lucien y

ciñéndole el cuello con sus lozanos y bonitos brazos—. Se toman la vida en serio cuando no es más que una broma. Tú serás además el conde Lucien de Rubempré. Si es necesario, engatusaré a los de la Cancillería. Ya sé por dónde coger a ese libertino de Des Lupeaulx, que hará que firmen tu real orden. Ya te dije que cuando tuvieras necesidad de un escalón más para alcanzar tu objetivo, podrías subir sobre el cadáver de Coralie.

Al día siguiente, Lucien permitió que su nombre figurara entre los de los colaboradores de *Le Réveil*. Este nombre fue anunciado como una conquista en los folletos repartidos por orden del Gobierno con una tirada de cien mil ejemplares. Lucien asistió a la comida triunfal, que duró nueve horas, en Robert, a dos pasos del Frascati, y a la que asistieron los corifeos de la prensa monárquica: Martainville, Auger, Destains, junto con una multitud de autores vivos aún que, en aquellos tiempos, «se habían consagrado a la monarquía y a la religión», en expresión acuñada por aquel entonces.

— ¡Van a saber lo que es bueno esos liberales! —exclamó Hector Merlin.

— ¡Señores! —respondió Nathan, que se enroló bajo aquella bandera considerando con razón que para lanzarse a la carrera de director teatral con la que soñaba le convenía alinearse del lado del Gobierno—, si hemos de hacerles la guerra, hagámosela en serio; no empecemos con fuego de salvas. Ataquemos a todos los escritores clásicos y liberales sin distinción de edad ni de sexo, pasémosles por el filo de la burla y no les demos cuartel.

—Comportémonos honorablemente, no nos dejemos corromper por los ejemplares gratuitos, los regalos y el dinero de los editores. Llevemos a cabo la regeneración del periodismo.

—Muy bien —dijo Martainville—. *Justum et tenacem propositi virum!* Seamos implacables e hirientes. ¡Daré a Lafayette el nombre que se merece!, ¡Gilles I!

—Y yo —dijo Lucien— me encargo de los héroes del *Constitutionnel*, del sargento Mercier, de las Obras completas de Jouy y de los ilustres oradores de la izquierda.

A la una de la noche se decidió y votó por unanimidad por parte de los redactores, que ahogaron todas sus discrepancias y todas sus ideas en un ponche flameante, una guerra a muerte.

—Hemos cogido una buena borrachera monárquica y religiosa —dijo ya en el umbral de la puerta uno de los escritores más célebres de la literatura romántica.

Esta frase que pasó a la historia, revelada por un editor presente en la cena, apareció a la mañana siguiente en *Le Miroir*; pero su revelación fue atribuida a Lucien. Esta traición tuvo gran resonancia en la prensa republicana. Lucien se convirtió en su bestia negra y fue ferozmente ridiculizado: se contaron las desgracias de sus sonetos, se hizo saber al público que Dauriat prefería perder mil escudos a tener que publicarlos, por lo que fue llamado el poeta sin sonetos.

Una mañana, en aquel mismo periódico en el que Lucien había hecho sus primeras armas de manera tan brillante, leyó las siguientes líneas, escritas exclusivamente para él, ya que el público no podía comprender la broma:

Si el librero Dauriat persiste en no querer publicar los sonetos del futuro Petrarca francés, nos comportaremos como enemigos generosos, abriremos nuestras columnas a esas poesías que deben de ser punzantes a juzgar por esta que nos ha hecho llegar un amigo del autor.

Y bajo este anuncio terrible, el poeta leyó este soneto, que le hizo derramar lágrimas de rabia.

Una planta grácil y de vil apariencia
brotó una mañana en un macizo de flores,
pero, al olerla, sus espléndidos colores
habían de revelar un día su noble procedencia.
Se la aceptó, pero ella, en agradecimiento,
cruelmente se burló de sus bellas hermanas,
que, indignadas por sus aires retadores,
la obligaron a que probara su nacimiento.
Entonces floreció. Pero un vulgar bailarín
nunca fue silbado como todo el jardín
reprobó, silbó e insultó a este cáliz vulgar.
Luego el amo, al pasar, la quebró sin perdón,
y a su tumba sólo un asno fue a rebuznar,
¡pues no era sino un repulsivo CHARDON!

Vernou habló de la pasión de Lucien por el juego y acusó por adelantado al Arquero de obra antipatriótica en la que el autor tomaba la defensa de los desalmados católicos contra las víctimas calvinistas. En ocho días esta polémica se envenenó. Lucien contaba con su amigo Lousteau, quien le debía mil francos y con el que se había puesto secretamente de acuerdo; pero Lousteau se convirtió en enemigo jurado de Lucien. He aquí de qué manera. Desde hacía tres meses, Nathan amaba a Florine, sin saber cómo quitársela a Lousteau, para quien ella era, además, una ayuda providencial. Conociendo la desgracia y la desesperación en que se encontraba la actriz tras perder su contrato, Nathan, el colaborador de Lucien, fue a ver a Coralie y le rogó que le ofreciera a Florine un papel en una obra suya, asegurando que trataría de conseguir para la actriz sin teatro un contrato temporal en el Gymnase. Florine, ebria de ambición, no lo dudó. Había tenido tiempo de estudiar a Lousteau. Nathan tenía ambiciones literarias y políticas, y estaba dotado de una energía a la altura de sus necesidades, mientras que Lousteau era esclavo de los vicios. La actriz, que quería asombrar a todos con una vuelta triunfal, entregó las cartas del droguero a Nathan, quien se las ofreció a Matifat a cambio de la sexta parte del periódico que Finot codiciaba. Florine consiguió así un magnífico piso en la rue Hauteville y tomó a Nathan como protector frente al mundo del periodismo y teatral. Lousteau se sintió tan cruelmente herido por ese proceder, que lloró al final de una comida que sus amigos le dieron para consolarlo. En aquel banquete los invitados comprendieron que Nathan había hecho su juego. Algunos escritores, como Finot y Vernou, conocían la pasión del dramaturgo por Florine, pero, al decir de todos, Lucien, maquinando todo esto, había faltado a las más sagradas leyes de la amistad. El espíritu partidista, el deseo de servir a sus nuevos amigos hacían imperdonable el modo de actuar del nuevo monárquico.

—Al menos Nathan se ha dejado llevar por la lógica de las pasiones, mientras que al gran hombre de provincias, como le llama Blondet, sólo le ha movido el cálculo —exclamó Bixiou.

Así se decretó unánimemente, tras profunda reflexión, la pérdida de Lucien, de aquel intruso y bribón que quería hundir a todo el mundo. Vernou, que odiaba a Lucien, se encargó de no darle tregua.

A fin de ahorrarse pagar mil escudos a Lousteau, Finot acusó a Lucien de haberle impedido ganar cincuenta mil francos revelándole a Nathan el secreto de la operación contra Matifat. Nathan, en cambio, aconsejado por Florine, se había ganado el apoyo de Finot vendiéndole su pequeña sexta parte por quince mil francos. Lousteau, que perdía sus mil escudos, no perdonó a Lucien el enorme daño que ocasionaba a sus intereses. Las heridas del amor propio se vuelven incurables cuando penetra en ellas el óxido de plata. Es imposible describir con palabras o con una imagen la rabia que se apodera de los escritores cuando se sienten atacados en su amor propio, o la energía que son capaces de derrochar en el momento en que se sienten heridos por los envenenados dardos de la burla. Aquellos que, estimulados por un ataque, despliegan toda su energía y resistencia, no tardan en sucumbir. En cambio, las personas serenas, que no ceden a la tentación de responder a un artículo injurioso al saber que está destinado a un profundo olvido, demuestran poseer el verdadero valor literario. A primera vista, por tanto, los débiles parecen ser los más fuertes, pero en realidad son incapaces de resistir por mucho tiempo. Durante los primeros quince días, Lucien desahogó su rabia disparando una granizada de artículos en los periódicos monárquicos, en los que compartió el peso de la crítica con Hector Merlin. Todos los días, en la brecha de Le Réveil, hacía fuego con todo su ingenio, también con el apoyo de Martainville, el único que le prestaba ayuda sin segundas intenciones y a quien se tuvo a oscuras respecto a los acuerdos que los periodistas de los dos partidos, unidos secretamente por la camaradería, sellaban a escondidas con alguna broma después de beber, o bien en la librería de Dauriat en las Galeries de Bois, o entre bastidores del teatro. Cuando Lucien aparecía por el foyer del Vaudeville, no era ya tratado como un amigo y sólo la gente de su partido le daba la mano, mientras que Nathan, Hector Merlin y Théodore Gaillard confraternizaban abiertamente con Finot, Lousteau, Vernou y algunos de esos periodistas motejados como «buenos chicos». Por aquel tiempo, el foyer del Vaudeville era el centro donde se concentraba toda la maledicencia literaria, una especie de boudoir donde acudían personas de todos los partidos, políticos y magistrados. Tras una reprimenda echada en cierta Cámara del Consejo, el presidente, que había reprochado a uno de sus colegas el barrer los entre bastidores con su toga, se encontró, toga con toga, con el amonestado en el foyer del Vaudeville. Lousteau acabó por dar la mano a Nathan. Finot acudía allí casi todas las noches. Cuando Lucien tenía tiempo, iba allí a estudiar la disposición para con él de sus enemigos, pero el pobre muchacho descubría siempre en ellos una implacable frialdad.

En aquel tiempo, el partidismo engendraba odios mucho más profundos que los de hoy. A la larga la tensión excesiva ha acabado por atenuarse. Hoy los críticos, tras haber inmolido un libro, dan la mano a quien lo ha escrito. Y la víctima se ve obligada a abrazar a quien lo ha sacrificado si no quiere ser objeto de tremendas burlas. En caso de negativa, un escritor se gana fama de insociable, malcarado, pagado de sí mismo, intratable, odioso y rencoroso. Hoy, cuando un escritor ha recibido una puñalada traperera, cuando ha evitado las añagazas tendidas con infame hipocresía, o ha sufrido los peores maltratos, oye a sus asesinos desearle los buenos días y pretender tener derecho a su estima, cuando no incluso a su amistad. Todo se excusa y se justifica en una época en que la virtud se ha transformado en vicio, del mismo modo que de ciertos vicios se ha hecho virtudes. La camaradería se ha convertido en una de las más sagradas libertades. Los jefes de las corrientes de ideas más opuestas se hablan con palabras suaves y maneras corteses. En aquel tiempo, en cambio, si alguien se acuerda, a ciertos escritores monárquicos y algunos escritores liberales les hacía falta valor para encontrarse en el mismo teatro. Se oían las más detestables provocaciones. Las miradas estaban cargadas como pistolas, y el menor chispazo podía originar una disputa. ¿Quién no ha sorprendido a su vecino imprecar a la entrada de algunos hombres particularmente en guerra con el partido contrario? No existían por aquel entonces más que dos

partidos, los monárquicos y los liberales, los románticos y los clásicos, dos formas del mismo odio, un odio que explicaba los cadalsos de la Convención. Lucien, convertido en monárquico y romántico furibundo, de liberal y volteriano rabioso como había sido desde sus comienzos, tuvo que correr, pues, con el peso de las enemistades que se cernían sobre la cabeza del hombre más aborrecido por los liberales en aquella época, Martainville, el único que le defendía y apreciaba. Esta solidaridad perjudicó a Lucien. Los partidos son ingratos con sus primeras figuras y a menudo abandonan a sus hijos extraviados. Sobre todo en política, es necesario a los que quieren triunfar ir con el grueso del ejército. La principal malicia de los pequeños periódicos consistió en emparejar a Lucien y a Martainville. El liberalismo los arrojó al uno en brazos del otro. Y esta amistad, falsa o verdadera, les valió a ambos artículos escritos con hiel por Félicien, desesperado por los éxitos de Lucien en el gran mundo y que creía, como todos los antiguos compañeros del poeta, en su próximo ennoblecimiento. La pretendida traición del poeta se vio entonces envenenada y embellecida con las circunstancias más agravantes. Lucien fue apodado el pequeño Judas y Martainville el gran Judas, dado que Martainville era acusado, con razón o sin ella, de haber abandonado el puente de Pecq a los ejércitos extranjeros. Lucien respondió, riendo, a Des Lupeaulx que, si por él hubiera sido, seguramente no se habría planteado problemas. La vida de lujo de Lucien, si bien sostenida en falso y apoyada en simples esperanzas, sublevaba a sus amigos, que no le perdonaban ni su tren de vida, ya que, según ellos, seguía yendo en carruaje, ni sus esplendideces de la rue de Vendôme. Todos sentían instintivamente que un hombre joven y apuesto, inteligente y corrompido por ellos, podía llegar a donde se propusiera, y por ello emplearon todos los medios para hundirle.

Unos días antes del debut de Coralie en el Gymnase, Lucien apareció del brazo con Hector Merlin en el foyer del Vaudeville. Merlin le reprochaba a su amigo el haber prestado su ayuda a Nathan en el asunto de Florine.

—Se ha creado usted en Lousteau y en Nathan dos enemigos mortales. Le di buenos consejos y no ha sabido aprovecharlos en absoluto. Ha repartido elogios y favores, por lo que será cruelmente castigado por sus buenas acciones. Florine y Coralie no harán nunca buenas migas mientras compartan el mismo escenario: una querrá destacar sobre la otra. No cuenta más que con nuestros periódicos para defender a Coralie, mientras que Nathan, además de la ventaja que le da ser autor de comedias, dispone para la crítica teatral de los periódicos liberales y lleva en el periodismo algo más de tiempo que usted.

Esta frase venía a confirmar los secretos temores de Lucien, que no encontraba ni en Nathan ni en Gaillard la franqueza a la que tenía derecho; pero no podía quejarse, pues ¡era tan reciente su conversión!... Gaillard le repetía siempre a Lucien que los recién llegados tenían que dar muchas pruebas de fidelidad antes de que su partido pudiera fiarse de ellos. El poeta encontraba, en los periódicos monárquicos y gubernamentales, una envidia con la que no había contado, la envidia que aflora en todos los hombres cuando hay cualquier pastel que repartir, y que les hace parecerse a perros a la rebatiña: gruñen igual que ellos, tienes la misma actitud y el mismo talante. Aquellos escritores se hacían mil jugadas sucias bajo cuerda para perjudicarse mutuamente ante el poder, y se acusaban de tibieza; y, con el fin de desembarazarse de un competidor, eran capaces de ingeniar las más pérfidas maquinaciones. No tenían los liberales ningún motivo para una lucha intestina, pues estaban lejos del poder y de sus prebendas. Al entrever este intrincado nudo de ambiciones, Lucien no tuvo valor suficiente para sacar la espada y cortarlo, ni paciencia bastante para deshacerlo; no podía ser ni el Aretino, ni el Beaumarchais, ni el Fréron de su época, y se atuvo a su único deseo: conseguir su real orden, tras haber comprendido que un título nobiliario le garantizaría un buen matrimonio. Su fortuna, entonces, no dependería más que de un azar, favorecido por su belleza. Lousteau, a quien había

mostrado tanta confianza, conocía su secreto y el periodista sabía dónde herir de muerte al poeta de Angulema; así, el día en que Merlin le acompañaba al Vaudeville, Étienne había preparado para Lucien una terrible trampa en la que este muchacho había de caer y sucumbir.

—Aquí llega nuestro guapo Lucien —dijo Finot yendo a su encuentro con Des Lupeaulx, con quien estaba charlando, y dándole la mano con falso aire de amistad—. No conozco a nadie que haya hecho fortuna tan rápido como tú —añadió mirando alternativamente a Lucien y al maître des requêtes—. En París hay dos clases de fortuna: la material, el dinero que cualquiera puede amasar, y la moral, los conocidos, la posición, el tener las puertas abiertas en determinado mundo inalcanzable para ciertas personas, cualquiera que sea su fortuna material, y mi amigo...

—Nuestro amigo —dijo Des Lupeaulx dirigiendo a Lucien una mirada afable.

—Nuestro amigo —prosiguió Finot dando unas palmaditas en la mano de Lucien— en este aspecto ha hecho una brillante carrera. A decir verdad, Lucien está más dotado, tiene más talento y es más inteligente que todos los que le envidian, y además es de una belleza arrebatadora; sus antiguos amigos no le perdonan sus éxitos y dicen que han sido fruto de la suerte.

—Este tipo de suerte nunca sonrío a los tontos ni a los ineptos —dijo Des Lupeaulx—. ¿Acaso se puede llamar suerte al destino de Bonaparte? Había veinte generales en jefe por delante de él para mandar los ejércitos de Italia, como hay cien jóvenes que en estos momentos quisieran entrar en casa de mademoiselle des Touches, a quien ya todos se la dan por mujer, mi querido amigo —dijo Des Lupeaulx dando una palmadita en el hombro a Lucien—. ¡Ah!, es usted el favorito. Madame d'Espard, madame de Bargeton y madame de Montcornet están locas por usted. ¿No asiste esta noche a la velada de madame Firmiani y mañana al sarao de la duquesa de Grandlieu?

—Sí —dijo Lucien.

—Permita que le presente a un joven banquero, monsieur du Tillet, un hombre digno de usted; ha sabido hacer fortuna en muy poco tiempo.

Lucien y Du Tillet se saludaron y entablaron conversación, y el banquero invitó a cenar a Lucien. Finot y Des Lupeaulx, dos hombres igual de profundos y que se conocían lo suficiente para seguir siendo siempre amigos, parecieron continuar una conversación ya iniciada, dejaron a Lucien, Merlin, Du Tillet y Nathan hablando entre sí, y se dirigieron hacia uno de los divanes que amueblaban el foyer del Vaudeville.

—Bien, mi querido amigo —dijo Finot a Des Lupeaulx—, dígame la verdad. Lucien debe de contar con protectores muy poderosos cuando se ha convertido en la bestia negra de todos mis redactores, y, antes de favorecer su conspiración, quisiera consultarle a usted para saber si no me conviene más desbaratarla y prestarle mi ayuda.

En este punto el maître des requêtes y Finot se observaron unos instantes con profunda atención.

—Mi querido amigo —dijo Des Lupeaulx—, ¿cómo puede imaginar que la marquesa de Espard, Châtelet y madame de Bargeton, que ha hecho nombrar al barón prefecto del Charente y conde para poder volver triunfalmente a Angulema, van a perdonarle a Lucien sus ataques? Le han arrojado en brazos del partido monárquico para anularlo. Hoy todos buscan excusas para negarle a este muchacho lo que le prometieron; si encuentra alguna habrá hecho un gran favor a estas dos mujeres: un día u otro se acordarán. Conozco los propósitos de esas dos señoras, odian a este hombre hasta un punto que me ha

sorprendido. Ese Lucien habría podido desembarazarse de su mayor y más cruel enemiga, madame de Bargeton, proponiéndole cesar sus ataques bajo determinadas condiciones que todas las mujeres gustan de cumplir, ya me entiende. Es apuesto, joven, y habría ahogado este odio en torrentes de amor, se habría convertido entonces en conde de Rubempré, y la Sepia le habría conseguido un puesto cualquiera en la Casa Real y sinecuras. Lucien habría sido un muy apuesto lector para Luis XVIII, habría llegado a bibliotecario de no sé dónde, a ser un maître des requêtes de risa, a director de algo en los Menus-Plaisirs. Ese bobo ha errado el tiro. Tal vez sea eso lo que no se le ha perdonado. En lugar de imponer sus propias condiciones, las ha recibido. El día en que Lucien se dejó engatusar por la promesa del real decreto, el barón Châtelet dio un gran paso. Coralie ha hecho que este muchacho se perdiera. De no haber tenido a la actriz como amante, habría vuelto a amar a la Sepia y habría sido suya.

—Por tanto, podemos cargárnoslo —dijo Finot.

—¿Por qué medios? —preguntó como quien no quiere la cosa Des Lupeaulx, que quería hacer valer este favor ante la marquesa de Espard.

—Está ligado aún mediante contrato al pequeño periódico de Lousteau y dado que no tiene ni un céntimo le haremos escribir artículos. Si el Guardasellos se siente ofendido por un artículo burlón y se prueba que su autor es Lucien, lo considerará un hombre indigno de las bondades del monarca. Para hacer perder un poco la cabeza a ese gran hombre de provincias, hemos preparado la caída de Coralie: verá cómo silban a su amante y se queda sin ningún papel. Luego, una vez quede la real orden indefinidamente suspendida, nos reiremos de las pretensiones aristocráticas de nuestra víctima y airearemos que su madre es comadrona y su padre era un boticario. El valor de Lucien es puramente epidérmico; sucumbirá y le devolveremos allí de donde vino. Gracias a Nathan, Florine ha convencido a Matifat para que me venda su sexta parte, y yo he podido comprar la parte del papelerero, por lo que soy el único socio con Dauriat; usted y yo podemos llegar a un acuerdo para absorber ese periódico en favor de la corte. He protegido a Florine y a Nathan sólo a condición de que me devolvieran mi sexta parte, y ahora que me la han vendido he de recompensarles; pero antes quería conocer las probabilidades de éxito de Lucien...

—Es usted digno de su nombre —dijo Des Lupeaulx entre risas—. ¡Vaya!, me gustan los hombres como usted...

—Y bien, ¿puede hacer que Florine tenga un contrato definitivo? —le preguntó Finot al maître des requêtes.

—Sí, pero líbrenos de Lucien, puesto que Rastignac y De Marsay ya no quieren oír hablar más de él.

—Duerma tranquilo —repuso Finot—. Nathan y Merlin siempre tendrán los artículos prometidos por Gaillard. Lucien no conseguirá publicar una sola línea y así le cortaremos el suministro. No le quedará más que el periódico de Martainville para defenderse y defender a Coralie: un periódico contra todos es imposible que resista.

—Yo le revelaré los puntos flacos del ministro, pero usted entrégume el manuscrito del artículo que le haga escribir a Lucien —repuso Des Lupeaulx, que se guardó mucho de decirle a Finot que la real orden que se había prometido a Lucien no pasaba de ser una broma.

Des Lupeaulx dejó el foyer. Finot se acercó a Lucien y, en ese tono de campechanía que ha engañado a tanta gente, le explicó que no podía renunciar al artículo que le debía. Finot retrocedía ante la idea de un proceso que arruinaría las esperanzas que su amigo tenía puestas en el partido monárquico.

A Finot le gustaban los hombres lo bastante fuertes como para cambiar osadamente de opinión. Lucien y él, ¿no se encontrarían quizás en la vida y tendrían mil pequeños favores mutuos que hacerse? Lucien tenía necesidad de un hombre seguro en el partido liberal para que atacara a los hombres del Gobierno o a los ultras que se negaran a prestarle ayuda.

—Si le juegan una mala pasada, ¿qué podrá hacer? —preguntó Finot para terminar—. Si algún ministro, pensando que le tiene sujeto por el cabestro de su apostasía, deja de temerle y le manda a paseo, ¿no necesitará algunos perros que lanzar para que le muerdan en las pantorrillas? Pues bien, se ha peleado a muerte con Lousteau, quien pide su cabeza. Félicien y usted no se hablan. Solamente le quedo yo. Una de las normas de mi oficio es vivir en paz y armonía con los hombres verdaderamente fuertes. Podrá devolverme, en la sociedad en que entre, el equivalente de los favores que yo le pueda prestar en la prensa. Pero los negocios son los negocios. Mándeme artículos estrictamente literarios, no le comprometerán a nada y habrá cumplido con nuestros acuerdos.

Lucien no vio en ello sino amistad unida a prudentes cálculos en las propuestas de Finot, cuya adulación, junto con la de Des Lupeaulx, le habían puesto de buen humor: ¡le dio las gracias a Finot!

En la vida de los ambiciosos y de cuantos son incapaces de medrar si no es con el apoyo de los hombres y de las circunstancias, por medio de un plan más o menos bien trazado, seguido y mantenido, hay un momento terrible en el que no sé qué poder los somete a rudas pruebas: todo falla al mismo tiempo, se rompen los hilos por todos lados o se enredan, la desgracia asoma por todas partes. Cuando un hombre pierde la cabeza en medio de tal desorden moral está perdido. Los hombres verdaderamente fuertes son los que saben resistir a este primer revés de la fortuna, los cuales se mantienen firmes esperando que pase la tormenta y se salvan alcanzando con un esfuerzo terrible la esfera superior. Todo hombre, a menos que haya nacido rico, tiene lo que cabría llamar su semana fatal. Para Napoleón esta semana fue la de la retirada de Moscú. Este cruel momento había llegado para Lucien. Todo había ido como una seda para él en el mundo social y en la literatura; había sido demasiado dichoso. Y ahora tenía que ver cómo los hombres y las cosas le daban la espalda. El primer dolor, el más vivo y el más cruel de todos, le alcanzó donde se creía invulnerable, en su corazón y en su amor. Coralie quizá no fuese inteligente, pero tenía buen corazón y la capacidad de mostrarlo con uno de esos impulsos repentinos que revelan a las grandes actrices. Pero este extraño fenómeno, mientras no se convierte en una especie de costumbre gracias a una larga práctica, está sometido a los caprichos del humor y a menudo a ese admirable pudor que domina a las actrices todavía jóvenes. De carácter tímido e ingenuo, pero aparentemente desenvuelto y atrevido como debe serlo una actriz cómica, Coralie estaba aún enamorada, y bajo la máscara de la actriz palpitaba su corazón de mujer. En ella el arte sublime de fingir los sentimientos no había triunfado aún sobre su carácter natural. Se sentía avergonzada de tener que dar al público lo que pertenecía sólo al amor. Además, tenía un punto flaco típico de las verdaderas mujeres. Pese a saberse destinada a reinar como soberana en la escena, tenía necesidad de éxito. Incapaz de enfrentarse a una platea con la que no se sintiera en sintonía, temblaba siempre al entrar en escena; y entonces la frialdad del público podía paralizarla. Por ello, cada vez que tenía que hacer un nuevo papel, se sentía atenazada por la terrible emoción del debut. Los aplausos le provocaban una especie de ebriedad inútil para su amor propio, pero que era indispensable para su valor. Bastaba con un murmullo de desaprobación o el silencio del público distraído para anularla, mientras que una sala repleta y atenta y unas miradas llenas de admiración y benevolencia la electrizaban; entonces entraba en contacto con las más nobles cualidades de todas esas almas y se sentía capaz de elevarlas y conmoverlas. Esta duplicidad, que delataba un temperamento nervioso y dotado de talento, revelaba también toda la delicadeza y la ternura de aquella pobre muchacha. Lucien había terminado por apreciar los tesoros

escondidos en aquel corazón y el candor infantil de su amante. Incapaz de las falsedades propias de la actriz, Coralie era también incapaz de defenderse contra las rivalidades y los tejemanejes de entre bastidores a los que recurría Florine, muchacha tan peligrosa y corrompida como generosa y sencilla era su amiga. Coralie esperaba que le ofreciesen siempre los papeles, pues era demasiado orgullosa para implorar a los autores y tolerar sus deshonrosas condiciones, o para entregarse al primer periodista que la amenazara con su amor y su pluma. El talento, ya raro de por sí en el arte extraordinario del actor, es sólo una condición del éxito, y a la larga llega a resultar dañino si no va acompañado de ciertas aptitudes para la intriga, talento del que Coralie carecía por completo. Presintiendo los sufrimientos que esperaban a su amiga en su debut en el Gymnase, Lucien decidió procurarle un triunfo a cualquier precio. El dinero que quedaba del mobiliario vendido y el que ganaba Lucien se había ido todo en vestidos, en el acondicionamiento del camerino y en costear todos los gastos del estreno. Unos días antes, Lucien se decidió por amor a hacer una gestión humillante: cogió las letras de Fendant y Cavalier y se dirigió a la rue des Bourdonnais, al Cocon d'Or, para pedirle a Camusot que se las descontara. Pero el poeta no estaba aún lo suficientemente corrompido como para dar fríamente este paso. Se dejó muchos escozores por el camino, empedrándolo con los más terribles pensamientos y diciéndose alternativamente: ¡sí!, ¡no! Pero a pesar de todo llegó hasta el pequeño despacho frío, oscuro, al que daba luz un patio interior, que ocupaba con aire serio no ya el enamorado de Coralie, el bonachón, el holgazán, el libertino, el incrédulo Camusot que conocía Lucien, sino el serio padre de familia, el negociante lleno de astucias y de virtudes, cubierto con la máscara de la reserva judicial de un magistrado del Tribunal de Comercio y armado con la frialdad patronal de un jefe de empresa rodeado de dependientes, cajeros, cajas de cartón verdes, facturas y muestras, acompañado por su mujer y por una de sus hijas vestida con sencillez. Lucien sintió que le recorría un escalofrío al abordarlo, pues el digno negociante le arrojó la mirada insolentemente indiferente que había visto ya en los ojos de los usureros.

—Le traigo unas letras, le quedaría infinitamente agradecido si quisiera aceptármelas, señor —dijo quedándose de pie junto al comerciante sentado.

—Señor, se apropió usted de algo mío —dijo Camusot—, no lo he olvidado.

Entonces Lucien explicó la situación de Coralie hablándole en voz baja y al oído al sedero, quien pudo oír las palpitations del poeta humillado. No entraba en los cálculos de Camusot dejar que Coralie sufriera un fracaso. Mientras escuchaba, el negociante miró las firmas y se sonrió; era juez en el Tribunal de Comercio y conocía la situación de los editores. Dio cuatro mil quinientos francos a Lucien, a condición de hacer constar en el endoso: «contravalor recibido en sedas». Lucien fue inmediatamente a ver a Braulard, con quien se puso de acuerdo para asegurarle a Coralie un gran éxito. Braulard prometió ir y fue al ensayo general a fin de convenir los momentos en que sus hombres habían de aplaudir para asegurar el éxito. Lucien entregó el resto de su dinero a Coralie, ocultándole su visita a Camusot; calmó la inquietud de la actriz y de Bérénice, que no sabían ya qué hacer para atender las necesidades de la casa. Martainville, uno de los mayores expertos teatrales de aquel tiempo, había ido varias veces para hacerle ensayar su papel a Coralie. Lucien había conseguido también de varios redactores monárquicos la promesa de unos artículos favorables, y por ello no tenía ningún mal presentimiento. Pero la víspera del debut de Coralie ocurrió algo funesto para Lucien. Acababa de aparecer el libro de D'Arthez. El redactor jefe del periódico de Hector Merlin dio la obra a Lucien por considerarle la persona más capaz de reseñarla: debía su fatal reputación en esta materia a los artículos que había escrito sobre Nathan. Aquel día había gente en la oficina, todos los redactores se encontraban presentes. Martainville había acudido para discutir la estrategia general adoptada por los diarios

monárquicos contra los diarios liberales. Nathan, Merlin y todos los colaboradores de *Le Réveil* comentaban la influencia del semanario de Léon Giraud, influencia tanto más perniciosa cuanto que el tono era prudente, docto y moderado. Se comenzaba a hablar ya del Cenáculo de la rue des Quatre-Vents; era conocido como «La Convención». Se había decidido que los periódicos monárquicos harían una guerra a muerte y sistemática a esos peligrosos adversarios que se convirtieron, efectivamente, en quienes pusieron en práctica la Doctrina, esa secta fatídica que derribó a los Borbones, a partir del día en que la más mezquina de las venganzas llevó al más brillante escritor monárquico a aliarse con ella. D'Arthez, cuyas opiniones absolutistas eran desconocidas, incluido en el anatema pronunciado contra el Cenáculo, iba a ser la primera víctima. Su libro había de ser «vapuleado», en expresión consagrada. Lucien rehusó hacer el artículo. Esta negativa provocó la más violenta indignación de los capitostes del partido monárquico que habían acudido a aquella cita. Se le dijo clara y rotundamente a Lucien que un recién llegado, un converso, no tenía voluntad propia, que si no era de su interés pertenecer a la monarquía y a la religión, era muy dueño de volver al bando del que había venido: Merlin y Martainville hicieron un aparte con él y le hicieron ver amistosamente que estaba exponiendo a Coralie al odio que los diarios liberales le habían jurado, y que no podría contar entonces con la prensa gubernamental y monárquica para defenderse. La actriz provocaría sin duda una encendida polémica que le daría la fama por la que suspiran todas las mujeres de teatro.

—No entiende usted nada de todo esto —le dijo Martainville—; ella actuará durante tres meses en medio del fuego cruzado de nuestros artículos y ganará treinta mil francos en provincias durante tres meses más cuando acabe aquí la temporada. Por uno de esos escrúpulos que le impedirán ser un político y que hay que despreciar, arruinará a Coralie y su porvenir, pues rechaza una oportunidad que le garantizará la subsistencia.

Lucien se vio obligado a elegir entre D'Arthez y Coralie: su amante estaba perdida si no destrozaba a D'Arthez en el gran periódico y en *Le Réveil*. El pobre poeta volvió a su casa llorando lágrimas de sangre; se sentó al amor del fuego en su habitación y leyó aquel libro, uno de los más bellos de la literatura moderna. Dejó lágrimas en cada una de sus páginas, dudó largo rato, y finalmente escribió uno de esos artículos burlones que eran su especialidad, tratando al libro como los niños tratan a un hermoso pájaro para desplumarlo y martirizarlo. Su terrible mordacidad podía hacer daño al libro. Pero cuando releyó aquella bella obra, todos sus buenos sentimientos se despertaron: a medianoche atravesó París y se personó en casa de D'Arthez. A través de los cristales vio temblar el casto y tímido resplandor que tan a menudo había observado con el sentimiento de admiración que merecía el noble tesón de aquel auténtico gran hombre; no se sintió con fuerzas para subir y se sentó durante unos instantes en un guardacantón. Finalmente, empujado por su ángel guardián, llamó y encontró a D'Arthez leyendo y sin fuego.

— ¿Qué le sucede? —dijo el joven escritor al ver a Lucien e intuyendo que sólo una terrible desgracia podía haberle conducido hasta allí.

—Su libro es sublime —exclamó Lucien con los ojos llenos de lágrimas—, pero me han ordenado que lo ataque.

—Pobre muchacho, comes un pan muy duro —dijo D'Arthez.

—Sólo le pido un favor, que guarde el secreto de mi visita y me deje en mi infierno con mis trabajos de condenado. Tal vez no es posible llegar a nada sin antes tener callos en el corazón.

— ¡Siempre el mismo! —dijo D'Arthez.

— ¿Me cree un vil? No, D'Arthez, no, soy un muchacho ebrio de amor.

Y entonces le explicó su situación.

—Veamos el artículo —dijo D'Arthez conmovido por todo lo que Lucien acababa de contarle sobre Coralie.

Lucien le entregó el original; D'Arthez lo leyó y no pudo evitar una sonrisa.

— ¡Qué manera de desperdiciar el talento! —exclamó, pero se volvió a callar al ver a Lucien en un sillón, abrumado de sincero dolor—. ¿Me permite que lo corrija? Se lo devolveré mañana —continuó—. La burla deshonra siempre a una obra, pero una crítica seria y ponderada es a veces un elogio; sabré hacer su artículo más honroso para usted y para mí. Por otra parte, nadie mejor que yo conoce mis puntos flacos.

—Al subir por una pronunciada pendiente, uno encuentra a veces una fruta para calmar los ardores de una sed horrible, y esta fruta es usted —dijo Lucien, quien se echó entre los brazos de D'Arthez, lloró y le besó en la frente añadiendo—: ¡Tengo la sensación de prestarle mi conciencia para que un día me la devuelva!

—Considero el arrepentimiento periódico una gran hipocresía —dijo D'Arthez solemnemente—; el arrepentimiento en tales casos no es sino un premio concedido a las malas acciones. El arrepentimiento es una virginidad que nuestra alma debe ofrecer a Dios: un hombre que se arrepiente dos veces es, pues, un despreciable sicofante. Mucho me temo que sea solamente una forma de descargo de conciencia.

Estas palabras fulminaron a Lucien, que volvió a paso lento a la rue de la Lune. Al día siguiente el poeta llevó al periódico su artículo que le había devuelto y corregido D'Arthez, pero a partir de aquel día se vio en todo momento devorado por una melancolía que no fue siempre capaz de disimular. Cuando por la noche vio llena la sala del Gymnase, sintió las terribles emociones que produce un estreno teatral y que toda la fuerza de su amor contribuía a hacer más intensas aún. Estaba en juego toda su vanidad, y con la mirada abarcaba todas las fisonomías de los espectadores igual como hace un acusado delante de los semblantes de los miembros del jurado y de los jueces; bastaba con un murmullo para hacer que se estremeciera; un pequeño incidente en el escenario, las entradas y salidas de Coralie, las menores inflexiones de su voz le producían una gran agitación. La comedia en la que Coralie debutaba era una de esas que fracasan y luego se recuperan, y de hecho fracasó. Al hacer su entrada en escena, Coralie no fue aplaudida y se sintió sobrecogida por la frialdad de la platea. En los palcos, el único aplauso que recibió fue el de Camusot. Algunas personas del piso principal y de las galerías hicieron callar al comerciante con unos «chist» repetidos. Las galerías impusieron silencio a la claqué cada vez que ésta se entregaba a salvas de aplausos evidentemente exagerados. Martainville aplaudía valientemente, así como la hipócrita Florine; Nathan y Merlin la imitaban. Una vez fracasada la obra, se agolpó un gentío en el camerino de Coralie para consolarla, pero eso no hizo sino agravar la situación. La actriz estaba desesperada, menos por ella que por Lucien.

—Hemos sido traicionados por Braulard —dijo Lucien.

Coralie tuvo una terrible fiebre, había sido golpeada en pleno corazón. Al día siguiente le fue imposible actuar: su carrera estaba truncada. Lucien le ocultó los periódicos y los abrió en el comedor. Todos los críticos atribuían el fracaso de la obra a Coralie, que había sobrevalorado su talento; ella, que hacía las delicias de los teatros de los bulevares, se encontraba fuera de lugar en el Gymnase. Había llegado hasta allí movida por una loable ambición, pero sin tener en cuenta sus capacidades había

elegido mal su papel. Lucien leyó entonces sobre Coralie comentarios escritos en el mismo estilo hipócrita que sus artículos sobre Nathan. Una rabia digna de Milón de Crotona cuando sintió sus manos aprisionadas por el roble que él mismo había abierto estalló en Lucien, que palideció; sus amigos daban a Coralie, con una fraseología admirable por su bondad, complacencia e interés, los más pérfidos consejos. Debía interpretar, decían, unos papeles que los autores de aquellas infames críticas sabían que eran totalmente inadecuados a su talento. Y éstos eran los periódicos monárquicos, amañados sin duda por Nathan. En cuanto a los liberales y a los pequeños periódicos, desplegaban la misma perfidia y el mismo sarcasmo que había empleado Lucien. Coralie oyó uno o dos sollozos, saltó de su cama yendo a donde estaba Lucien, vio los periódicos, quiso leerlos y así lo hizo. Tras su lectura volvió a acostarse y permaneció en silencio. Florine estaba en la conspiración; había previsto ya el desenlace, se sabía el papel de Coralie y había tenido a Nathan para dirigirla en los ensayos. La dirección, que quería mantener la obra en cartel, quiso dar el papel de Coralie a Florine. El director fue a ver a la pobre actriz, que se encontraba abatida y llorando; pero en cuanto le dijo delante de Lucien que Florine se sabía el papel y que le era imposible no hacer representar la obra aquella noche, se enderezó y saltó fuera de la cama.

—Actuaré yo —gritó.

Y cayó desmayada. El papel fue, por tanto, dado a Florine, que se hizo un nombre, pues levantó la obra; todos los periódicos la pusieron por las nubes, y a partir de aquel día se convirtió en la gran actriz que todos conocemos. El triunfo de Florine exasperó a Lucien en extremo.

— ¡Una miserable, a la que has tenido que dar de comer! Si el Gymnase lo quiere, puede rescindir tu contrato. Seré conde de Rubempré, haré fortuna y me casaré contigo.

— ¡Qué tontería! —le dijo Coralie dirigiéndole una pálida mirada.

— ¿Tontería? —gritó Lucien—. Pues bien, dentro de unos días vivirás en una bonita casa, tendrás un carruaje y escribiré un papel para ti.

Cogió dos mil francos y corrió al Frascati. El pobre infeliz pasó allí dentro siete horas, perseguido por las furias, pero con expresión aparentemente fría y tranquila. Durante todo el día y parte de la noche tuvo una suerte alterna: llegó a ganar treinta mil francos y finalmente salió sin un céntimo. Cuando volvió, se encontró con Finot, que le esperaba para que le diera sus articulitos. Lucien cometió el error de quejarse.

— ¡Ah!, no siempre todo es de color de rosa —repuso Finot—. Ha dado usted tan bruscamente media vuelta a la derecha, que por fuerza tenía que perder el apoyo de la prensa liberal, mucho más influyente que la prensa gubernamental y monárquica. No se debe pasar nunca de un bando a otro sin antes haberse preparado un buen lecho en el que consolarse de las previsibles pérdidas, pero en cualquier caso un hombre prudente va a ver a sus amigos, les expone sus razones y hace que sean ellos quienes le aconsejen abjurar; y de este modo se convierten en cómplices que le compadecen y, como en el caso de Nathan y Merlin con sus colegas, acuerdan prestarse mutuos favores. Los lobos no se muerden entre sí. Ha demostrado usted en este asunto la inocencia de un corderillo. Si quiere sacar tajada ha de enseñar los dientes a su nuevo partido. Era inevitable que fuera sacrificado en provecho de Nathan. Y no le ocultaré el ruido, el escándalo y las protestas que ha provocado su artículo contra D'Arthez. Marat es un santo comparado con usted. Se están preparando ataques contra usted y su libro no saldrá bien parado. ¿Cómo va su novela?

—Aquí tengo las últimas pruebas —dijo Lucien enseñando un paquete de hojas.

—Se le atribuyen los artículos sin firma de los periódicos gubernamentales y ultras contra D'Arthez. Ahora no pasa día sin que Le Réveil suelte algún alfilerazo contra los de la rue des Quatre-Vents, y las injurias son tanto más sangrientas cuanto que tienen su gracia. Pero detrás del periódico de Léon Giraud hay todo un grupo político, serio y respetable, que tarde o temprano subirá al poder.

—No he puesto los pies en Le Réveil desde hace ocho días.

— ¡Bueno! Piense en mis articulitos. Haga pronto cincuenta y se los pagaré de una vez; pero hágalos dentro del estilo del periódico.

Y como quien no quiere la cosa Finot dio a Lucien el tema de un artículo burlón sobre el Guardasellos, contándole una pretendida anécdota que, según le dijo, corría por los salones.

Para recuperarse de las pérdidas en el juego, Lucien consiguió encontrar, a pesar de su abatimiento, algo de inspiración y frescura de espíritu, y escribió treinta artículos de dos columnas cada uno. Una vez terminados, Lucien se fue a la tienda de Dauriat, seguro de encontrar allí a Finot, a quien quería entregárselos en secreto; necesitaba además que el editor le explicara por qué no había publicado Las margaritas. La tienda estaba llena de enemigos suyos. A su aparición, se hizo un silencio absoluto y las conversaciones se interrumpieron de golpe. Al ver que le daban de lado, Lucien sintió redoblarse su valor y se dijo a sí mismo, como en la avenida del Luxemburgo: «¡Triunfaré!». Dauriat no estuvo ni amable ni protector, se mostró irónico, atrincherado en su derecho: publicaría Las margaritas cuando él quisiera, esperaría a que la situación de Lucien asegurara su éxito, y además había comprado todos los derechos. Cuando Lucien objetó que Dauriat estaba obligado a publicar sus Margaritas según lo establecido en el contrato y los compromisos de los contratantes, el editor sostuvo lo contrario y dijo que desde el punto de vista legal no podía ser obligado a realizar una operación que consideraba lesiva para sus intereses; él era el único a quien correspondía juzgar acerca de la oportunidad de su publicación. Existía además una solución que ningún tribunal dejaría de admitir. Lucien era muy dueño de devolver los mil escudos, recuperar su obra y publicarla con un editor monárquico.

Lucien se retiró más molesto por el tono comedido adoptado por Dauriat que por los aires de autócrata exhibidos con ocasión de su primera entrevista. Era evidente que Las margaritas no serían publicadas hasta que Lucien pudiera contar con el apoyo de unos colegas poderosos, o cuando hubiera alcanzado por sí solo una posición de indiscutido poder. Lentamente el poeta regresó a su casa, presa de un desaliento que le habría llevado al suicidio de haber cedido al impulso del primer momento. Encontró a Coralie en la cama, pálida y enferma.

— ¡O consigue un papel o se nos muere! —le dijo Bérénice mientras Lucien se vestía para ir a la rue du Mont-Blanc, a casa de mademoiselle des Touches, quien daba una gran fiesta, y donde se encontraría a Des Lupeaulx, Vignon, Blondet, madame d'Espard y madame de Bargeton.

La velada era en honor de Conti, el gran compositor que poseía una de las voces más célebres fuera del mundo de la escena, y en honor de la Cinti, la Pasta, Garcia, Levasseur y dos o tres voces ilustres del gran mundo. Lucien se deslizó hasta el lugar donde estaban sentadas la marquesa, su prima y madame de Montcornet. El pobre muchacho adoptó un aire ligero, contento, feliz; bromeó, se mostró tal como era en sus días de esplendor, no quería dar en absoluto la impresión de tener necesidad de la ayuda de los demás. Se extendió hablando de los servicios que prestaba al partido monárquico, y en prueba de ello se refirió a los gritos de odio que habían lanzado los liberales contra él.

—Será usted generosamente recompensado por todo ello, amigo mío —le dijo madame de Bargeton dirigiéndole una amable sonrisa—. Vaya pasado mañana a la Cancillería, con la Garza y Des Lupeaulx, y tendrá su real orden firmada por el rey. El Guardasellos lo lleva mañana a Palacio, pero hay consejo y volverá tarde; si me entero, sin embargo, del resultado por la noche, le mandaré noticias. ¿Dónde vive?

—Ya vendré —repuso Lucien avergonzado por tener que decir que vivía en la rue de la Lune.

—Los duques de Lenoncourt y de Navarreins le han hablado de usted al rey —prosiguió la marquesa—, elogiando su absoluta y total abnegación que merece una gran recompensa para resarcirle de la persecución del partido liberal. Por otra parte, el nombre y el título de Rubempré, a los que tiene derecho por parte de madre, llegarán a ser ilustres en usted. Esta misma tarde el rey le ha dicho a Su Excelencia que le traiga una real orden para autorizar a monsieur Lucien Chardon a llevar el apellido y los títulos de los condes de Rubempré, en su calidad de nieto del último conde por parte de madre. «Favorezcamos a los jilgueros del Pindo», ha dicho tras haber leído su soneto sobre el lirio, que, por suerte, mi prima se había acordado de darle al duque. «Sobre todo si el rey puede hacer el milagro de transformarlos en águilas», ha respondido monsieur de Navarreins.

Fue tal la emoción de Lucien que habría enternecido a cualquier otra mujer que hubiese estado menos herida de lo que lo estaba Louise d'Espard de Nègrepelisse. Cuanto más guapo veía a Lucien, mayor era su sed de venganza. Des Lupeaulx tenía razón, Lucien carecía de tacto: no supo adivinar que la real orden de la que le hablaban no era sino una broma al estilo de las que tan bien sabía hacer madame d'Espard. Envalentonado por aquel éxito y por la halagadora distinción de la que le daba muestras mademoiselle des Touches, se quedó en su casa hasta las dos de la noche para poder hablar con ella en privado. Lucien se había enterado en las oficinas de los periódicos monárquicos de que mademoiselle des Touches colaboraba en secreto en la redacción de un drama en el que actuaría la gran revelación del momento, la pequeña Fay. Cuando los salones quedaron desiertos, llevó a mademoiselle des Touches hasta un sofá del boudoir y le contó de forma tan conmovedora la desgracia de Coralie y la suya propia, que esta ilustre hermafrodita le prometió darle el papel principal a Coralie.

Al día siguiente de esta velada, en el momento en que Coralie, feliz por la promesa que mademoiselle des Touches le había hecho a Lucien, volvía a la vida y almorzaba con su poeta, Lucien estaba leyendo el diario de Lousteau, en el que figuraba el relato burlón de la anécdota inventada sobre el Guardasellos y sobre su mujer. La más negra maldad se ocultaba bajo el ingenio más incisivo. El rey Luis XVIII estaba perfectamente representado y ridiculizado, pero sin llegar al extremo de que pudieran intervenir las autoridades judiciales. He aquí el hecho al que el partido liberal quería dar apariencia de verdad, pero que solamente ha servido para engrosar el número de sus ingeniosas calumnias.

La pasión de Luis XVIII por una correspondencia galante y azucarada, llena de madrigales y alusiones licenciosas, era interpretada como la última expresión de su amor que se estaba volviendo doctrinario: pasaba, según se decía, del hecho a la idea. La ilustre amante, tan cruelmente atacada por Béranger bajo el nombre de Octavie, comenzaba a alimentar los más serios temores. La correspondencia languidecía. Cuanto más desplegaba Octavie su ingenio, más frío y apagado se mostraba su amante. Octavie había acabado descubriendo la causa de su desgracia: su poder estaba amenazado por la fresca gracia de una nueva relación epistolar del regio corresponsal con la esposa del Guardasellos. Esta excelente mujer era considerada incapaz de escribir ni un billete; por tanto debía de ser la títere de una audaz ambición. ¿Quién podía esconderse detrás de aquellas faldas? Tras algunas averiguaciones, Octavie descubrió que el rey mantenía correspondencia con su ministro. E inmediatamente concibe su plan. Con la ayuda de un fiel amigo retiene un buen día al ministro en la

Cámara gracias a una tempestuosa discusión, y consigue una entrevista con el rey, en la que subleva el amor propio del monarca con la revelación del engaño. Luis XVIII estalla en un ataque de cólera borbónica y real contra Octavie, no la cree; Octavie le ofrece al punto una prueba rogándole que escriba un mensaje exigiendo una respuesta inmediata. La pobre mujer, sorprendida, manda a buscar a su marido a la Cámara; pero todo estaba previsto, y en aquel momento se hallaba en la tribuna de oradores. La mujer suda sangre, se estruja los sesos y responde con todo el ingenio de que es capaz. «Vuestro canciller os contará el resto», exclama Octavie, riéndose ante la decepción del rey.

Aunque falso, el artículo hería en lo más vivo al rey, al Guardasellos y a su mujer. Se decía que Des Lupeaulx, a quien Finot le guardó siempre el secreto, era quien se había inventado la anécdota. Este agudo y mordaz artículo hizo las delicias de los liberales y del partido de Monsieur. Lucien se divirtió, sin ver en él más que un muy agradable bulo. Al día siguiente fue a reunirse con Des Lupeaulx y el barón Du Châtelet. El barón iba a darle las gracias a Su Excelencia. Monsieur Châtelet, nombrado consejero de Estado en servicio extraordinario, había sido nombrado conde con la promesa de convertirse en prefecto del Charente tan pronto como el actual prefecto hubiera acabado los pocos meses necesarios para retirarse con la pensión máxima. El conde Du Châtelet, pues el «du» había sido incluido en la real orden, hizo subir a Lucien a su carruaje y le trató como a un igual. De no ser por los artículos de Lucien, tal vez no habría ascendido tan rápidamente: el acoso de los liberales le había servido como una especie de plataforma de promoción. Des Lupeaulx estaba en el Ministerio, en el despacho del secretario general. Al ver a Lucien, este funcionario dio un salto de sorpresa y miró a Des Lupeaulx.

— ¡Cómo!, ¿se atreve a aparecer por aquí, señor? —dijo el secretario general a un estupefacto Lucien—. ¡Su Excelencia ha hecho pedazos la real orden que tenía ya lista, aquí tiene! —Enseñó entonces el primer papel rasgado que encontró a mano—. El ministro ha querido conocer al autor del espantoso artículo de ayer, y he aquí un ejemplar del periódico —dijo el secretario general alargando a Lucien las hojas de su artículo—. ¿Se dice monárquico, señor, y es colaborador de ese infame periódico que hace encanecer los cabellos de los ministros, que ataca a los Ministerios y nos arrastra hacia el abismo? Se desayuna con *Le Corsaire*, *Le Miroir*, *Le Constitutionnel*, *Le Courier*, come con *La Quotidienne* y *Le Réveil* y cena con *Martainville*, el antagonista más terrible del Gobierno y que empuja al rey hacia el absolutismo, lo cual le conduciría a una revolución tan rápidamente como si se entregara a la extrema izquierda. Es usted un periodista muy ingenioso, pero nunca llegará a ser un político. El ministro le ha denunciado al rey como el autor del artículo y el rey, enfurecido, ha reprendido al señor duque de Navarreins, su primer gentilhomme de servicio. ¡Se ha creado unos enemigos tanto más poderosos cuanto más favorables le eran! Lo que en un enemigo parece natural, es espantoso en un amigo.

—Pero, mi querido amigo, ¿es usted un niño? —dijo Des Lupeaulx—. Me ha puesto en un compromiso. Madame d'Espard, madame de Bargeton y madame de Montcornet, que respondían por usted, deben de estar furiosas. El duque ha debido de hacer caer su cólera sobre la marquesa y la marquesa habrá reñido a su prima. ¡No vaya allí! ¡Espere!

— ¡Aquí llega Su Excelencia, salga! —dijo el secretario general.

Lucien se encontró en la place Vendôme, aturdido como un hombre al que acaban de asestar un mazazo en la cabeza. Regresó a pie por los bulevares, tratando de hacer examen de conciencia. Se vio convertido en el juguete de unos hombres envidiosos, ávidos y pérfidos. ¿Qué era en aquel mundo de ambiciones? Un niño que corría tras los placeres y las satisfacciones de la vanidad, sacrificándolo todo a

ellos; un poeta incapaz de reflexionar en profundidad, yendo como una falena de luz en luz, sin un plan preestablecido, esclavo de las circunstancias, pensando bien y obrando mal. Su conciencia fue un despiadado verdugo. Además, no tenía ya dinero y se sentía extenuado por el trabajo y por el dolor. Los artículos de Nathan y Merlin tenían siempre la precedencia sobre los suyos. Mientras caminaba sin rumbo, perdido en sus reflexiones, vio, en algunos gabinetes literarios, que comenzaban a ofrecer libros de lectura junto con los periódicos, un cartel en el que bajo un extraño título, completamente desconocido para él, destacaba su nombre: «Por monsieur Lucien Chardon de Rubempré». Había aparecido su obra, y él no sabía nada, los periódicos no habían hablado de ella. Se quedó parado, con los brazos colgando, inmóvil, sin advertir la presencia de un grupo de jóvenes elegantes, entre quienes se encontraban Rastignac, De Marsay y algunos otros conocidos suyos. No se fijó en Michel Chrestien y en Léon Giraud, que se le acercaron.

— ¿Es usted monsieur Chardon? —le preguntó Michel con un tono que hizo resonar las entrañas de Lucien como cuerdas.

— ¿No me conoce? —respondió palideciendo.

Michel le escupió en la cara.

—Estos son los honorarios por sus artículos contra D'Arthez. ¡Si todos siguieran mi ejemplo cuando está en juego el propio honor o el de sus amigos, la prensa sería lo que debe ser: un sacerdocio respetable y respetado!

Lucien vaciló y tuvo que apoyarse en Rastignac, a quien dijo, así como a De Marsay:

—Señores, no pueden negarse a ser mis testigos. Pero antes quiero pagarle con la misma moneda para que la cosa no tenga vuelta de hoja.

Lucien dio un bofetón a Michel, quien no se lo esperaba. Los elegantes y los amigos de Michel se interpusieron entre el republicano y el monárquico, a fin de que esta pelea no degenerase en una vulgar reyerta. Rastignac sujetó a Lucien y se lo llevó a su casa de la rue Taitbout, a dos pasos de la escena de los hechos que tenían lugar en el bulevar de Gand, a la hora de la comida. Esta circunstancia evitó los acostumbrados apiñamientos de gente que se producen en tales casos. De Marsay fue a buscar a Lucien, a quien los dos dandies obligaron a comer alegremente con ellos en el Café Inglés, donde se emborracharon.

— ¿Es usted diestro con la espada? —le preguntó De Marsay.

—Nunca he manejado ninguna.

— ¿Con la pistola? —preguntó Rastignac.

—En mi vida he disparado un solo tiro.

—Pues entonces tiene la suerte de cara; es usted un temible adversario, puede dar muerte a su rival —dijo De Marsay.

Afortunadamente, Lucien encontró a Coralie ya acostada, durmiendo. La actriz había trabajado, improvisando, en una pequeña comedia y se había tomado la revancha logrando aplausos legítimos, no comprados. Aquella velada, que sus enemigos no se esperaban, hizo decidirse al director a darle el papel principal en la obra de Camille Maupin, pues había acabado por descubrir los verdaderos motivos del fracaso de Coralie el día de su debut. Irritado por las intrigas de Florine y de Nathan para hacer caer a

una actriz por la que sentía estima, el director le había prometido a Coralie su protección.

A las cinco de la madrugada, Rastignac pasó a recoger a Lucien.

—Amigo, vive usted en la Luna, como indica el nombre de su calle —le dijo por todo cumplido—. Seamos los primeros en llegar a la cita en el camino de Clignancourt, es de buen gusto y debemos dar ejemplo.

—El programa es el siguiente —le dijo De Marsay cuando el coche rodaba ya por el faubourg Saint-Denis—. Se batirán a pistola, a una distancia de veinticinco pasos, avanzando libremente el uno hacia el otro hasta una distancia máxima de quince pasos. Cada uno puede dar cinco pasos y hacer tres disparos, ni uno más. Pase lo que pase, los dos se comprometen a limitarse a esto. Nosotros cargaremos las pistolas de su adversario y los testigos de él cargarán las de usted. Las armas han sido escogidas por los cuatro testigos en casa de un mismo armero. Le prometo que hemos hecho todo lo posible para que el azar le favoreciera: tienen ustedes pistolas de caballería.

Para Lucien la vida se había convertido en una pesadilla; le era indiferente vivir o morir. El valor propio del suicida le sirvió, pues, para parecer revestido de bravura ante los ojos de los espectadores de su duelo. Se quedó en su sitio sin dar un paso. Esta despreocupación fue tomada por frío cálculo: se pensó que aquel poeta era todo un hombre. Michel Chrestien llegó hasta el límite prescrito. Los dos adversarios hicieron fuego al mismo tiempo, pues las ofensas habían sido consideradas iguales. Al primer disparo, la bala de Chrestien rozó la barbilla de Lucien, cuya bala pasó diez pies por encima de la cabeza de su adversario. Al segundo disparo, la bala de Michel se alojó en el cuello de la levita del poeta, que, por fortuna, era de piqué y estaba forrada de bucarán. Al tercer disparo, Lucien recibió la bala en el pecho y se desplomó.

— ¿Está muerto? —preguntó Michel.

—No —dijo el cirujano—, saldrá de ésta.

—Tanto peor —repuso Michel.

— ¡Ah!, sí, tanto peor —dijo Lucien prorrumpiendo en sollozos.

A mediodía, el pobre muchacho se encontraba en su habitación tendido en el lecho; se habían requerido cinco horas y grandes cuidados para trasladarlo hasta allí. Aunque su estado no revestía peligro, requería precauciones: la fiebre podía provocar serias complicaciones. Coralie ahogó su desesperación y dolor. Durante todo el tiempo que su amigo corrió peligro, pasó las noches con Bérénice, aprendiéndose sus papeles. Dos meses duró el estado preocupante de Lucien. A veces la pobre muchacha interpretaba un papel en el que debía fingir alegría, mientras que no paraba de repetirse para sus adentros: «¡Tal vez mi pobre Lucien esté muriéndose en estos momentos!».

Durante todo aquel tiempo Lucien fue cuidado por Bianchon: debió la vida a la abnegación de este amigo tan vivamente herido, pero a quien D'Arthez le había confiado el secreto de la visita que Lucien le había hecho para justificar al desdichado poeta. En un momento de lucidez, ya que Lucien tuvo una gravísima fiebre nerviosa, Bianchon, que sospechaba cierta generosidad por parte de D'Arthez, interrogó al enfermo; Lucien le dijo que no había escrito ningún otro artículo sobre el libro de D'Arthez, aparte del aparecido en el periódico de Hector Merlin.

A finales del primer mes, la casa editorial Fendant y Cavalier se declaró en quiebra. Bianchon le rogó a la actriz que ocultara este terrible revés a Lucien. La famosa novela El arquero de Carlos IX,

aparecida bajo un título extraño, no había tenido el menor éxito. Para conseguir algo de dinero antes de declararse en quiebra, Fendant, a espaldas de Cavalier, había vendido todas las existencias a unos tenderos que la revendían a bajo precio a los buhoneros. En aquel momento el libro de Lucien adornaba los parapetos de los puentes y muelles de París. La librería del quai des Augustins, que había adquirido cierta cantidad de ejemplares de esta novela, vio cómo perdía una considerable suma a consecuencia de la súbita bajada del precio: los cuatro volúmenes en doceavo que había comprado a cuatro francos y cincuenta céntimos se vendían a cincuenta sueldos. El comercio ponía el grito en el cielo, y los periódicos seguían guardando el más completo silencio. Barbet no había previsto aquella limpieza, creyendo como creía en el talento de Lucien; en contra de su costumbre, se había asegurado doscientos ejemplares; y la perspectiva de una pérdida le volvía loco, decía pestes de Lucien. Barbet tomó una decisión heroica: guardó sus ejemplares en un rincón de su almacén por pura testarudez de avaro, y dejó que sus colegas se deshicieran de los suyos a bajo precio. Más tarde, en 1824, cuando el hermoso prefacio de D'Arthez, los méritos propios del libro y dos artículos escritos por Léon Giraud revalorizaron esta obra, Barbet vendió sus ejemplares uno a uno al precio de diez francos. A pesar de todas las precauciones de Bérénice y Coralie, fue imposible impedir que Hector Merlin fuera a ver a su amigo moribundo; y le hizo beber gota a gota el cáliz amargo de aquel bouillon, palabra en uso en el mundo de la edición para describir la funesta operación a la que se habían dedicado Fendant y Cavalier al publicar la obra de un novel. Martainville, el único amigo fiel de Lucien, escribió un magnífico artículo a favor de la obra, pero la exasperación era tal, tanto en el campo liberal como en el gubernamental, contra el redactor jefe de L'Aristarque, L'Oriflamme y Le Drapeau blanc, que los esfuerzos de este valiente atleta, que devolvió siempre a los liberales diez insultos por cada uno, perjudicaron a Lucien. Ningún periódico recogió el guante de la polémica, por muy punzantes que fueran los ataques del bravo realista. Coralie, Bérénice y Bianchon cerraron la puerta a todos cuantos se decían amigos de Lucien, que profirieron grandes gritos de protesta, pero fue imposible cerrar la puerta a los alguaciles. La bancarrota de Fendant y Cavalier autorizaba a los acreedores a exigir el pago de sus letras en virtud de una disposición del Código de Comercio, que es la más lesiva para los derechos de terceros, que se ven privados así de los beneficios del contrato. Lucien se vio por ello perseguido insistentemente por Camusot. Al leer aquel nombre, la actriz comprendió la terrible y humillante gestión que había tenido que hacer su poeta, que para ella era tan angelical. Por ello le amó diez veces más y no quiso implorarle a Camusot. Cuando se presentaron en busca del imputado, los alguaciles le encontraron en su lecho y desistieron de llevárselo; pasaron por casa de Camusot antes de rogarle al presidente del tribunal que les indicara una casa de salud adonde trasladarlo. Camusot se presentó de inmediato en la rue de la Lune. Coralie bajó y subió de nuevo con los documentos procesales que, según el endoso, señalaban a Lucien como comerciante. ¿Cómo había obtenido ella aquellos documentos de Camusot?, ¿qué promesa le había hecho? Ella guardó el más absoluto silencio, pero había subido pálida como una muerta. Coralie actuó en la obra de Camille Maupin y contribuyó en gran parte al éxito de la ilustre hermafrodita literaria. La creación de este papel fue el último destello de este bello astro. A la vigésima representación, en el momento en que Lucien, restablecido, comenzaba a pasear, a comer y hablaba de reanudar sus trabajos, Coralie cayó enferma: una pena secreta la devoraba. Bérénice siempre creyó que por salvar a Lucien se había comprometido a volver con Camusot. La actriz tuvo que sufrir la mortificación de ver que daban su papel a Florine. Nathan pensaba declarar la guerra al Gymnase en el caso de que no se diera a Florine el papel de Coralie. Interpretando su papel hasta el último momento para no dejar que se hiciera con él su rival, Coralie agotó todas sus fuerzas; el Gymnase le había hecho algunos adelantos durante la enfermedad de Lucien; no podía pedir nada más a la caja del teatro, pese a su buena voluntad; Lucien no estaba en condiciones aún de trabajar, además cuidaba de Coralie a fin de

aliviar a Bérénice; se llegó así en aquel pobre hogar a la más negra miseria; sin embargo, tuvo suerte de encontrar a un médico experto y abnegado como Bianchon que convenció a un farmacéutico para que les fiase. La situación de Coralie y de Lucien no tardó en ser conocida por los proveedores y el propietario. Los muebles fueron embargados. La modista y el sastre, al no temer ya al periodista, persiguieron sañudamente a estos dos bohemios. Por último, no quedaron más que el farmacéutico y el chacinero que les fiaran a aquellos dos infortunados jóvenes. Lucien, Bérénice y la enferma se vieron obligados así a comer durante una semana nada más que carne de tocino en todas las ingeniosas variantes que son capaces de darle los charcuteros. Esta carne, bastante indigesta de por sí, agravó la enfermedad de la actriz. Lucien se vio obligado por la miseria a presentarse en casa de Lousteau para reclamarle los mil francos que aquel viejo amigo, aquel traidor, le debía. Entre todas sus desventuras, éste fue el paso que más le costó dar. Lousteau no podía ya volver a su habitación de la rue de La Harpe; dormía en casa de amigos, al verse perseguido y acorralado como una liebre. Lucien sólo pudo encontrar a su fatal introductor en el mundo literario en Flicoteaux. Estaba cenando en la misma mesa en la que Lucien le había encontrado para su desgracia el día en que dejara solo a D'Arthez. Lousteau le invitó a cenar y Lucien aceptó. Cuando al salir de Flicoteaux, Claude Vignon, que cenaba también allí aquel día, Lousteau, Lucien y el alto desconocido que tenía su guardarropa en casa de Samanon quisieron ir al Café Voltaire para tomar un café, no consiguieron reunir ni treinta sueldos con la calderilla del fondo de sus bolsillos. Deambularon por el Luxemburgo confiando encontrar a un editor, y efectivamente vieron a uno de los más famosos de aquel tiempo, a quien Lousteau consiguió sacarle cuarenta francos. Lousteau hizo cuatro partes con dicha suma, que repartió entre los escritores. Lucien no sentía ya ningún orgullo, la miseria había matado todo sentimiento en él; lloró delante de aquellos tres artistas contándoles su situación; pero cada uno de sus colegas tenía un drama propio que contar tan horrible como el suyo; cuando cada uno explicó su historia, el poeta se sintió el menos desgraciado de los cuatro. Todos, por tanto, tenían necesidad de olvidar su desgracia y cuanto podía recordársela. Lousteau se marchó corriendo al Palais-Royal a jugarse los nueve francos que le quedaban de sus diez. El alto desconocido, pese a tener una amante encantadora, se fue a una innoble casa pública para sumergirse en el cenagal de los placeres peligrosos. Vignon se acercó al Petit Rocher de Cancale con el propósito de tomarse dos botellas de Burdeos para ahogar en vino su razón y su memoria. Lucien dejó a Claude Vignon en la puerta del restaurante, rehusando tomar parte en aquella cena. El apretón de manos que el gran hombre de provincias dio al único periodista que no le había sido hostil estuvo acompañado de un horrible encogimiento de corazón.

— ¿Qué puedo hacer? —le preguntó.

—Cual el tiempo tal el tiento —le dijo el gran crítico—. Su novela es un buen libro, pero se ha creado envidiosos; su lucha será larga y difícil. El genio es una horrible enfermedad. Todo escritor lleva en su corazón a un monstruo que, semejante a la tenia en el estómago, devora los sentimientos a medida que se forman. ¿Quién triunfará?, ¿la enfermedad sobre el hombre o el hombre sobre la enfermedad? Ciertamente que hay que ser un gran hombre para mantener la balanza equilibrada entre el genio y el carácter. Cuanto más crece el talento, más se seca el corazón. A menos de ser un coloso, a menos de tener las espaldas de un Hércules, uno se queda o sin corazón o sin talento. Usted es débil y delicado, sucumbirá —dijo entrando en el restaurante.

Lucien volvió a su casa meditando sobre esta terrible sentencia, cuya profunda verdad arrojaba luz sobre la vida literaria.

«¡Dinero!», le gritaba una voz.

Libró a su orden tres letras de mil francos cada una a uno, dos y tres meses de vencimiento, imitando con admirable perfección la firma de David Séchard; las endosó, y a la mañana siguiente se las llevó a Métivier, el fabricante de papel de la rue Serpente, quien se las pagó sin ningún problema. Lucien escribió unas líneas a su cuñado, para avisarle de este ataque a su caja prometiéndole, como es costumbre, remitirle los fondos a su vencimiento. Pagadas las deudas de Coralie y de Lucien, quedaron trescientos francos, que el poeta entregó a Bérénice diciéndole que no le diera nada si se lo pedía; temía que la fiebre del juego se apoderara de él. Animado por una sombría, fría y taciturna rabia, Lucien se puso a escribir sus artículos más agudos a la luz de una lamparilla, mientras velaba a Coralie. Cuando buscaba sus ideas veía a esta adorable criatura, blanca como la porcelana, bella como pueden serlo los moribundos, sonriéndole con los labios exangües, mirándole con unos ojos brillantes como los de todas las mujeres que se están muriendo tanto de pena como de enfermedad. Lucien mandaba sus artículos a los periódicos, pero como no podía ir a las oficinas para importunar a los redactores jefe, los artículos no se publicaban. Cuando se decidía a ir al periódico, Théodore Gaillard, que le había hecho unos adelantos y que luego se aprovechó de aquellos diamantes literarios, le recibía fríamente.

—Cuídese, amigo; ya no es ingenioso, no se deje llevar por el desaliento, ¡esfuércese en ser más brillante! —le decía.

—Este pequeño Lucien no tenía en gestación más que su novela y sus primeros artículos —exclamaron Félicien Vernou, Merlin y todos los que le detestaban, cuando se hablaba de él en casa de Dauriat o en el Vaudeville—. Nos manda unos artículos que dan pena.

«No tener nada en gestación», frase consagrada en la jerga del periodismo, constituye una sentencia suprema contra la que es difícil apelar una vez pronunciada. Esta frase, que se extendió por todas partes, mataba a Lucien sin él saberlo; a partir de aquel día, en efecto, comenzó a tener problemas superiores a sus fuerzas. En medio de sus agotadores trabajos, se vio perseguido por las letras vencidas de David Séchard y tuvo que recurrir a la experiencia de Camusot. El antiguo amante de Coralie tuvo la generosidad de proteger a Lucien. Esta horrorosa situación se prolongó por espacio de dos meses, en los que le llovieron papeles timbrados, que, a recomendación de Camusot, Lucien mandaba a Desroches, un amigo de Bixiou, de Blondet y de Des Lupeaulx.

A principios del mes de agosto, Bianchon le dijo al poeta que Coralie estaba en las últimas, que no le quedaban más que unos pocos días de vida. Bérénice y Lucien pasaron aquellos días fatales llorando, sin poder ocultar sus lágrimas a esta pobre muchacha que estaba desesperada por morir a causa de Lucien. Por una extraña regresión, Coralie le pidió a Lucien que mandase llamar a un sacerdote. La actriz quiso reconciliarse con la Iglesia y murió en santa paz. Tuvo un final cristiano y su arrepentimiento fue sincero. Esta agonía y esta muerte acabaron por privar a Lucien de todas sus fuerzas y de todo su valor. El poeta quedó completamente abatido, sentado en un sillón a los pies del lecho de Coralie, sin dejar de mirarla hasta el momento en que vio los ojos de la actriz entornados por la mano de la muerte. Eran las cinco de la madrugada. Un pajarillo vino a posarse en los tiestos de la ventana y gorjeó. Bérénice, arrodillada, besaba la mano de Coralie, que se iba enfriando bajo sus lágrimas. En la repisa de la chimenea no había más que once sueldos. Lucien salió empujado por una desesperación que le aconsejaba pedir limosna para enterrar a su amante o ir a echarse a los pies de la marquesa de Espard, el conde du Châtelet, madame de Bargeton, mademoiselle des Touches o del terrible dandy De Marsay: no quedaba ya nada en él de orgullo ni de fuerzas. ¡Capaz habría sido de alistarse en el ejército por tener un poco de dinero! Caminando con ese paso arrastrado y desacompañado de los desgraciados llegó hasta la residencia de Camille Maupin, donde entró sin tener en cuenta el desaliño de sus ropas y rogó ser

anunciado.

—La señorita se ha acostado a las tres de la noche, y nadie se atrevería a entrar en su habitación antes de que ella llame —respondió el criado.

— ¿A qué hora llama?

—Nunca antes de las diez.

Lucien escribió entonces una de esas cartas espantosas en las que los elegantes que no tienen donde caerse muertos pierden todo recato. Una tarde en que Lousteau le hablaba de las solicitudes hechas por los jóvenes talentos a Finot, se había mostrado incrédulo sólo de pensar que uno se pudiera humillar hasta tal punto, y ahora su pluma le llevaba incluso más lejos de todo lo que podían haber escrito sus compañeros de desgracia. Cuando regresaba a casa alelado y febril, al pasar por los bulevares sin imaginar la horrible obra maestra que acababa de dictarle la desesperación, se encontró con Barbet.

—Barbet, ¿quinientos francos? —le dijo tendiéndole la mano.

—No, doscientos —repuso el librero.

— ¡Ah!, ¿así que tiene corazón?

—Sí, pero también negocios. Me hace usted perder mucho dinero —le dijo después de contarle la quiebra de Fendant y Cavalier—, deme a ganar algo.

Lucien se estremeció.

—Es usted poeta, y por tanto sabrá hacer todo tipo de versos —prosiguió el editor—. En estos momentos necesito canciones subidas de tono para publicarlas junto con otras que he editado de autores varios, para que nadie pueda acusarme de piratería y poder así vender por las calles una bonita colección de canciones a diez sueldos. De modo que si quiere enviarme mañana diez buenas canciones que ensalcen el vino o que sean licenciosas... Bien, ¡ya sabe!, le daré doscientos francos.

Lucien volvió a su casa: allí encontró a Coralie, rígida y yacente sobre un catre de tijera y envuelta en una vieja sábana que Bérénice estaba cosiendo con lágrimas en los ojos. La gorda normanda había encendido cuatro cirios en las cuatro esquinas de la cama. En el rostro de Coralie resplandecía esa belleza sublime que fascina a los vivos con su calma absoluta. La actriz se asemejaba a esas muchachitas cloróticas: por momentos parecía que aquellos labios amoratados fueran a entreabrirse para pronunciar el nombre de Lucien, que antes de expirar había repetido aún junto con el nombre de Dios. Lucien le dijo a Bérénice que fuera a las pompas fúnebres para encargarse un carruaje que no costase más de doscientos francos, incluido el servicio fúnebre en la iglesucha de la Bonne-Nouvelle. Apenas hubo salido Bérénice, el poeta se sentó a la mesa, cerca del cuerpo de su pobre amada, y allí compuso las diez canciones que requerían ideas alegres y aires populares. Al principio un dolor desgarrador le impidió trabajar, pero finalmente la necesidad le hizo encontrar la inspiración, como si no sufriera. Se hacía realidad la terrible sentencia de Claude Vignon sobre la escisión entre corazón y cerebro. ¡Qué noche la que pasó el pobre muchacho esforzándose en componer canciones para ofrecer a los juerguistas escribiendo a la luz de los cirios y al lado del sacerdote que rezaba por el alma de Coralie! Al día siguiente por la mañana, Lucien, que había acabado su última canción, trataba de adaptarla a una tonadilla de moda; al oírle cantar, Bérénice y el sacerdote temieron que hubiera enloquecido.

Amigos, la moral en la canción

me cansa, aburre hasta la hartura.

¿Para qué invocar la razón
cuando se sirve a la Locura?

No hay mal estribillo
si se mata el gusanillo.

Epicuro dicho lo ha dejado.

Apolo no es un buen consejero
si Baco es nuestro copero.

Riamos y bebamos
y lo demás váyase al diablo.

Hipócrates a todo buen bebedor
cien años de vida prometía.

¿Qué importa, al fin, oh, dolor,
si la pierna que antes corría
no puede ya alcanzar a una moza bella,

si para soplarnos una botella
tenemos siempre presta la mano?

Si hasta los setenta años
como esponjas trincamos,

riamos y bebamos
y lo demás váyase al diablo.

Saber de dónde venimos
es cosa al alcance de cualquiera,
pero para saber adónde vamos
hace falta una mejor sesera.

Entonces, no nos inquietemos
y hasta el fin aprovechemos
el bien de Dios del que hablo.

Cierto es que hemos de morir,
no menos que ahora hay que vivir.

Riamos y bebamos

y lo demás váyase al diablo.

En el preciso instante en que el poeta estaba cantando esta espantosa estrofa final, entraron Bianchon y D'Arthez y le encontraron en pleno paroxismo del abatimiento, derramando un torrente de lágrimas y sin fuerzas para pasar a limpio sus canciones. Cuando terminó de contar en medio de sollozos su situación, vio lágrimas en los ojos de sus amigos que le escuchaban.

— ¡Esto —dijo D'Arthez— lava muchas culpas!

—Dichosos los que conocen el infierno en este mundo —sentenció gravemente el sacerdote.

El espectáculo de aquella belleza muerta que sonreía a la eternidad, su amante que le compraba una tumba con canciones de taberna, Barbet que pagaba el ataúd, aquellos cuatro cirios en torno a aquella actriz cuya basquiña y medias rojas con espiguillas verdes hasta hacía poco hacían delirar a todo el teatro; y luego, en la puerta, el sacerdote que la había reconciliado con Dios volviendo a la iglesia para decir una misa en sufragio por la que tanto había amado, aquella grandeza de ánimo y aquella infamia, aquellos dolores sepultados bajo la necesidad, dejaron helados al gran escritor y al gran médico, que tomaron asiento sin poder decir una palabra. Entró un criado para anunciar a mademoiselle des Touches. Esta bella y sublime mujer lo había comprendido todo, se dirigió directamente a Lucien y le estrechó la mano en la que deslizó dos billetes de mil francos.

—Ya es demasiado tarde —le dijo él lanzándole una mirada de moribundo.

D'Arthez, Bianchon y mademoiselle des Touches no dejaron a Lucien hasta después de haber confortado su desesperación con las más dulces palabras, pero ya tenía el corazón destrozado. A mediodía, todo el Cenáculo, a excepción de Michel Chrestien, que no obstante había sido informado de la inocencia de Lucien, estuvo presente en la iglesucha de la Bonne-Nouvelle, así como Bérénice, mademoiselle des Touches, dos comparsas del Gymnase, la camarera de Coralie y el pobre Camusot. Todos los hombres acompañaron a la actriz hasta el cementerio del Père-Lachaise. Camusot, que lloraba a lágrima viva, juró a Lucien que compraría allí un terreno a perpetuidad y levantaría una pequeña columna en la que grabaría CORALIE, y debajo: «Muerta a los diecinueve años (agosto de 1822)».

Lucien se quedó solo hasta la puesta del sol, en aquella colina desde donde la mirada abarcaba todo París: «¿Quién me querrá ahora? —se preguntaba—. Mis verdaderos amigos me desprecian. ¡Hiciera lo que hiciese, a esta que yace aquí todo le parecía noble y bien! ¡No me quedan más que mi hermana, David y mi madre! ¿Qué pensarán de mí?».

El pobre gran hombre de provincias regresó a la rue de la Lune, pero al ver el piso vacío sus impresiones fueron tan vívidas que fue a hospedarse a un triste hotel de la misma calle. Con los dos mil francos de mademoiselle des Touches, más lo que logró sacar de la venta de los muebles, pagó todas las deudas. Bérénice y Lucien se quedaron con cien francos cada uno, lo cual les permitió vivir durante dos meses, tiempo que Lucien pasó en un estado de postración enfermiza; no podía escribir ni pensar, se abandonaba al dolor; Bérénice sintió compasión por él.

—Si volviese a su tierra, ¿cómo iría? —preguntó ella a una exclamación de Lucien, que pensaba en su hermana, su madre y David Séchard.

—A pie —dijo él.

—Pero aun así hay que comer y alojarse durante el viaje. Haciendo doce leguas al día, necesitará por lo menos veinte francos.

—Los tendré —dijo Lucien.

Cogió sus trajes y su bonita ropa blanca, quedándose sólo con lo estrictamente necesario, y se fue a ver a Samanon, quien le ofreció cincuenta francos por todos aquellos desechos. Le suplicó al usurero que le diera lo suficiente para tomar la diligencia, pero no consiguió convencerle. Presa de la rabia, se fue corriendo al Frascati, tentó la suerte y volvió sin un céntimo. Cuando se encontró en su miserable habitación de la rue de la Lune, le pidió a Bérénice el chal de Coralie. Tras haberle confesado que había perdido en el juego, la buena mujer comprendió con una simple mirada cuáles eran las intenciones de aquel pobre poeta desesperado: quería ahorcarse.

— ¿Se ha vuelto loco, señor? —preguntó—. Vaya a dar una vuelta y vuelva a medianoche, que yo habré ganado el dinero que necesita; pero quédese por los bulevares y no se acerque a los muelles.

Lucien estuvo paseándose por los bulevares, aturdido por el dolor, mirando los carruajes, los transeúntes, sintiéndose abandonado, solo, en medio del bullicioso tráfago de la vida de París. Al volver a su mente las orillas del Charente, sintió sed de las alegrías familiares y tuvo entonces una de esas súbitas recuperaciones de fuerza que engañan a todos los caracteres medio femeninos: no quiso abandonar la partida antes de haber confiado sus cuitas a David Séchard y pedido consejo a los tres ángeles que le quedaban. Mientras callejeaba, vio a Bérénice endomingada hablando con un hombre, en el lodoso bulevar de la Bonne-Nouvelle, donde estaba parada en la esquina de la rue de la Lune.

— ¿Qué haces? —le preguntó Lucien espantado por las sospechas que le habían entrado por el aspecto de la normanda.

—Aquí tiene usted veinte francos que pueden costar caros de ganar, pero que al menos le permitirán irse —respondió ella deslizando cuatro monedas de cinco francos en la mano del poeta.

Bérénice desapareció sin que Lucien pudiera ver por dónde se había ido; ya que, y es preciso decirlo en su honor, este dinero le quemaba la mano y habría querido devolverlo; pero se vio obligado a guardárselo como un último estigma de la vida parisiense.

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es